

JOSÉ JAVIER ABÁSULO

LA LUZ MUERTA



se

Lectulandia

Durante los últimos meses, la sala de autopsias de Andoni Zubikarai, patólogo del Instituto Vasco de Medicina Legal, recibe un número inusual de cadáveres de jóvenes fallecidos como consecuencia del consumo de una partida de heroína de alta pureza. Erika Pereda es una de esas jóvenes pero, según sus amigos, su perfil no encaja con el del consumidor habitual.

Tras la resolución del caso del Karibeko Kluba (narrado en la novela titulada *Pájaros sin alas*) el antiguo *ertzaina* y ahora detective Mikel Goikoetxea, más conocido por Goiko, momentáneamente relajado en su quehacer diario gracias a una herencia inesperadamente recibida, es coaccionado a indagar los entresijos de su muerte.

Una investigación dificultosa por la aparente diafanidad de las causas que la originaron y que exigirá toda la reflexión y buen hacer de nuestro detective.

Lectulandia

José Javier Abasolo

La luz muerta

Mikel Goikoetxea, «Goiko» - 2

ePub r1.0

Ablewhite 25.02.2018

Título original: *La luz muerta*
José Javier Abasolo, 2012

Editor digital: Ablewhite
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

1

El «Réquiem» de Mozart, interpretado por la Orquesta Sinfónica de Filadelfia, envolvía la sala de autopsias. Todos los patólogos y ayudantes que trabajaban en el Instituto Vasco de Medicina Legal sabían que, cuando eso ocurría, Andoni Zubikarai estaba de guardia y diseccionando un cadáver. En alguna ocasión sus compañeros le habían reprochado, medio en broma medio en serio, lo morboso que resultaba practicar una autopsia teniendo como fondo música de réquiem, aunque estuviera compuesta por Wolfgang Amadeus Mozart, pero el doctor Zubikarai se encogía de hombros y se limitaba a decir que esa música le gustaba y le relajaba, sin que hubiera que darle ningún otro tipo de connotaciones.

–Lo que tendrías que hacer es buscarte una novia, a ser posible con unas grandes tetas y una boca amplia, succionadora, ¿me entiendes?, eso sí que relaja un montón – solía decirle Javier Beraza, un antiguo compañero de facultad que no entendía por qué se había dedicado a la medicina legal en lugar de a la cirugía estética, «eso sí que da dinero», añadía con un especial brillo en los ojos, «y de vez en cuando se liga».

Andoni Zubikarai se acordó de su colega cuando empezó a abrir el cuerpo, o lo que quedaba de él, de la anciana que se encontraba posada encima de la camilla. Siempre había sospechado que cuando Beraza le insinuaba que lo que tenía que hacer era echarse una novia, no le estaba aconsejando, sino que se estaba riendo de él. Cada uno es como es. Y mientras que Javier Beraza había sido siempre el ligón de clase, tanto en el colegio como en la universidad, en los que para su desgracia habían coincidido ambos, él siempre había sido un tipo apocado, más bien tímido, al que le resultaba extremadamente difícil relacionarse con las demás personas, sobre todo con las mujeres. De hecho nunca había tenido novia. Su estreno sexual fue con una prostituta que, tenía que ser así, precisamente le había recomendado Beraza, y no constituyó ningún éxito ni le entraron ganas de repetir. En el fondo se consideraba un tipo normal, no especialmente reprimido, sencillamente le costaba ligar, no sabía cómo conquistar a una mujer, por eso decidió sustituirlas por su dedicación, primero al estudio y posteriormente al trabajo. De existir un forense meticuloso en el que tanto la policía como la judicatura pudiesen confiar a ciegas, ese forense era él, Andoni Zubikarai. Afortunadamente las cosas habían cambiado mucho en los últimos meses, y para bien. Seguía siendo el mejor patólogo de su ciudad, pero además ya no estaba solo. Ainhoa había entrado en su vida.

Ahora, cuando Javier Beraza le hablaba de su última novia (siempre había una «última novia» en la vida de su excompañero de pupitre), ya no le envidiaba ni se avergonzaba ante él, sino que le decía que a ver si se la presentaba y quedaban para cenar un día las dos parejas, para que ellas se conocieran. La antigua inseguridad había desaparecido y ahora podía tratarle de tú a tú, sin complejos, sin tener que aguantar su sonrisa de superioridad o su gesto de conmiseración. Y todo gracias a que Ainhoa estaba con él y había transformado su vida radicalmente.

Un testigo imparcial, desconocedor de los pensamientos más íntimos de Andoni Zubikarai, habría pensado que el forense era un sádico al observar la sonrisa que había aparecido en su rostro mientras manejaba la sierra con la que estaba abriendo la cabeza de la anciana muerta. El propio Andoni se dio cuenta y olvidándose por un momento de Ainhoa se concentró en su trabajo y en el cadáver que estaba examinando. Uno de sus ayudantes lo había lavado y había extraído los fluidos corporales que habrían de ser analizados, preparándolo para la autopsia propiamente dicha.

No había señales de violencia en el cuerpo. En realidad no esperaba encontrarlas. Se trataba del típico caso, triste pero cada vez más habitual, de la anciana que vivía sola y a la que de repente los vecinos echan en falta, tanto porque llevan días sin cruzarse con ella en la escalera como porque un desagradable olor dulzón empieza a instalarse en el rellano, y acaban llamando a la Ertzaintza, o la policía municipal, o los bomberos, ¡qué más da!, al número telefónico que tengan más a mano, y unos u otros acaban entrando en el domicilio para certificar que tumbada sobre una apolillada cama yace una mujer de avanzada edad cuya vida se ha extinguido hace unos días, seguramente por la acción combinada de las enfermedades propias de la edad, la tristeza y la soledad. Pero la legislación procesal dice que cuando alguien aparece muerto y no hay un médico que certifique su defunción, debe practicársele la autopsia. Por eso se encontraba él allí, inclinado sobre el cadáver de quien una o dos semanas antes, la presencia en su interior de los insectos cadavéricos conocidos como «las escuadras de la muerte» indicaban que el fallecimiento se había producido hacía más de siete días, se llamaba María Gómez Dulce, viuda, de ochenta y cinco años de edad, sin hijos o, quién sabe, con unos hijos que se habían olvidado de ella hacía ya mucho tiempo.

El lavado al que había sido sometido el cadáver no había conseguido eliminar su olor a putrefacción, pero a Andoni Zubikarai ese detalle no le desasosegaba lo más mínimo. Le gustaba trabajar en la soledad de la sala de autopsias, con tan solo un ayudante e incluso, cuando eso era posible, prescindiendo de cualquier tipo de ayuda, un mano a mano entre el cadáver y él, sin intermediarios, era lo que más le colmaba de satisfacción. No se consideraba un tipo morboso, pero era consciente de que la especialidad que había elegido causaba extrañeza entre muchos de sus antiguos compañeros de facultad, sobre todo porque su expediente académico le habría permitido escoger cualquier otra con grandes posibilidades de éxito y mayores rendimientos económicos.

—A ti lo que te ocurre —le dijo en una ocasión Javier Beraza— es que no quieres tener responsabilidades, al fin y al cabo los muertos son los pacientes perfectos, no se quejan, no protestan y, sobre todo, no te pueden demandar por ejercicio negligente de la profesión.

Como casi siempre Javier era injusto, pero tenía un punto de razón. Andoni defendía su especialidad a capa y espada, incluso con apasionamiento. Estaba

convencido de que ejercía una función importante; en muchas ocasiones sus informes habían sido relevantes para que las investigaciones policiales culminaran exitosamente y más de un asesino hubiera sido detenido, juzgado y condenado por sus crímenes. Además, el examen de los cadáveres, de las causas internas o externas de sus muertes, era importante para el propio ejercicio y progreso de la ciencia médica, servía para que quienes estaban vivos pudieran ser mejor atendidos llegado el caso. Pero en una cosa acertaba su viejo compañero de estudios, no tenía carácter ni estómago para enfrentarse a pacientes y familiares. A él, que no le causaba la menor preocupación abrir cadáveres putrefactos y observar su interior, le proporcionaba auténtico pavor tener que explicar a un padre que su hijo de seis años había fallecido a causa de una leucemia incurable o a una mujer en la plenitud de la vida que un cáncer le carcomía por dentro y le quedaban pocos meses de vida. Por eso se refugió en su especialidad, en sus autopsias, y solo vivía, valga la paradoja, para ellas. Razón que acrecentaba su aislamiento social y su dificultad para conectar con la parte femenina de la especie humana. Consecuencia lógica que aceptaba como tal, sin alegría pero también sin pesar.

Volvió a centrarse en el cadáver que estaba examinando y comprobó con satisfacción que la aparente ausencia de lesiones mortales le facilitaba la tarea. Normalmente cuando se sospecha de un modo razonable que la muerte es violenta lo primero que se examinan son las cavidades dañadas. Pero Andoni prefería obrar metódicamente, como le permitían ese tipo de cadáveres en los que lo más lógico era pensar que la muerte se debía a causas naturales, empezando por la extracción del cerebro y continuando con el resto de los órganos.

La música fúnebre compuesta por el genio de Salzburgo aún sonaba cuando Andoni Zubikarai dio por finalizado su trabajo. Todavía quedaba la parte más tediosa del mismo, elaborar el informe por escrito, pero no había ninguna prisa. Como había sospechado, y era lo que por otra parte ya se esperaba, el único asesino que había intervenido en el fallecimiento de María Gómez Dulce era el paso del tiempo o, dicho de un modo más heroico, la necesidad de la especie de renovarse a costa de la muerte de quienes habían sobrepasado con creces los límites prefijados para la propia especie.

—¿Te apetece tomar unas cervezas? —le preguntó Román, el becario que ejercía las labores de ayudante, cuando cerraron la sala de autopsias y salieron a la calle.

Le respondió negativamente, alegando que tenía prisa.

El becario se encogió de hombros, aceptando tácitamente el rechazo a su oferta. En un primer momento estuvo tentado de contestarle que mientras había estado realizando la autopsia no había dado señales de tener prisa, pero se calló. Apreciaba a su superior, pese a su hermetismo y carácter taciturno, por eso solía animarle a hacer algo de vida social de vez en cuando, aunque tan solo fuera el tomarse un par de cervezas mano a mano. «Quizás se haya echado una novia», pensó durante unos instantes. Pero desechó la idea. Seguramente le vendría bien, como a cualquier

representante masculino del género humano, tener una mujer que le hiciera compañía, pero no conseguía imaginarse a Andoni Zubikarai en la cama con una rubia despampanante o, puestos a no ser muy exigentes, con una morena feúcha. Y no porque dudara de las tendencias sexuales de su jefe. Lo mismo daría que fuera homosexual. Su falta de habilidades sociales le incapacitaba tanto a la hora de relacionarse con mujeres como con hombres. No pudo evitar sonreírse al imaginarse a su jefe desnudo en la cama con uno de los luchadores estrellas del «pressing catch». Todavía estaba sonriendo cuando salió de la sala de autopsias tras despedirse con un escueto «pues bueno, si no me necesitas más, hasta mañana».

Andoni Zubikarai recibió con alivio el gesto de despedida de su ayudante. Le apreciaba, y era consciente de que ese sentimiento era recíproco, pero necesitaba estar solo. Cada segundo de más que Román le robaba a su soledad, más nervioso e irritable se ponía. Quería llamar a Ainhoa y lo hizo cuando comprobó que no había cerca nadie que pudiera oírle. Más que sacar de su bolsillo el móvil se abalanzó sobre él y con la misma torpeza y excitación con la que un niño rasga el papel que envuelve su caramelo favorito, localizó en la agenda el nombre de su novia. ¿De verdad eran novios? Esa palabra no había sido utilizada jamás por ninguno, bueno, daba igual, tenían una relación y la palabra «novia», aunque quizás no significara lo mismo que para el resto de la gente, era lo suficientemente expresiva, y la llamó.

Afortunadamente Ainhoa no debía estar ocupada, ya que contestó después de escuchar el primer tono de llamada.

—¡Andoni, qué sorpresa! —Ainhoa siempre decía lo mismo cuando respondía a sus llamadas. Al principio pensaba que quizás estuviera sorprendida, pero más tarde se dio cuenta de que era una frase hecha. Sin embargo le gustaba, le sonaba bien, daba la impresión de que cada vez que él la llamaba, ella disfrutaba de una agradable sorpresa.

—Pensaba haberte llamado antes, pero no he podido. El trabajo, ya lo sabes. Iba a salir del Instituto cuando ha surgido la necesidad de realizar una autopsia de última hora y como no había nadie más de guardia no he tenido más remedio que hacerla personalmente.

—¿Una autopsia? ¿Cuándo has acabado? —Andoni podía notar perfectamente la excitación en el tono de voz de Ainhoa.

—Ahora mismo como quien dice. Vamos, que no hará ni quince minutos.

—¿Vas a venir?

—¿Tú qué crees?

—Pues date prisa, que ya me estoy impacientando.

Andoni siempre había sido un conductor prudente, incluso timorato, pero recorrió raudo y veloz la distancia que había entre la calle Barroeta Aldamar, en la que se halla enclavado el Instituto Vasco de Medicina Legal, y el nuevo aparcamiento público que habían abierto en el Arenal. Incluso pensó que quizás hubiera llegado el momento de cambiar de vehículo. Su viejo Peugeot 309 contaba ya con más de

quince años y aunque aún se encontraba en perfecto estado ya no se adecuaba a su nueva personalidad. Tal vez tendría que comprarse un deportivo, un coche más juvenil, que le diera un aire más moderno. El dinero no constituía ningún problema, tantos años sin apenas hacer vida social habían contribuido a aumentar sus ahorros por encima de lo habitual en cualquier otra persona que tuviera su edad y un trabajo de similares retribuciones económicas.

Se daba cuenta de que Ainhoa le estaba cambiando, y le gustaba. Incluso había transformado su forma de vestir, ya no utilizaba exclusivamente trajes oscuros y camisas blancas o azules, había empezado a combinar otros colores, siempre en tonos suaves, todavía sentía aversión a los colores chillones, pero al menos había ido ampliando no solo su vestuario sino su mente. De hecho, ahora llevaba puesta una prenda que hacía muy pocos meses no se hubiera atrevido a lucir: una camisa rosa. Cuando se la regaló Ainhoa no se atrevió a decirle que esa ropa no iba con él, que no era su estilo, pero ahora se la ponía siempre que podía, sobre todo cuando iba a quedar con ella, y hoy sabía que iba a acabar acudiendo a su casa.

Salió del aparcamiento y se introdujo en la vorágine del Casco Viejo. Los comercios aún no habían cerrado y la gente pululaba de aquí para allá, haciendo las últimas compras o, simplemente, observando los productos que se exponían en los escaparates de las tiendas y penetrando en su interior para pedir más información sobre los mismos. Habitualmente cuando Andoni Zubikarai bajaba a las Siete Calles se acercaba a la Plaza Nueva, que casi ciento sesenta años después de haber sido construida aún conservaba ese nombre, y comía un pincho en cualquiera de los bares o restaurantes que se cobijaba bajo sus pórticos. Pero en los últimos tiempos esa gastronómica costumbre había desaparecido. Ya no le gustaba perder el tiempo recreándose con las delicias culinarias que le ofrecía el Casco Viejo, menos aún cuando en un ático abuhardillado de la calle Bidebarrieta, muy cerca de la Biblioteca Municipal, le estaba esperando, ansiosa, Ainhoa.

Aunque tenía llave le gustaba el juego de llamar al timbre, sentir cómo Ainhoa le observaba tras la mirilla de la puerta y escuchar cómo le preguntaba, con una voz insinuante que arrastraba las palabras, «¿quién es usted, caballero, y qué desea de una mujer indefensa como yo?», antes de contestar «soy el lobo y vengo a comértelo todo». Sabía que si contara a alguien lo que se decían en esos momentos habría pensado que eran los perfectos candidatos a ganar la medalla de oro en unos juegos olímpicos de la cursilería, pero no le importaba mientras estuviera con ella. Además, en cierto modo era verdad, por primera vez en toda su vida se sentía como un lobo, ágil, fuerte, implacable y capaz de comérselo todo.

Cuando Ainhoa le abrió la puerta comprobó que se había estado preparando para recibirle. Debajo de una bata de seda roja semitransparente se adivinaban un minúsculo tanga, bajo el que sobresalían unos escasos y rizados pelos negros, y un sujetador que apenas cubría sus pezones, ambos de color negro. No había cerrado aún la puerta cuando ya se había abalanzado sobre ella, intentando desembarazarla de la

bata.

–Llevas la camisa que te regalé –le dijo sonriente Ainhoa–. ¿Significa eso lo que pienso que significa? Porque si es así tendrás que quitártela y me daría mucha pena.

–A mí no me da ninguna –contestó Andoni, y demostró que lo que decía era verdad, quedándose con el torso desnudo.

Las uñas pintadas de rojo de Ainhoa le arañaron el pecho, recreándose morosamente en las tetillas, mientras restregaba su cuerpo contra el suyo.

–Hueles a muerto –le dijo Ainhoa cuando tomaron aliento después del largo y húmedo beso que acababan de darse–. Sí, hueles a muerto, mi amor, hueles a cadáver –movió su nariz como si estuviera olfateándole–. Me encanta, y tú también, tú también me encantas, cariño. Vamos, cógeme con tus fuertes brazos de forense y llévame a la cama, no perdamos más tiempo.

Andoni Zubikarai sabía que no olía a nada más que al perfume, fresco y varonil, por supuesto, que acababa de echarse tras finalizar la autopsia, pero no la contradijo. Si Ainhoa decía que él olía a muerto, entonces él olía a muerto y no había nada más que hablar, así que obedeciéndola la tomó entre sus brazos y la transportó hasta la inmensa cama que ocupaba, casi en su totalidad, la única habitación del pequeño apartamento.

Cuando llegaron al clímax casi simultáneamente ambos profirieron unos chillidos que hubieran hecho enmudecer al propio Johnny Weissmuller en su papel de Tarzán. Andoni Zubikarai pensó durante unos breves instantes que quizás tendría que hablar con Ainhoa para intentar moderar, en el futuro, su euforia. Estaba convencido de que todos los vecinos de la casa se habían enterado de lo que acababan de hacer pero luego lo pensó mejor y mandó a la mierda esa idea. Al fin y al cabo no estaba nada mal que se hubiera dado la vuelta a la tortilla y ya no fuera él quien se quedara frustrado escuchando lo bien que se lo pasaban sus vecinos. Sí, las cosas habían cambiado. No le importaba. Todo lo contrario, lo deseaba con todas sus fuerzas. Que todo el mundo supiera que, efectivamente, habían cambiado las tornas y que él, Andoni Zubikarai, hasta entonces un triste y apocado médico forense por el que nadie hubiera apostado nunca, se había convertido en un hombre nuevo.

Llevaba un buen rato contemplando las letras grabadas que acababan de incorporar al panteón de la familia Apodaka que ahora, tras haberlo heredado en extrañas circunstancias, era de mi propiedad. No lo hacía porque el hecho de ser propietario de un monumento funerario me causara una satisfacción indescriptible, sino porque de esa manera homenajeara y recordara a quienes habían sido grandes amigos y ahora yacían allí, enterrados el uno al lado de la otra, juntos como lo habían estado en vida. Arturo y Elvira me habían ofrecido siempre su ayuda y su amistad, estaban muertos y ya no volvería a disfrutar, nunca más, de su compañía ni de sus atenciones. Eso es lo terrible de la muerte, que es irreversible. Aunque quizás, de estar todavía vivos, las cosas no hubieran sido iguales. Los últimos tiempos de Arturo habían sido excesivamente tormentosos y eso, por duro que fuese reconocerlo, había causado su muerte y la de su compañera. Pero no había acudido hasta allí para reprochárselo, ya le había maldecido lo suficiente y no me apetecía que mis maldiciones le acompañaran en su tránsito hacia la otra vida, en el caso de que la hubiere. Además, se había ocupado de protegerme incluso después de muerto, por lo que todos los sentimientos negativos que contra él había albergado durante un tiempo habían desaparecido. Como expresó Manuel Azaña refiriéndose a lo que demandaba para España en los convulsos años de la última guerra civil, yo también quería la paz, la piedad y el perdón.

Volví a mirar fijamente el grabado que acababa de pagar al marmolista. En él, escuetamente, aparecían sus nombres y los años de nacimiento y defunción: «Arturo Apodaka Sáenz de Urtubi (1921-2008) – Elvira Carrión Igartua (1934-2008)». Aunque Arturo y Elvira nunca se casaron, me permití la libertad de enlazar sus nombres como si lo hubieran estado, de hecho su unión fue siempre mucho más sólida que la de la mayoría de los «matrimonios oficiales» que he conocido. Además, qué cojones, ya no iban a regresar para echármelo en cara. Como un último homenaje y adiós a mi viejo amigo saqué del bolsillo interior de mi gabardina una botella de Chivas que había sido de su propiedad y tras desprecintarla me apresuré a darle un buen trago. Un chorro de güisqui cayó por mi garganta, produciéndome una extraña sensación de bienestar. Quizás por fin habían hecho acto de presencia la paz, la piedad y el perdón que había predicado inútilmente el antiguo dirigente de la república española.

O quizás, como me ocurría muy a menudo, más de lo deseable, había vuelto a precipitarme, porque si durante unos segundos, mientras balbuceaba unas torpes oraciones que recordaba de mi niñez, se habían apoderado de mi espíritu el recogimiento y la paz, ambos sentimientos acabaron rompiéndose en mil pedazos. Exactamente en el momento en el que me percaté de que estaba siendo fotografiado.

Aunque intentaba ocultarse no conseguía pasar desapercibido. Quizás el hombre de rizado pelo moreno, vestido con chamarra y pantalones de cuero negro y más bien

enteco y de baja estatura, o eso al menos me parecía a la distancia, aunque pudiera estar equivocado, que había fijado su atención en mi persona fuese un gran fotógrafo, pero el camuflaje no era lo suyo. La verdad es que con su aspecto era muy difícil pasar desapercibido, pese a que se esforzaba al máximo. Aunque seguramente estaba convencido de que actuaba con total discreción, decidí no sacarle de su errónea apreciación hasta no tener clara cuál era la línea de acción que más me convenía seguir.

No podía ser policía, ni detective o similar, y es que se puede ser torpe, lo reconozco, a lo largo de mi carrera tanto en la Ertzaintza como de autónomo he conocido profesionales que dejaban mucho que desear, pero lo del tipo aquel batía todas las marcas. No, dudaba mucho de que fuera policía o detective, salvo que lo que deseara fuera eso precisamente, que yo me diera cuenta de que estaba siendo vigilado. Pero no tenía sentido, en esos momentos no estaba trabajando en ningún caso y el último en el que estuve involucrado estaba ya cerrado, satisfactoriamente para todo el mundo menos para mí, pero había aprendido a conformarme con lo que había y no estaba entre mis prioridades removerlo. Además, me había dejado tan vacío por dentro que solo pensar en volver a revivir lo que había padecido hacía que me entraran unas incontenibles ganas de abandonarlo todo y recluirme indefinidamente en un monasterio cartujo, a ser posible que estuviera ubicado en un lugar inaccesible.

Quizás el hombre fuera lo que aparentaba, un fotógrafo de prensa. El caso del «Karibeko Kluba» era de los que despertaba el instinto asesino de los periodistas de sucesos e incluso de los dedicados a la información general, pero como ya he dicho el asunto estaba cerrado y desde las más altas instancias políticas y judiciales se había echado tierra al asunto. Yo pude librarme del acoso mediático de las primeras semanas porque estaba recuperándome en el Hospital de Basurto de una herida infringida por un disparo, pero desde que me habían dado el alta había estado temiendo que ocurriera algo así, que algún periodista decidiera retomar el caso y, con la tranquilidad y perspectiva que da el paso del tiempo, no se le ocurriera mejor idea que escribir un extenso artículo sobre el asunto, sus ramificaciones y consecuencias. Personalmente podía llegar a entenderlo, incluso me sentía tentado a dar mi apoyo moral, pero lo que yo quería era olvidar, que me dejaran en paz, que no contaran conmigo para nada. Por eso decidí tener una conversación con el fotógrafo, aunque para eso tendría que darle alcance y, de momento, guardaba una más que prudente distancia de seguridad.

Poco a poco me fui alejando del panteón de los Apodaka, transitando por las calles que dividían el cementerio, haciendo como que miraba con interés las esculturas que remataban muchos de los panteones o el acabado de los mismos. Hay ciudades en las que los cementerios se han convertido en motivo de visita de los turistas, incluso había leído que en Bilbao querían hacer lo mismo. Supongo que todo acaba convirtiéndose en producto de consumo, por más sagrado que pretendiera ser

en un principio.

Sin perder de vista al fotógrafo, que ya había decidido que tenía suficiente material porque había dejado de enfocarme con su cámara, me fui acercando al edificio administrativo. Había aparcado mi coche en esa zona y me dirigí hacia él, siempre atento a las evoluciones del objetivo. El sujeto en cuestión tenía que estar totalmente persuadido de que no había sido descubierto, ya que nada en su persona denotaba intranquilidad o impaciencia. De hecho se dirigió con paso cansino hasta una moto de gran cilindrada, una Harley Davidson con aspecto de haber atravesado varias veces, de punta a punta, el desierto de Arizona, y cogiendo un casco se lo colocó en la cabeza. Luego, con un estruendo muy poco respetuoso con el lugar en el que se encontraba, arrancó y giró hacia la derecha para salir del cementerio y encarar la carretera dirección Bilbao. Convencido de que había sido un sosias del hombre invisible, manejaba la moto con la tranquilidad del que cree que no ha sido descubierto, por eso no se fijó en el coche que, un segundo después de salir del cementerio, se pegaba a su culo como si fuera una lapa.

La carretera no estaba muy transitada, pero en todo momento podían observarse vehículos circulando por ambas direcciones. No me interesaba que llegáramos juntos al centro de la ciudad, seguramente no le perdería de vista, pero el bullicio que allí habría me habría importunado bastante, para lo que pensaba hacer necesitaba algo más de sosiego y tranquilidad que el que pueden ofrecer las concurridas vías urbanas. Por eso, cuando estábamos circulando por Sondika, le adelanté por la izquierda, a la altura de una calle estrecha en la que en esos momentos no se veía a nadie. Fue entonces cuando tuve la certeza de que, efectivamente, estaba ante un novato. Una moto es mucho más manejable que un coche y si el fotógrafo hubiera sido otra cosa, seguramente habría intentado zafarse de mi acoso internándose por callejas y recovecos de difícil acceso para un vehículo de cuatro ruedas, pero en lugar de eso se acojonó y frenó en seco, lo que le obligó a realizar considerables esfuerzos para no derrapar y caerse al suelo.

—¿Está usted loco? —fue lo primero que me dijo cuando salí del coche y me acerqué a donde él estaba.

—Puede ser, pero en mi locura hay cierto método. ¿Lo hay en la suya?

—¿Se puede saber de qué me habla? —acababa de reconocerme y el acojono que había sufrido ante la posibilidad de haber dado con sus huesos sobre el asfalto empezaba a ser sustituido por otro acojono más real.

—De que hay que estar muy loco, o ser muy gilipollas, para fotografiar tan descaradamente, como usted lo ha hecho, a un inofensivo hombre cuya única ocupación es pasearse por el cementerio para rezar por sus muertos.

—Creo que se equivoca —se paseaba nervioso la lengua por los labios mientras miraba ansiosamente a su alrededor, como si esperara que alguien viniera a rescatarle—, yo no le estaba fotografiando a usted, estaba sacando fotografías generales del cementerio para un reportaje. Soy periodista gráfico, puedo enseñarle

mi acreditación.

–Me parece que no nos estamos entendiendo –como si me saliera de un modo natural e incluso involuntario, hice un gesto amenazante que pareció surtir efecto, por lo menos los ojos del fotógrafo se abrieron en un gran angular digno de un premio en una exposición internacional. La verdad es que casi le doblaba tanto en peso como en estatura, por lo que necesitaba muy poco para intimidarle. Habitualmente no me gusta ir por la vida haciéndome el matón, pero he comprobado que es mejor amagar a tiempo que tener que acabar repartiendo estopa más tarde–. No necesito que me enseñes ninguna acreditación, que por otra parte podría ser falsa –pasar del cortés y educado «usted» al tuteo, así como insinuar que el interlocutor está mintiendo son trucos más viejos que el mundo para desarmar al interrogado, pero aún funcionan, sobre todo con pipiolos como el que tenía enfrente–, y tampoco que me tomes el pelo. Si yo digo que me estabas fotografiando es porque me estabas fotografiando. ¿Me equivoco o estoy en lo cierto?

Le costaba hablar, así que más con gestos que con palabras reconoció que yo tenía razón, que me había estado fotografiando.

–¿Y se puede saber por qué cojones lo hacías? Cuando me he levantado de la cama esta mañana aún no me había convertido en ninguna de esas celebridades que se pasea un día sí y otro también por los platós de las diversas cadenas televisivas para vender su vida y sus escándalos. Tampoco soy el último fichaje del Athletic ni he descubierto ninguna vacuna contra el sida o el cáncer, así que no entiendo ese interés por mi humilde persona.

–En realidad lo que le he dicho antes es bastante cierto, estoy realizando un reportaje fotográfico sobre el cementerio, pero me pareció interesante no limitarme a fotografiar panteones y sepulturas sino incluir un toque más humano, por eso le fotografié, pero fue casualidad, lo hice porque en esos momentos era usted la única persona presente en el cementerio, no por otra cosa. Ni siquiera sé quién es usted.

–Bueno, si es como lo cuentas no pasa nada. El único problema es que no me he creído nada de lo que me has contado.

Mientras hablaba le golpeé en el estómago, no muy fuerte, no deseaba hacerle daño, pero sí con la suficiente contundencia como para que se doblara por encima de la cintura, lo que aproveché para arrebatarle la cámara. No entiendo de esas cosas, pero parecía buena y cara. Confié en que el fotógrafo tuviera un buen seguro y así pudiera minimizar las pérdidas, porque estrellé la máquina contra la pared de un edificio hasta reducirla a un amasijo de chatarra inservible. Cuando el fotógrafo lo vio intentó abalanzarse sobre mí, pero no tenía la pericia suficiente y acabó en el suelo magullado y dolorido, aunque por la expresión de su cara debían dolerle más las heridas de la cámara que las suyas propias.

–¿Sabe cuánto me ha costado esa cámara? –me preguntó indignado cuando consiguió ponerse en pie.

–No lo sé ni me interesa, pero así aprenderás a no hacer tonterías y a decir la

verdad. ¿Por qué me estabas fotografiando?

–De acuerdo, de acuerdo, es cierto, le estaba fotografiando, pero no era necesario ponerse de ese modo. ¡Joder!, ahora ¿quién coño me va a pagar la máquina? Era de las caras.

–Quizás la misma persona que te ha pagado para que me fotografieras. Puedes pasarle la factura como gastos.

–Sí, es posible –se dio cuenta de lo que estaba diciendo y rectificó–. No diga chorradas, no me ha pagado nadie.

–Pues es una pena porque no recuperarás el dinero. Y zanjado ese tema, ¿qué te parece si te dejas de hostias y me cuentas la verdad? Por si aún no te has dado cuenta, me jode un huevo que se me mienta o que intenten tomarme por un estúpido, así que más vale que empieces a desembuchar, no tenemos todo el día. O mejor dicho, yo sí tengo todo el día, pero supongo que tú querrás largarte cuanto antes. Así que ya lo sabes. La alternativa no es «habla ahora o calla para siempre», la alternativa es «habla ahora o tendrás que hacerlo más tarde, pero hablarás».

Cuando uno tiene capacidad de convicción se nota y el fotógrafo lo notó, así que sin esperar ni un segundo a coger aliento empezó a rajar.

–De acuerdo, usted gana, le estaba fotografiando, pero es cierto que estaba preparando un reportaje. De hecho íbamos a pedirle una entrevista, pero preferimos sacarle las fotografías de incógnito para que pareciera más natural. Además, tiene que reconocer –el muy imbécil me sonrió intentando buscar mi complicidad— que el cementerio es un lugar muy adecuado para realizar las fotografías, teniendo en cuenta de qué va el reportaje.

–¿Y de qué va el reportaje? –le pregunté tan solo por gastar saliva, ya que estaba seguro de cuál iba a ser la respuesta.

–¿Pues de qué va a ser? –parecía sinceramente sorprendido–, del caso del «Karibeko Kluba». Usted tuvo un papel imprescindible en la desarticulación de la trama.

–Eso es ya historia pasada.

–No lo crea, solo han transcurrido tres meses y eso no es mucho tiempo, sobre todo porque el reportaje que nosotros queremos hacer no va a incidir tanto en los sucesos ocurridos los últimos días sino en el factor humano.

–Me temo que ese reportaje no se va a hacer.

–Por si no lo sabe hay algo que se llama libertad de expresión –el fotógrafo se estaba reponiendo del susto y había pensado, sin duda, que ese era el momento adecuado para reivindicar su dignidad profesional.

–Lo sé, lo sé, pero hay también otra cosa que se llama respeto a la intimidad. Me imagino que eso te la suda, pero si quieres evitarte problemas a mí no me involucraréis en el reportaje. La fama no me hace feliz, yo solo disfruto con el anonimato, así que ya lo sabes, por mí podéis escribir el reportaje o un libro entero, pero el nombre de Mikel Goikoetxea no aparecerá por ninguna parte.

–Eso es imposible, además ya apareció en su momento. Aunque intentáramos camuflarlo con expresiones como «un colaborador de la Ertzaintza» o «un detective privado», todo el mundo sabrá que hablamos de usted.

El hombre tenía razón y, por otra parte, tampoco era mi intención amenazarle para que no publicara nada. Es cierto que podía llegar a ser molesto para mí, la publicidad no siempre es buena para el negocio, o al menos cierta clase de publicidad, lo había comprobado pocos días después de que el asunto mencionado por el fotógrafo estallara, me había llegado más de una oferta cuya finalidad era darle un «susto» a alguna persona que no era del agrado de quienes deseaban contratar mis servicios. Lo mejor de todo fue cómo se indignaron y me calificaron de poco ético al defraudar la relación de confianza con el cliente cuando puse en conocimiento de la Ertzaintza sus intenciones. El caso es que antes de continuar por el camino que había emprendido consideré mejor pactar con el fotógrafo que intentar inútilmente que me dejaran en paz para que antes de publicar el artículo me consultaran, no con la intención de censurar nada sino de rebatir lo que me pareciera incorrecto o incierto. Obviamente el pacto era papel mojado, sabía de sobra que los periodistas no lo iban a cumplir y yo no podría hacer nada contra ellos, pero quizás influyera en su modo de tratar el tema. Además, quería irme. En los últimos tiempos había estado involucrado en actos violentos más de lo que me hubiera gustado y empezaba a arrepentirme de haber reaccionado como lo había hecho, aunque me jodiera ser vigilado por un fisgón sin dos dedos de frente.

Le dije que podía irse y no se lo hizo repetir, aunque finalmente habíamos quedado como amigos, dentro de lo que cabe, continuaba receloso y, sobre todo, seguía insistiendo en que alguien tendría que pagarle la cámara. Como ese «alguien» quedó claro que no iba a ser yo se subió a la Harley y escapó como alma que lleva el diablo.

Subí nuevamente a mi vehículo y efectuando un giro prohibido volví hacia Derio. Aparqué junto a la marmolería y me dirigí hasta donde estaba el encargado.

–¿Qué desea? ¿Podemos hacer algo más por usted? –me preguntó al reconocermelo.

–Vengo a por mis quinientos euros.

–No le entiendo –me dijo y parecía sincero.

–En ese caso se lo explicaré. Esta mañana he pasado por aquí para pagar la grabación que les había encargado para el panteón de la familia Apodaka. Quinientos euros que he abonado con diez billetes de cincuenta nuevecitos, recién sacados de un cajero automático.

–Así es, lo recuerdo perfectamente. ¿Qué ocurre, no ha quedado a su gusto el trabajo realizado? –parecía preocupado.

–El trabajo es perfecto, no me queda más remedio que reconocerlo. Lo que no me parece tan perfecto es que nada más salir de aquí no ha perdido usted el tiempo ni un segundo y ha llamado a un periodista para decirle dónde me encontraba. Eso ha

estado muy mal, pero que muy mal –cabeceé con tristeza.

La lividez que había aparecido en el rostro del hombre me confirmó que había dado en la diana, así que volvía pedirle mis quinientos euros.

–Si me los devuelve consideraré zanjado el incidente. Si es usted un tipo listo seguramente habrá sacado del periodista más de esos quinientos euros, y si no es tan listo pues mala suerte, la próxima vez seguramente lo hará mucho mejor. Aunque no a mi costa, por supuesto.

Pese a que el marmolista llevaba un cincel en la mano que, bien utilizado, puede servir como arma, se había quedado tan petrificado que no sabía qué hacer ni cómo actuar. Posiblemente era la primera vez que había hecho algo así y no sabía cómo reaccionar. Decididamente ese era mi día de suerte, ya que todos los impresentables con los que me estaba tocando lidiar eran novatos en el viejo y atractivo oficio de joder al prójimo.

Si el marmolista estaba paralizado por el susto yo no, así que tras comprobar que no hacía nada, ni obedecerme ni plantarme cara, me acerqué hasta un pequeño armario que había en el despacho y del interior de una caja que se encontraba dentro de él saqué los diez billetes que hacía menos de dos horas le había entregado.

–Estos son –dije besándolos antes de introducirlos en mi cartera–. Como verá no me llevo más que lo que me corresponde. Adiós, que tenga un buen día.

Sin oposición por su parte me acerqué a la puerta y salí de la marmolería. Cuando estaba en la acera le oí exclamar un sonoro «hijo de puta». No se lo reproché, seguramente en su caso yo hubiera dicho lo mismo e incluso cosas peores.

Ese fue el primer incidente que tuve en el cementerio. El segundo ocurrió pocos días después.

3

De nuevo me encontraba en la necrópolis de Derio. Mi encontronazo con el fotógrafo fisgón, aparte de ser extremadamente desagradable, me había producido un notable desasosiego. A pesar de estar convencido de haber hecho lo único que se podía hacer, no me apetecía convertirme en carne de cañón del gremio de los *papparazzi* y sabía que si le hubiese solicitado educadamente que dejara de molestarme no habría conseguido nada, pero usar la violencia contra un tipejo al que casi le doblaba en peso y estatura no me había convertido, precisamente, en el hombre más feliz del mundo. Además, visitar cementerios puede ser muy estimulante para un espíritu enfermizo y romántico, tipo Bécquer, pero a la gente normal nos suele dejar mal cuerpo.

Intentando olvidar el incidente, y aprovechando que de momento no tenía necesidad de trabajar gracias a la herencia tan sorprendentemente recibida, durante unos días apenas salí de mi domicilio, limitándome a ver viejas películas en blanco y negro de John Ford y a alimentarme a base de *txakoli* de Getaria y alimentos precocinados, acompañados de vez en cuando por un buen vaso de Chivas. Finalmente decidí que tenía que volver al punto de partida y acabar lo que estaba haciendo cuando fui interrumpido, una *tourné*e no precisamente turística, pero que necesitaba realizar para llevar la tranquilidad a mi alma, en el dudoso caso de que yo la tuviera, ya que seguramente mucha gente con la que había tratado cuando era *ertzaina* diría que no. Por eso aquel día me encontraba, de nuevo recorriendo las calles del cementerio para finalizar lo que hacía unos días había empezado y las circunstancias habían truncado.

Últimamente mi historia se había quedado reducida a unos cuantos muertos, los que estaba visitando en esos momentos. Primero mis padres, aunque por eso que llaman ley de vida se trataba de algo normal, posteriormente Natalia, mi mujer, no me gustaba denominarla exmujer aunque estuviéramos separados cuando fue asesinada, más tarde Arturo y Elvira, vencidos no por el peso de los años sino de la culpa y finalmente Luis Bourget Morán, juez de instrucción de Bilbao. Durante unos meses fue mi bestia negra y ahora yacía a mis pies, bajo una losa en la que tan solo aparecía su nombre, nada más. No sé qué se siente, en el caso de que se pueda sentir algo, que tampoco tengo ningún interés en averiguarlo, cuando uno está bajo tierra sin el consuelo de tener a su lado al compañero de toda su vida. Al menos mis padres, lo mismo que Arturo y Elvira, reposaban juntos, el que fueran o no conscientes de ese detalle no tenía la menor importancia, pero Luis Bourget estaba, al menos físicamente, separado por toda la eternidad del hombre que había amado. Y en cierto modo era responsabilidad mía.

Con eso no quiero afirmar que me sintiese culpable de lo que había sucedido, de ninguna manera, hice lo que creía que debía hacer, lo que me pedía el cuerpo hacer, y cada día que pasaba más me convencía el hecho de que independientemente de todo

lo que le dije y de cómo le traté, Bourget tenía ya tomada una determinación y que se trataba de una decisión irrevocable, pero ese convencimiento no me eximía de mi parte de responsabilidad en lo que había ocurrido, por eso estaba allí, no tanto para rezar por el alma del difunto juez como para decirle, en silencio, que en el fondo no éramos nada más que unos pobres diablos a los que las circunstancias les habían superado.

Mis reflexiones fueron interrumpidas por dos enormes sombras que se cernieron sobre mí. Soy consciente de que, según la posición en la que se encuentre el sol, una persona diminuta puede originar una silueta gigantesca y al contrario, un mastodonte puede lucir una sombra ínfima, pero algo me decía que las dos inmensas y negras figuras que podía divisar en el suelo, a mis pies, se correspondían con los de sus propietarios. Cuando me volví comprendí que había acertado, dos apabullantes armarios roperos se habían colocado a mis espaldas, y allí permanecían inhumanamente quietos, con semblante adusto y sin mover un músculo, como si en lugar de con carne y hueso estuvieran esculpidos sobre mármol, con el mismo mármol con el que se habían levantado las lápidas de las tumbas que yo estaba visitando. Ni amenazantes ni tranquilizadores, se limitaban a esperar las órdenes pertinentes del hombre al que, no había que ser un lince para deducirlo porque saltaba a la vista, estaban escoltando.

–Yo que usted no perdería el tiempo rezando por Luis Bourget –me dijo nada más acercarse–, a Dios no le gustan los homosexuales.

–No lo sé, señoría, desconozco las preferencias divinas en materia sexual, últimamente no me ha llamado para ponerme al corriente de sus gustos, seguramente ha perdido mi número de móvil. ¿A usted sí le ha llamado? ¿Y qué le ha dicho, que prefiere a los magistrados maricones antes que a los jueces homosexuales?

–Con esa actitud tan equivocada, señor Goikoetxea, dudo mucho que le vaya a ir bien en la vida.

–Pues ya lo siento, pero me temo que tengo demasiados años como para cambiar. Supongo que no me he convertido en un «hombre de provecho», como quería mi madre, pero qué le vamos a hacer, no todos podemos llegar a ser presidentes del Tribunal Superior de Justicia del País Vasco.

–Así que me ha reconocido –intentó que pareciera una afirmación sin ningún tipo de connotación añadida, pero no pudo ocultar un pequeño poso de vanidad que acababa de aflorar a su rostro.

Sí, le había reconocido. Germán López Argüelles había sido elegido hacía cuatro años Presidente del Tribunal Superior de Justicia del País Vasco y por lo que había leído en la prensa aspiraba a un nuevo mandato. Lo tenía fácil, ya que contaba con el apoyo de las asociaciones más conservadoras de la magistratura, a las que había representado fielmente, e incluso con más entusiasmo y total fidelidad, en el último cuatrienio. A mí eso me daba igual, igual que los constantes rifirrafes que mantenía con el gobierno autonómico y los sectores menos ultramontanos de la sociedad. Si los

jueces querían que López Argüelles les representara ese era, en todo caso, un problema exclusivo de los jueces, no mío, pero el que apareciera por allí de improviso, acompañado por dos gorilas que parecían más matones de discoteca que escoltas profesionales, no dejaba de inquietarme. Estaba claro que no nos habíamos encontrado por casualidad sino que había ido a buscarme.

–Así es –dije finalmente–, ¿cómo no iba a hacerlo? Últimamente no hace más que salir en la prensa. Aunque en sus declaraciones suele ser más correcto políticamente que en la intimidad de los cementerios, hasta ahora al menos no le había oído hablar mal del difunto Bourget ni de los homosexuales.

–Luis Bourget, como juez, contaba con todos mis respetos, pero eso no significa que apoyara sus perversiones sexuales. Es cierto que la legislación actual les concede todo tipo de derechos, derechos que como profesional de la judicatura no me queda más remedio que acatar y amparar, pero eso no significa que como ciudadano no rechace profundamente unas actitudes que van contra natura y no son gratas a los ojos de Dios.

–Mire, señoría, no tengo ganas de discutir con usted sobre asuntos teológicos ni religiosos y me imagino que usted tampoco se ha acercado hasta aquí para convertirme y llevarme al redil, así que me gustaría saber a qué debo el honor de este grato encuentro.

–Ya me habían dicho que era usted bastante lenguaraz y descarado, pero como comprenderá tampoco he venido para apreciar sus sutilezas dialécticas ni su ironía. ¿Por qué está usted aquí? –señaló la tumba de Luis Bourget–. ¿Acaso se siente culpable?

–¿A qué tipo de culpa se refiere? Porque ningún juez me ha procesado aún por su muerte –los dos sabíamos que me estaba evadiendo, pero teniendo en cuenta a quien tenía enfrente, era la única respuesta posible.

–Lo sé, pero no me decepcione ni me tome por tonto, señor Goikoetxea, ambos sabemos que me estaba refiriendo a otro tipo de culpabilidad. En cuanto a lo que usted ha dicho, se puede arreglar. Muchos compañeros de Luis Bourget piensan que sin la actuación de un impetuoso detective que quería vengarse de una supuesta persecución, su colega jamás se hubiera suicidado. Incluso se ha estudiado la posibilidad de procesarle por inducción al suicidio.

–Es usted muy amable por avisarme, lo tendré en cuenta por si tengo que contratar un abogado.

–¡Oh!, no es ningún aviso, señor Goikoetxea, tranquilícese, era tan solo un comentario, quizás innecesario, lo reconozco, usted es consciente de que lo sucedido no le ha convertido en el personaje más popular del Palacio de Justicia. Por eso mismo seguramente me creerá si le comento que a algunos de mis subordinados les haría extremadamente felices el poder pillarle en algún desliz, a ser posible de esos que obligan al juez de guardia a incoar diligencias previas por la comisión de un delito.

–En ese caso procuraré portarme bien de ahora en adelante.

–Le creo, señor Goikoetxea, le creo, pero me temo que su decisión llega un poco tarde. ¿Tiene usted *bluetooth* en su móvil?

Lo extraño de la pregunta me descolocó durante unos segundos, pero finalmente respondí en sentido afirmativo. No lo había usado nunca, no era muy experto en eso de las nuevas tecnologías, pero me parecía recordar que la chica que me había vendido el aparato lo había mencionado entre las prestaciones que me ofrecía. Mi extrañeza aumentó cuando a un gesto de López Argüelles uno de sus matones sacó su propio móvil y empezó a teclear en él, con una agilidad y soltura que parecía casi imposible en alguien cuyos dedos parecían salchichas alemanas.

Un pitido, surgido del interior de mi cazadora, interrumpió mis pensamientos.

–Creo que ha recibido usted un mensaje, señor Goikoetxea. Por favor, no se preocupe por nosotros, atiéndalo –lo que en otros momentos hubiese sido un comentario cortés tenía el inequívoco sello de una orden. Oponerme a ella hubiera sido absurdo, así que hice lo que se me pedía.

En la pantalla de mi móvil apareció de repente un vídeo. En él se veía cómo un vehículo, idéntico al mío, incluso la matrícula era la misma, obligaba a parar a un motorista y se ponía a hablar con él, con un aspecto claramente amenazador. Poco después podía verse también cómo le golpeaba y destrozaba su máquina fotográfica. Finalmente, un primer plano mostraba a un gilipollas llamado Mikel Goikoetxea que se las daba de detective duro subiendo de nuevo a su coche, totalmente orgulloso, porque pensaba que era un tipo listo que había descubierto a un pobre desgraciado intentando fotografiarle furtivamente. Y mientras tanto alguien me había estado vigilando, y no solo me había seguido sin que yo me enterara, sino que había conseguido grabarme en plena faena.

–Creo que este tipo de vídeos son muy populares entre los jóvenes, señor Goikoetxea. Suelen subirlos a Internet, a eso que llaman You-Tube, y allí puede verlos un montón de gente. Sinceramente no entiendo cómo esas cosas pueden llegar a parecerles divertidas, serán cosas de la edad, o de la educación, o las dos a la vez, pero tienen su punto de interés. ¿Se imagina ese vídeo a disposición de millones de internautas? Se haría usted famoso, muy famoso, mucho más que lo que se hizo tras su intervención en el caso del «Karibeko Kluba». Aunque me temo que no sería una fama muy positiva, no creo que a usted le gustara.

Si eso era una pregunta, la pasé por alto. No me parecía probable que el Presidente del Tribunal Superior de Justicia del País Vasco hubiera acudido al cementerio con el único propósito de amenazarme, así que opté por el silencio, convencido de que antes o después López Argüelles me confesaría el auténtico motivo de ese encuentro.

–De todos modos no es ese mi estilo –continuó al comprobar que yo daba la callada por respuesta–, además no manejo las nuevas tecnologías con la soltura suficiente como para subir la película a Internet. En realidad mi obligación, no solo

como magistrado sino como simple ciudadano, sería la de poner esta grabación a disposición de un juez de guardia, creo que hoy está de turno un íntimo amigo de Luis Bourget al que le encantaría verla. Como poco podría imputarle por un delito de daños con fuerza y quién sabe qué más cosas, agresión, lesiones, amenazas, incluso homicidio frustrado. Admito que esta última acusación no sería fácil sostener, pero de momento le proporcionaría alguna molestia añadida. ¿Qué opina un buen ciudadano como usted? ¿Debería entregársela al juez de guardia?

En un primer momento opté por encogerme de hombros y no contestar, pero rectifiqué casi al momento, quizás había llegado el momento de hacerle frente y marcarme un farol. Así que le dije que me daba igual porque estaba convencido de que esa grabación nunca llegaría a las manos de un juez.

—¿Por qué está usted tan seguro de eso? —el interés que delataba su pregunta parecía auténtico.

—En primer lugar porque dudo que quien me haya grabado tenga una orden judicial, lo que invalidaría la película como prueba, pero lo más importante es que usted necesita algo de mí y esa es la baza que tiene en sus manos para conseguir que yo acceda a sus deseos.

—Me habían dicho que era usted un tipo tan inteligente como desagradable, señor Goikoetxea, y tengo que reconocer que quien me lo dijo tenía razón, aunque se equivoca en el primero de sus argumentos. Es cierto que no hay ninguna orden judicial que permita grabarle con una cámara, pero por otra parte usted comprenderá que no me sería nada difícil amañarla en caso de considerarlo necesario, aunque no lo voy a hacer porque tiene razón en parte, al menos con el segundo de sus argumentos ha acertado de lleno. En efecto, necesito algo de usted, pero no tiene nada que ver con hechos pasados. La muerte del juez Bourget fue lamentable, como todo lo que la rodeó e indirectamente la causó, pero eso es ya agua pasada. Ahora hay que mirar al futuro y el futuro requiere nuestra mutua colaboración. Yo cooperaré con usted no presentando esta grabación e impidiendo que prospere cualquier causa que algún juez bajo mi mando intente abrir en su contra y usted lo hará conmigo en un pequeño asunto que quiero encomendarle. Como verá se trata de colaborar para beneficiarnos ambos, un *do ut des*, por decirlo en términos jurídicos.

Eso es lo bueno de tener estudios, que puedes camuflar lo que es un chantaje en toda regla con un latinajo. Así que un *do ut des*, te doy algo para que tú me des otra cosa a cambio, si se mira bien esa es la quintaesencia del comercio, es decir de la civilización capitalista occidental. Lo cojonudo del tema estribaba en que López Argüelles me ofrecía la posibilidad de liberarme de un problema que él mismo había creado. Ahora comprendía por qué había escalado tan alto en su profesión, era un poco más hijo de puta que el resto de sus colegas.

En el fondo no me preocupaba demasiado lo que los jueces, por cabreados que estuvieran conmigo, pudieran hacer en mi contra. Gracias a la generosidad de Arturo y Elvira podía costearme una legión de abogados, además, lo que podían tener contra

mí no era excesivamente consistente ni como para preocuparse. Pero de repente comprendí que estaba intrigado, muy intrigado, me interesaba saber qué era lo que podía querer de mí alguien como el mismísimo Presidente del Tribunal Superior de Justicia del País Vasco, así que a pesar de mi inicial aversión a tratar con él le dije que estaba dispuesto a escucharle.

López Argüelles debía necesitar más intimidad que la que sus protectores le ofrecían porque les dijo que se fueran y le esperaran en la puerta del edificio administrativo. Para vencer sus reticencias, supuse que no eran escoltas propios sino que habían sido facilitados por el Departamento de Interior, les dije que yo había sido policía y era capaz de protegerle perfectamente. No quedaron muy convencidos, pero finalmente accedieron a sus deseos.

–Son muy leales, pero no excesivamente inteligentes. En eso se diferencian de usted, que es inteligente, aunque dudo mucho que sea leal.

–Lo soy con mis amigos.

–No lo pongo en duda, pero no me hago ilusiones, sé que nunca perteneceré a su círculo de amigos. Y aunque no es mi intención ofenderle, creo que tampoco lo admitiría yo en el mío, así que desde ese punto de vista estamos en paz. De todos modos también sé que usted cumple su palabra así que confío en que, aunque no sea por lealtad personal, juegue limpio conmigo. Le conviene.

–¿Vamos a volver a ese rollo? Ya le he dicho que puede decirme lo que desea de mí, no perdamos tiempo, por favor, quiero largarme de aquí cuanto antes, los cementerios no son mis lugares de reunión favoritos.

–De acuerdo, como usted quiera, vayamos al grano. Usted, señor Goikoetxea, no lo sabe ni tiene por qué saberlo, de hecho casi nadie lo sabe, pero tengo una hija.

Intenté no sorprenderme, el hecho de que fuera notorio el estado de soltería de López Argüelles así como su condición de miembro numerario del Opus Dei, no tendría que haber significado nada especial para mí. A lo largo de mi vida había conocido a gente aún más hipócrita que el hombre que estaba a mi lado, gente que decía una cosa y hacía la contraria, así que estaba ya curado de espanto por lo que esa confesión no tendría que haberme afectado para nada; no obstante algo sí debió dejar traslucir mi cara porque López Argüelles sonrió por primera vez desde nuestro encuentro.

–Me imagino lo que estará usted pensando, lo que pensaría cualquier persona con la mente sucia y retorcida, pero está completamente equivocado. Fue un desliz de juventud, lo reconozco, y aunque lo sencillo hubiera sido actuar como se hace hoy en día, abortar y asunto solucionado, intenté arreglarlo, hasta pensé seriamente en casarme con la madre, una joven que había intentado cazarme, las cosas como son, eso del feminismo puede estar muy bien, pero nos hace olvidar que las mujeres, por lo menos aquellas que no han sabido encontrar en la religión la fuerza para oponerse a sus instintos primarios, son los depredadores por excelencia, siempre a la caza del hombre. Afortunadamente tanto mis familiares más próximos como mi confesor me

disuadieron. Ese matrimonio jamás hubiera funcionado, con lo que habría estado perpetuamente encerrado en una cárcel, ya sabe usted que la Iglesia Católica rechaza el divorcio. En cambio, si me arrepentía de mis pecados y seguía para adelante, sin mirar atrás, podría tener un futuro como servidor de la Obra y de la sociedad, y eso es lo que hice. Puedo afirmar, sin que me tiemble la voz, que opté por el camino correcto, como lo demuestra el trabajo que he realizado anteriormente como magistrado y en estos momentos como Presidente del Tribunal Superior de Justicia del País Vasco.

El tío, por muy presidente que fuera de todos los jueces vascos, me estaba cargando. Y su patético intento de autojustificación me la traía floja. Por mí, como si en lugar de una hija tenía veinte y, de propina, tres concubinas, cinco perros y diez gatos. Más o menos eso es lo que le dije, aunque intenté ser un poco más educado al expresarlo verbalmente. En el fondo me caen bien los perros y gatos.

–En ningún momento he intentado justificarme, señor Goikoetxea, porque no lo necesito. Mi conciencia me dice que he obrado correctamente a los ojos de Dios y eso es para mí lo único importante, tan solo quería ponerle en antecedentes para que comprendiera mejor lo que le iba a explicar.

»Quiero que sepa que no dejé tirada a la madre de mi hija, como es habitual en esta sociedad hedonista que solo se preocupa por su propio placer, sino que me ocupé de ella y nunca ha tenido problemas de ningún tipo. Murió hace cinco años, un cáncer de hígado acabó con ella en pocos meses, negándose a recibir los últimos sacramentos, supongo que con eso puede hacerse una idea de su carácter, rebelde, impío y egocéntrico. Desgraciadamente ha transmitido ese carácter a su hija –omití añadir que también lo era suya–, pese a que yo intenté influir favorablemente en su educación, aunque desde la distancia, ya que legalmente no tenía ningún derecho a ello. Incluso la hubiera apoyado si hubiera estudiado Derecho y se hubiese presentado a las oposiciones para juez, pero prefirió seguir el ejemplo materno e hizo la carrera de Periodismo –no pudo ocultar un gesto de desagrado al detallarme la profesión que había elegido su hija.

»Como es lógico nunca le dijimos que yo era su padre, no hubiera causado más que problemas a todo el mundo, pero como no quería permanecer totalmente ajeno a ella mantuvimos cierto trato, para ella soy tan solo un viejo amigo de la familia, incluso me llama tío –por primera vez, desde que había empezado a contarme la historia de su hija secreta advertí ciertos rasgos de humanidad en su expresión–, sí, para ella no soy papá sino el tío Germán. Y como es lógico, me preocupo por ella, ya le he dicho que ha salido a su madre tanto en lo profesional como en lo personal y ese hecho me inquieta, me inquieta mucho.

–Le comprendo perfectamente, y puede crearme cuando le digo que mi corazón sangra por usted, pero me temo que no puedo ayudarle, no soy una niñera ni un consejero de jóvenes problemáticos.

–Puede ahorrarse sus ironías, señor Goikoetxea, y en cuanto a eso de que usted no

es una niñera, ya lo veremos.

Esa última frase sí que me sorprendió, así que le pedí que se explicara.

–Eso es lo que estoy intentando hacer todo el rato –me contestó molesto–. Agurtzane, así se llama mi hija, tiene pelotas la cosa, ponerle a la niña un nombre en vascuence, yo creo que su madre lo hizo no porque le gustara el nombrecito sino para joderme, ha acabado hace poco la carrera de periodismo y está buscando trabajo. Yo he intentado ayudarla ofreciéndome a colocarla en algunos periódicos en los que tengo contactos e incluso en la oficina de prensa de un partido político que me debe muchos favores, pero ha rechazado mi ayuda alegando por una parte que le parecían extremadamente derechosos y conservadores y por otra que quería hacer un trabajo más creativo que los que yo podía buscarle, algo así como periodismo de investigación, periodismo de investigación –repitió la frase con gesto de asco–, hay que joderse.

–Los hijos son así, ya se sabe –yo no los tenía, pero tampoco quise desaprovechar la ocasión de tocarle las pelotas a López Argüelles–, se desvive uno por ellos y te lo agradecen de esa manera.

En esta ocasión el jefe de los magistrados no consideró necesario demostrar su malestar ante mi comentario, al fin y al cabo yo para él era tan solo un mosquito, molesto a veces, pero nada peligroso.

–Como le estaba diciendo, Agurtzane quiere dedicarse al periodismo de investigación y se le ha metido entre ceja y ceja reabrir, al menos periodísticamente hablando, el caso del «Karibeko Kluba», lo que no me parece oportuno. Creo que en eso usted sí que estará de acuerdo conmigo.

–Pues va a ser que no, no estoy de acuerdo con usted, nada me haría más feliz que se empapelara a todo ese atajo de cabrones que quedaron exculpados gracias al meritorio trabajo de algunos de sus colegas, pero sé que es prácticamente imposible y tan solo me queda el consuelo de que los máximos responsables pagaron por ello, aunque no tengamos que agradecerse al poder judicial, precisamente. De todos modos en una cosa quizás sí tenga razón, no me apetece revivir lo pasado aquellos días.

–Entonces, independientemente de otro tipo de consideraciones, en lo que sí está de acuerdo conmigo es en que lo único que conseguiría mi hija realizando ese reportaje sería reabrir heridas que aún no están cerradas del todo sin conseguir a cambio ningún beneficio. Así como en el hecho de que a usted no le apetece volver a ser protagonista del asunto y ser asediado por la prensa.

–Así es –acepté a regañadientes.

–¿Ve cómo no es tan difícil encontrar un espacio en común, si nos lo proponemos? Además estoy en condiciones de decirle que no tiene por qué preocuparse, conseguí disuadir a Agurtzane de que hiciera ese reportaje. Pero claro, nada en esta vida se consigue gratuitamente, he tenido que pagar un precio. Y le necesito a usted para hacerlo.

Según parecía por fin iba a abordar el meollo de la cuestión, así que con un simple gesto le animé a continuar.

–Debo decirle que, aunque para ella solo soy un muy buen amigo de la familia, confía en mí plenamente, por eso accedió a mis deseos pero, a cambio, me pidió que le ayudara en otro asunto. Sigue queriendo triunfar como periodista por su cuenta, creo que les llaman *free lance*, y ha encontrado un tema que según ella podría ser muy interesante y si lo culmina con éxito daría un buen impulso a su carrera. Por lo que me explicó, desea hacer un reportaje sobre la oleada de drogadictos que han muerto en los últimos meses.

El tema del que acababa de hablarme López Argüelles no me era desconocido a pesar de no haber estado nunca destinado a la sección de narcóticos. En los últimos meses la mortalidad de drogadictos y toxicómanos en general había ascendido considerablemente en Bilbao si se comparaba con otras épocas, tal vez con la excepción de los años ochenta que estaban ya muy lejanos. La prensa se había hecho eco de la circunstancia, pero no parecía existir nada extraño. Curiosamente, ni siquiera se había detectado un incremento en el tráfico de estupefacientes, los expertos entendían que, simplemente, nos encontrábamos en el pico más alto de una supuesta curva de fallecimientos por causa de las drogas. Podría llegar a tener cierto interés periodístico, pero no tenía la impresión de que hacer un trabajo sobre ese tema fuera motivo suficiente como para encumbrar a nadie a la cima de la profesión.

–Vuelvo a estar de acuerdo con usted –me respondió López Argüelles cuando le transmití mis impresiones–, por eso mismo estoy preocupado. No creo que Agurtzane sea tan tonta como para pensar que escribiendo un artículo plagado de datos estadísticos y comentarios piadosos sobre el peligro de inyectarse heroína va a ser proclamada la periodista del año, así que supongo que la motivación es otra. Y me da miedo, mucho miedo. No hace falta ser juez ni detective para saber que a los capos del narcotráfico no les gusta que les busquen las cosquillas. Por eso le necesito a usted. Antes ha dicho que no era ninguna niñera. Pues bien, eso es lo que quiero que haga, que sea su niñera.

–Creo que los dos mastodontes que le están esperando pueden hacer ese trabajo mejor que yo. Por si no sabe usted bien cuáles eran mis funciones como oficial de la Ertzaintza, tengo que confesarle que nunca hice el cursillo que acredita para trabajar de escolta.

–Lo sé perfectamente, como también sé que Agurtzane rechazaría rotundamente la posibilidad de andar con protección si se lo sugiriera. Es algo típico de los jóvenes, creer que pueden volar por su cuenta cuando todavía ni siquiera han desarrollado sus alas.

–En ese caso, no entiendo lo que desea de mí.

–Creo que ya se lo he dicho –estaba empezando a irritarse de nuevo, seguramente no estaba acostumbrado a que nadie le llevase la contraria–, usted vigilará a Agurtzane e impedirá que se meta en líos por culpa del reportaje que tiene intención

de hacer. Y por supuesto, me tendrá informado acerca de cualquier incidencia que pudiera ocurrir.

–Eso si acepto su encargo –le dije.

–Por mi parte ese tema está totalmente zanjado, aceptará usted por su propio bien –la irritación de López Argüelles aumentaba por segundos, lo que me encantaba. Tenía decidido aceptar hacía rato, pero no podía resistirme al deseo de sacarle de sus casillas.

–De acuerdo, usted gana –había finalizado el tiempo de jugar con él y era el momento de volver a lo importante–, pero si oficialmente no seré su escolta, ¿cuál será la excusa para que su hija y yo colaboremos?

–Por decirlo de algún modo, usted será su guía en territorio comanche. Aunque el reportaje lo hará ella, y lo firmará ella en caso de venderlo, la he convencido para que trabaje con usted mano a mano, con el argumento de que al haber sido policía conocerá al dedillo los ambientes en los que tendrá que moverse.

–No me creo que haya sido tan fácil convencerla. Una cosa es que los periodistas recaben la información de quienes seguramente conocen el terreno, y otra que les agrade tener a un detective permanentemente pegado a su espalda.

–Vuelve a tener razón, señor Goikoetxea, por eso tiene que ser usted ese detective. Agurtzane, en el fondo, aunque ha accedido a mis ruegos de que no profundizara en el caso del «Karibeko Kluba», sigue fascinada por él, y piensa que si ustedes dos trabajan juntos podrá enterarse mucho mejor lo que ocurrió y, también, conocerle mucho mejor a usted. Posiblemente eso es lo que ha inclinado la balanza a favor de aceptarle como dama de compañía.

No sabía si sentirme halagado por lo importante que podía llegar a ser para su hija u ofendido por la ironía francamente despectiva de su último comentario, pero no me dio tiempo a pensar en ello porque el Presidente del Tribunal Superior de Justicia del País Vasco volvió a hablar y, cuando lo hizo, sonó del mismo modo que cuando ejercía sus funciones judiciales.

–Espero que sea un hombre madrugador, señor Goikoetxea, porque le he dicho a mi hija que vaya mañana a hablar con usted a su despacho. A las nueve en punto de la mañana –añadió antes de marcharse de allí, en busca de sus escoltas, sin estrecharme la mano ni decirme un simple «adiós», el supermagistrado había terminado de dar las órdenes pertinentes a su nuevo subordinado y ya no tenía nada más que tratar con él.

Por mi parte di un último adiós al juez Bourget esperando que, efectivamente, ese fuera nuestro último encuentro, había llegado el momento de pasar página. Quizás ese nuevo caso que inopinadamente había surgido me ayudara a hacerlo. O quizás no, aún no estaba del todo seguro.

A Andoni Zubikarai el aviso le pilló comiéndose un menú del día en la cafetería Egaña, junto al Hotel Indautxu y no muy lejos del antiguo cine Olimpia, actualmente reconvertido en una residencia para la tercera edad. Mientras disfrutaba con la sólida comida casera que acababan de servirle iba haciendo el recuento de los cines que habían ido desapareciendo en los últimos años. Estaban el Astoria, en la Plaza Campuzano, ahora un local dedicado a los deportes, los Mikeldis, en la Alameda de Urkijo, el antiguo Albéniz, en Elcano, el Filarmónica, el Vistarama, el Carlton junto al hotel del mismo nombre que fue sede del primer y efímero Gobierno Vasco, el Gran Vía, que resistió como un símbolo cultural en una calle plagada de entidades financieras, los Ideales, al otro extremo de la misma calle en la que estaba comiendo, casi en Zabálburu, que albergaban ahora uno de esos modernos hoteles de bajo coste. Seguramente se olvidaba de alguno, el Consulado, recordó de repente, el Abando, en la calle Autonomía, que durante una época fue la única sala que ofrecía las películas en versión original y subtituladas y el Coliseo, junto al que solía estar aparcado el Salchichauto, una furgoneta en la que vendían salchichas y otro tipo de alimentos parecidos a los transeúntes. Por lo menos, una vez acabada la rehabilitación de la Alhóndiga habían tenido el detalle de instalar en su interior unas cuantas salas de cine. Y también se había podido recuperar, tras varios años con las obras y los proyectos paralizados el señorial teatro Campos Elíseos, en la calle Bertendona, cerca de donde habían estado ubicadas las oficinas del Athletic, el histórico club de fútbol de la ciudad. Incluso habían desaparecido los tradicionales Capitol y los multicines Deusto, que hacía tiempo habían trocado su nombre, alusivo al barrio en el que estaban enclavados, por el aparentemente más cinéfilo de Renoir.

En realidad Andoni Zubikarai no era excesivamente nostálgico ni cinéfilo, el primer asombrado al darse cuenta de a donde le habían conducido sus elucubraciones era él mismo. Sí, tenía que reconocer que Bilbao, la ciudad en la que había nacido y siempre había vivido estaba muy cambiada, en ocasiones para bien y en otras para mal, aunque él no perteneciese al grupo de los que pensaban que cualquier tiempo pasado fue mejor, de hecho para él los tiempos recientes estaban siendo los mejores, si bien eso no se debía a la remodelación urbanística de la ciudad sino a la presencia en su vida de Ainhoa. En realidad fue pensar en Ainhoa, junto al hecho de comer cerca de un antiguo cine ya desaparecido, lo que de manera inconsciente le había incitado a hacer un repaso de la extinta vida cinematográfica bilbaína. Esa tarde había quedado con ella para ir al cine, era el día del espectador y aunque a Andoni no le importaba acogerse al descuento en las entradas propias de ese día, tener una economía saneada era una de las pocas ventajas visibles de continuar soltero a sus treinta y cinco años, Ainhoa solía insistir en que fueran al cine ese día, para recortar gastos.

Teniendo en cuenta las escasas posibilidades que albergaba Bilbao para asistir a

una película, un recuento rápido le indicó que tan solo quedaban los Multicines en Indautxu, que aún resistía numantivamente ajenos a las vicisitudes del resto de las salas cinematográficas de su ciudad y los Golem, enclavados en el rehabilitado edificio de la Alhóndiga. Aparte de las citadas, la única posibilidad que les quedaba era un centro comercial, el Zubiarte, y ese era justamente el lugar que había escogido Ainhoa para verse dentro de dos horas. Le daba cierta pereza, por una parte, aunque comprendía que era un tributo que había que pagar por el progreso, no le gustaban demasiado los centros comerciales, y por otra la película que tenían que ver era una sobre unos zombis que atacaban un centro comercial precisamente, produciéndose una orgía de violencia y destrucción tan desmesurada que al final no se podía distinguir entre las hamburguesas que vendían en el MacDonald's del centro y las vísceras de los seres humanos atacados por los muertos vivientes. Decididamente no tenía alma de friki así que ese tipo de historias no le emocionaban en absoluto, pero si Ainhoa quería ver esa película, iría a verla sin emitir ni un leve gruñido de protesta. En el fondo no dejaba de tener su lógica el que a su novia le gustaran esa clase de películas y él era el menos indicado para quejarse ya que era consciente de que, en lo que atañía a la relación que mantenían, sus preferencias estéticas jugaban a su favor.

Aún no había llegado al postre cuando su teléfono móvil empezó a vibrar. Era un mensaje de Ainhoa que le comunicaba de esa forma que le había surgido un compromiso y no podría acompañarle a ver la apasionante película titulada «El regreso de los cadáveres de la ciénaga» o algo similar. De todos modos esperaba acabar pronto y que pudieran verse un rato por la noche. Andoni Zubikarai sonrió con satisfacción, no tendría que ir a ver algo que tenía todo el aspecto de ser un bodrio infumable, pero podría quedar con su novia un rato. Tenía toda la tarde por delante así que decidió regresar al apartamento que había comprado hacía un par de años en las torres de Isozaki, un lujo que había podido permitirse cuando aún la crisis económica no había estallado y que había provocado, por parte de Ainhoa acusaciones de ser un pijo y un engreído, aunque ella estaba casi tan satisfecha como él de lo que denominaba, medio en bromas medio en serio, su «ostentosa adquisición». Sí, iría a su apartamento y en lugar de ver esa película cuyo título le producía escalofríos pondría en el DVD una de Woody Allen que había comprado hacía tan solo tres días y aún no había tenido tiempo de ver, *Manhattan*, con el propio Woody y Diane Keaton como protagonistas. La había visto anteriormente en vídeo y todavía recordaba cómo se quedó fascinado no solo por el neurótico mundo del personaje interpretado por Woody Allen en persona sino, sobre todo, por su incapacidad para tener relaciones normales con las mujeres así como con la extraordinaria fotografía en blanco y negro, los colores, o quizás la ausencia de colores, elegidos por el genial Allen para filmar la película, un auténtico atrevimiento en aquel año de 1979. Se identificaba perfectamente con los problemas de ese triste guionista, creador de gags cómicos, cuya vida sentimental se parecía más a la del payaso triste que a la de un triunfador de Hollywood, incluso compartía sus

problemas con las mujeres. Hasta que llegó Ainhoa. Ahora podría disfrutar doblemente de la película, seguía siendo una obra maestra, pero ya no le evocaría su desastrosa experiencia amorosa anterior.

Era un buen plan. *Manhattan*, uno o dos *gin-tónicos* de Bombay, un cómodo sofá y dejar que transcurriera apaciblemente la tarde hasta que llegara el momento de reunirse con Ainhoa. Quizás incluso le diera tiempo a ojear un libro que acaba de recibir escrito por un reputado especialista norteamericano en Medicina Legal. El tratado, aún no traducido al español, había sido tan alabado por sus explicaciones técnicas como denostado, sobre todo en círculos alejados de la ciencia forense, por la crudeza de las imágenes que lo ilustraban. Él mismo comprendía el malestar surgido entre quienes no estaban especializados en ese campo, pero en ningún caso las fotografías se habían introducido con ánimo de escandalizar sino que eran un complemento indispensable para hacer más comprensible el texto. De hecho había escrito una reseña que esperaba que fuera publicada en breve, en una reputada revista española. Y, aunque la intención del autor no había sido esa, quizás podría servirle para otros proyectos. Se preguntó si merecía la pena llevar consigo el libro cuando se reuniera con Ainhoa. Era muy posible que la visión de esas fotografías la excitara. Sí, seguramente funcionaría. El plan se iba ampliando y cada vez le gustaba más, *Manhattan*, uno o dos *gin-tónicos* de Bombay, un cómodo sofá, reunirse con Ainhoa y un polvo salvaje que duraría hasta el amanecer. Decididamente ese iba a ser un buen día.

Estaba atacando el postre, un plato de queso de Burgos, con el punto exacto de sal, acompañado por un membrillo tierno y jugoso, cuando sus planes se trastocaron por segunda vez, en esta ocasión para peor. Una llamada proveniente del juzgado de guardia le indicaba que tenía que acudir a un levantamiento de cadáver. Sin acabarse el queso dejó el dinero encima de la mesa y salió del restaurante. Había dejado el coche muy cerca de allí, en los bajos de la Alhóndiga, así que se dirigió inmediatamente a buscarlo, sin apenas tener el tiempo suficiente para digerir la comida.

El levantamiento debía hacerse en Santutxu de manera que ni siquiera se molestó en buscar un hueco para aparcar, sabía por experiencia que a esas horas y en ese barrio encontrar un hueco libre prácticamente una misión imposible, por eso se limitó a acercarse al domicilio en el que le habían dicho que encontraría el cadáver y, como esperaba, se topó con el furgón de atestados de la policía municipal. Tras acreditarse como médico forense de guardia ante los municipales que permanecían de pie junto al vehículo, consiguió el permiso para aparcar en doble fila sin miedo a ser multado e iba a encaminarse hacia el portal cuando le detuvo una voz femenina procedente del furgón que gritaba su nombre. Su sorpresa fue mayúscula cuando identificó esa voz como perteneciente a Ainhoa.

—¿Ainhoa? —preguntó extrañado, acercándose hasta el lugar de donde procedía la voz.

–Sí, soy yo, Andoni. Diles a estos cafres que me dejen salir de aquí.

Andoni Zubikarai preguntó, más con gestos que con palabras, qué era lo que estaba ocurriendo.

–¿Conoce usted a esta mujer? –le dijo uno de los municipales, que lucía un hermoso hematoma en uno de sus ojos.

–Sí, la conozco. ¿Pueden decirme qué es lo que ha pasado? ¿Y por qué está detenida?

–Hará cosa de unos quince minutos –le dijo el municipal que estaba al mando— ha venido esta señorita pidiendo que la dejáramos pasar, que era conocida de la mujer que había sido hallada muerta. Lógicamente no se lo hemos permitido, porque aún no había llegado el juez, y se ha puesto como una energúmena, insistiendo en que tenía que entrar y llegando a agredir a un compañero, así que no nos ha quedado más remedio que retenerla.

–¡Por la fuerza! –protestó Ainhoa.

–Sí, claro, por la fuerza –repuso el municipal que, al no haber sido el agredido, mantenía la calma—, porque cuando se lo hemos pedido por favor no nos ha hecho ni puñetero caso.

–Andoni, diles quién soy, diles que trabajo como asistente social y que conocía mucho a doña Engracia. Mire –añadió dirigiéndose al policía lesionado—, lamento lo ocurrido y estoy dispuesta a hacerme cargo de los gastos médicos y lo que haga falta, pero tienen que comprender, había tratado mucho a doña Engracia, para mí era como de la familia, es más, ha sido su propia sobrina, la que la ha encontrado, quien me ha llamado y me ha pedido que acuda hasta aquí, por eso he reaccionado de ese modo y lo siento, de verdad, créanme, lo siento infinito.

–Por si les sirve de algo puedo asegurarles que la señorita está diciendo la verdad –estimó Andoni Zubikarai que había llegado el momento de intervenir.

El policía que estaba al mando le preguntó a su compañero agredido si quería presentar la correspondiente denuncia.

–¿Para qué? ¿Para aumentar el papeleo? Ya estamos cubiertos de papeles hasta las cejas como para que aumentemos su volumen, y total para nada, lo único que conseguiría sería que los compañeros se descojonaran de mí por haber permitido que me golpeará una jovencita que no tiene ni media bofetada, así que mejor dejarlo estar.

–En ese caso –se dirigió en esta ocasión el jefe de la patrulla al forense—, si usted se hace cargo de la joven, queda libre. Y la próxima vez que procure contener sus impulsos, que no siempre va a tener, como hoy, la suerte de que le salga gratis.

Poniéndose tácitamente de acuerdo el médico y su novia se dirigieron nuevamente al portal. Una vez fuera de los oídos de los municipales Andoni Zubikarai le preguntó nuevamente a Ainhoa el por qué de encontrarse allí.

–Es lo que acabo de contar. Durante unos meses estuve atendiendo a doña Engracia Rupérez, la anciana que ha fallecido, e intimé bastante con ella. No estaba mal de salud, pero se encontraba muy sola y yo era su única compañía. Hasta que

hace unos meses dejamos de prestar ese servicio, al parecer unos familiares decidieron llevársela a vivir a su casa y, por lo tanto nosotras, me refiero a la empresa de servicios sociales en la que trabajo, ya no éramos necesarias. Lo que no entiendo es que siguiera viviendo aquí, se suponía que estaba haciéndolo con una sobrina, la que me ha llamado para decirme que acababa de encontrar su cuerpo y no sabía qué hacer. He sido yo quien le ha aconsejado que se pusiera en contacto con el juzgado.

Mientras Ainhoa hablaba llegaron al piso en el que vivía la difunta Engracia Rupérez. No hubiera hecho falta la presencia de los policías municipales que se paseaban inquietos por el descansillo para adivinarlo, porque el hedor que desprendía el cadáver llegaba hasta allí. Andoni Zubikarai estaba más acostumbrado, pero Ainhoa no pudo evitar que todo lo que había comido le subiera a la garganta y vomitarlo junto al ascensor.

–Será mejor que no entres –le dijo Andoni, al percatarse de la lividez de su rostro.

–No, no, ha sido solo un momento, ya estoy mejor, quiero entrar, ya sé que parece raro, pero quiero darle mi último adiós a doña Engracia, era una buena mujer, ¿sabes?

Andoni le agarró la mano en un gesto de cariño, prácticamente imperceptible para ojos ajenos, de momento le parecía más prudente no dejar traslucir que Ainhoa y él eran pareja.

El juez era un hombre joven con el que Andoni Zubikarai ya había trabajado en varias ocasiones y con el que se entendía a la perfección. No opuso ningún obstáculo a la presencia de Ainhoa cuando le explicaron por qué se encontraba allí, entre otras cosas porque se trataba de un asunto muy claro.

–No vas a tener que esforzarte demasiado, matamuertos –eso era lo único irritante del juez para Andoni, que con un ingenio digno de mejor causa había transformado el irónico apelativo de «matasanos» con el que solía llamarse a los médicos en «matamuertos», por su condición de patólogo, y la expresión había tenido tanto éxito que todos los funcionarios de ese juzgado le denominaban de ese modo, y el apelativo amenazaba con extenderse al resto de los juzgados–, la causa de la muerte parece clara, suicidio.

–¿Suicidio? –exclamaron, más que preguntaron, al unísono Andoni y Ainhoa, el primero simplemente interesado y la segunda extrañada.

–Sí, bueno, tendrás que confirmarlo, pero hemos encontrado dos frascos vacíos de un potente fármaco que parecen haber sido comprados hacía poco, por la fecha de caducidad y el estado de la caja. Por cierto, tenía receta para comprarlos, la anciana estaba siendo tratada de un cáncer de huesos, aunque nadie lo sabía, ni siquiera su familia.

–¿Su familia? ¿De qué mierda de familia habla, que la dejaron sola como a una perra? –el rostro de Ainhoa había vuelto a sulfurarse, parecía un volcán a punto de entrar en erupción. Hizo ademán de dirigirse a una mujer que se encontraba en el salón en el que estaban hablando, no muy lejos de ellos, pero fue detenida por Andoni.

La mujer aludida, que se había identificado como sobrina de la difunta y no había dejado de llorar desde que el forense y su novia habían entrado en la estancia, recomponiendo su gesto se acercó hasta donde estaban.

–Eso no es justo, Ainhoa. Estuvo viviendo con nosotros, y me gustaría pensar que fue feliz, aunque ahora..., ya no sé qué pensar. Un día nos dijo que quería volverse a su casa, ya sabes que siempre había sido muy independiente, y no se lo pudimos impedir. Nos dijo que no nos preocupáramos, que iba a estar bien atendida y la creímos. Lo que nunca nos dijo es que se estaba muriendo, que tenía un cáncer muy avanzado, si lo hubiéramos sabido...— el llanto volvió a hacerse presente e interrumpió su discurso.

–De todos modos –Ainhoa se iba calmando poco a poco, pero no estaba dispuesta a dar fácilmente su brazo a torcer–, lo que no entiendo es que no estuvierais más pendientes de ella. Por el olor que desprende, llega hasta aquí desde su habitación, da la impresión de que lleva varios días muerta, ¿no? ¿Cuánto tiempo hacía que no la visitabas?

–Solo una semana, debes creerme, Ainhoa –quizás el hecho de que la asistente social acompañara al médico forense y hubiera estado departiendo con el juez de guardia había incitado a la sobrina a pensar que estaba investida de la autoridad de los anteriores, porque intentaba desesperadamente ser comprendida, y exonerada, por ella–. Y la llamaba por teléfono todos los días. Excepto los cinco últimos, pero es que ya sabes, andamos todos con mil cosas, el trabajo, los hijos, los problemas, y me despisté, pero solo fueron cinco días sin tener noticias de ella, lo juro. Por eso cuando esta mañana no contestaba a mis llamadas he venido hasta su casa y me la he encontrado muerta. Tú lo sabes bien –volvió a dirigirse a Ainhoa–, eres la primera persona a la que he llamado después de, después de –optó por callar, como si no quisiera volver a decir que la había encontrado muerta.

–No sea tan dura, señorita –intervino nuevamente el juez, dirigiéndose a Ainhoa–, seguramente aunque la hubiera visitado a diario no habría podido hacer nada, cuando alguien quiere quitarse la vida siempre encuentra el modo y momento de hacerlo –añadió filosóficamente–, y si efectivamente padecía un cáncer de huesos no puedo reprochárselo, por lo que me han dicho tiene que ser doloroso de cojones, y perdónenme ustedes la expresión –sonrió obsequioso a las dos mujeres–. Ahora, matamuertos, quizás haya llegado el momento de que vayas a examinar el cadáver. Por mi parte me iré al juzgado, con el secretario, para ir preparando la diligencia de inspección ocular y levantamiento de cadáver. Como veo que conoces a la joven, no perderé el tiempo tomándole los datos, si considero que tiene que hacer una declaración ya te los pediré a ti, ¿de acuerdo? Estupendo, pues nos vemos mañana en el juzgado.

–¿Quieres entrar? Puede ser muy fuerte –le preguntó Andoni Zubikarai a Ainhoa, señalando con la cabeza el pasillo que llevaba hasta la habitación en la que yacía tendida la difunta Engracia Rupérez.

Ainhoa contestó afirmativamente con un leve cabeceo y se dirigieron a la estancia. El olor a muerte, dulzón y pegajoso, se había extendido por toda la casa, pero en el dormitorio se hacía prácticamente insoportable. Andoni se colocó una mascarilla y los guantes preceptivos, ayudando posteriormente a Ainhoa a hacer lo propio. La joven se acercó a la fallecida y venciendo una natural repugnancia, ya que el deterioro del cadáver era evidente y acusado, la besó suavemente en la frente. No derramó ninguna lágrima, pero sus ojos enrojecidos delataban el mal trago que estaba pasando. El forense, por el contrario, más habituado que ella a ese tipo de actuaciones, examinó el cadáver con una rapidez y facilidad hija de la práctica.

–No hay señales de violencia –dijo para sí más que para Ainhoa–, y por lo que puede observarse a simple vista seguramente el juez tiene razón, ha fallecido intoxicada por su propia mano. Si el cáncer estaba muy avanzado, como el propio juez nos ha indicado, no se lo reprocho, es una enfermedad de lo más dolorosa. Bueno, de momento la primera exploración ya ha terminado, ahora habrá que esperar a la autopsia y a los exámenes toxicológicos, pero no creo que vayan a cambiar nada la primera impresión.

Andoni Zubikarai salió de la habitación y ordenó a los sanitarios que estaban esperándole que transportaran el cadáver hasta el Instituto Vasco de Medicina Legal.

–Me temo que no podremos cenar juntos –le dijo a Ainhoa–, quiero hacer la autopsia cuanto antes, ya ves en qué estado se encuentra el cadáver.

–No importa –le respondió Ainhoa, dándole un fugaz beso en los labios.–, llámame cuando termines.

–Seguramente acabaremos tarde.

–Cuando termines, a la hora que sea –fue lo último que escuchó decir a Ainhoa.

Más tarde, cuando se encontraba solo en la sala de autopsias tras la marcha de su asistente, se preguntó si las tres de la madrugada sería una buena hora para llamar a Ainhoa. El exhaustivo examen que había realizado al cadáver le había reafirmado en su primera impresión, la anciana se había suicidado. Siempre existía la posibilidad de que alguien le hubiera obligado a tragarse las pastillas, y se imaginaba que la Ertzaintza o la Policía Municipal, el juez se encargaría de decidir a quién le pasaba el trabajo, efectuarían algunas indagaciones rutinarias, pero tanto por el estado de salud de la mujer, seguramente no habría durado dos o tres meses más, como por los indicios hallados en el cuerpo, o mejor dicho, por su ausencia, la hipótesis más plausible era la del suicidio.

Finalmente se decidió a teclear el número de móvil de Ainhoa. Lo dejaría sonar tres veces y si no respondía se iría a su casa y se olvidaría de ella hasta el día siguiente. No había acabado aún el primer pitido cuando escuchó su voz.

–Deja de perder el tiempo con el móvil –fueron las primeras palabras de su novia–, te he dicho que vengas a casa, no que me llames por teléfono.

A esas horas apenas había tráfico en Bilbao ni policías municipales que controlaran la velocidad de los vehículos por lo que Andoni Zubikarai batió su propio

récord y pocos minutos después se encontraba tocando el timbre de la casa de Ainhoa. Cuando le recibió llevaba puesto un kimono de seda que dejaba transparentar todas sus formas, esbeltas y deseables. En su rostro podía apreciarse que había estado llorando, pero cuando vio a su novio su rostro se iluminó y desapareció de él todo rastro de congoja. Cogiéndole de la mano le llevó a la habitación y le ayudó a desnudarse. Luego, tras una breve danza que seguramente había aprendido viendo documentales sobre los clubes de Las Vegas, Ainhoa se desnudó, mostrando en una de sus piernas un pañuelo que había anudado al tobillo. Era un pañuelo blanco, elaborado con tela barata y áspera, que pese a no tener nada que ver con la erótica lencería de fantasía con la que acostumbraba a recibirle parecía haberla transformado en un ser hecho de puro sexo.

–Era de doña Engracia –le explicó Ainhoa con una sonrisa plena de excitación mientras restregaba el tobillo en el que llevaba el pañuelo contra la pierna de su novio–, lo he cogido como recuerdo en un momento en que el juez y tú estabais distraídos, espero que no te importe.

No, no le importaba, y lo demostró, lo demostraron ambos, uniendo sus cuerpos en una danza amorosa que duró hasta el amanecer. Cuando Andoni Zubikarai, a la mañana siguiente, salió de casa de Ainhoa rumbo a su despacho, ni siquiera recordaba ya el nombre de la muerta.

Antiguamente, en los viejos y buenos tiempos, cuando llevaba una vida normal, en el caso de que pueda considerarse algo normal trabajar como policía, no me costaba nada madrugar, incluso me proporcionaba una sensación placentera; de hecho, despertarme a las seis de la mañana, cuando no me tocaba realizar el turno de noche, era algo habitual en mí. Me gustaba levantarme nada más sonar el despertador, escuchar en la radio las primeras noticias del día y el tiempo que iba a hacer y darme una buena ducha antes de poner en marcha la cafetera. Natalia siempre se despertaba de mal humor, acusándome de hacer excesivo ruido y afirmando no entender cómo podía estar tan alegre a esas horas de la mañana, aunque enseguida se le pasaba, cuando le decía que si estaba alegre era, precisamente, porque había dormido junto a ella. Ahora nadie dormía en el otro lado de la cama y en lugar de tener que cumplir un horario en la Ertzaintza, que siempre era superior al estipulado en el convenio, trabajaba por mi cuenta lo que, entre otras cosas no tan positivas, me permitía organizarme a mi manera la jornada laboral.

Desgraciadamente López Argüelles no dio opción alguna, a las nueve en punto de la mañana me había arreglado una cita con su hija en mi domicilio, y si ella se parecía un poco a su padre, supuse que a la hora exacta, ni un minuto antes ni un minuto después, sonaría el timbre así que decidí hacer de la necesidad virtud y recobrar, aunque fuera momentáneamente, las viejas costumbres.

Puse el despertador a las seis de la mañana y para las seis y media ya estaba recorriendo las calles de Bilbao a un ritmo pausado al principio, pero más fuerte según iba sintiéndome a gusto. Llevaba mucho tiempo sin correr y tanto mi cuerpo como mi espíritu lo agradecieron, pese a que los primeros minutos pensé que iba a asfixiarme. Bajé hasta el parque por Doctor Areílza y luego, bordeando el Palacio Euskalduna me dirigí hacia Olabeaga, iniciando a la altura del Museo Marítimo un recorrido por el paseo de Abando Ibarra hasta llegar al muelle de Evaristo Churruga. Para alguien que hace *footing* con asiduidad, como había sido mi caso hasta hacía unos cuantos meses, no se trataba de algo excesivo, pero pese a esa sensación de bienestar que anteriormente he descrito, ya no podía con mi cuerpo. Regresé a la Gran Vía y con trote cochinerero subí por Gregorio de la Revilla hasta llegar a mi domicilio. Me encontraba como un SEAT 600 al que un conductor optimista hubiera intentado ponerle a 100 kilómetros por hora, a punto de reventar, pero íntimamente satisfecho por lo que era toda una hazaña. La ducha con la que me recompensé nada más llegar a casa me hizo revivir y considerar que estaba preparado para recibir no solo a la hija del Presidente del Tribunal Superior de Justicia sino a toda su familia, legítima o ilegítima.

A las nueve horas y cero minutos, como había sospechado, sonó el timbre de la puerta de mi domicilio. Debido a que el INEM, pese a mi insistencia, aún no me había remitido una lista con mayordomos susceptibles de contratación, no me quedó

más remedio que levantarme de la butaca en la que aún me estaba recuperando de la paliza que me había dado hacía menos de dos horas y abrir la puerta en persona. La primera sorpresa me la llevé al comprobar que no venía sola. La segunda me la proporcionó el fotógrafo que la acompañaba ya que se trataba del gilipollas con el que hacía algunos días había tenido el incidente a la salida del cementerio. Él, en cambio, no pareció sorprendido, me imagino que sabía de antemano que iba a encontrarse conmigo, aunque no hizo ademán alguno de reconocermelo.

La tercera sorpresa, que en circunstancias normales debiera haber sido la primera y que si yo no arrastrara un montón de prejuicios, ya que los hijos no tienen por qué ser clones de sus padres, ni siquiera tendría que haberlo sido, la tuve al ver a la mujer. Llevaba el pelo negro rapado muy corto, casi como si fuera una *skin-head*, y tanto en las cejas como en el mentón lucía unos hermosos *pearcings*. Ante eso el resto de su indumentaria, unos vaqueros que mostraban desgarrones por todos los sitios, una chamarra que parecía haber estado una semana entera sumergida en lejía y una camisa que podría haber sido perfectamente la indumentaria oficial de Txirri, Mirri y Txiribitón, los payasos con los que de niño aprendí a expresarme en euskera, apenas destacaba ni un ápice. No pude evitar una sonrisa al imaginarme lo que pensaría el tío Germán cada vez que se reunía con su «sobrinita».

—La señorita Agurtzane, supongo —dije por fin, extendiéndole la mano. En lugar de estrechármela empezó a mirar por encima del hombro y cuando se convenció de que lo que veía le gustaba, apartándose a un lado accedió al interior de la vivienda.

—Ha acertado, detective. Y usted, está claro, tiene que ser el señor Goikoetxea. ¿O tengo que llamarle Stanley?

—¿Qué le parece si nos acercamos al despacho y lo discutimos allí dentro?

Les precedí hasta el cuchitril que antaño utilizaba mi madre para planchar la ropa y que yo llamaba pomposamente mi despacho. Con un poco de suerte mis visitantes se sentirían incómodos y ahogados en su interior y me dejarían pronto en paz. Cuando se sentaron en dos incómodas sillas que había colocado al otro lado de mi mesa, decidí hablar el primero. Se veía que la chica tenía mucho desparpajo, pero prefería ser yo quien llevara la iniciativa, normas de la casa.

—Su tío no me ha explicado muy bien lo que necesita usted de mí. O mejor dicho, sí que me lo ha explicado, pero me ha parecido todo muy confuso, es la primera vez que me contrata una periodista para que la ayude a hacer un reportaje y, si quiere que le diga la verdad, no creo que haya muchos precedentes de esa extraña petición. Contra lo que suele aparecer en las películas, en las que policías y detectives se dan codazos por salir en la televisión y en la prensa, no es muy útil para el negocio ser conocidos. Es cierto que un poco de publicidad no viene mal, pero dirigida a nuestros posibles clientes, empresas, corporaciones, compañías de seguros, abogados, etc., no al gran público, si nuestras caras se hacen excesivamente famosas la gente se pone enseguida alerta y pueden cegarse nuestros canales de información. Y por cierto —añadí al ver que Agurtzane se disponía a interrumpirme—, su tío no me dijo que

vendría usted acompañada, y por un fotógrafo además –dije señalando la cámara que llevaba su acompañante que, a simple vista, era idéntica a la que yo le había destrozado varios días antes.

–Bueno, como usted comprenderá un buen reportaje periodístico necesita inexcusablemente un acompañamiento gráfico y para eso suele ser imprescindible el concurso de un fotógrafo. Por cierto, el que me acompaña es uno de los mejores, con el que trabajo habitualmente, y se llama Carlos Carlos.

–¿Carlos Carlos? –pregunté con extrañeza–. ¿Tiene el nombre duplicado? ¿Acaso es esa la última moda en nombres y yo me la he perdido?

–En realidad es Carlos-Karlos, la primera con ce y la segunda con ka y un guión en el medio. Se me ocurrió llamarme así porque cuando daba mi nombre todo el mundo me preguntaba si lo escribía con ce o con ka, ya sabe, la influencia del Argiñano, que lo escribe del segundo modo. Y la verdad es que me gusta mucho, creo que queda bien, pero que muy bien, muy artístico. Y, desde luego, menos engorroso para aprendérselo que mi nombre completo, Carlos José Fernández de Abetxuko y López de Uribarren. Es que soy gasteiztarra^[1], bueno, no exactamente gasteiztarra sino de un pueblo cercano a Vitoria –añadió como si quisiera justificar lo extenso de sus apellidos compuestos, típicos del territorio alavés.

En realidad, desde mi punto de vista quedaba como una patada en los cojones, pero me abstuve de hacer comentario alguno porque Agurtzane aprovechó que su compañero se había callado para explicarme el motivo de su visita.

–Por lo que se refiere a su extrañeza acerca de lo que necesito de usted, no sé lo que le habrá explicado mi tío –pronunció esa palabra, «tío», de un modo ciertamente curioso, como si me estuviera lanzando un mensaje–, pero obviamente no se trata de que escribamos a medias ningún reportaje ni de que sea usted mi guardaespaldas, sé defenderme sola.

Siempre dicen eso aunque a la hora de la verdad no sea así, pero me abstuve de contradecirla ya que a mí tampoco me apetecía nada ejercer de guardaespaldas, ni para ella ni para ningún otro habitante de este planeta o de algún otro en el que, a diferencia del nuestro, se hubiera encontrado vida inteligente.

–En ese caso, ¿qué es lo que desea de mí?

–Su experiencia. Entiéndame, no tanto su trabajo como policía o detective sino la destreza que ha podido acumular a lo largo de los años en su trabajo. Yo estoy empezando en esto del periodismo, pero como no me chupo el dedo y soy consciente de que la vida real no tiene por qué coincidir con lo estudiado en la facultad, necesito alguien que me guíe en el reportaje que quiero hacer, no tanto para que lo escriba conmigo sino para que me facilite datos e incluso me abra puertas en un mundo no muy conocido para mí como es el de las drogas. Por decirlo de algún modo, usted será mi guía en un territorio desconocido y hostil.

Por lo menos no había utilizado la socorrida expresión que me había soltado su padre, «territorio comanche», no sé si por un deseo expreso de no coincidir con él o

porque tenía una mayor riqueza de vocabulario. De todas maneras, aunque entendía perfectamente lo que quería de mí, o eso creía al menos, consideré conveniente resistirme un poco.

–Ese territorio, el de las drogas, además de desconocido y hostil puede ser peligroso, muy peligroso, señorita.

–Déjese de formalidades y llámeme Agurtzane. Y podríamos tutearnos, al fin y al cabo si vamos a colaborar debería existir entre nosotros algo más de confianza –en eso sí había salido a su padre, daba por supuesto que iba a doblegarme a sus deseos. Y lo peor de todo es que tenía razón, no tanto porque López Argüelles hubiera conseguido convencerme o intimidarme como porque de repente me estaba dando cuenta de que me apetecía meterme en esa historia. Aun sin saber lo que podría dar de sí siempre sería mejor que estar todo el día tumbado en el sofá bebiendo cerveza y viendo la televisión. Con dos meses en ese plan había tenido más que suficiente, ese tipo de vida no estaba hecho para mí– ¿Puedo llamarte Goiko?, creo que es así como te llaman.

Estuve tentado de decirle que así era como me llamaban exclusivamente los amigos, pero opté por callarme, seguramente le habría parecido una grosería por mi parte y no deseaba ofenderla. Además, que una chica como esa me llamara Goiko no me desagradaba de ningún modo, más bien al contrario, me gustaba.

–Por supuesto, Agurtzane, pero aún no has contestado a lo que acabo de decirte, el territorio en el que quieres penetrar puede ser peligroso, muy peligroso.

–Lo sé, pero no creo que debamos tener motivos de preocupación. En realidad quiero enfocar mi reportaje desde el punto de vista humano, por decirlo de algún modo, cómo afecta la drogadicción a las personas, a los adictos principalmente y a sus familias, por supuesto. No va a ser tanto un reportaje de denuncia de los narcotraficantes como de las consecuencias de su consumo, incluyendo las originadas por su ilegalización. Es cierto que para eso quizás tengamos que molestar a algún pequeño camello e incluso a algún traficante de altos vuelos, pero no tanto como para que se sienta amenazado.

–Entiendo, pero para eso no me necesitas. Seguro que tanto el Departamento de Sanidad del Gobierno Vasco o del Ayuntamiento de Bilbao como las asociaciones que trabajan en la rehabilitación de toxicómanos o los servicios de relaciones públicas de la Ertzaintza y la Guardia Civil podrían proporcionarte toda la información que precisas.

–Seguramente es así, y lo tendré en cuenta por si necesito ponerme en contacto con ellos, pero no es mi intención elaborar un publibreportaje ni ser un loro que repite lo que le dicen desde las instancias oficiales. Como te he explicado anteriormente quiero hacer un reportaje que tenga un contenido humano, no tanto plagado de estadísticas como de personas, cada una con sus problemas y miserias, con sus pequeñeces y sus grandezas, y para eso creo que tú puedes llegar a donde no pueden llegar los organismos que has mencionado.

Asentí con un leve cabeceo, aunque sabía bien que una cosa eran los deseos y otra muy distinta las realidades. Uno no puede cruzar un río sin mojarse, pero de eso ya se daría cuenta Agurtzane a su debido tiempo. Confiaba en que llegado ese momento el agua no le cubriera hasta más arriba de la nariz. Quizás, pese a lo que habíamos hablado hasta ese instante, tendría que hacer de guardaespaldas después de todo. Pero la chica me gustaba, pese a su estrafalario atuendo, o lo que yo consideraba un estrafalario atuendo desde mi púlpito de cuarentón aburguesado, así que le dije que podía contar conmigo.

—¿Cuándo y cómo empezamos? ¿Tienes ya alguna idea de lo que quieres hacer o con quién quieres hablar?

—Más o menos —me contestó con una sonrisa—, pero aún no he decidido nada concreto porque antes quería saber si podía contar con tu ayuda. Necesitaré un par de días para trazar un plan de actuación. Por tu parte, si no te parece mal, puedes también pensar en algo, ponerte en contacto con gente que conozcas y esté relacionada con ese mundillo, no sé... algún antiguo compañero de la Ertzaintza o algún delincuente en el que tengas cierta confianza. A partir de ahí podemos volver a reunirnos y decidimos por dónde empezar. ¿Cómo lo ves?

Le dije que me parecía bien, más que nada porque suponía que decir lo contrario no serviría de nada y porque, en realidad, de momento no existía un caso auténtico en el que trabajar de momento. Eso es lo malo de hacer de canguro, que no puedes mover el culo más que cuando los papás del niño te dicen que tienes que ir a cuidarlo, aunque sea a horas intempestivas, porque ellos se van de jarana.

No teníamos más que decirnos de momento, así que acabamos la reunión y nos despedimos hasta dentro de un par de días o tres. Al menos eso era lo que yo pensaba mientras, como un auténtico caballero, sostenía abierta la puerta de mi domicilio para facilitarles la salida. Fue ese el momento elegido por Carlos-Karlos, que durante toda la conversación había estado callado como un muerto, para decirme que antes de irse le gustaría hacerme unas fotos.

—Creo que aquí, en tu propio hábitat, en tus dominios por decirlo de algún modo —por lo visto se había sumado con entusiasmo, y sin consultarme previamente, a la confianza y el tuteo que se había establecido entre la periodista y yo—, podríamos hacer un buen reportaje, ya sabes, en plan «el detective en su guarida» o algo así. Más que nada para acompañar el artículo de Agurtzane, un buen reportaje necesita unas buenas fotografías. Supongo que estarás de acuerdo.

No, no estaba de acuerdo, pero algo en sus ojos me hizo comprender que ese no era el auténtico motivo de que deseara quedarse a solas conmigo, de modo que asentí y le dije que estaba a su disposición.

Un par de sonoros besos, «muac, muac», entre Agurtzane y Carlos-Karlos y un «nos vemos» pronunciado a dúo, fue la señal para que la chica abandonara mi domicilio y nos quedáramos solos el fotógrafo y yo. En esta ocasión no le hice pasar al despacho, preferí quedarnos de pie en el vestíbulo, así se iría antes con toda

seguridad.

–Veo que te has agenciado una nueva máquina y, por lo que parece, idéntica a la que se rompió accidentalmente hace unos días, me imagino que querrás conservar esta. Lo digo porque ya sabes que no me gustan las fotografías, bueno, no es que no me gusten, es que soy muy poco fotogénico, creo que ya te diste cuenta, y cuando intentan sacarme una la cámara se suele romper, qué le vamos a hacer, será que soy muy feo.

–No pensaba sacarte ninguna foto –me contestó nervioso–, ha sido una excusa para quedarnos a solas.

–Me lo estaba imaginando así que desembucha, no tengo mucho tiempo que perder y menos contigo.

–Oye, ya sé que no hemos empezado muy bien, pero no es para ponerse así, cuando nos conozcamos más, y no nos queda otro remedio ya que ambos vamos a trabajar con Agurtzane, podrás comprobar que no soy mal tipo. Precisamente quería hablarte de lo del otro día, aunque no sé cómo empezar.

–Prueba a hacerlo desde el principio, suele dar resultado.

–Sí, supongo que tienes razón. Mira, es sobre lo del otro día.

–Eso ya lo has dicho –le interrumpí–. Además, pensaba que estaba todo olvidado –añadí en tono irónico.

–Y lo está, claro que lo está, al menos por mi parte, pero quiero que tú también te olvides del tema. Sobre todo que no se lo comentes a Agurtzane, ¿entiendes lo que quiero decirte?, es una tía muy maja y no quiero que se cabree conmigo, me gusta trabajar con ella.

–¿Y por qué se tendría que cabrear?

–Mira, tú no eres tonto y yo tampoco aunque seguramente habrás pensado que sí lo soy –me sorprendió la lucidez de su análisis–, así que te habrás dado cuenta de que lo del otro día fue una trampa preparada por López Argüelles, que quería tenerte cogido por los cojones para obligarte a ayudar a su sobrina. Me obligó a tenderte la trampa porque a mí también me tiene cogido, no creo necesario explicarte los motivos, no se trata de nada importante, chorradas de juventud –añadió con desparpajo, como si a sus veintipocos años ya se sintiera contemporáneo de Matusalén–, pero que podrían llegar a joderme si se hicieran públicas, como verás estoy siendo completamente sincero. De todos modos la cosa no es tan grave, lo único que te ha pedido es que ayudes a su sobrina en su reportaje, no está tan mal, ¿no crees?, pero si Agurtzane llega a enterarse de mi participación, pues es muy posible que dejara de hablarme, ella es muy independiente y no acepta ese tipo de ayudas, o mejor dicho, los métodos que utiliza su tío para conseguir que la ayuden, pero bueno, lo que importa es el fin, ¿no crees?, no es que yo sea de esos que piensan que el fin justifica los medios, pero bueno, hay fines y fines, ¿no crees?

No, no lo creía, pero tampoco tenía importancia ya que había decidido participar voluntariamente en ese asunto. Además, si con eso conseguía la gratitud de ese

imbécil, pues tanto mejor, no pensaba que sirviera para mucho, pero nunca se sabe, y si Agurtzane decidía despedirle posiblemente contrataría a algún otro que quizás fuera mucho más inteligente que el tal Carlos-Karlos, había un noventa y nueve por ciento de posibilidades de acertar en ese pronóstico, pero que no estaría en deuda conmigo.

–De acuerdo –le respondí–, me callaré tu intervención, pero a cambio tendrás que colaborar conmigo y hacer lo que te pida, en caso necesario.

–Por supuesto que lo haré. Entonces, ¿somos colegas?

Me extendió la mano mientras me hacía esa pregunta. La respuesta tendría que haber sido negativa, no, no éramos colegas y nunca lo seríamos, pero por una parte estaban los restos de la esmerada educación que había recibido en mi infancia y por otra el convencimiento de que a veces, en este oficio, hay que tragarse muchos sapos y ese, bien mirado, no era de los peores, así que cogí la mano que el fotógrafo me tendía y la estreché con fuerza, como si inconscientemente, o tal vez no tan inconscientemente, quisiera partírsela, antes de despedirnos, en esta ocasión sí, definitivamente.

Aún tenía todo el día por delante así que me acerqué a la cocina para comprobar cómo andaba de comida y útiles de limpieza. Soy perezoso para los trabajos del hogar, pero de vez en cuando tenía que cocinar y limpiar y, para eso, necesitaba llenar el frigorífico, la despensa y los armarios. El congelador, mi aliado indispensable, junto al microondas, en lo referente al diario condumio, presentaba un aspecto desolador así que cogí una libreta antigua, de las que me había traído a casa cuando dejé la Ertzaintza, podría decirse que a pequeña escala era un corrupto malversador de fondos públicos, y empecé a apuntar las cosas que tenía que comprar: *pizza*, canelones, filetes rusos, algo de pescado. Verdura también, por supuesto, y algo de fruta, manzanas y plátanos, siempre he sido un clásico, eso del kiwi está muy bien, pero a mí que me den manzanas, plátanos, peras y naranjas.

Iba a pasar al repertorio de las bebidas, aún me quedaban varias botellas de güisqui y ginebra, pero había acabado con todas mis existencias de txakolí, cerveza y tónicas cuando el teléfono interrumpió mi frenética actividad doméstica. Al principio no la reconocí, porque nunca hasta entonces había hablado por teléfono con ella, pero enseguida se identificó como Agurtzane.

–Estaba tomando un café en un bar que hay cerca de tu casa y acabo de ver salir a Carlos-Karlos. ¿Podría subir de nuevo un momento? Hay algunas cosas que se me han olvidado comentarte y me gustaría hacerlo cuanto antes.

Miré intrigado las cuatro paredes que me rodeaban, pero mi domicilio no parecía haberse convertido de repente en el camarote de los hermanos Marx ni en un escenario de esas comedias, creo que se llamaban vudeviles, en las que no dejan de abrirse y cerrarse las puertas para que entren y salgan constantemente los más variopintos personajes. El interés de los dos visitantes que había tenido esa mañana por quedarse conmigo un rato a solas no dejaba de ser intrigante, así que le dije que

podíamos vernos en el bar, que bajaría en dos minutos, pero ella insistió en que prefería subir a mi casa ya que así podríamos hablar con más tranquilidad. Planteada de ese modo la cuestión le dije que viniera, que la esperaba. No habían pasado ni treinta segundos, posiblemente no me había llamado desde la cafetería sino desde el portal, cuando de nuevo oí sonar el timbre y, tras abrir la puerta, la hice pasar por segunda vez en lo que llevaba de día a mi despacho. Una vez acomodada en la misma silla en la que había estado sentada una hora antes no perdió el tiempo con cortesías innecesarias y fue directamente al grano.

–Tengo que confesarte, Goiko, que antes de venir a hablar contigo me informé sobre ti y por lo que me dijeron supe que eras un tío capaz e inteligente. Un poco borde, bueno, bastante borde en realidad, pero leal y que siempre cumples tu palabra.

–Muy agradecido –hice una reverencia que no la hubiera superado el mismísimo D’Artagnan en presencia de la reina de Francia–, pero para decirme eso no hacía falta que volvieras, podías habérmelo dicho por teléfono y me hubiera envanecido igualmente.

–También me dijeron que podrías ser irónico e irritante en exceso, así que vengo aleccionada y no me afectan tus pullas, aunque preferiría que no me interrumpieras constantemente o esto se va a convertir en el cuento de nunca acabar. Estaba diciendo, y espero no equivocarme por hacerles caso, que las personas con las que hablé me comentaron que eras un tío capaz e inteligente, así que supongo que no te habrás creído ni la mitad de lo que te he contado ni de lo que te contó mi padre.

–¿Tu padre? –intenté parecer sorprendido por lo que acababa de escuchar, pero me temo que no lo conseguí.

–Sí, mi padre, no me jodas, Goiko, no te hagas el tonto, seguro que ya lo sabías, López Argüelles es mi padre. El gilipollas de él se piensa que no lo sé, incluso insiste para que le llame tío Germán, pero es mi padre, al menos biológicamente. Es un cabrón con pintas, un santurrón de mierda que dejó embarazada a mi madre, pero que luego se negó a casarse por eso del qué dirán y proteger su carrera. La verdad es que a mi madre no le importó en absoluto el no haberse casado con él, de hecho lo prefería, estar ligada toda la puta vida a un carcamal de ese tipo no era precisamente la culminación de sus sueños, pero sí le jodió que le diera la espalda, como si fuera basura. En fin, no merece la pena pensar en eso y no he venido aquí para que hagas una investigación de paternidad que me la suda, al menos de momento, ya llegará la hora de exprimir al máximo al viejo, como si fuera un limón, pero estoy hablando y hablando y aún no me has contestado a lo que te había preguntado.

–¿Sí, me habías preguntado algo?

–No te pases de listo conmigo, joder, no soy ninguna estúpida, te he dicho que suponía que no te habrías creído ni la mitad de lo que te hemos contado mi padre y yo, ¿no tienes nada que decirme?

–Si quieres que te diga la verdad me ha parecido una idea bastante estúpida, pero no te conozco lo suficiente como para saber si me lo decías en serio o no. Tu padre

tampoco lo tenía nada claro, estoy de acuerdo contigo cuando lo calificas como viejo cabrón, pero no tiene ni un pelo de tonto, no se llega a donde ha llegado siendo un cretino integral, otra cosa son las pollas que habrá tenido que chupar para llegar hasta allí. Y que conste que no lo digo por defenderle, si te soy sincero nunca me ha gustado, pero debe de estar realmente preocupado por ti, ya que en circunstancias normales jamás habría caído tan bajo como para ponerse en contacto conmigo y pedirme que te apoyara. No caigo muy bien a los jueces, sobre todo a los de su cuerda, y supongo que no es necesario explicarte que esa falta de estima es recíproca.

–¿Te ha chantajeado de algún modo para lograr que aceptaras recibirme?

–Eso es información confidencial y, además, no merece la pena pensar en ello ni un minuto. He accedido a recibirte y he vuelto a hacerlo por segunda vez, así que si quieres aprovechar la oportunidad dime para qué me necesitas, en caso contrario, con o sin presiones por parte de tu padre, saldré de la escena. O, mejor dicho, tú saldrás de este despacho y no volverás nunca. Creo que es un trato justo.

En lugar de contestarme hurgó en el interior de su bolso, una imitación muy lograda de Carolina Herrera o un regalo caro del tío Germán para tranquilizar su inexistente conciencia, de donde sacó una fotografía que me extendió. En ella aparecía la propia Agurtzane junto a una amiga, las dos sonrientes, al lado de un edificio que identifiqué como perteneciente a la Facultad de Ciencias de la Información de la Universidad del País Vasco, en Leioa. El aspecto de la compañera era muy parecido al de mi visitante, aún no estaba convencido de si debía llamarla clienta, salvo por el hecho de que era rubia y tenía unos cuantos *pearcings* más que ella en las orejas.

–Se llamaba Erika Pereda –recalcó el tiempo verbal de «llamaba», como si quisiera despejar cualquier duda acerca de que ya no estaba entre nosotros–. Éramos muy amigas, casi hermanas, e hicimos juntas la carrera. Hace un mes falleció, una sobredosis, eso es al menos lo que dijeron los forenses.

Por desgracia no era una historia nueva para mí. Aunque nunca había estado destinado en el grupo de narcóticos, es imposible trabajar como policía sin ver a menudo situaciones como esa. Una chica joven, radiante, vital, con toda una vida y un futuro por delante, que de repente ve truncadas todas sus expectativas porque el caballo, o el *crack* o el éxtasis o lo que toque, se ha cruzado en su camino. Sí, era una situación lamentable, pero nada extraña, y así se lo dije a Agurtzane haciendo mención de devolverle la fotografía.

–Puedes quedártela, tengo más copias. Y quizás sea un hecho mucho más lamentable de lo que crees. Quizás su muerte no haya sido un simple accidente. Erika no era ninguna drogadicta, no tiene ningún sentido que haya muerto por sobredosis.

–En muchas ocasiones la familia o los amigos son los últimos en enterarse. Seguramente lo mantenía en secreto, pensando que podía controlarlo, todos piensan que pueden controlarlo, y le daría vergüenza confesarle a su mejor amiga que estaba enganchada.

–Lo que dices es razonable, y admito que lo que voy a decirte puede parecer patético, pero Erika no tenía secretos para mí. Mira, antes de que hagas algún comentario irónico –al parecer me había calado enseguida–, voy a contarte una cosa. Cuando teníamos quince años se quedó embarazada y tuvo que abortar. Pues bien, yo fui la única que lo supo, incluso le conseguí el dinero para que lo hiciera, me lo dio el tío Germán, por supuesto –sonrió por primera vez desde que había vuelto a mi despacho–, con eso quiero demostrarte el grado de intimidad que teníamos.

¡Joder con la hija bastarda del santurrón y sus amigas!, pensaron por mí mis más arraigados prejuicios judeocristianos, aunque me abstuve de comentarlo en voz alta, no por respeto a Agurtzane, eso de momento aún no había decidido si me la traía floja o no, sino porque aún no tenía claro si lo que iba a venir podría interesarme o no. Así que en lugar de expresar esos sentimientos hablé como lo hubiese hecho el propio tío Germán.

–La gente cambia, Agurtzane, incluso las mejores amigas, cuando van creciendo, van aprendiendo también a guardarse para sí ciertas cosas.

–Tienes razón, lo sé, pero no creo que ese fuera el caso. Estoy convencida de que Erika no era ninguna adicta, pero aunque lo fuera, ¿no te parece extraña su muerte? Antes o después los drogadictos acaban muriendo, todos lo sabemos, si no es el sida o una hepatitis es el simple deterioro de su organismo, pero hasta que esa degradación se hace patente hay un proceso largo en el tiempo. Ese deterioro, en el caso de Erika, no se había producido. Hace un par de meses estaba como una rosa, al menos aparentemente, y tres semanas después fallece de sobredosis. Tú podrás pensar lo que quieras, pero a mí eso me huele mal.

A mí tampoco me parecía muy normal, y así se lo confesé, pero no era algo inusitado, cada organismo responde de diferente manera a ciertos estímulos y lo que es inofensivo para una persona puede llegar a ser letal para otra si se acumulan una serie de circunstancias poco favorables.

–De todos modos, y aun admitiendo que lo que me dices tenga algún sentido, ¿qué significado tiene para ti? ¿Crees que alguien la asesinó y que utilizó para ello una jeringuilla como podría haber usado una pistola o una navaja? ¿Sabes de alguien que tuviera algún motivo para matarla? –la idea no era descabellada, hay muchas formas de matar, no solo las más tradicionales, y la droga puede ser igualmente eficaz y si se utiliza bien no despierta demasiadas suspicacias.

–No lo sé, lo reconozco. Así, pensándolo en frío, me parece imposible que alguien haya querido asesinar a Erika, pero no le encuentro otra explicación a su muerte. O alguien ha querido cargársela, por un motivo que sinceramente desconozco, o por casualidad llegó a sus manos una partida de heroína que se encontraba en mal estado y le causó la muerte. Pero incluso en ese caso sigo sin entender que se inyectara voluntariamente una dosis, aunque tengo muy claro que quien se la vendió es el responsable de su muerte.

–Resumiendo, no quieres hacer ningún reportaje sobre el drama de los

drogadictos y sus familiares sino que investigue qué produjo la muerte de tu amiga Erika.

–Bueno, no son cosas incompatibles, ¿no crees? –por primera vez vislumbré en sus ojos ese espíritu depredador que supuestamente es inherente a cierta raza de periodistas–, sería absurdo desaprovechar la ocasión y renunciar a escribir un buen artículo sobre el tema. Además, podría servirnos de tapadera, ¿no estás de acuerdo?

«Servirnos de tapadera», lo que me faltaba, mi clienta, pese a sus buenas intenciones, estaba pensando en el caso como si se tratara de la aventura de su vida. Cierta tipo de lecturas provocan esa clase de desajustes vitales, menos mal que no se ofreció a infiltrarse en una organización secreta dedicada al narcotráfico para hacer de «topo», porque en ese caso le hubiera señalado la puerta tras pedirle que no volviera. De todos modos decidí ser indulgente con ella, hasta cierto punto su historia había despertado mi interés y me apetecía hacerme cargo del caso, llevaba demasiado tiempo inactivo y el asunto prometía, por lo que le dije que sí, que estaba de acuerdo y la ayudaría.

–Con una condición –añadí–, el asunto tendrá que llevarse a mi manera y no harás nada por tu cuenta, sin antes avisarme.

Me respondió que sí, que todo se haría tal y como yo le decía, pero cuando la miré a los ojos supe que me estaba mintiendo.

6

Agurtzane, además de la fotografía de Erika, me había traído algunas noticias sacadas de Internet que trataban sobre la muerte de su amiga, pero que no me aportaron demasiada información, su fallecimiento no había supuesto ninguna conmoción en Bilbao y tan solo había servido para rellenar, con cuatro líneas mal redactadas, las crónicas de sucesos de los periódicos locales. Que no había mucho interés en el tema lo demostraba el hecho de que en dos de los periódicos las iniciales, E. P., se habían invertido y la amiga de Agurtzane aparecía como P. E. Supuse que el error se debía a que ambas publicaciones habían recurrido a la misma fuente informativa, lo que demostraba que ninguno de los cronistas de sucesos de los diarios de mayor circulación en Euskadi había visto nada sospechoso en su muerte. Se trataba de una víctima más de esa peste del siglo xx que amenazaba con continuar su labor destructiva en el XXI.

Afortunadamente la propia Agurtzane era la persona que mejor podía ilustrarme sobre las últimas horas de vida de Erika. Habían salido juntas ese sábado por la noche, tras cenar una pedrada en un «kebab» –me abstuve de preguntarle qué era eso, confiando en que Internet me solucionara más tarde la duda–, a una discoteca de Bolueta en la que cantaba un grupo de música *trash*, o algo así, que sonaba de puta madre, incluso me dijo sin titubear el nombre, que fui incapaz de retener y asimilar, al parecer me estaba haciendo demasiado mayor para ciertas cosas, pero no me importó ya que de momento no consideraba relevante conocer letra por letra el absurdo nombre del grupo. En el concierto no consumieron ningún tipo de drogas ni bebieron alcohol, Agurtzane insistió en ese punto como si pensara que yo era de esos que creían que concierto juvenil es sinónimo de alcohol y drogas, quizás por pertenecer a una generación cuyo lema fue precisamente el de «*sex, drogs and rock'n'roll*». Pensé con tristeza que estaba meridianamente claro que, aunque yo no quisiera reconocerlo, entre ella y yo se había establecido una brecha generacional que no iba a ser fácil salvar. Casi mejor, tal y como se presentaban las cosas prefería no ir de colega suyo para así preservar mi independencia de criterio y poder darle un corte cuando hiciera falta, porque presentía que pese a sus promesas iba a tener que darle más de uno.

El concierto finalizó a eso de las tres de la madrugada y después se acercaron a tomar algo hasta un bar que milagrosamente estaba abierto, eso dijo ella, «milagrosamente», yo en cambio tenía una teoría más terrenal en la que aparecían como factores determinantes el dueño del bar y algún policía municipal con una hipoteca abultada y un trasvase de euros de un bolsillo a otro, aunque opté por no explicársela para no distraer su atención. En el bar de los milagros Agurtzane tomó dos kalimotxos y Erika tan solo una coca cola porque, volvió a insistirme como si fuera un mal estudiante al que no le entrara en la cabeza la tabla del dos, su amiga ni se drogaba ni tomaba alcohol. Fumar sí que fumaba, me reconoció, pero el tabaco, en

todo caso, añadió, mata lentamente, cosa que quienes somos fumadores y no tenemos prisa en conocer el otro barrio solemos agradecer profundamente.

Lo siguiente que me dijo fue más desconcertante ya que como hacía muy buena noche, según me explicó, fresca de un modo agradable y muy estrellada, la acompañó andando hasta su casa, vivía en Santutxu, muy cerca de la estación de metro de Basarrate, y la dejó en el portal, incluso desde la acera pudo observar cómo se introducía en el ascensor. Luego llamó a un taxi que la llevó hasta su domicilio, en el Campo Volantín, y nada más meterse en la cama se quedó profundamente dormida tanto a consecuencia del cansancio como del alcohol ingerido. Le despertó el teléfono a eso de las nueve de la mañana y fue cuando se enteró de la noticia. Erika había fallecido esa misma madrugada por culpa de una sobredosis.

—¿Quién te llamó?

—Celia, su hermana pequeña, sabía que éramos muy amigas y que habíamos estado juntas ese día. No podía creerse lo que le había ocurrido, ni yo tampoco, por eso estoy ahora aquí, contigo, pero es que además era todo absurdo, como te he dicho la dejé en el portal, entrando en el ascensor camino de su casa, y no habíamos bebido ni ingerido sustancias tóxicas de ningún tipo.

—Estás venga a decir que la viste entrar en el ascensor. ¿Significa eso que no murió en su domicilio?

—Sí, exactamente, ¿no te lo había dicho? Quizás no, lo siento, aunque intento ser coherente y ordenada me cuesta, joder, estoy hablando de la muerte de mi mejor amiga. Sí, tienes razón, no murió en su casa, la encontraron en la calle, dos manzanas más a la derecha de su portal, tumbada en la acera, junto la verja de un comercio. Un vecino que pasaba por allí la vio y alertó al 112, pero para cuando llegaron los sanitarios estaba prácticamente muerta, aunque oficialmente el fallecimiento se produjo en el Hospital de Basurto, que es donde la llevaron. Desgraciadamente los médicos que la atendieron en el hospital lo único que pudieron hacer por ella fue certificar su defunción y la hora en que se produjo.

—¿Sabes si llegó a entrar en su casa?

—No, no lo sé, joder, es cierto, y podría ser importante, no se me ocurrió preguntarlo, menuda periodista de pacotilla estoy hecha.

—No seas dura contigo misma, la fallecida era tu amiga y eso siempre nos hace perder la perspectiva, además tú recibiste la noticia como tal, no como periodista o detective, y la reacción no puede ser la misma.

—Gracias, pero sigo pensando que he sido una idiota. ¿De verdad crees que puede ser importante?

—No lo sé todavía aunque en el fondo creo que no. Algo le hizo volver a la calle, da igual que ocurriera estando en su habitación o en el interior del propio ascensor. Mientras estuvo contigo, ¿recibió alguna llamada en su móvil?

—¿Que si recibió alguna llamada en su móvil? ¿En qué año has nacido, tío? Claro que recibió llamadas, montones, lo mismo que yo. Pero, espera, espera, ¿estás

insinuando que quizás alguien la llamó y se citó con ella?

–Es una posibilidad.

–No, imposible, totalmente imposible, yo lo hubiera sabido, sé quiénes la llamaron porque me lo dijo, incluso en alguna ocasión me puse yo también al teléfono.

–Pudo haberte engañado, pudo recibir una llamada de alguien que no quería decirte quién era y te comentó que era otra persona.

–No, imposible, Erika no era de esas, a mí me lo contaba todo, ya te lo he dicho antes, coño, no creo que sea necesario seguir dándole vueltas a ese tema. Además, seguramente me hubiera dado cuenta, esas cosas se notan, Erika no sabía mentir, no era capaz de mentir.

Todo el mundo es capaz de hacerlo si cree que le conviene, pero me abstuve de decírselo a Agurtzane, por algún extraño pudor no quería que, además de verme como un extraño superviviente de una época anterior a la Edad de Hierro, pensara también que era un cínico amargado. El tiempo, desgraciadamente, acabaría cambiándola, pero una de las cosas que me gustaban de ella es que aún no estaba del todo contaminada. Quizás mi clienta fuera una ingenua, pero yo mismo añoraba el tiempo en que era un jovencuelo inocente aún sin mear, aquel tiempo tan lejano en el que no me había convertido en un escéptico irremediable y conservaba intactas mis ilusiones.

–Antes me has dicho que estabas segura de que no se drogaba, sin embargo los médicos que la atendieron dictaminaron que su fallecimiento se debió a una sobredosis. No puede decirse que sean infalibles, pero es muy difícil que un médico se equivoque en ese tema, y mucho más cuando quienes hacen guardia los fines de semana tienen el culo pelado de ver ingresar a jóvenes, y en ocasiones no tan jóvenes—esto último lo añadí para que no pensara que era de esos carcamales que achacan a la juventud todos los males de nuestra sociedad— con intoxicaciones de todo tipo.

–Sí, por eso pienso que hay algo raro en su muerte, ya te lo he dicho antes. Mira, no es que fuéramos muy amigas, es que hacíamos juntas un montón de cosas, íbamos a muchos sitios, más de una vez la he visto desnuda completamente, y en ningún lugar de su cuerpo había marcas de agujas. Así que no podía ser una drogadicta, ¿no?, habría observado las marcas de los pinchazos.

–No necesariamente, hay sustancias que se toman por vía oral o se fuman.

–Sí, las pastillas y los porros.

–No solamente.

–Da igual, mira, Erika no era ninguna pastillera, y eso que oportunidades teníamos las dos a menudo, pero no nos iba ese rollo. En cuanto a lo otro, ¿vas a decirme que fumarse un porro es drogarse? Por Dios, Goiko, estamos en el siglo XXI, que diga eso el hipócrita cabrón de mi viejo me parece normal, pero que lo digas tú, joder, a estas alturas.

–En lo del porro estoy de acuerdo contigo, pero no es lo único que se puede

ingerir fumando. De todos modos no tiene importancia, tan solo quería demostrarte que el hecho de que no tuviera en su cuerpo señales aparentes de drogadicción no es un dato significativo.

–Pues si buscas otras señales no las vas a encontrar. Mira, Erika no estaba delgada, no estaba triste, no le había cambiado el carácter, no tenía problemas con la familia ni en el trabajo, joder, ¿qué más quieres?, si es que podría haber sido la representante de la salud en un *reality show* de la tele.

–¿Sabes si se le hizo la autopsia?

–No, creo que no –vaciló al contestarme–, joder, sí que soy un desastre, no se me ocurrió preguntarlo en ningún momento, pero bueno, no creo que tenga mucha importancia, no hay ninguna duda sobre el motivo del fallecimiento, no murió en la calle sino en el propio hospital.

–¿Estaba últimamente inquieta por algo, o nerviosa? ¿Se había sentido amenazada tal vez, o temerosa?

–Coño, Goiko, ya te he dicho un millón de veces, o más, que no había nada raro, se encontraba de puta madre, la vida le sonreía, nos lo pasábamos de miedo, tenía trabajo, un trabajo no muy bien remunerado, pero que le satisfacía, joder, si es que era tan feliz que casi daba asco.

–¿Chicos?

–¿Chicos? ¿Tíos, quieres decir? En estos momentos no estaba saliendo con nadie, pero tampoco le importaba mucho, de vez en cuando se enrollaba con algún tipo, pero ya sabes, aquí te pillo aquí te mato, un buen polvo que siempre viene bien para desatascar las cañerías y a otra cosa, mariposa.

Me pregunté si el bueno del tío Germán conocía los pensamientos íntimos de su «sobrinita», pero no lo expresé en alto. Aún así, tenía mis dudas, y se lo dije a Agurtzane.

–Quizás alguno de esos ligues de una noche...

–De una noche o de una mañana –me interrumpió socarrona–, no sé qué manía tenéis algunos con la noche, también se puede follar por la mañana o al mediodía, incluso a la hora de la siesta.

–De acuerdo, tú ganas, pues quizás uno de esos ligues de entretiempo pretendía algo más que echar un polvo rápido y al no conseguirlo obró en consecuencia.

–No lo sé –movió la cabeza en señal dubitativa–, no puedo asegurártelo, no conozco a todos los tipos que se han acostado con Erika, pero ella al menos no me dijo en ningún momento que se sintiera acosada o que alguno de sus ligues se hubiera enamorado perdidamente de ella hasta el punto de llegar a acosarla.

–¿Tu amiga era muy impulsiva?

–Pues no sé, era muy decidida, eso sí, pero no sé a qué te refieres con esa pregunta.

–Es muy sencillo, por lo que me has dicho os separasteis ya avanzada la madrugada, incluso la viste entrar en el ascensor, y sin embargo debió salir de nuevo

al poco tiempo, de su casa o del propio ascensor, eso por el momento nos da igual. ¿Ese tipo de reacciones era habitual en ella? Si algún amigo o conocido cualquiera la hubiera llamado para, por poner un ejemplo, charlar o tomar una copa, ¿habría salido así, sin más? ¿O solo lo habría hecho si hubiera existido una razón muy seria?

–Joder, ahí me has pillado, a Erika no había que empujarla demasiado si se trataba de salir a la calle, pero a esas horas y con el cansancio que acumulábamos, yo creo que tuvo que salir por algún motivo importante. Pero, por si ibas a preguntármelo, no tengo ni puta idea de cuál pudiera ser ese motivo.

–¿Hay algo más que deba saber?

–Joder, Goiko, todo, si todavía no tenemos ni puta idea de lo que ocurrió –su desparpajo empezaba a serme desagradable–, por eso tenemos que investigar qué es lo que ocurrió.

–Ahí te equivocas, y pensaba que había quedado claro desde el principio. No «tenemos» que investigar, soy yo quien tiene que investigar. Y en cuanto a lo otro, me refería a si hay algo más que tú sabes, o crees saber, y que aún no me hayas contado.

–Ya, claro, lo siento, es que estas cosas me ponen como una moto. No, no hay nada más, creo que te lo he dicho todo, he sido totalmente sincera y abierta. Por cierto –miró su reloj con un ostensible gesto teatral, como si deseara que me fijara en ese detalle–, tenemos que darnos prisa porque he concertado una cita con la madre y la hermana de Erika dentro de unos veinte minutos, veintidós para ser exacta.

–¿Ah, sí? –le contesté molesto–, ha sido muy amable por tu parte organizarme la agenda, sobre todo cuando aún no sabías si iba a trabajar para ti o no. ¿O si lo sabías?

–Mira, ya sé que lo he hecho sin consultarte, así que si te pone más contento te pido disculpas y todas esas cosas, pero había supuesto que querías ver dónde vivía Erika e interrogar a sus familiares más próximos, y cuanto antes mejor. No quieras saber lo que me ha costado que accedieran a recibirte, tan solo lo han hecho porque sabían la amistad que nos unía a ella y a mí y me tienen plena confianza, así que no te pongas ahora en plan borde ni te hagas el ofendido.

Sí, empezaba a estar hastiado del desparpajo, o de la inconsciencia, no sé cuál de las dos palabras la definía mejor, de Agurtzane, pero enfadarme con ella no tenía ningún sentido, en el fondo era cierto que una de las primeras cosas que tendría que hacer sería solicitar una cita con los padres y hermanos de su amiga, así que acepté sus poco sinceras disculpas y sin perder más tiempo en discusiones que no nos llevaban a ninguna parte nos dirigimos al que había sido, hasta su fallecimiento, el hogar de Erika.

La amiga de Agurtzane aún no se había independizado, pertenecía a ese sector de la población que pese a ser joven y estar sobradamente preparado podía considerarse feliz si llegaba a cobrar mil euros al mes, así que seguía apegada al hogar paterno, en parte por necesidad y en parte por comodidad. Como aparcar a esas horas, y prácticamente a cualquier hora, en Santutxu era casi una misión imposible, y tanto

cerca de mi despacho como de la casa de Erika había una boca de metro, le dije a Agurtzane que utilizaríamos el tren suburbano para llegar hasta allí. Creo que fue la primera vez que conseguí sorprenderla por completo, eso de que un detective en lugar de desplazarse en coche se sirviese del transporte público no entraba, al parecer, en sus esquemas. Bueno, si se había creído todos los tópicos que había visto en las películas, peor para ella. Cuando intentó poner alguna objeción a mi propuesta alegué que era mucho más ecológico que usar el automóvil, razonamiento que no la convenció del todo pese a que en su mochila llevaba un par de pegatinas de Green Peace. Curiosamente fue mucho más efectivo el segundo argumento que utilicé, cuando le dije que se olvidara de las películas que había visto, ya que era muy improbable que tuviéramos que perseguir a otro vehículo por las calles de Bilbao.

–De acuerdo, pero no hace falta que te pongas en ese plan, no soy una cría en busca de aventuras excitantes, tan solo me ha extrañado que quisieras ir en el metro, nada más.

Zanjada la discusión, diez minutos más tarde accedíamos a la vivienda de la familia de Erika. En la entrada convivían una imagen del Sagrado Corazón con una representación del toro de Osborne y algunos cuadros con motivos taurinos. En un evidente ejemplo de mestizaje cultural podía escucharse, procedente de una de las habitaciones que supuse pertenecía a algún miembro joven de la familia, a Ken Zazpi, aunque del nombre del grupo me informó Agurtzane, todo hay que decirlo, pues yo ni siquiera sabía que existían.

–Se pasa todo el día escuchando la misma canción, no sé, quizás signifique algo especial, pero yo no entiendo el vasco –fue lo primero que me dijo, al observar que escuchaba con atención e interés la música de fondo, quizás con la simple intención de romper el hielo, la mujer que nos había abierto la puerta y que tenía todo el aspecto de ser la madre de Erika–. Le he pedido que me lo traduzca, pero se niega a hacerlo, como si traicionara la memoria de su hermana y es que esa canción, me imagino que tú ya lo sabes –añadió dirigiéndose a Agurtzane— también le gustaba mucho a, a...

No fue capaz de pronunciar el nombre de Erika y en lugar de hacerlo se fundió en un largo abrazo con Agurtzane mientras ambas lloraban como plañideras en un funeral siciliano. De nuevo sonó la canción:

*zuretzat Ilargia lapurtuko nuke gauero / eta zu itsu zaude bere argia
ikusteko, / irribarrez, gero minez, eragin didazu negarra, / nire sua itzali da, /
ez zara gaueko izar bakarra, ez zara!*

No sé si fue muy prudente por mi parte, pero traduje la letra:

La Luna para ti cada noche robaría / y tú estas ciego para ver su luz, /

sonriendo, y luego sufriendo, me has hecho llorar, / pero ya se ha apagado mi fuego, / no eres la única estrella de la noche, ¡no lo eres!

–Es hermosa –dijo la mujer suspirando, tras haber escuchado atentamente la canción–, pero tiene un punto de tristeza que..., o quizás solo sea que la asocio con ella.

Volvió a llorar, aunque se recompuso secándose las lágrimas con el delantal que llevaba atado a la cintura. Pensé que era preferible que no supiese euskera para que no asociara su título también con su hija. *Ilargia* significa luna pero, con ese hálito poético con el que a veces los antiguos euskaldunes creaban las palabras, podía traducirse, tal vez no literalmente aunque sí de un modo aproximado, como «la luz muerta». No, mejor que la mujer no supiera cuál era el otro significado de la palabra, que no pensara que su hija también era una luz que se había extinguido, seguramente no lo soportaría.

Sin más preámbulos, salvo el ofrecimiento, de un café o un vino o una cerveza, que Agurtzane y yo declinamos, y tras agradecerme que ejerciera de intérprete ocasional la mujer, a la que no hubo necesidad de explicar el motivo de nuestra visita, nos hizo pasar, para hablar con mayor comodidad, a una pequeña sala en cuya decoración proliferaban fotografías en las que podían verse a los diversos miembros de la familia, abuelos, padres, hijos, sobrinos y demás parentela en diversas épocas y con diferentes edades. La mujer escogió una en la que aparecía un sonrosado bebé vestido con el faldón del bautizo y me la mostró.

–¡Quién me lo iba a decir! –ya no le quedaban lágrimas, pero eso hacía que sus palabras fueran más dramáticas–, una no trae al mundo a sus hijos para que acaben así, de ese modo, no es justo, ni humano. ¿Usted no conoció a Erika, verdad? –asentí con un leve cabeceo–, era una hija estupenda, sí, tenía sus cosas, era desordenada y desobediente, solía ir a su bola, como dicen ahora los jóvenes, pero era una chica estupenda. Y luego esto, las malditas drogas, ¿qué buscan los jóvenes en las drogas? Quizás sea culpa nuestra, no sé, tal vez no hemos sabido darles lo que necesitan.

–No debe culparse, las cosas nunca son tan sencillas, por desgracia –palabras vacuas, lo sabía, pero era lo que me correspondía decir.

–Es usted muy amable, pero mi niña está muerta por culpa de las malditas drogas, así que puede decirse que la hemos fallado.

–Yo no lo creo, Remedios –se dirigió Agurtzane a la mujer por su nombre–, sabes que era la mejor amiga de Erika y estoy convencida de que no tenía nada que ver con ese mundo de las drogas.

–Gracias, Agurtzane, eres muy amable y una buena amiga, pero los médicos que la examinaron nos lo dijeron bien claro, la muerte de Erika la causó una sobredosis de heroína.

–Por eso queremos hablar con usted –había llegado el momento de sacar a relucir mi alma de policía, puede parecer duro, pero no estaba allí para consolar a una madre

sino para investigar un posible hecho criminal—, si como dice Agurtzane, y de momento la creo, su hija no estaba enganchada a las drogas, algo tuvo que provocar esa sobredosis.

—No le entiendo.

—Yo creo que sí me entiende —odiaba tener que hablar de ese modo a esa pobre mujer, pero necesitaba que reaccionara, si seguía encerrada en su concha no iba a obtener nada de ella—, lo que le estamos diciendo es que podría haber sido asesinada. ¿Sabe usted si andaba inquieta durante los últimos días, si había recibido alguna amenaza, si se la veía triste o deprimida, tal vez furiosa? —eran muchas preguntas, lo sabía, pero necesitaba desconcertarla, que no se relajara, de momento buscaba más que datos objetivos sus impresiones personales.

—No, no observé nada de eso, estaba normal, como siempre, con días mejores y peores, pero como todos, ¿no? ¡Dios mío, igual lo tenía frente a mis ojos y no me di cuenta! ¡Igual necesitaba mi ayuda y le fallé!

—No lo creo, ya le he dicho que no tiene que culparse por eso —le respondí y sin darle tiempo a reflexionar proseguí con el interrogatorio—. ¿Solía recibir llamadas extrañas, a deshoras? ¿Mostró algún tipo de preocupación tras responder a alguna de ellas? ¿En alguna ocasión salió de casa sin dar ninguna explicación?

—Sí, eso sí, salía cuando le apetecía sin decirnos a dónde iba, pero creo que hoy en día es algo habitual entre los jóvenes. Por lo demás, no sé qué decirle, sí, claro que recibía llamadas a deshoras, en realidad a todas horas —intentó esbozar una sonrisa al decir esto último, pero fracasó—, pero no puedo decirle ni con quién hablaba ni de qué hablaba, seguramente tú podrás informarle de esos aspectos mejor que yo —añadió mirando hacia donde se encontraba Agurtzane.

—El día que falleció, ¿fue un día normal? ¿Llegó a entrar a casa y luego salió o ni siquiera apareció por casa?

—No lo sé, tengo un sueño muy profundo. Al principio, hace tiempo, cuando la niña empezó a salir por las noches, mi marido y yo no conseguíamos conciliar el sueño y nos quedábamos despiertos esperando que regresara, pero con el tiempo nos acostumbramos a que trasnochara y por lo general cuando llegaba nos encontraba completamente dormidos.

—Una última pregunta, sé que puede ser dolorosa, pero es necesaria. ¿Le hicieron la autopsia a su hija?

—Sí, se la hicieron. Sinceramente no entiendo por qué, si ya se sabía de qué había fallecido. Pero no pude hacer nada, quién sabe, quizás si mi difunto marido estuviera vivo, tú le conocías, Agurtzane, y sabes que era un buen hombre, pero de genio vivo, seguramente él lo hubiera evitado, si ese maldito camión no se lo hubiera llevado por delante..., aunque es una tontería no dejo de pensar que las cosas hubieran sido muy diferentes si Manolo siguiera vivo. Y ahora ya lo ves, sin marido, sin hija, sin ningún motivo para vivir.

—Tienes que recuperarte, intentar seguir adelante, aún te queda mucha vida por

delante y está también Celia –intentó animarla Agurtzane, aunque era consciente de que se trataba de una misión imposible, recuperarse de esas cosas requieren su tiempo y en el fondo, lo sé por experiencia, uno jamás lo hace del todo.

–De todos modos –intervine, aunque no sé si lo que dije fue oportuno o no–, no debiera darle más vueltas al tema de la autopsia, es lo que manda la ley, su marido, de vivir, no habría podido evitar que se le practicara. Y discúlpeme si insisto en ese tema, pero me gustaría saber si le dieron copia del informe o, al menos, le explicaron cuáles habían sido las causas de la muerte.

–No, no me dieron copia del informe ni yo lo solicité, tengo recuerdos de Erika mucho mejores que ese. Y sobre las causas de la muerte, pues qué quiere que le diga, me dijeron lo que ya sabía, que la habían matado las malditas drogas.

La mujer nos había dicho ya todo lo que podía decirnos, así que nos despedimos de ella y nos acercamos a la habitación en la que Celia, la hermana pequeña, estaba escuchando música. Era una habitación compartida, «ahora la tengo solo para mí», nos dijo con rabia infinita en los ojos, «toda la vida deseando tener una habitación propia y ahora esto», sus ojos apenas podían contener la salida de las lágrimas, pero era, o quería hacerse la fuerte, y su afán por no llorar producía más compasión que otra cosa.

Aunque era más expresiva que su madre, no pudo añadir nada a lo que ya habíamos escuchado, salvo su convencimiento, en esto coincidía con Agurtzane, de que su hermana había estado siempre alejada de las drogas en cualquiera de sus manifestaciones.

–Me gustaría registrar sus pertenencias –dije cuando terminamos de hablar. La idea no era del agrado de Celia, pero finalmente accedió gracias a la intermediación de Agurtzane.

El examen tan solo me sirvió para conocer más a fondo la personalidad de Erika, aunque en realidad no encontré nada diferente a lo que hubiera hallado en cualquier habitación de cualquier otra joven de su edad, muchos cedés, algunos libros, unos pocos peluches recuerdos de su infancia, alguna foto descolorida, en una de ellas incluso había dibujado un bigote sobre el labio de una chica rubia, ropa, una mochila.

–¿El móvil? Porque tenía móvil, todas las jóvenes lo tienen y por lo que me has contado –miré a Agurtzane, que confirmó mis palabras con una mueca, quizás no quería enfrentarse nuevamente a la hermana de su amiga muerta–, Erika no era una excepción.

–No está aquí –contestó Celia–, lo llevaba cuando murió y el juzgado aún no nos ha devuelto sus cosas.

–¡Qué raro! –exclamé–, ha pasado tiempo más que suficiente para que lo hicieran. ¿Os han dado alguna explicación?

–Bueno, en realidad ha sido culpa nuestra, nos llamaron hace unos días desde el juzgado para decirnos que ya podíamos ir a retirar sus cosas, pero aún no lo hemos hecho. La verdad es que no nos encontramos con ánimo –se le quebró la voz, como si

quisiera reafirmar, de esa manera, lo que acababa de decirnos.

–Si quieres –aproveché la oportunidad–, podría encargarme yo de recoger sus pertenencias. Lo único que tendríais que hacer es extenderme un poder, tengo el título de abogado y aunque no ejerzo estoy colegiado, por lo que puedo representaros ante los tribunales.

La idea no fue del agrado de Celia y yo estaba convencido de que sin su apoyo su madre no me extendería el poder. Afortunadamente Agurtzane acudió en mi ayuda y consiguió convencerla, aunque por la manera en la que me miraba comprendí que el día que acudiese al juzgado tendría que pedirle que me acompañara.

–Una última cosa antes de irnos. Supongo que Erika tendría un ordenador... –no estaba preguntando, y así lo entendió Celia cuando de un cajón sacó un portátil y, a regañadientes, me proporcionó la clave. Como no tenía la intención de tirarme todo el día en esa habitación saqué un *pendrive* de mi cartera y copié todos los documentos, pese a unas tímidas protestas acerca de la intimidad de su hermana. Reproches que para mi sorpresa secundó Agurtzane. El hecho de estar en la misma habitación que su fallecida amiga había acabado por llevarla a un evidente estado de tensión nerviosa. Cuando vio que no cedía en mis pretensiones me dijo que no había nada que ver.

–Tienes que creerme, Goiko, no es necesario que invadas su intimidad, no al menos en estos momentos tan duros para la familia. Mira, yo misma he ojeado todos los archivos, con el permiso de Celia –señaló a la hermana de Erika que asintió con un leve gesto de su cabeza– y te puedo asegurar que no hay nada interesante, nada especial que ver ni que tenga relación alguna con su fallecimiento.

–De acuerdo, lo entiendo –dije finalmente–, si es vuestro deseo vaciaré el *pendrive* y me olvidaré del ordenador, pero en ese caso también tendréis que olvidaros las dos de mí. Si de verdad queréis que averigüe lo que hay tras la muerte de Erika tenéis que confiar en mí plenamente, de otro modo no tiene sentido que siga metido en esto. Así que vosotras veréis lo que preferís hacer.

El *pendrive*, por supuesto, volvió a mi bolsillo. No me enorgullecía tratar así a un par de chicas que estaban destrozadas por la muerte de su amiga y hermana, pero si quería llegar al fondo del asunto, en el dudoso caso de que hubiese un fondo al que llegar, no podía perder el tiempo con sentimentalismos. Intenté explicárselo a Agurtzane antes de despedirnos y me dijo que lo entendía, pero cuando creyó que ya no la escuchaba masculló algo así como que en el fondo yo no era tan diferente al hijo de puta de su viejo. Seguramente tenía razón, aunque me dolió lo que dijo.

Andoni Zubikarai enjugó disimuladamente las gotas de sudor que corrían por su frente. No hacía calor en la sala de autopsias, convenientemente refrigerada, pero el constipado que comenzaba a insinuársele le obligó a tomarse dos aspirinas que, entre otros efectos, le provocaban siempre una ostensible sudoración. Tendría que haberse quedado en la cama, como le solía aconsejar con buen criterio su madre, enterrado bajo un par de mantas o, más acorde con su formación y profesión, acudir a la consulta de algún compañero. Pero como suele ocurrir, sentía autentica aversión a ponerse en manos de cualquiera de sus colegas, así que decidió aguantar en pie mientras su cuerpo resistiera. Además, ese día estaba de guardia y tenía trabajo que hacer, una joven que había abusado del caballo hasta que fue el propio caballo quien decidió abusar de ella y causarle la muerte. Otra más, parecía como si los malditos años ochenta, en los que los jóvenes vascos caían como moscas a consecuencia de la facilidad con la que se conseguía heroína y lo mal (o bien, según se mire) cortada que estaba, hubieran vuelto y se hubiese iniciado un nuevo ciclo infernal. Si no recordaba mal era la cuarta o quinta joven a la que tenía que practicar la autopsia en los últimos meses.

En realidad podría haberse quedado en la cama, en lugar de estar allí, sudando y con los ojos enrojecidos y abotargados, mientras examinaba las vísceras de una adolescente que había soñado con ser inmortal sin comprender que, en la mayoría de los casos, los sueños pueden trocarse en pesadillas. Con una simple llamada telefónica hubiera bastado, cualquiera de sus compañeros le habría sustituido como él lo hacía en infinidad de ocasiones. Pero no estaba dispuesto a desperdiciar la oportunidad de efectuar una nueva autopsia. No solo, como decían con una mezcla de admiración y cachondeo sus colegas, para aprender cada vez más de los muertos y de su mudo lenguaje, sino porque en los últimos tiempos tenía un nuevo aliciente, sabía que acabara a la hora que acabara le estaría esperando Ainhoa, la mujer a la que amaba y que había dado a su vida un giro de ciento ochenta grados.

—¿Te encuentras bien, Andoni? Estás sudando como un cerdo.

Estuvo a punto de gruñirle a Román, su joven ayudante, para demostrarle que tenía razón en lo que acababa de decir, pero se contuvo a tiempo. Era un buen chaval, un voluntarioso becario que tan solo llevaba cinco meses trabajando con él, y su comentario era más producto del interés por su jefe y compañero que una crítica, aunque quizás las palabras que había utilizado no fueran las más adecuadas.

—Sí, sí, no me pasa nada —dijo por fin, pero se vio obligado a añadir una explicación—. Es que antes de que me llamaran del juzgado me he bebido un par de cervezas y a mí la cerveza enseguida me hace sudar.

—Tengo un primo al que le ocurre lo mismo, con solamente beberse una ya parece un auténtico surtidor. Yo en cambio no sudo, a mí lo que me produce la cerveza son unas ganas de mear insoportables. Me acuerdo que una vez, viniendo en autobús

desde Madrid, me tomé unas cuantas birras antes de cogerlo y a medio camino me entraron unas ganas..., las pasé putas, joder, cada vez que me acuerdo de ello es que me pongo malo.

Mientras finalizaba la autopsia Andoni Zubikarai escuchó con aparente atención las explicaciones de Román acerca de las desventuras causadas por el exceso de trasegar cerveza. Aún tenía que redactar el informe, pero no se encontraba en forma ni tenía ganas de hacerlo, lo único que quería era largarse de allí cuanto antes y acudir al apartamento del Casco Viejo en el que le esperaba Ainhoa. En ese momento lo que más ansiaba, más incluso que echarse en la cama para sudar a discreción tras beberse un buen tazón de leche con miel, remedio casero que superaba a todos los fármacos que sus colegas podían recetarle, era refugiarse entre los brazos de Ainhoa, disfrutar de la boca de Ainhoa, del cuello de Ainhoa, de los pechos de Ainhoa, del coño de Ainhoa.

–Román, ¿te gustaría redactar tú el informe? Te he estado observando y creo que estás preparado, no te lo digo por decir, has aprendido mucho desde que empezaste a trabajar con nosotros.

Mientras le decía estas palabras, Andoni Zubikarai deseaba fervientemente que Román no hubiese leído a Mark Twain, al menos el capítulo de *Las aventuras de Tom Sawyer* en la que el joven protagonista convence a sus amigos para que le ayuden a pintar la valla que estaba obligado él a pintar como castigo. En esos momentos se sentía como el joven Tom, intentando conseguir que Román le hiciera el cometido con el señuelo de que se trataba de un premio y no de una tarea tediosa y burocrática.

–Me encantaría, jefe, por fin un poco de trabajo excitante.

Andoni Zubikarai tuvo la impresión de que su joven ayudante le estaba vacilando, pero una vez conseguido su objetivo, librarse de una engorrosa y aburrida faena, prefirió no darse por enterado y limitarse a agradecerle su buena disposición.

–Por cierto, jefe, ¿sabes cómo empiezan a llamarnos nuestros compañeros del resto de los juzgados?

–¿Los matamuertos? –le preguntó Zubikarai sin demostrar ningún interés, convencido de que el gilipollas del magistrado titular del juzgado número 5 había transmitido a sus colegas las últimas chorradas que su desbocado ingenio había parido.

–¿Los matamuertos? Joder, no, pero suena bien, ¿no te parece? Matasanos los que curan a los vivos y matamuertos los que abrimos los cadáveres. Tiene sentido – Zubikarai miró sorprendido a su ayudante, tenía fama de bromista, pero no sabía si ahora estaba hablando en serio o no–, pero no, no nos llaman «los matamuertos», nos llaman los «supergafes».

–¿Los «supergafes»? –pese a su alicaído estado de ánimo, de repente las palabras de su subordinado habían despertado su interés–. ¿Qué quiere decir eso de «supergafes»?

–Joder, jefe, pues qué va a querer decir, como gafes pero elevados a la enésima

potencia, o más, si cabe.

–¿Y a qué viene ese apodo?

–Pues a qué va a venir, a que tenemos una potra de cojones, a este ritmo vamos a coger una fama de la hostia.

–No lo entiendo, ¿se puede saber de qué me estás hablando? –preguntó nuevamente Zubikarai a Román, entre extrañado y divertido por el lenguaje de su subordinado y amigo.

–Joder, pues a qué me voy a referir, a que todos los muertos nos caen a nosotros. Y cuando hablo de muertos hablo de fallecidos, de «*córpores in sepultos*», como creo que se dice en latín, no de trabajos engorrosos –se vio obligado a precisar tal vez innecesariamente tratándose de médicos forenses–. No sé si te habrás dado cuenta, Andoni, pero cuando estamos nosotros de guardia siempre aparecen más cadáveres que en todas las guardias anteriores juntas. Lo dicho, jefe, nos estamos ganando una fama de gafes del copón de la baraja.

–No digas sandeces, Román, todo eso no son más que tonterías. Somos médicos, científicos, no un atajo de viejucas supersticiosas que cuentan historias sombrías sentadas en el poyo de sus casonas mientras ven pasar por el camino a la gente. No existen los gafes, como tampoco existen los milagros, la telepatía o la comunicación con los muertos. Bueno, esto último sí existe, nosotros nos comunicamos continuamente con los muertos, pero lo hacemos por medio de sus vísceras, sus huesos, sus órganos, su sangre, no hablando con ellos a través de un médium. Además, casi nunca estamos nosotros solos de guardia, siempre hay algún compañero más, o sea que el presunto «gafe» estaría compartido.

–En eso último tienes razón, pero aún es peor, porque incluso habiendo más médicos de guardia casi siempre te ofreces tú a realizar las correspondientes autopsias. Y en cuanto a lo otro, ya sé que somos científicos, jefe, y no las brujas de Macbeth, pero las estadísticas son las estadísticas. Quizás los gafes no existan, seguramente tienes razón, yo también soy bastante escéptico, pero ya sabes lo que se dice de las meigas, «existir no existen, pero haberlas haylas». Y lo de las estadísticas es algo irrefutable, si esto fuera una competición ganábamos la medalla de oro sin oposición alguna, vamos, que no nos sobrepasaban ni los atletas yanquis.

–¿Estadísticas? Tonterías. Nada más que tonterías –replicó sonriendo Andoni Zubikarai–, en todo caso podría tratarse de rachas, tan solo eso, rachas. Es como cuando sale algún iluminado diciendo que según los últimos estudios efectuados siempre que hay luna llena se cometen más delitos de sangre que cuando no la hay. ¿Tú crees en la existencia de hombres lobo? ¿A que no? Pues esto es lo mismo, no hay ni gafes ni leches, como ya te he dicho se trata de rachas, simplemente de rachas desafortunadas.

–No, claro, si ya sé que llevas razón, pero eso es lo que menos les importa a los cachondos de nuestros colegas, joder, ya sabes cómo son, cómo somos, cuando te pasas todo el puto día entre muertos cualquier excusa es buena para divertirse. Y

aunque solo sea por descojonarse un rato a nuestra costa, por muy racionales y amantes de la ciencia que sean nuestros compañeros, tengo tan claro que nos van a sacar cantares a cuenta del «gafe» como que me llamo Román Sánchez.

Andoni Zubikarai se limitó a decirle a Román que dejara de pensar en eso. «Además, ya sabes cómo son esas cosas», añadió, «cuanto más intentas luchar contra ellas, más fuertes se hacen. Lo mejor es pasar de todo y el tema quedará olvidado cuando la gente se aburra de él». Román le debió contestar algo, pero no llegó a escuchar sus últimas palabras ya que finalmente le había vencido la impaciencia y con un simple «adiós, hasta mañana» de despedida, había abandonado la estancia. Tenía prisa por dirigirse al apartamento de Ainhoa aunque, mientras sorteaba con la pericia que le proporcionaba la costumbre el caos cotidiano en que el tráfico sumía todas las tardes a su ciudad, seguía pensando en lo que le acababa de comentar el becario y no podía dejar de darle, al menos mentalmente, la razón. Quizás no fueran gafes, ese era un concepto irracional al que no se le podía dar ningún crédito, pero de alguna manera Román tenía razón y no acababan de gustarle las consecuencias que podrían llegar a extraerse de esa situación.

Todos los días del año y para las tres provincias de Euskadi en las que el Instituto Vasco de Medicina Legal ejercía sus competencias les correspondía hacer guardias a nueve médicos forenses en turnos de veinticuatro horas. Y curiosamente en el último año la inmensa mayoría de los levantamientos de cadáver producidos habían ocurrido cuando él se encontraba de guardia. Y no solo eso, había un dato más, un dato que Román desconocía. El porcentaje de fallecimientos con intervención judicial en su turno se había multiplicado por tres con respecto a años anteriores. Si los bromistas camaradas de su ayudante lo supieran, el cachondeo sería seguramente mucho mayor.

Pronto desaparecieron esos pensamientos de su cabeza, en el momento mismo en que, tras dejar resguardado su coche en el aparcamiento de la Plaza Nueva tras pasaba el umbral del apartamento de Ainhoa para encontrarse con su novia, que le estaba esperando con esa sonrisa radiante que solo le dedicaba a él y con una excitante ropa interior que no podía haber sido adquirida en una tienda normal de lencería. Ese sujetador, ese liguero, esas bragas tenían que venir directamente de algún *sex-shop*, no podían haber sido vendidas en un comercio del centro, pero daba igual, su objetivo final era desaparecer, arrancados por las inquietas manos del propio Zubikarai.

Sudoroso todavía después de un épico combate contempló con ternura, mientras encendía un cigarrillo, el dormido rostro de su compañera, que finalmente había caído rendida y se había entregado al reino de los sueños. ¡Y pensar que hacía poco más de un año él era un auténtico pringado que a los efectos aún continuaba siendo virgen! Se estremeció al recordar que en una ocasión, cuando encima de la camilla observaba, tendido bajo sus ojos, el cadáver de una joven morena que acababa de cumplir los veinte años y que aún con la lividez de la muerte conservaba ciertos restos de belleza que le proporcionaban un apetitoso aspecto sexual, llegó a pensar en penetrarla. ¡Estuvo muy cerca de violar a una muerta! Desechó esos pensamientos

morbosos, si finalmente no lo hizo fue precisamente porque no era ningún pervertido necrófilo, había sido tan solo la soledad, la impotencia, ladesesperación, lo que le llevó a acariciar esa repulsiva idea durante unos segundos, unos escasos segundos. Venció la tentación, pero no estaba seguro de que hubiera sido capaz de resistirse a una segunda tentación. Afortunadamente Ainhoa entró en su vida para cambiarla radicalmente. Era cierto que el apetito sexual de su novia solo alcanzaba su máximo apogeo cuando él acababa de practicar una autopsia, ambos sabían que se trataba de algo extraño e incluso con un punto de perversión, pero no hacían daño a nadie así que pronto dejó de darle vueltas al tema. Al principio se preocupó por lo que les estaba ocurriendo y hasta pensó en acudir a la consulta de un psiquiatra amigo, pero finalmente aceptó la broma que el destino les había tendido porque lo más importante para él, y también para ella, se lo había repetido en múltiples ocasiones y Andoni la creía, era simplemente estar juntos.

¿Por qué, entonces, le estaban perturbando tanto los comentarios de su ayudante acerca de que eran dos «supergafes»? Él no era supersticioso, tal y como le había dicho a Román él se consideraba..., no, no era esa la expresión adecuada, no es que se considerara, es que era un científico, un hombre racional, que no creía ni en gafes ni en males de ojo y tampoco daba crédito a esos locos que hablaban constantemente de experiencias paranormales o sobrenaturales. Pero por mucho que lo quisiera obviar, las estadísticas no engañaban y de algún modo avalaban técnicamente lo que a nivel de chascarrillo malicioso podría interpretarse como «tener el gafe». ¿Podía haber algún motivo racional, lógico, para que su «ratio» de autopsias se hubiese disparado en comparación con la de sus compañeros?

Si lo pensaba con detenimiento se daba cuenta de que no tenía mucho sentido. Era cierto que en su ciudad, como solían presumir desde el Ayuntamiento, no se prodigaban en exceso los delitos con violencia contra las personas así como que a lo largo del año se producían muy pocos asesinatos y algunos escasos suicidios, pero la legislación procesal, que exigía la presencia judicial en toda aquella muerte que no hubiera sido certificada por un médico, facilitaba el que no fueran infrecuentes las autopsias. De hecho en más del noventa por ciento de los casos en los que su intervención había sido necesaria se trataba o bien de ancianos sin familia que habían muerto solos en sus domicilios, a los que había accedido la policía después de que algún alma caritativa preocupada tanto por los malos olores que empezaban a notarse en el descansillo como por no haber visto en varios días al anciano o anciana llamara al teléfono de emergencia, o bien, y cada vez se producían más casos de estos, de jóvenes que habían jugado con las drogas más de lo aconsejable. Ambos tipos de muerte, curiosamente situados en las dos edades extremas del ser humano, la adolescencia o juventud y la vejez o ancianidad, eran precisamente los que se habían disparado, no los homicidios con arma blanca o de fuego. Tendría que revisar las últimas estadísticas, pero estaba convencido de que no se equivocaba.

La cara relajada y hermosa de Ainhoa le llevó, por una curiosa asociación de

ideas, a pensar en la de la anciana cuya autopsia había tenido que practicar hacía muy pocos días. Como la inmensa mayoría de las últimas que había realizado, se trataba de una muerte natural. ¿O no lo había sido? En su cuello habían aparecido unos moratones prácticamente imperceptibles, como si algo sólido lo hubiese oprimido suavemente, tan solo lo necesario para producir el fallecimiento. Esas mismas marcas habían aparecido en los siete últimos ancianos a los que había tenido que examinar tras ser encontrados en avanzado estado de descomposición, pero parecía absurdo pensar que había alguien que se dedicaba a aligerar las cargas económicas de la Seguridad Social patria. Ninguno de los ancianos tenía grandes bienes ni se había significado por hacerse enemigos, todo lo contrario, eran personas apacibles que vivían sin molestar a nadie, como decía la clásica frase, ni envidiosos ni envidiados. Y tampoco había encontrado en ninguno de los casos indicios suficientes como para sospechar que hubieran muerto asesinados, ni siquiera para iniciar una investigación más exhaustiva. Criterio que en todos los casos había compartido el juez correspondiente.

Volvió a mirar a su novia, que se había dormido, con la cabeza reposando sobre su pecho. Era una escena tan tierna que no comprendía por qué era incapaz de desechar de su cabeza los lúgubres pensamientos que se habían aposentado en ella. Pensó si debería transmitir a Ainhoa su inquietud. Ella, por su profesión de asistente social, trataba habitualmente con personas ancianas y quizás podría darle alguna respuesta. Además era también miembro de una ONG que se dedicaba a la rehabilitación de toxicómanos, así que conocía a fondo tanto la situación de quienes habían alcanzado la tercera edad como de quines difícilmente conseguirían llegar a la segunda. Eso pensaba al principio hasta que con cierto horror se dio cuenta de que una idea pavorosa estaba germinando en su cabeza. De repente vio con toda claridad lo que hasta ese momento no había sido sino una nebulosa que revoloteaba en su cerebro, sin querer manifestarse del todo por miedo a las conclusiones que podrían extraerse de ella.

Ainhoa tenía acceso a las viviendas de muchos ancianos. Y se relacionaba con drogadictos en estado casi terminal. Y en algunas ocasiones en las que no le había avisado que llegaba de practicar una autopsia, ahora caía en la cuenta, ella parecía haberlo sabido de antemano, eso demostraba al menos la sugerente ropa con que le había recibido. Y la inmensa mayoría de las muertes se descubrían justo cuando él estaba de guardia. Y su vida sexual dependía de que aún conservara en su cuerpo, como le solía decir ella, el «olor a muerto». Y, y, y..., intentó desechar esos pensamientos de su cabeza, eran demasiado horribles para ser verdad.

Todavía estaba pensando en ello cuando notó cómo los labios de Ainhoa buscaban los suyos mientras una mano traviesa y experta rozaba tenuemente su miembro, lo suficiente para provocarle una erección. La miró y tuvo de nuevo ante él a la mujer radiante y hermosa de la que estaba profundamente enamorado y que se le entregaba apasionadamente. No lo dudó ni un momento. Apagó el cigarrillo que

acababa de encender y respondió adecuadamente a la provocación de que estaba siendo objeto. No iba a permitir que esas absurdas ideas que de repente habían germinado en su mente le angustiaran. Pero un rato más tarde, cuando de nuevo yacían sudorosos sobre la cama tras haber hecho el amor, no pudo evitar que retornaran mientras se preguntaba si de verdad eran tan absurdas como quería creer o podía haber algo de cierto en ellos. Intentó desecharlas diciéndose a sí mismo que en realidad, como le había comentado hacía unas pocas horas antes a Román, se trataba simplemente de una mala racha. O quizás no fuera tan mala, se le iluminaron los ojos cuando Ainhoa, nuevamente despierta y en activo, enroscó su cuerpo desnudo en el suyo, quizás tan solo se tratara de una racha afortunada.

En el juzgado al principio todo fueron pegas. Según el Secretario las diligencias estaban archivadas, por lo que no tenía ningún sentido que me personara en ellas. Incluso intentó poner en duda que yo estuviera habilitado para ejercer como abogado, se notaba que, aunque no nos conocíamos de épocas anteriores, mi fama, mi mala fama para ser más exactos, me había precedido. De hecho hasta hacía tan solo tres meses yo no podía ejercer, ya que el Ilustre Colegio de Abogados del Señorío de Bizkaia no me había dado el alta, no querían acoger en su seno a tipos como yo, y aunque las actuaciones judiciales que en su día abrieron contra mí por un delito que no había cometido tuvieron que archivarse por falta de pruebas, el colegio se pasó por el forro de los códigos mi presunción de inocencia y optó por el tradicional silencio administrativo cuando solicité el reingreso. Tan solo a raíz de destaparse la trama del «Karibeko Kluba» y quedar completamente exonerado de las acusaciones vertidas contra mí se dignaron admitirme, aunque a regañadientes. Eso los abogados, ya que los jueces y demás funcionarios judiciales seguían teniéndome algo más que manía al responsabilizarme de la muerte de uno de sus compañeros más emblemáticos. El que ese compañero fuera un auténtico hijo de puta con toga era lo de menos, a comienzos del siglo XXI seguimos en pleno auge del corporativismo y si hay en este país un gremio corporativista ese es el judicial.

Tuve que amenazar al Secretario con elevar una queja ante el mismo Presidente del Tribunal Superior de Justicia, y aunque seguramente sospechaba que ese digno señor y yo no teníamos nada en común optó finalmente por acceder a mis requerimientos. Es posible que más que mi mirada heladora y mi amenazante gesto copiado de Clint Eastwood cuando ejercía de Harry el Sucio influyera en su decisión el hecho de que Agurtzane, que se había erigido en mi fiel escudera y no me dejaba solo ni a sol ni a sombra desde que entramos en el Palacio de Justicia, comentara que a su «tío» Germán no le iba a gustar nada lo que estaba ocurriendo, pero lo importante es que en muy poco tiempo conseguimos no solo que nos devolvieran las pertenencias de Erika sino que, además, nos sacaran fotocopia de las diligencias judiciales.

Aprovechándome de mi nueva y flamante condición de abogado en ejercicio nos aposentamos en las dependencias que el Colegio tenía en el interior del Palacio de Justicia, bajo la sorprendida mirada de muchos de mis camaradas leguleyos que entraban y salían constantemente, en muchos casos sin poder disimular que sabían quién era y conocían mi aparentemente turbio pasado, al menos el que había sido hecho público. A su extrañeza también contribuía, soy consciente de ello, la circunstancia de que examináramos sin recato alguno las prendas que vestía Erika su última noche y que Agurtzane reconoció como las mismas que llevaba puestas cuando se despidieron. Al menos una cosa estaba clara, si había llegado a entrar en su

domicilio no había tenido tiempo de cambiarse antes de volver a salir. Por lo demás, la ropa no nos decía nada, no había en ella restos visibles de ningún tipo, quizás un laboratorio de esos que últimamente tanto abundan en las series de televisión le hubiera sacado chispas, pero yo no era un laboratorio ambulante y de todos modos el juez había decidido que no merecía la pena enviarlas a la policía científica para que hiciera un informe.

En el interior de su bolso no había nada que no pudiera hallarse en el de cualquier otra joven, un juego de llaves, un paquete de pañuelos de papel, una fotografía en la que podía vérselas junto a su madre y su hermana, las representantes de la segunda generación vestidas con sendos biquinis que apenas les cubrían un pequeño trozo de piel y la madre también en biquini, aunque algo más recatada, un *post-it* amarillo que le recordaba que tenía que pasar por la tintorería a recoger un vestido, un peluche ya ajado y medio roto con la cara del pitufo gruñón, un botón que aún llevaba colgado restos del hilo que lo había tenido sujeto a la chaqueta o jersey correspondiente, unas gafas de sol de escasa calidad, un par de preservativos sueltos, que nunca se sabe cuando van a ser necesarios, y su cartera. En su interior tampoco encontramos gran cosa, el documento nacional de identidad, la tarjeta roja de la BBK, ochenta y siete euros, un calendario de un restaurante de Somera, que además era del año anterior, un bono para viajar en metro y su teléfono móvil, uno de esos que parecen diseñado por ingenieros de la NASA y frente a los cuales yo solía sentirme como un completo analfabeto.

—¿No sabrás por casualidad cuál es el pin del móvil de Erika? —le pregunté a Agurtzane.

—No, pero creo que Celia sí lo sabe —sacó de su bolso el suyo, que todavía parecía más sofisticado y con más teclas que el de su amiga, creo que la expresión adecuada es decir que era un móvil de la «siguiente generación», e hizo una llamada. Le costó convencer a la hermana de su amiga, pero finalmente funcionó la complicidad entre mujeres y me pudo proporcionar el número que yo le había solicitado.

Cuando abrí el móvil y quise comprobar el Registro de Llamadas observé que estaba vacío. No había llamadas perdidas, ni recibidas ni enviadas, como si lo hubiera borrado todo antes de morir. Tampoco había mensajes guardados. Era algo extraño, habitualmente solemos guardar, más por dejadez que por interés auténtico en conservarlas, las referencias de las llamadas y mensajes que hemos hecho o recibido. A mí antiguamente se me acumulaban hasta el máximo permitido por la memoria del aparato, y cuando quería borrarlas me llevaba un buen rato. Ahora, en cambio, tengo un truco, todos los lunes, según me levanto y salgo de la ducha, reviso el móvil y borro todas las referencias, tanto de llamadas como de SMS que hay en él, aunque a veces se me olvida y pueden llegar a pasar dos o tres semanas sin que lo haga. Es cierto que hay gente cuidadosa o maniática que según hace o recibe una llamada la borra para que no se le acumulen, pero por lo que sabía hasta el momento de Erika no parecía pertenecer a ese tipo, no obstante, para estar seguro del todo, se lo pregunté a

Agurtzane.

–Ni harta de coca, tío, para eso era un desastre, habitualmente solía ser yo quien le cogía el móvil y se las borraba. Y eso que yo también me despisto bastante, pero bueno, no es una cosa a la que le diéramos mayor importancia, tampoco molestan, ¿no?

–Por lo que me has contado, estuvisteis durante toda la tarde haciendo y recibiendo llamadas y «esemeeses». ¿Te fijaste si antes de despediros los borró?

–Fijarme, lo que se dice fijarme pues no, no me fijé, pero pondría la mano en el fuego para asegurarte que no lo hizo. Vamos, seguro que no, que no los borró, ya te he dicho que para eso era un desastre.

–En ese caso tuvo que hacerlo más tarde, ya en casa o cuando bajó de nuevo a la calle. Seguramente recibió una llamada que la hizo volver a salir, pero la borró.

–¿Y si la borró la persona que le llamó? Eso significaría que no desea que nadie sepa que lo había hecho, posiblemente porque está implicado de alguna manera en su muerte. ¿No se te había ocurrido? –me preguntó con el brillo en los ojos de quien está convencido de que ha hecho un brillante descubrimiento e incluso con la íntima satisfacción de quien pensaba que había dado una lección al profesional averiguando algo que este último no sospechaba. De todos modos sí había pensado en ello, y así se lo dije.

–Pero hay algo muy extraño. ¿Por qué borró todas las llamadas y mensajes y no solo la última, aquella en la que él estaba implicado? Lleva menos tiempo borrar una que veinte, y lo mismo digo para el caso de los mensajes, y cuando se está junto a un cadáver de cuya muerte se es responsable, directa o indirectamente, lo que menos conviene es perder el tiempo.

–No sé –me reconoció Agurtzane–, quizás no pensó en eso, o fueron los nervios del momento, vete tú a saber. ¿No hay manera de recuperar las llamadas?

–Quizás sí, pero hacerlo por nuestra cuenta sería muy costoso –opté por no comentar que pese a mi aspecto desastrado una herencia tan reciente como inesperada me permitía costearla y así había decidido hacerlo, asumiendo personalmente el gasto, aunque prefería guardarme ese as en la manga— y al no ser una investigación oficial, ya que las diligencias están archivadas, no tendríamos ningún apoyo oficial. Pero no es eso lo que me preocupa.

–¿Y qué es lo que te preocupa?

–Suponiendo que quien se reuniera con Erika no estuviera nervioso y supiera lo que hacía, y creo que es una suposición plausible visto cómo se desarrollaron posteriormente los hechos, tenía que saber que era mucho más lógico borrar tan solo la llamada, o las llamadas si hizo más de una, que podían delatarle, y no hacerlo con todas. Pero si pese a ese razonamiento lógico actuó de ese modo, tan solo encuentro dos explicaciones posibles: la primera, que esa misma persona la hubiese llamado con anterioridad a lo largo del día y prefiriera borrar todas las llamadas, ya que si solo lo hacía con las suyas podría parecer algo extremadamente sospechoso.

–Sí, tiene su lógica –admitió Agurtzane–, sobre todo porque la mayor parte de las llamadas las recibió estando conmigo y, más o menos, sé con quién habló en todo momento. Aunque eso –no pudo evitar llevarse la mano a la boca, en expresión inequívoca de asombro— significaría que quien estuvo con ella fue algún amigo o conocido. No, no puede ser –meneó la cabeza de derecha a izquierda, como queriendo realzar su oposición a esa idea.

–Lo siento, pero no podemos descartarlo.

–De momento dalo por descartado –me contestó con una vehemencia digna de mejor causa y ante la que opté prudentemente por callar. No era tonta y cuando llegase el momento se daría cuenta de que no podíamos dar nada por sentado–, así que olvídate de esa primera explicación. Por cierto, ¿cuál sería la segunda?

–Llamar nuestra atención.

–¿Llamar nuestra atención?

–Sí, llamar nuestra atención, aunque en realidad no me estoy refiriendo a nosotros en concreto, sino la de quien decidiera, llegado el caso, profundizar en el asunto.

–¿Y eso qué puede significar?

–Aún no lo sé, ni siquiera sé si mi hipótesis es correcta, pero de serlo no puede significar nada bueno. Solo acostumbran a llamar la atención los locos o aquellos que tienen una mente lo suficientemente calenturienta o perversa como para pergeñar planes de lo más alambicados y delirantes. Y sinceramente, Agurtzane, no sé que sería peor, si enfrentarnos a un loco o a alguien que se considera a sí mismo extremadamente inteligente.

–¿Estás hablando de un posible asesino en serie? –la posibilidad de enfrentarse a alguien así parecía excitarla.

–No, estoy hablando de alguien que, al igual que tú, ha visto demasiadas películas y no las ha digerido convenientemente.

Mis últimas palabras tuvieron la virtud de enfadarla nuevamente, pero no me preocupé, eso se estaba convirtiendo en algo recurrente en nuestra relación detective-cliente, aunque no sé si sería mejor definirla como protector-protégida. De todos modos tengo que reconocer que Agurtzane no era nada rencorosa así que su enfado duró lo que tardé en ofrecerle revisar conjuntamente la fotocopia de las diligencias judiciales. Desgraciadamente su lectura no fue nada provechosa, ya que desde el primer momento todos los que intervinieron en el asunto estaban convencidos de que no había nada raro en la muerte de Erika por lo que todas las diligencias exudaban una banalidad y falta de consistencia similar. Incluso las declaraciones de quienes descubrieron el cadáver de la joven no aportaban nada que no supiéramos de antemano y lo mismo podía decirse de las que tomaron a su madre y hermana, que tan solo habían servido para cumplimentar un trámite, enojoso aunque necesario.

La autopsia tampoco fue demasiado esclarecedora o quizás sí, solo que en un sentido contrario a la hipótesis que manejábamos. Erika, como ya sabíamos, murió a consecuencia de una sobredosis de heroína demasiado pura, pero no había indicios de

que se le hubiera forzado a inyectársela, ni lesiones defensivas, ni heridas o abrasiones de ningún tipo. Aún así no dejaba de ser extraño, estaba claro que si el fallecimiento fue provocado por el consumo de una dosis de heroína de inusual pureza, o alguien la había manipulado con intenciones criminales o por las calles de Bilbao estaba circulando material potencialmente dañino que podría originar aún más muertes. Era un punto que sin duda merecería la pena investigar, aunque por otra parte esa misma idea seguramente ya se les habría ocurrido a mis excompañeros de la Ertzaintza, con quienes antes o después tendría que ponerme en contacto para intentar sonsacarles. No era una idea que me hubiese venido de repente a la cabeza, sino que llevaba rumiándola desde que acepté el caso, pero ahora esa entrevista parecía ser cada vez más acuciante.

Me fijé en el nombre del médico que firmaba el informe, Andoni Zubikarai. Afortunadamente le conocía de anteriores ocasiones, ya que también trabajaba para el Instituto Vasco de Medicina Legal en la época en la que yo estaba destinado en el grupo de homicidios y aunque nunca habíamos llegado a intimar nuestra relación siempre había sido correcta, incluso cordial, por lo que pensé que quizás pudiera dedicarme algunos minutos para hablar de la muerta. No es que fuera a decirme nada que no constara en su informe, siempre había sido un forense muy minucioso y meticulado, pero en ocasiones una conversación mano a mano con el autor de un informe, de cualquier tipo de informe, suele aportar nuevos datos o incluso nuevos puntos de vista que habitualmente no trascienden a la letra impresa.

Afortunadamente Zubikarai se encontraba en esos momentos, o eso me dijeron al menos unos funcionarios que le conocían, en el propio Palacio de Justicia, asistiendo como perito médico a una vista oral en un asunto de lesiones producidas por un accidente de tráfico. Y es que las autopsias, con ser la parte más espectacular y visible de su trabajo, no constituyen más que una parte mínima, por suerte, de sus tareas; suele ser más habitual que tengan que informar acerca de las lesiones producidas en accidentes o agresiones, tiempo estimado de duración de las mismas y posibles secuelas, algo necesario para que los jueces fijen las penas que deben imponerse e incluso las indemnizaciones pertinentes en el caso de que hayan de otorgarse, lo que origina frecuentes rifirrafes con abogados, compañías de seguros y particulares.

El juicio en el que estaba declarando el forense como experto no parecía ser especialmente conflictivo lo que favoreció sin duda que saliera del mismo con buena disposición de ánimo y accediera a charlar con nosotros unos minutos, aunque tendría que ser en los pasillos, me dijo, ya que no disponía de mucho tiempo. Cuando le insistí para que fuéramos a un lugar más discreto opuso cierta resistencia, pese a que me había reconocido. Y no solo lo hizo sino que al parecer estaba perfectamente informado sobre mi situación personal ya que me dijo, con cierto tono de sorpresa, que pensaba que me encontraba en situación de excedencia. Me dio la impresión de que la inicial buena disposición de ánimo había desaparecido nada más escuchar mi

petición de que habláramos en un lugar más discreto, e incluso de que se había colocado a la defensiva. En general comprendo que cuando alguien es requerido para charlar con un policía o detective se ponga a la defensiva, por muy limpio de polvo y paja que esté, sobre todo en ese último caso, pero cuando quien se pone a la defensiva pertenece de alguna manera al circo judicial soy yo quien se vuelve receloso. De todos modos intenté disipar sus absurdos temores, aún no le había dicho ni siquiera de qué quería hablar con él.

—Así es, Zubikarai, tienes razón, estoy en excedencia, pero estoy colaborando con una amiga periodista, por cierto te presento a Agurtzane Iturmendi —Andoni Zubikarai alargó desvaídamente su mano derecha en señal de saludo, pero tuvo que interrumpir ese gesto cuando Agurtzane le atrajo hacía sí para sellar con un par de besos en las mejillas su recién nacida amistad—, la periodista con la que colaboro. Está trabajando en un artículo sobre el mundo de las drogas y sus consecuencias, desde un punto de vista humano, no judicial, pero aún así nos gustaría hablar contigo porque sabemos que últimamente te ha correspondido efectuar las autopsias de algunos jóvenes muertos por sobredosis, para que nos cuentes tus experiencias y nos transmitas tus impresiones. Por supuesto, salvo que así lo desees, tu nombre no aparecerá para nada en el artículo.

—¿Y tú que pintas en esto? ¿Ahora trabajas de periodista?

—Dios me libre de caer tan bajo —intenté bromear con él, aunque no me había gustado nada su pregunta—, soy un simple colaborador, como si dijéramos un introductor de embajadores. Agurtzane, como vieja amiga mía que es, me tiene en gran estima, seguramente más de la que me merezco, y piensa que debido a mi antiguo trabajo soy capaz de abrirle puertas que de otra manera tendría difícil rebasar, así que sé bueno, Zubikarai, no me dejes en mal lugar y concédenos esa entrevista.

No sé si Zubikarai se apiadó de mí o, más posiblemente, se sentía intimidado en mi presencia. Una de las ventajas que me proporcionaba el haber trabajado unos cuantos años como policía era esa, que casi sin proponérmelo aún conseguía intimidar a ese sector de ciudadanos que solemos clasificar como «libres de toda sospecha». El caso es que accedió a mis ruegos y nos dirigimos a un despacho que solía utilizar cuando trabajaba en el interior del Palacio de Justicia. En cierto modo estaba sorprendido, el Zubikarai que yo conocía se hubiera azorado un montón, incluso se hubiera sonrojado de forma escandalosa, a la vista del escote que lucía con insolencia juvenil Agurtzane y mucho más tras recibir un par de besos, pero esta nueva versión de Andoni Zubikarai, pese a su inicial rechazo a mis peticiones, parecía sentirse muy segura de sí misma.

—¿Qué es exactamente lo que deseáis saber? —nos preguntó una vez cómodamente instalados en el despacho, mirando sin ningún recato el escote de mi joven compañera.

—¿Es cierto —preguntó Agurtzane— que últimamente han aumentado los fallecimientos de jóvenes muertos a consecuencia de las drogas?

–La verdad es que no me ocupo de las estadísticas, así que no te lo puedo confirmar de modo oficial –sonrió con aspecto profesoral Zubikarai, como si estuviera dando una lección magistral a una alumna torpe, pero de la que esperaba que cayera rendida a sus pies al acabar la clase–, pero parece que estás en lo cierto por lo que he oído comentar a algunos de mis colegas, aunque afortunadamente no de un modo significativo ni alarmante. Son, por decirlo de alguna manera, picos que suben y bajan, como una campana de Gauss, perdonad, no pretendía ser pedante –mi instinto, en cambio, me advirtió de todo lo contrario, que este nuevo Zubikarai deseaba ser todo lo pedante posible, al menos en nuestra presencia— no sé si sabéis lo que es una campana de Gauss, se usa precisamente en estadísticas y es algo así – hizo en el aire, con su mano derecha, el dibujo de la campana de los cojones–. En fin, da igual, lo que quería decir es que no se le ha dado la menor importancia a ese aumento casual de las muertes por drogas.

–Hasta ahora no –decidí interrumpirle–, pero si el punto álgido de esa campana se perpetúa, si siguen aumentando las víctimas por sobredosis, ¿no empezaríais a preocuparos?

–Supongo que sí –se agitó nervioso en su silla–, pero no sé a dónde quieres ir a parar.

–Por lo que sabemos –hablé de tal manera que lo mismo podía referirme en exclusiva a Agurtzane y a mí que a un grupo más amplio de gente–, a la mayoría de quienes han fallecido últimamente por ese motivo la muerte se la ha producido una partida de heroína de una pureza inusitada –en realidad no estaba seguro de lo que decía, me estaba limitando a dar palos de ciego y observar qué reacción producían mis palabras en Zubikarai.

–No lo sé, es posible que así sea, pero eso en todo caso sería problema de la Ertzaintza, ¿no?

El muy cabrón me estaba diciendo de un modo muy sutil que dejara de meterme en lo que no me importaba. El problema era que sí me importaba y mi interés iba aumentando por momentos.

–Sí, tienes razón, eso es asunto de la Ertzaintza y seguramente hablaremos con algunos de mis antiguos compañeros antes de dar por acabado el reportaje, aunque ya te he dicho que nuestro enfoque no va a ser tanto judicial o policial como humano y sociológico. Por eso nos gustaría hablar de un caso concreto, el de Erika Pereda. No sé si te acordarás de ella, le hiciste la autopsia hace apenas un mes.

Mi intención en un primer momento había sido la de ir estableciendo poco a poco lazos de confianza con Zubikarai para pasar de lo general al caso concreto de Erika, de un modo natural, como sin darle excesiva importancia, ya que temía que si le preguntaba directamente por la amiga de Agurtzane podría desconfiar de nuestras verdaderas intenciones. Desgraciadamente mi argucia fracasó estrepitosamente porque de repente el forense empezó a sudar y sus ojos adquirieron un preocupante aspecto febril mientras con una voz en la que traslucía un repentino nerviosismo me

preguntó con un tono hosco qué interés teníamos en la muerte de Erika Pereda.

–Era amiga mía –entró rápidamente al quite Agurtzane, que también se había percatado de la animosidad que emanaba de Zubikarai y pensó que quizás una intervención suya consiguiera aminorar, si no desvanecer, esa hostilidad–. En parte es el motivo por el que decidí escribir el reportaje sobre el mundo de las drogas, para intentar comprender qué es lo que se mueve alrededor de ese territorio en el que ella, al parecer, se había sumergido.

–Entiendo, aunque poco es lo que os puedo decir –respondió más conciliador–, todo está en el informe de la autopsia, no sé si lo tenéis –le dijimos que sí, que acababa de proporcionárnoslo el Secretario del juzgado, y continuó hablando–. En ese caso ya lo sabéis todo, lamento deciros que no hay nada más que añadir. Es cierto que se trata de un caso muy reciente y aún lo llevo en la memoria, una tragedia, una auténtica tragedia, que una chica tan joven..., si es amiga tuya –miró a Agurtzane–, comprendo lo que estarás pasando y lo siento, pero os repito que no hay nada más que añadir, todo lo que vi se encuentra escrito en las diligencias judiciales.

–Lo sabemos, pero nos gustaría conocer, no sé cómo explicarlo bien, tus impresiones, todo aquello que no tiene reflejo en un informe, pero que de algún modo has podido percibir al examinarla.

–Sinceramente no se me ocurre nada –aún se sentía incómodo, pero estaba empezando a controlarse algo mejor–, lo siento.

–Agurtzane me ha dicho –señalé en su dirección–, y yo la creo, que su amiga no estaba enganchada a las drogas. ¿Puedes confirmárnoslo?

Se quedó pensando un rato antes de contestar, incluso por un instante pensé que iba a consultar sus archivos, pero no fue necesario.

–Externamente no había señales, ni en sus venas ni en ninguna otra parte del cuerpo que pudiera indicarnos que se pinchaba o que absorbía la droga por vía intravenosa. De todos modos podía drogarse por vía oral o inhalando el producto correspondiente, pero no detecté tampoco indicios que lo avalaran. No sé, quizás un examen toxicológico nos proporcionaría algún dato más, pero salvo que haya dudas considerables sobre la causa de su muerte, que al menos por lo que yo pude comprobar no las hay, ningún juez autorizaría la exhumación del cadáver.

–Da igual –suspiró Agurtzane–, porque la incineraron, así que es imposible –debió entender mal mi gesto de sorpresa porque me dijo que no fuera antiguo, que las incineraciones se practicaban cada día más–, son mucho más higiénicas y en los cementerios falta espacio, así que yo misma se lo propuse a su madre y aunque al principio se resistía finalmente conseguí convencerla, en parte gracias a que Celia estuvo de acuerdo con la idea.

Consideré que no era el momento ni el lugar adecuado para explicarle que si había tenido sospechas de que la muerte de su amiga no estaba del todo clara, su idea no había sido precisamente muy brillante, por expresarlo de un modo suave, además no tenía ningún sentido hacerle ese reproche, se trataba de una joven que intentaba

hacer lo mejor por su amiga con buena voluntad y decirle que la había cagado no serviría para nada, salvo para deprimirla, así que opté por cambiar de tema.

–En el informe no aparece si tuvo relaciones sexuales antes de fallecer.

–Será porque no las tuvo, ¿no crees? –el tono zumbón con el que acababa de contestarme era un indicio de que Zubikarai había asumido de nuevo el control de la situación.

Me encogí de hombros, como si desconociera cuáles eran los protocolos que rigen los informes de una autopsia.

–Aunque quizás... –hizo ademán de pensar, como si fuera el modelo en el que se había basado Rodin para crear su famosa estatua–, quizás no debiéramos descartar del todo esa idea, es posible que, efectivamente, hubiera tenido relaciones íntimas antes de su fallecimiento. No sé, está muy traído por los pelos, por eso no consideré interesante incluirlo en el informe, aparte de que no tiene nada que ver con la causa de su muerte, pero en su vagina había unos residuos pequeñísimos, casi ínfimos, de algo que podía haber sido desprendido por un objeto de látex, como un preservativo. Si es así eso significa que bien pudo tener relaciones sexuales, solo que tomando las debidas precauciones. Una chica lista, lástima que no lo haya sido tanto como para mantenerse alejada del mundo de las drogas. Oh, lo siento, no quería decir eso –dijo al darse cuenta de que estaba hablando de una amiga de Agurtzane.

–No tiene importancia, lo entiendo, aunque estoy convencida de que no estaba metida en ese mundillo, si se inyectó heroína tuvo que ser porque alguien la obligó.

En esa ocasión si la miré con dureza, anteriormente, para tirarle de la lengua a Zubikarai, Agurtzane le había dicho precisamente lo contrario, que pensaba que su amiga estaba sumergida hasta el fondo en ese mundillo, y lo que menos me interesaba en esos momentos era que el forense sospechara de cuáles eran nuestras intenciones. Que acababa de percatarse de ellas me lo demostró el que de nuevo se reflejó en su rostro una expresión hostil y que por su frente volvieron a deslizarse unas rebeldes gotas de sudor.

–Podéis estar seguros –intentó hablar con firmeza–, de que tomó la droga voluntariamente, no había lesiones ni indicios de que hubiera sido forzada a hacerlo. Creo que ya os lo he dicho.

–Sí, claro, tienes razón –Agurtzane procuró enmendar su metedura de pata–, disculpa, en realidad no quería decir que fue obligada sino que quizás la tomó sin saberlo, no sé, como cuando te dicen que pruebes algo, total, por una vez, no seas tonta, confía en mí, te prometo que no te hará daño.

Andoni Zubikarai estuvo de acuerdo con ella en que podría haber sucedido de ese modo, pero fue lo último que conseguimos sacarle. Se había encerrado en su caparazón, como una ostra, y en caso de que aún tuviera escondida una perla en su interior ya no estaba a nuestro alcance, así que nos despedimos del modo más cordial posible, no quería enemistarme con él de momento, quizás aún pudiera sernos útil en el futuro.

Mientras tomábamos un café en el Iruña, rodeados de jueces, funcionarios, abogados, procuradores y algún que otro despistado que no tenía ninguna relación con la farándula jurídica bilbaína, comenté con Agurtzane lo que nos había dicho Zubikarai.

–Por lo que me has dicho estuvisteis prácticamente todo el día juntas. ¿Tuvisteis relaciones sexuales?

–¿Entre nosotras? –me preguntó divertida.

–No, joder, con algún tío, no te pases de lista.

–Vale, vale, pero no tienes por qué ser tan estrecho, tampoco pasaría nada si hubiéramos tenido sexo entre nosotras dos, ¿no crees? ¿O también te escandalizan las relaciones lésbicas? –iba a contestarle que a estas alturas del partido ya no me escandalizaba ni aunque hubiesen tenido relaciones con una boa constrictor, pero no me fue posible ya que continuó hablándome en el mismo tono—. Para tu tranquilidad tengo que decirte que fuimos unas buenas chicas, santas y recatadas como nos enseñaron las monjas, y no follamos ni con tíos ni con tías. No porque no pudiéramos hacerlo, los tíos sois gilipollas, os hacemos un gesto con la cabeza y ya estáis desabrochándoos la bragueta sino porque no nos apetecía. Ese día nuestro rollo era otro y follar no entraba en el programa.

–En ese caso –le dije–, si Erika no tuvo relaciones sexuales mientras estuvo contigo, debió tenerlas cuando os separasteis, es decir, después de que la vieras entrar en el ascensor camino de su casa, es decir...

–...que seguramente las tuvo con la persona que la hizo salir nuevamente de su casa que, seguramente, fue también quien le proporcionó la droga –completó Agurtzane mi frase.

–Creo que en esta ocasión estás en lo cierto –le dije, pero por la expresión de su cara comprendí que haber acertado no la había convertido precisamente en la mujer más feliz del mundo.

La mañana siguiente me levanté temprano e intenté recuperar mis hábitos más saludables, como el de hacerme los puentes corriendo. Era la segunda vez en pocos días después de muchos meses y cuando llegué a casa, tras meterme entre pecho y espalda un zumo hecho con tres naranjas y un café bien cargado, me sentía tan en forma que decidí bucear en los secretos más íntimos de Erika Pereda o, al menos, en aquellos que había confesado a su ordenador. Conecté el *pendrive* y descargué todos sus archivos en mi portátil para examinarlos con tranquilidad y sin agobios. Agurtzane era una joven que me caía muy bien, entusiasta y voluntariosa, pero pretendía convertirse en mi sombra y yo siempre he trabajado mejor solo, incluso cuando estaba en la Ertzaintza lo prefería, pese a que lo habitual es trabajar en equipo. Pero, sobre todo, no quería que estuviera presente mientras, por usar sus palabras, «violaba» la intimidad de su amiga. Como policía y detective estaba acostumbrado a indagar en las vidas ajenas, en introducirme en sus más recónditos pensamientos y sacarlos a la luz cuando lo consideraba necesario, pero por alguna inexplicable razón el penetrar en las entrañas de lo que había sido la vida de Erika me producía un extraño pudor y desasosiego.

Erika, por lo que me había dicho Agurtzane, había sido compañera suya de facultad así que supuse que era también periodista y, de hecho, algunos de los documentos word que tenía abiertos me lo confirmaron. Incluso tenía escrita una tesis sobre Tom Wolfe y el nuevo periodismo. No me la leí al completo, pero me dio la impresión de que el bueno y viejo de Wolfe no era del agrado de Erika, aunque eso de llamarle «icono de la pequeña burguesía que en lugar de luchar contra el sistema se dedica a asustar a sus componentes más reaccionarios para así tranquilizar su conciencia y medrar tanto económica como socialmente» me pareció algo fuerte, pero en fin, se trataba de su opinión y a mí, por otra parte, era un tema que me dejaba indiferente, de modo que cerré el escrito sin leerme lo por entero. Otro de los documentos estaba lleno de jóvenes desnudos que mostraban alegremente aquellos atributos de los que se sentían más orgullosos y que eran reproducción de una página web que estaba en su lista de «favoritos». Como de momento sigo siendo heterosexual y, por otra parte, entrar en comparaciones siempre me ha parecido una solemne estupidez, sobre todo cuando uno puede salir perdiendo, no solo cerré el documento sino que lo envié directamente a la papelera de reciclaje. Aunque luego me arrepentí, no era muy profesional hacer desaparecer documentos cuando se puede estar ante un caso criminal, así que lo restauré en cuanto me di cuenta de las posibles consecuencias de mi acción. Ventajas de la informática.

Otra carpeta llena de fotografías, clasificada según lugares, situaciones y épocas, me pareció mucho más interesante. Al menos me sirvió para verla cuando estaba viva, en el doble sentido de la palabra, tanto porque aún no había muerto como porque representaban momentos en los que parecía sentirse contenta, feliz, satisfecha,

es decir, llena de vida.

Durante unos segundos tuve que agradecer que tanto mi trabajo de policía como mis experiencias personales me hubieran endurecido, ya que de otro modo me habría resquebrajado al comprobar cómo esa joven que me sonreía desde la mayoría de las fotografías había visto truncada su existencia de un modo tan brutal e inesperado. Intenté escudriñar, como si fuera uno de esos gurús o chamanes que con solo mirar una fotografía dicen que pueden capturar tu alma, cuál o cuáles de los jóvenes que bromeaban y reían junto a ella podrían haber sido sus compañeros de cama, pero mis dotes de adivino se encontraban ese día en horas bajas y no observé ningún indicio que me sirviera ni para apuntarlos en mi lista negra ni para descartar a ninguno de antemano. De todos modos, en esos momentos tampoco tenía ninguna importancia porque Agurtzane ya me había dicho, antes de despedirnos el día anterior, qué amigos de su cuadrilla eran los que habían disfrutado en alguna ocasión, siempre de modo esporádico, me recalcó, de la benevolencia de Erika y, las cosas como son, su confesión no me había servido para nada ya que antes o después todos se habían acostado con ella en alguna que otra ocasión.

—No pienses mal, no es, no era —rectificó con tristeza— ni una guarra ni una ninfómana, sencillamente se limitaba a disfrutar de la vida y el sexo es parte de la vida, ¿no? No sé por qué tendríamos que renunciar a él por unos estúpidos convencionalismos sociales, religiosos o culturales. La vida ha cambiado mucho desde que el hombre de las cavernas agarraba del pelo a la hembra que tenía más a mano y se la llevaba a su cueva, como si fuera una más de sus posesiones. De todos modos tampoco es que nos pasemos el día follando, solo lo hacemos cuando nos apetece, por cierto, en estos momentos no me apetece —se adelantó a responderme a una pregunta que no había pensado hacer, aunque no por ello dejó de joderme su comentario—, y una cosa teníamos clara, si algún día nos comprometíamos con un tío, de verdad, no para casarnos, pero sí para vivir juntos o algo parecido —preferí no preguntarle a qué se refería con eso de «algo parecido» a vivir juntos, para que no me considerara más carcamal de lo que ya seguramente pensaba que era—, le seríamos fieles.

—O sea que al final —dije para molestarla, como si se tratara de una estúpida venganza por su anterior comentario—, sois como todas, unas burguesitas que a lo que aspiráis es a estar a solas con vuestro hombre, sin interferencias externas.

—¡Eres un gilipollas, un auténtico gilipollas! —me respondió antes de irse bufando, en un nuevo ejemplo de cómo poco a poco se iba consolidando nuestra extraña relación detective-cliente.

El problema, pensaba de nuevo mientras continuaba mirando las fotografías, es que cuando todos son candidatos ninguno lo es de verdad. Es cierto que mi lista se reducía a tan solo diez o doce tíos, y si era necesario hablaría con todos, pese a ser un trabajo tan fatigoso como inútil en la mayoría de los casos, ya que ni siquiera podíamos estar seguros de que aquel con el que se había citado esa última noche

fuera uno de los que aparecían en las fotografías. Es más, aunque seguía sin poseer dotes adivinatorias, me daba la impresión de que la cara de la persona que me interesaba no se encontraba reproducida en ninguna de ellas.

El resto de los documentos tampoco me aportaron nada especial, salvo que llegué a conocer algo más cómo era Erika gracias, sobre todo, a un conjunto de relatos que había escrito. Se trataba de relatos muy ingenuos, tanto que incluso podían considerarse, por alguien que, como yo, tenía un punto cínico, manifiestamente maniqueos. Eran historias impregnadas de una visión ecológica e idealista de la existencia en la que el «bueno», por lo general una joven incomprendida, una mujer maltratada o un militante pacifista que hacían frente, contra viento y marea, a todas las fuerzas unificadas e implacables de un sistema injusto, y conseguía triunfar sobre las adversidades. Su temprana muerte había llegado antes de que el desencanto y la desilusión, volvió a apoderarse de mí el cinismo, hubieran hecho mecha en ella y quizás desde ese punto de vista, me odié por pensar de esa manera, su muerte le había evitado mayores sufrimientos. De todos modos sus relatos no contenían, al contrario de lo que suele ocurrir en el caso de los escritores jóvenes, excesivos tintes autobiográficos o al menos, si me fijaba en lo que de ella me habían contado, yo no los encontré. Y por otra parte no dejaba de ser curioso que ninguno de ellos tratara, ni siquiera de lejos, sobre el mundo de las drogas y sus consecuencias. Aunque sí que estaba interesada en ese mundo, lo pude comprobar cuando tuve acceso al último de los documentos que había descargado en mi portátil.

Era el único de sus escritos, si exceptuamos su tesis sobre Tom Wolfe, en el que podía adivinarse que ella también era periodista. Se trataba de unos informes previos, más bien esbozos o esquemas de un reportaje que se había propuesto escribir y que, curiosamente, iba a tratar sobre la drogadicción desde un punto de vista humano, sus consecuencias personales, las tragedias familiares que desencadenaba, los problemas laborales que llevaban a la marginación y el parto, las enfermedades que podían producirse por el uso continuado de ciertas drogas, esquizofrenia, desarreglos mentales de todo tipo, hepatitis, sida, en fin, sobre todo lo que podía derivarse de caer en una adicción de ese tipo. Aunque no había nada desarrollado, el esquema era bastante completo y hasta cierto punto confirmaba la opinión expresada por Agurtzane de que su amiga no estaba implicada, como consumidora habitual al menos, en ese mundo. Los apuntes previos que se centraban, sobre todo, en sus efectos más negativos así parecían indicarlo.

En ese bosquejo de artículo no aparecían mencionados para nada, curiosamente, los narcotraficantes sin cuya existencia sería imposible la de los propios drogadictos. No tenía proyectado ponerse en contacto con ningún camello, ni siquiera con drogas que trapichearan para subvencionarse su propio consumo, ni tampoco tenía previsto entrevistarse con *ertzainas*, policías municipales o funcionarios judiciales que podrían haberle servido de ayuda para introducirse en ese mundo. ¿Era una omisión deliberada, por miedo a que el documento fuera visto por terceras personas

que no deseaba que estuviesen informadas de su proyecto? ¿Se trataba tan solo de un primer esquema que aún no estaba completado? ¿O era cierto que quería ceñirse exclusivamente al lado humano de ese mundo? Podría ser, pero me parecía algo raro, Erika era una mujer joven y, por lo que estaba empezando a conocer sobre ella, no me daba la impresión de que fuera una persona conformista sino que podría haber pertenecido, si se le hubiera dado la oportunidad, a esa estirpe de periodistas de raza que no se conforman con quedarse en la epidermis de los asuntos sino que pretenden introducirse en ellos para profundizar lo más posible. Se producía, por otra parte, una extraña coincidencia entre el supuesto contenido del reportaje apenas esbozado en su documento de ordenador con el que Agurtzane se había inventado como tapadera de nuestra investigación sobre el fallecimiento de su amiga. Una coincidencia muy curiosa, tanto que estaba convencido de que en realidad no lo era. La única que podría sacarme de dudas era la propia Agurtzane, así que decidí llamarla, con la esperanza de que se le hubiera pasado el cabreo o, en su defecto, que considerara más importante colaborar conmigo en la investigación que enroscarse en un orgullo mal entendido. Pero justo cuando iba a teclear su nombre en el móvil me vino una idea a la cabeza y pospuse la llamada por unos minutos.

Me interesaba saber cuándo se había creado ese documento. Sus anotaciones eran tan intemporales que lo mismo podría tener más de cinco años y, por tanto, no ser de ningún interés para la investigación. Volví a abrir el documento y piqué en «Archivo», yendo posteriormente a «Propiedades» y «Estadística». El documento era reciente, se había creado hacía tan solo un par de meses, y no había trabajado mucho en él, aparecían contabilizadas trece revisiones, doce si excluíamos la que acababa de efectuar yo hacía un rato. Iba a cerrar de nuevo la ventana cuando me percaté de un dato en el que ni siquiera se me había ocurrido pensar. La última modificación se había producido cuando Erika llevaba varias horas muerta. Cogí de nuevo el móvil, pero cambié de planes y en lugar de teclear el número de Agurtzane llamé a Celia, la hermana de Erika.

Si dijera que Celia se llevó una alegría al comprobar quién la había llamado estaría mintiendo, pero afortunadamente se había convencido, o la había convencido Agurtzane lo que, para el caso, es lo mismo, de que tenía que colaborar con nosotros, así que no opuso resistencia alguna cuando le dije que quería hacerle un par de preguntas.

—De acuerdo, dispere. Pero sea breve, por favor, comprenderá que esto es muy difícil para mí.

—Lo entiendo y seré lo más escueto y conciso posible. Se trata del ordenador de tu hermana. ¿Lo has abierto después de que ella falleciera y has entrado en alguno de sus documentos?

—No, para nada, ¿por qué me lo pregunta?

No le contesté de momento sino que volví a preguntarle si podría haberlo hecho su madre.

–¿Mi madre? Es usted un cachondo, señor Goikoetxea, un auténtico cachondo. Mi madre sería incapaz de acercarse a un ordenador ni aunque le ofrecieran un millón de euros, sería más fácil para un hombre de las cavernas entender el manejo de una nave espacial que para mi madre utilizar un ordenador.

–¿Y no hay nadie más que hubiera podido acceder a él? ¿Una empleada de hogar, por ejemplo?

–¿Una empleada de hogar? ¿Me está tomando el pelo? Usted ha estado en nuestra casa y ha visto cómo vivimos, ¿de verdad se cree que podemos permitirnos esos lujos? Es mi madre la que ha tenido que trabajar en las casas ajenas para mantenernos a mi hermana y a mí, no al revés. No sé en qué mundo vive usted, señor Goikoetxea, pero me parece que está muy alejado del nuestro.

A la chica no le faltaba un punto de razón, ni de amargura, en sus palabras, pero aún así tenía que hacerle la siguiente pregunta. Llevaba muchos años en este oficio para saber que en ocasiones las apariencias engañan. No siempre las cosas son lo que aparentan, y aunque estaba convencido de que ese no era el caso de la familia de Erika, prefería pasar por tonto a dejar de hacer alguna indagación que pudiera ser importante. Pese a ello le pedí disculpas, que aceptó sin malicia alguna, y volví a preguntarle si alguien pudo acceder a su domicilio mientras ellas estaban en el hospital de Basurto, haciéndose cargo del cadáver de su hermana.

–No, creo que no –contestó finalmente, tras un pequeño período de duda–, nuestra vecina de la puerta «A» tiene un juego de llaves, ya sabe, por si acaso sucede algo, pero se encontraba pasando unos días en Benidorm, con uno de esos viajes del Imsero, de hecho todavía no ha regresado, así que nadie ha podido entrar, al menos con un juego de llaves proporcionado por nosotros. Y que yo recuerde tampoco hemos perdido o nos han robado en los últimos tiempos las nuestras. ¿Por qué me hace esas preguntas? –volvió a insistir–, ¿acaso han violado su ordenador después de su muerte?

La palabra «violar» quizás pudiera parecer fuerte, sobre todo en labios de una chica joven como Celia, pero en ese caso estaba más que justificada. Sí, pensé, alguien había violado el ordenador de Erika y había manipulado un documento, pero cuando contesté le quité importancia al asunto, sobre todo porque ni yo mismo sabía cuánta tenía, aunque intuía que mucha. Me temo que cuando colgué la dejé aún más intranquila de lo que estaba antes de responder a mi llamada, pero hay cosas que no pueden evitarse cuando se está investigando la muerte de un ser humano.

Mi siguiente escala telefónica tenía que ser, por fin, Agurtzane. Por el tono de su voz al contestar deduje que no era muy madrugadora o, quizás, que para resarcirse del desencuentro que habíamos tenido el día anterior había decidido irse de juerga por la noche. Fuera cual fuera el motivo de que hablara con voz pastosa, se espabiló inmediatamente, cuando le expliqué lo que había descubierto.

–No lo entiendo –me dijo–, ¿quién coño iba a entrar en su ordenador después de que hubiera fallecido?

–Eso es lo que me gustaría saber. ¿Se te ocurre algún nombre, alguna idea?

–Si no han sido ni su madre ni su hermana, sinceramente no, no se me ocurre nadie.

–Ayer me dijiste que no tenía pareja estable aunque de vez en cuando andaba con uno u otro. ¿Sabes si podría haberle dado a alguien la llave de su casa?

–No, imposible, totalmente imposible –me contestó convencida–, sabía mantener las distancias y valoraba mucho su independencia. Además, vivía con su madre y su hermana, ¿cómo iba a darle la llave a un amigo y arriesgarse a que este entrara en la casa cuando podría estar dentro cualquiera de las dos? No, como te he dicho antes, es imposible, descarta esa idea. ¡Ya lo tengo! –aunque no podía ver su cara me la estaba imaginando como la de los inventores de los tebeos, a los que el dibujante suele colocar una bombilla encima de la cabeza–, seguramente se la quitó el hombre, o la mujer, que yo no discrimino, que estuvo con ella en el momento de su muerte. Parece lógico, ¿no crees?

–No me parece posible, lo siento. Si recuerdas bien, entre los enseres que nos devolvieron de Erika se encontraba un juego de llaves. Salvo que acostumbrara a llevar dos, lo que no suele ser habitual –Agurtzane me interrumpió en este momento para darme la razón–, quien manipuló su ordenador tenía que haberse hecho antes con la llave, lo que me lleva a pensar que pertenecía a su círculo o, al menos, que tenía la proximidad suficiente a ella, por el motivo que fuera, para poder hacerse con un juego de llaves, copiarlas y devolverlas sin que sospechara nada. Al final vamos a tener que investigar, uno por uno, a todos sus amigos.

–No lo dirás en serio –Agurtzane parecía estar de nuevo enfadada–, sus amigos son los míos, pertenecemos a la misma cuadrilla, no puedes insinuar que uno de ellos está implicado en su muerte, es algo inconcebible, no, lo siento, no puedo aceptar esa idea.

–Mira, Agurtzane, comprendo tus sentimientos, no es la primera vez que me dices eso y lo entiendo, de verdad que lo entiendo, pero esto es la vida real y, por decirlo con un refrán, no hay más cera que la que arde. Tu lealtad para con tus amigos es encomiable, pero si de verdad pretendes que se aclaren las circunstancias de la muerte de Erika tienes que actuar como si no tuvieras ni amigos ni enemigos, todos son testigos y todos pueden ser sospechosos. Esas son las reglas del juego, tú decides si quieres seguir jugando, pero si la respuesta es afirmativa no puedes inventarte unas reglas nuevas, tienes que aceptar las que hay. Y te recuerdo que fuiste tú quien lo inició y la que me convenciste para que te ayudara, bueno, con la inestimable ayuda de tu tío Germán –recalcé lo de «tío» en un intento de parecer irónico, pero no se inmutó, seguramente estaba digiriendo aún mis primeras palabras.

–Supongo que tienes razón –me concedió finalmente–, pero puede ser duro, muy duro, espero que si tienes, si tenemos –rectificó– que hacerlo, lo hagamos del modo más suave posible y no actuemos como un elefante en una cristalería.

–Puedes contar con ello –le dije, aunque en el fondo no era muy sincero, tratar

versallescamamente a un sospechoso de asesinato no suele dar resultado, sobre todo si, como es el caso de los detectives, no tienes la autoridad oficial necesaria para intimidarles—, además tampoco es algo urgente en estos momentos, antes quiero profundizar en otros aspectos del caso. Por ejemplo, en el reportaje que tenía intención de realizar antes de morir.

—¿A qué reportaje te refieres?

—Oye, Agurtzane, haz el favor de no hacerte la tonta conmigo o pensar que me chupo el dedo, ¿vale? Sabes tan bien como yo a qué reportaje me estoy refiriendo, el que tenía pensado hacer sobre el mundo de las drogas. Para ser más exacto, sobre la drogadicción desde un punto de vista humano, con sus consecuencias personales, las tragedias familiares que desencadenaba, los problemas laborales y sanitarios de todo tipo que puede acarrear, etcétera, etcétera, etcétera. Supongo que te suena porque es el rollo que me endilgasteis López-Argüelles —me resistía a referirme a él como su padre, por algún motivo me parecía increíble que entre ellos existiera una relación paterno filial— y tú cuando solicitasteis mi colaboración. Y para serte totalmente sincero, nunca he creído en las coincidencias.

—De acuerdo, tienes razón, de hecho me pareció una buena idea apropiarme de la suya para que nos sirviera de tapadera en nuestra investigación. Aunque la verdad es que desconocía que estuviera trabajando en ello, me enteré después de su muerte, cuando su hermana Celia me permitió acceder a sus archivos, y posteriormente me lo confirmó el fotógrafo, Carlos-Karlos, con el que había contactado para que se ocupara de la parte gráfica, aunque hasta el día de su muerte, por lo que me dijo, todavía no había empezado a prepararla. Pero de todos modos eso no tiene nada que ver con lo nuestro, en su caso el reportaje no era una tapadera de nada, es verdad que tan solo quería tratar ese tema desde el lado exclusivamente humano, de las consecuencias que conlleva el consumo de drogas en el adicto y en su entorno más próximo.

—¿Estás completamente segura? ¿No podría haber sido también una tapadera y su verdadera intención habría sido la de profundizar en ese mundillo desde un lado mucho más peligroso y oscuro?

—Joder, Goiko, ya no lo sé, qué quieres que te diga, ya empiezo a dudar hasta de mi propio nombre. Creo que no, Erika era mi amiga y no había secretos entre nosotras, si me dijo que el reportaje que tenía previsto escribir se centraba tan solo en el lado humano de sus víctimas, me lo creo. Pero en estos momentos ya no sé qué pensar, aunque me parece imposible que me engañara. De verdad, te lo digo como lo siento, me parece totalmente imposible.

—Quizás te ocultó sus auténticas intenciones porque temía que intentaras disuadirla.

—En eso sí que te equivocas, Goiko, si me conocieras más, y si la hubieras conocido a ella, sabrías que jamás hubiera intentado disuadirla ni ella me lo hubiese permitido. No éramos dos chicas mojigatas recién salidas del colegio de monjas,

éramos dos periodistas que queríamos comernos el mundo, yo al menos sigo queriéndolo, y confiábamos en que nada ni nadie nos apartaría de nuestro objetivo. Así que en el improbable caso de que me hubiese mentido, no se habría debido a lo que acabas de plantearme.

–¿Sabes si alguien más estaba al tanto de ese proyecto?

–No puedo asegurártelo, pero no lo creo. Era una idea muy reciente y el proyecto estaba aún en mantillas, sin desarrollar, así que lo más lógico es pensar que además de mí y del fotógrafo aún no se lo había confiado a nadie. Pero no podría jurártelo.

–Con eso es suficiente, de momento. Seguiremos en contacto. Un último favor, ¿tienes el número de móvil de tu fotógrafo, de Carlos-Karlos?

Me lo proporcionó sin hacerme ninguna pregunta, quizás por fin estaba aprendiendo las reglas del juego o, sencillamente, intuía que no iba a decirle para qué lo quería. Nada más cortar la comunicación con ella tecleé el número del fotógrafo. Advertí un molesto sonido de murmullos y rumores de fondo, por lo que me dijo estaba asistiendo a la inauguración en el Museo Guggenheim de una exposición dedicada a Cy Twombly, artista norteamericano del que yo no había oído hablar hasta entonces, pero eso no fue obstáculo para que nuestras voces llegaran nítidamente del uno al otro.

–¿Qué es lo que desea? –hablaba de un modo muy cortante, casi haciéndose el duro–, sea breve, por favor, estoy muy ocupado.

–Será poco tiempo y recuerda que me debes una –si quería hacerse le demostraría que no era más que un aficionado–, cuanto antes me respondas antes podrás volver a la exposición.

–De acuerdo, de acuerdo, no hace falta ponerse borde. ¿De qué se trata?

–Del reportaje que quiere hacer Agurtzane sobre el aspecto humano de los drogadictos. Al parecer Erika Pereda, una amiga de Agurtzane, también periodista, tenía la intención de hacer un trabajo similar, por no decir idéntico. Desgraciadamente falleció hace unos días, víctima precisamente de una sobredosis. ¿Qué puedes decirme sobre ese tema?

–Conocía a Erika, por supuesto, y me enteré de su muerte, que fue algo horrible, me dejó totalmente impresionado, las cosas como son, pero eso es prácticamente todo lo que puedo decirle. De todos modos, ¿a qué viene esa pregunta? ¿Acaso tiene algo que ver con el reportaje que está preparando Agurtzane con su ayuda?

–Podría ser. De hecho el tema es el mismo, ¿no te parece una curiosa coincidencia?

–En realidad no. Eran muy amigas y se lo contaban todo la una a la otra así que no me parece nada raro que Agurtzane haya decidido retomar por su cuenta el proyecto de Erika tras la muerte de esta.

–Sí, es posible, como también es lógico que te haya escogido a ti como fotógrafo, ya que estabas colaborando con Erika en ese proyecto.

–¿Yo, colaborar con Erika? La conocía, por supuesto, ya se lo he dicho, y en

alguna ocasión hemos trabajado juntos, pero no estaba colaborando con ella.

–Oye, Carlos-Karlos, o como cojones te guste que te llamen, no me vaciles, ¿de acuerdo?, que ya sabes cómo las gasto cuando alguien me pone de mala hostia. Sé que estabas colaborando con Erika, así que más vale que seas sincero conmigo si quieres que nos llevemos bien.

–Vale, vale, en realidad no te estaba mintiendo, aunque es cierto que estaba al corriente del trabajo que pretendía hacer Erika, me lo había comentado en más de una ocasión, pero de momento no tenía más que ideas muy vagas sobre cómo elaborarlo, por lo que yo sé todavía no se había trazado ningún *planning*, ningún plan de actuación –me lo repitió en castellano por si yo, en mi ignorancia, desconocía el significado de la palabra inglesa–. Es cierto que me preguntó si quería colaborar con ella realizando la parte gráfica del reportaje y que le respondí que sí, que sería un placer para mí, pero hasta el momento no habíamos concretado nada, ni siquiera, como ya le he dicho hace un momento, había trazado un esbozo de trabajo por mi parte. Eso es todo lo que sé, se lo juro.

–¿En algún momento te confesó qué la había impulsado a hacer ese reportaje? ¿Tenía algún encargo o lo iba a escribir por su cuenta, con la intención de venderlo posteriormente? –conocía la respuesta, pero quería escuchar lo que podía decirme el fotógrafo a ese respecto.

–Por su cuenta, por su cuenta, iba de *free lance*, como decimos en el argot. Supongo que albergaría la esperanza de venderlo una vez finalizado, pero de todos modos le serviría como experiencia, eso es al menos lo que yo creo. En cuanto a lo otro que me ha preguntado, ¿qué era?

–Si en algún momento te confesó qué la había impulsado a hacer ese reportaje.

–Ah, sí, es verdad. Bueno, no lo sé con seguridad, era un chica joven así que supongo que habría visto a su alrededor, entre sus amistades y colegas, en su barrio o en la ikastola, cómo se enganchaba la gente a las drogas y lo que le ocurría, así que me imagino que eso la sensibilizaría sobre el tema y le llevaría a querer escribir el artículo, pero solo son suposiciones mías, nada más que suposiciones.

–¿Sospechaste en algún momento si ese hipotético reportaje sobre el lado humano de los drogadictos era una excusa para profundizar en el mundo de los traficantes?

–Mire, señor Goikoetxea, comprendo que por su oficio la suspicacia sea para usted algo cotidiano, pero yo nunca sospecho de mis amigos. Si Erika me dijo que el reportaje que pretendía hacer se limitaba a narrar las consecuencias que la adicción provoca entre los yonquis y sus familiares, yo no sospecho nada, simplemente me limito a creerla.

Lo que me faltaba, al fotógrafo gilipollas le había entrado un inusitado ramalazo de dignidad personal, pero por otra parte le había sonsacado todo lo que era posible por el momento y seguramente tendríamos más ocasiones de vernos en el futuro, así que le di las gracias y le dejé libre para que pudiera fotografiar a su gusto las obras de Cy Twombly y, sobre todo, los caretos de los ilustres invitados a la presentación. Por

mi parte, había llegado el momento de reflexionar. Aún tenía mucho que hacer y dudaba por dónde debía tirar. Era cierto que sabía mucho más que en el momento en que Agurtzane me pidió su ayuda, pero todavía no tenía nada claro qué hacer con esa información y a dónde podía llevarme.

Andoni Zubikarai estaba sudando a chorros, pero en esta ocasión no se debía a los analgésicos ingeridos para combatir la gripe ni a que tuviera que enfrentarse de nuevo con un detective inquisidor y desconfiado, sino al hecho de que llevaba algo más de quince minutos intentando hacerse un hueco en la barra del Cotton Club, una discoteca en la que podía escucharse música en directo ubicada en pleno centro de Bilbao, en la plaza de Indautxu, frente al antiguo Rectorado, también reconvertido en sede de establecimientos hosteleros, mientras intentaba que le sirvieran tres cubatas y un *gin-tonic*. El local se encontraba repleto de gente, jóvenes sobre todo, y cada paso que daba hacia las ansiadas copas le suponía perder algo así como medio kilo de grasa transmutada en sudor. Cuando por fin consiguió hacerse entender por la camarera y pudo volver hasta el rincón en el que le estaban esperando Ainhoa y un viejo compañero de la facultad con su mujer, maldijo el momento en el que decidió llamar a su colega para decirle que quería hablar con él de un tema que le preocupaba, en plan profesional pero distendido, añadió sintiéndose un estúpido nada más decirlo, como si con esos eufemismos pudiera engañar a uno de los psiquiatras con más renombre de su ciudad.

Shanti Unanue no había estado tan unido a él como otros compañeros de promoción, pero mantenían una relación cordial desde sus tiempos de estudiantes y se habían encontrado posteriormente en algunas ocasiones en las que su viejo compañero había tenido que asistir, en calidad de perito, a algún que otro juicio, sobre todo a aquellos que, por su importancia intrínseca o por la relevancia de las personas implicadas, trascendían los muros del Palacio de Justicia y se aposentaban en las portadas de los periódicos diarios y de los informativos de las distintas cadenas televisivas. En ocasiones Zubikarai pensaba, con cierta ironía no exenta de envidia, que Unanue se había instalado en un círculo vicioso del que nada ni nadie podrían apearle ya. Al tratarse de un psiquiatra cada vez más reconocido en la profesión solía participar como perito en juicios importantes o como comentarista de prensa acerca de los procesos en los que no participaba. Todo ello acrecentaba, a su vez, su fama de psiquiatra competente lo que le llevaba a que se incrementara su participación en juicios y tertulias en una espiral que, seguramente, había tenido algún principio, pero que amenazaba con no tener final.

–Ya pensaba que te habías perdido por el camino –comentó jocosamente Unanue cuando Andoni Zubikarai le entregó su cubata–, o que habías decidido beberte tú solo todas las copas.

Andoni se limitó a sonreírle mientras pensaba que Unanue sería un gran psiquiatra, pero que tenía muy poco tacto, al menos con los amigos. De todos modos no podía reprocharle nada, cuando unos días antes le explicó lo que quería de él se ofreció a ayudarlo sin dudarle ni un instante, e incluso era él quien había preparado el escenario adecuado para poder examinar a su gusto a Ainhoa sin que ella se

percatara, por eso se encontraban en esos momentos en el Cotton Club, esperando que Ayo Olasunmibo, una cantante alemana de padre nigeriano y madre rumana de la que Shanti Unanue era un auténtico fan y que por primera vez actuaba en Bilbao, iniciara su actuación. Era prácticamente la única condición que le había puesto su amigo, que le consiguiera invitaciones para esa velada. Andoni Zubikarai hizo cuentas mentalmente y se percató de que entre las entradas para escuchar a la cantante, la cena que luego compartirían los cuatro juntos y que seguramente abonaría él en su integridad y las copas, la noche le iba a salir mucho más cara que si le hubiera solicitado una cita formal en su consulta. El problema estribaba en que no podía decirle a Ainhoa que quería que la examinase un psiquiatra sin arriesgarse a tener fuertes problemas con ella o, incluso, que le mandara directamente a la mierda, sin concederle la más pequeña oportunidad de explicarse o disculparse.

En realidad la cosa había empezado bien, Itziar, la mujer de Shanti, y Ainhoa habían sintonizado en seguida y parecían haberse hecho grandes amigas, cualquiera que las hubiese visto habría pensado que eran íntimas desde que se habían conocido con dieciocho meses en la guardería. Andoni, aunque esa situación le satisfacía, no acababa de asumir si esa reciente amistad era sincera o se trataba tan solo de una muestra de esa versatilidad o capacidad de adaptación un tanto hipócrita que en ocasiones se suele reprochar a la sección femenina de la especie humana y que tan nervioso solía ponerle antes de conocer a su novia, nerviosismo que se estaba reproduciendo. Afortunadamente podía achacar su exceso de sudoración a lo cargado del ambiente, ya que el local se encontraba repleto de gente, pero no estaba seguro de si había conseguido engañar a su amigo que al igual que su mujer había dado muestras de una entusiasta aprobación nada más haberle presentado a su novia.

—¡Joder, Andoni!, quién lo hubiera dicho de ti. Menuda tía que te has echado, y eso que parecías tonto cuando te cambiamos por el botijo. Cómo has cambiado, tío, ya me contarás cómo has conseguido ligártela.

Aunque no podía enfadarse por el tono campechano y de «buen rollito entre viejos amigos» que desplegaba Shanti, casi hubiera preferido que su antiguo compañero prescindiera del colegao y actuara más como un psiquiatra. De algún modo la seguridad que le proporcionaba su relación de pareja con Ainhoa se quebraba cada vez que se tenía que enfrentar con algún viejo conocido que le recordaba su pasado de soltero torpe y reprimido. Sabía que le miraban con envidia, pero también con escepticismo, y que muchos de ellos se cruzaban apuestas sobre el tiempo que tardaría Ainhoa en abandonarlo por alguien con más carácter y personalidad. Pero es que, además de eso, Shanti Unanue había puesto el dedo en la llaga al preguntarle cómo había conseguido ligársela. Porque tendría que contárselo, para eso había quedado con él, y aun sabiendo que su amigo sabía diferenciar lo personal de lo profesional y mantendría el secreto y la confidencialidad debida a cualquier cliente, se le iba a hacer cuesta arriba confesárselo.

Afortunadamente en esos momentos la artista afroalemana empezó a cantar y su

voz envolvió el recinto. Andoni Zubikarai, pese a su escepticismo inicial, sucumbió, como el resto de los presentes, al embrujo de esa mezcla de *soul* y *blues* con la que Ayo Olasunmibo había cautivado a todo el aforo de la discoteca. Fueron unos minutos mágicos durante los cuales no existieron cadáveres ni autopsias, psiquiatras ni novias obsesivas, médicos forenses ni viejos compañeros, sino la música y él. Podría haberse quedado horas y horas ensimismado, escuchando a esa cantante de la que hasta hacía media hora desconocía su existencia, pero un rato largo más tarde, cuando acabó la actuación, de nuevo el bullicio se enseñoreó del local y, una vez rota la magia, los cuatro lo abandonaron.

Había reservado mesa en el «Serantes 2», en la Alameda de Urkijo, entre las plazas de Indautxu y Bizkaia. Sabía que era una apuesta segura, invitándole a cenar allí quedaría estupendamente a los ojos de su antiguo compañero de facultad. Se preguntó si no sería él quien precisaba los servicios de un psiquiatra, ese absurdo deseo de agrandar a Shanti le retrotraía a aquellos viejos tiempos que creía haber dejado cuando, pleno de inseguridades y como si de un perrito faldero se tratara, necesitaba de la palmada cariñosa de sus amigos y compañeros. Aunque muy pronto, una vez cómodamente aposentados en el comedor, desaparecieron sus temores. La velada estaba transcurriendo de un modo inmejorable. Shanti Unanue y su mujer, Itziar, demostraron ser unos contertulios amenos y agradables, capaces de llevar la conversación sin acapararla y con una versatilidad que lo mismo les hacía hablar de lo mal que lo estaba pasando el Athletic, el histórico club de fútbol de la ciudad que tenía a gala no haber descendido nunca a la segunda división, pero cuya historia podía quebrarse ese mismo año si no mejoraban su juego, como del estado de los servicios públicos sanitarios en Euskadi o del apasionante trabajo, en palabras de Itziar, pronunciadas sin ningún sentido irónico, del propio Zubikarai.

El menú, unos entrantes compuestos por una ensalada de marisco, un surtido de ibéricos y unas almejas de cuchillo, y una lubina al horno para cinco personas que se comieron entre los cuatro sin ningún esfuerzo de lo sabrosa que estaba, también ayudó a que el ambiente fuera distendido y se desvanecieran sus temores. La cena fue perfecta y Ainhoa se mostró en todo momento feliz e integrada. Cuando tras el postre, una degustación de dulces variados, y los cafés aparecieron en la mesa las botellas de güisqui y pacharán, las dos mujeres decidieron hacer honor a esa extraña tradición que las obliga a ir juntas al servicio y dejaron el campo libre, Andoni incluso llegó a sospechar que Itziar se lo había propuesto a Ainhoa siguiendo instrucciones de Shanti, para que los dos hombres hablaran a sus anchas.

La mano le temblaba a Andoni Zubikarai mientras se servía una nueva ración de güisqui, que se tomó casi de un trago para darse valor antes de preguntarle a su amigo qué pensaba de Ainhoa.

—¿Que qué pienso de Ainhoa? Pues lo que te he dicho antes, que no te la mereces —cuando vio que su comentario ponía aún más lúgubre a su amigo cambió de tono—. Perdona, Andoni, era solo una broma, lo que quiero decirte es que así, a simple vista,

no veo nada raro en ella. Tienes que entenderlo, los psiquiatras no somos dioses ni adivinos. Para darte un diagnóstico o una opinión más concreta necesitaría mucho más tiempo y verla en mi consulta, no es suficiente una noche en este ambiente para poder hablar con cierta seguridad. Me imagino que hay algo que te perturba acerca de ella, en caso contrario no habrías preparado este encuentro, pero de momento solo puedo darte una primera impresión y esa primera impresión es francamente positiva. ¿Puedo hacerte una pregunta, como médico, no como amigo? ¿Cómo son vuestras relaciones?

–¿Te refieres a las relaciones sexuales?

–Sí, claro, como tú comprenderás me importa un bledo si os tratáis de tú o de usted. Bueno, esto que acabo de decir no es totalmente cierto –se sonrió al hablar–, saber eso también podría indicarme muchas cosas, pero de todos modos has dado en el clavo, por supuesto que me refería a vuestras relaciones sexuales. No te lo pregunto por cotillear, ya lo sabes, pero si prefieres no contestarme lo entenderé.

–No, no se trata de eso. En realidad ese es uno de los temas que me preocupan y que te quería consultar, pero no sabía cómo hacerlo. Nuestras relaciones sexuales no solo son muy satisfactorias sino que incluso podría decir que son excepcionales, fabulosas, dudo mucho que unos actores porno pudieran superarnos. Ese es el problema.

–Ahora soy yo el que no entiende nada, Andoni –Shanti Unanue parecía totalmente sincero al pronunciar esas palabras–, normalmente la gente acude a mi consulta por el motivo contrario, porque tienen problemas en sus relaciones. ¡Ni te imaginas la cantidad de tipos que andan por el mundo con problemas de erección o eyaculación precoz!, a veces me da la impresión de que en lugar de ser psiquiatra soy sexólogo. Habitualmente les desvío a la consulta de un especialista, cuando sus problemas tienen una raíz física, pero en ocasiones sus problemas son de «coco», por decirlo coloquialmente y en esos casos soy yo quien les trata. Pero como te he dicho, es la primera vez en la que me encuentro con que el problema consiste en que las relaciones sexuales son demasiado satisfactorias, aunque... ¿vuestro problema no será la adicción al sexo?

–¿La adicción al sexo? –preguntó extrañado Andoni–. No, bueno, no sé si somos adictos, nos gusta hacerlo, lo disfrutamos mucho, pero sin más, supongo que eso no es una adicción. ¿De verdad existe la adicción al sexo?

–Sí, y puede ser un verdadero problema. Ha empezado a conocerse a nivel popular cuando salió en la prensa que Michael Douglas, el actor, sufría esa adicción, y también el tío ese de «Expediente X», aunque en su caso no me extraña, con el poco caso que le hacía su compañera o se lo montaba con marcianas o no pillaba nada de nada. En fin, bromas aparte, aunque la gente tiende a tomárselo a cachondeo, la adicción al sexo, como cualquier otra adicción, puede constituir un problema muy grave. Entonces, ¿vosotros no sois adictos? ¿Sois fieles el uno al otro o, por contra, os tiráis todo lo que se os ponga por delante?, ¿solo pensáis en follar y follar?, ¿cuando

no estáis teniendo relaciones sexuales notáis que os falta algo, como si tuvierais síndrome de abstinencia?

–No, no, nada de eso. No, definitivamente no somos adictos al sexo, simplemente nos gusta practicarle y cuanto más, mejor.

–En ese caso sois una pareja completamente normal e incluso más afortunada de lo habitual. Sinceramente, Andoni, o te guardas algo en la recámara o no acabo de ver dónde está el problema. ¿En que folláis más que la media nacional? Tampoco es tan difícil, créeme. Además, en las encuestas la gente siempre miente, pocos machos ibéricos se atreven a confesar que solo lo hacen una vez cada seis meses. Andoni, ahora te hablo como psiquiatra, dime de una vez cuál es el auténtico problema.

–Es difícil.

–Lo sé, siempre lo es, pero ya has empezado a contármelo. Lo único que tienes que hacer es continuar, y a ser posible sin eso –le retiró la botella de güisqui cuando vio que iba a servirse otra copa–, no caigas en el mismo error que cuando éramos jóvenes y queríamos impresionar a las chicas en las discotecas. Hablando de chicas, las nuestras volverán enseguida. Le he dicho a Itziar que retenga a Ainhoa en el baño el máximo tiempo posible, pero más vale que te des prisa si de verdad quieres decirme qué es lo que te perturba sin que ella esté delante.

–Sí, supongo que tienes razón. En fin, allá va. Tú ya sabes que soy médico forense, ¿no? Y que una de nuestras funciones, no la más habitual, pero sí la más conocida, incluso podría decirse que la más morbosa a nivel popular, es la de practicar las autopsias a aquellos cadáveres en los que la legislación procesal así lo ordena –hizo una pausa por si su amigo quería hacer algún comentario, pero este, intuyendo que por fin Andoni Zubikarai iba a explicarle lo que le obsesionaba, optó por no interrumpirle–. Bueno, pues he comprobado que los días en los que realizo una autopsia, nuestra vida sexual mejora. En realidad no es que mejore, es que, joder, no sé cómo decírtelo, es la hostia, qué coño la hostia, la rehostia. Tanto que hemos llegado al punto de que ambos estamos deseando que entre de guardia y me corresponda diseccionar un cadáver. Joder, es que es muy fuerte, pero que muy fuerte, pero es la verdad, la puta verdad.

–¿Solo eso? –preguntó finalmente Shanti Unanue cuando comprobó que, tras soltarle de carrerilla lo que le estaba agobiando, Zubikarai no iba a añadir ninguna palabra más.

–¿Te parece poco?

–No me parece ni poco ni mucho. Lo que me has dicho es curioso, interesante incluso, pero sin más. Comprendo que la situación te haya llegado a preocupar, pero a falta de otros datos yo no le daría demasiada importancia de momento. ¿Ha habido alguna otra circunstancia en el comportamiento de Ainhoa que te haya inquietado?

–No, no ha habido nada más.

–¿Solo hacéis el amor cuando estás de guardia y te toca hacer una autopsia o tenéis relaciones independientemente de que se dé esa coyuntura?

–Bueno, no, las tenemos habitualmente, pero lo que sí es cierto es que cuando coincide con uno de esos momentos la cosa funciona muchísimo mejor, no sé cómo describírtelo, es algo inenarrable, maravilloso, no hay nada mejor en el mundo, es la rehostia, como te he dicho antes. Ya sé que me repito, pero es que es así.

–Entiendo, pero eso no significa nada. Pudiera haber ocurrido que el primer día que hicisteis el amor, o el día en que más disfrutasteis, coincidiera con que te habría tocado guardia y ella relaciona subconscientemente el hecho de que tú hagas una autopsia con disfrutar del sexo más de lo habitual. Visto así podría ser una patología, pero inofensiva. Conozco parejas que como mejor funcionan es cuando se encuentran en la habitación de un hotel, se desinhiben al estar lejos de casa, les sale la broma una pasta gansa, pero son felices de ese modo, en otros muchos casos los amantes se disfrazan. Puede parecer absurdo, si lo que al final hacen es, precisamente, despojarse de toda su ropa, pero las cosas funcionan de esa manera, como cuando la mujer se pone un sujetador sexy. Total, si al final se lo tengo que quitar, me dijo una vez un cliente refiriéndose a la ropa interior de su novia. A ella le gustaba la lencería fina y él terminó reconociendo que no era lo mismo quitarle unas braguitas sugerentes que unos calzones de felpa. Que lo de Ainhoa es raro, no te lo puedo negar, como tampoco te puedo negar que linda con lo patológico, pero yo no le daría la menor importancia.

–¿Estás seguro?

–No, no lo estoy, esto no es como las matemáticas, dos y dos son cuatro, cuatro y dos son seis, seis y dos son ocho y ocho dieciséis –recitó la vieja tonadilla infantil, quizás con ánimo de apaciguar las inquietudes de Andoni Zubikarai–, la psiquiatría no es una ciencia exacta, y si además tengo que hacer un diagnóstico con lo que he visto en una cena y lo que acabas de contarme, pues no, no puedo estar seguro de nada, se trata tan solo de una primera impresión. Pero vamos a ver, Andoni, si vuestra relación es buena, si funcionáis bien en la cama incluso cuando no practicas ninguna autopsia, si en todo lo demás Ainhoa es una persona «normal», y que conste que utilizo este término para entendernos, ya sabes que el concepto de «normalidad» es tan subjetivo que prácticamente ha devenido inservible, ¿qué es lo que te preocupa? Fíjate, incluso podría ser una especie de homenaje a tu persona, al hacer el amor con más frenesí cuando has realizado una autopsia que, además, puede ser primordial en el esclarecimiento de un delito. Podría estar sublimando tu profesión, rindiéndose ante lo que para ti es importante o te hace destacar entre los demás. Quiero que me contestes con sinceridad a esta pregunta, ¿a ti te parecería extraño que la mujer de un torero follara con él con más intensidad al finalizar la lidia? ¿Puede parecerle normal, lógico?

–Bueno, en realidad sí que tendría su lógica, pero no creo que sea lo mismo.

–¿Por qué no? En ambos casos tanto el torero como el forense han culminado su trabajo, un trabajo especial y poco común, con una importancia y trascendencia no parangonable a la generalidad de las profesiones. La única diferencia del torero

contigo es que en su caso la gente paga por verle torear, pero tal y como están todas las cadenas televisivas hoy en día, quizás en un futuro ni siquiera exista esa pequeña diferencia.

–Es posible que tengas razón. Sí, mirándolo desde ese punto de vista seguramente tienes razón. Me dejas mucho más tranquilo.

–Me alegro, para eso estamos. No te enviaré la factura –bromeó de nuevo Shanti Unanue–, con el concierto y la cena me considero pagado, muy bien pagado, por cierto.

Andoni Zubikarai se sorprendió al comprobar que se podía engañar con tanta facilidad a un psiquiatra de la reputación de Shanti Unanue. ¿O quizás no lo había hecho y su amigo, simplemente, se había limitado a seguirle la corriente? Porque cuando le había comentado que se quedaba más tranquilo le estaba mintiendo. En realidad algo sí le habían aplacado las palabras del psiquiatra, quizás la «peculiaridad», por decirlo de alguna manera, de Ainhoa no fuera tan importante, pero la pregunta que deseaba haberle hecho y que sabía que nunca se la haría era la de si pensaba que Ainhoa podría llegar a matar para favorecer que él efectuara nuevas autopsias, si sería capaz de convertirse en una asesina por el simple motivo de llegar con él al éxtasis sexual.

Esa era la auténtica pregunta para la que de momento no iba a tener respuesta, por eso el tranquilizador diagnóstico de Unanue no había conseguido disipar del todo sus temores. La velada tan solo había servido para aligerar su cuenta corriente, pero para nada más. O quizás sí, había dejado bien claro que, finalmente, tendría que ser él quien descubriera la verdad, con sus propios medios. El dilema estribaba en cómo hacerlo. Él no era un psiquiatra, ni un detective, y tampoco podía preguntarle directamente a su novia si se dedicaba a cargarse viejecitas o drogadictos para poder follar con él.

El regreso de Itziar y Ainhoa al comedor interrumpió tanto sus cábalas como la conversación que estaba manteniendo con su antiguo compañero de facultad. A partir de aquel momento la charla tomó otros vericuetos y podría haberse afirmado, en el caso de que hubiera podido obviarse el motivo último por el que había organizado la reunión, que la noche había sido perfecta. Eran casi las dos de la madrugada cuando, tras tomar una última copa se despidieron.

–¿Qué te ha parecido la novia de Andoni? –le preguntó Shanti Unanue a su mujer, mientras arrancaba su BMW de última generación.

–¿Ainhoa? Me ha gustado mucho, es supermaja, una tía muy simpática y agradable. Cualquiera día de estos la llamo y quedamos para vernos, hemos intercambiado los respectivos números de móvil.

–Preferiría que no la llamas –respondió Unanue a su mujer–. Y si es ella la que te llama pon cualquier excusa, no quedes con ella.

–No te entiendo –la sorpresa de Itziar era auténtica–, como te he dicho me ha parecido una tía muy maja, y además es la novia de un amigo tuyo. ¿A qué viene esa

reacción?

–Hazme caso, Itziar, ya sabes que nunca hablo por hablar cuando se trata de este tipo de cosas. Así que, por favor, mantente alejada de ella. No puedo decirte nada en concreto, no tengo datos suficientes. Ojalá esté equivocado, una cena no es suficiente para emitir un diagnóstico, pero debes creerme si te digo que Ainhoa puede llegar a ser peligrosa, muy peligrosa.

Para mi desgracia, Agurtzane me había perdonado lo que ella, unilateralmente, consideraba groserías mías y no encontró mejor manera de demostrármelo que presentándose en mi domicilio, sin previo aviso, a la mañana siguiente. Aunque llevaba media hora levantado aún no estaba afeitado ni me había duchado así que no la recibí de una manera muy amistosa, las cosas como son.

–Deja de gruñir y métete en la ducha de una vez, que apestas. ¿De pequeño no te dijeron lo dañinos que son el tabaco y el alcohol, además de poco higiénicos?

Había que joderse con la niñata, el mundo al revés. No le importaba fumarse un porro de vez en cuando, y seguramente se trajinaba a todo gilipollas con acné juvenil que se ponía a tiro, pero a la hora de fumarse un cohibas o meterse entre pecho y espalda un trago de güisqui se convertía en una puritana acérrima. No, si al final iban a tener razón los agoreros que dicen que no hemos sabido educar a la juventud.

–¿Sabes hacer café? –se me ocurrió preguntarle antes de dirigirme al cuarto de baño.

–Pero bueno, ¿te crees que nuestra generación ha salido tan inútil como la tuya? –el que apenas le llevara algo más de quince años no significaba nada, para ella yo pertenecía a «otra generación»–. Claro que sé hacer café, espera y verás, tú dúchate que del desayuno ya me ocupo yo. Siempre que en la cocina tengas algo más que *pizza* congelada, por supuesto.

Haciéndome el ofendido abandoné la cocina, en la que había entrado en persecución de Agurtzane, y me dirigí al cuarto de baño, no por obedecer sus autoritarios requerimientos sino porque era lo que tenía pensado hacer desde un principio. La ducha me dejó como nuevo y no pude evitar tener una erección mientras pensaba en Agurtzane. En un principio tuve la intención de aplicar el viejo remedio y darle a mi aparato un buen remojón con agua fría, pero finalmente opté por permitir que la naturaleza siguiera su curso, aunque me repetía a mí mismo que ella no me interesaba para nada, al menos sexualmente, se trataba tan solo de una cliente atípica, que me caía lo suficientemente bien como para intentar ayudarla pese a que en la mayoría de las ocasiones fuese igual de molesta que un grano en el culo. El aroma del café que pocos minutos después penetró en el baño hizo que me olvidara de cualquier tipo de pensamiento erótico festivo y me recordó que aún no había desayunado.

Agurtzane estaba en la cocina, con dos tazas de café humeantes sobre la mesa y una bandeja en la que convivían los bollos de mantequilla y los cruasanes.

–He pensado que como aún no has comido nada, te convendría tomar un café con leche y azúcar. Espero que esté a tu gusto.

Asentí con la cabeza, no tenía ningún sentido decirle que como a mí más me gustaba el café era sin leche y sin azúcar, como me dijo una vez un antiguo ligue tras dejar de serlo, «a ti te gusta que el café refleje tu personalidad, solo, corto y amargo». En realidad exageraba, era el despecho lo que la hacía hablar así, pero quizás en el

fondo tenía algo de razón. Cogí uno de los bollos y empecé a mordisquearlo, antes de preguntarle de dónde los había sacado.

–No sabía qué te gustaba más, si bollos de mantequilla o cruasanes, así que he traído un par de cada. Los acabo de comprar en la pastelería que hay abajo, en Mara, mientras tú te duchabas.

–¿Cómo has vuelto a entrar? ¿Has dejado la puerta abierta al salir? –pregunté extrañado.

–No por Dios, no soy tan inconsciente –protestó risueña–. He cerrado la puerta con llave.

–¿Con qué llave?

–Ah, sí, te la he cogido de la mesilla de tu dormitorio. ¿No te importa, verdad?

Sí, sí me importaba, la frase inglesa esa que dice que la casa de un hombre es su castillo había sido creada para mí, y así intenté explicárselo del modo menos hiriente posible, con un esfuerzo de autocontrol del que no me consideraba capaz, pero todo fue en vano, ya que no se tomó en serio mis protestas.

–Pero mira que estás chapado a la antigua. Joder, Goiko, si estamos juntos en esto es lógico que confiemos el uno en el otro, ¿no? Y además no sé qué es lo que te preocupa, no te voy a robar los cubiertos de plata y tampoco voy a meterme en tu cama.

Eso último sobraba, sobre todo porque me había hecho recordar la erección que había tenido anteriormente en la ducha, pero como no era cuestión de confesárselo me limité a hacer un gesto displicente que lo mismo podía significar que sí, que la entendía, como que lo dejaba pasar por esta vez, pero que no se repitiera.

–De todos modos –le dije sin abandonar mi tono anterior–, aún no sé para qué has venido. No recuerdo que hubiéramos quedado.

–Y no lo habíamos hecho, pero hay trabajo que hacer y no podemos perder el tiempo. Te he concertado sendas citas con dos de los ligues, tú supongo que les denominarías novios, de Erika. He estado pensando sobre lo que me dijiste acerca de que cabía la posibilidad de que la persona que estuvo con ella antes de fallecer perteneciera a su círculo más íntimo y aunque no estoy convencida del todo he comprendido que, como me explicaste en su momento, no se puede dejar ninguna pista sin explorar.

–Ya que recuerdas tan bien mis palabras –le respondí en tono enfadado–, quizás debieras recordar otra cosa que también te dejé bien claro cuando empezó toda esta historia, que solo ponía una condición para ayudarte, y esa condición era que el asunto tendría que llevarse a mi manera y que tú no harías nada por tu cuenta, sin antes avisarme.

–Lo sé, lo sé, lo recuerdo perfectamente, pero joder, Goiko, lo único que he hecho es anticiparme a lo que seguramente iba a ser tu próximo paso, ¿o acaso me equivoco? No me digas que no habías pensado hablar con los amigos más íntimos de Erika y que no sabías que me necesitarías para contactar con ellos y vencer sus

reticencias a hablar contigo. Coño, si es que lo único que he hecho es adelantarme a tus deseos y allanarte el camino. En lugar de estar enfadado deberías estarme agradecido.

En el fondo no iba muy desencaminada así que alzando los brazos en un gesto mitad de impotencia y mitad de condescendencia, le dije que bueno, que tal vez tuviera algo de razón.

–En fin, ya que has concertado esas citas acudiremos a ellas. ¿De quiénes se trata y cómo has quedado?

El primero de ellos se llamaba Jaime Zarrabeitia y era procurador de los Tribunales. «Es que su padre también es procurador», añadió Agurtzane, como si quisiera justificar que su amigo tuviera ese oficio, añadiendo que ya sabía que era una profesión de viejos pese a que su amigo había acabado la carrera hacía tan solo un año. Decidí no comentarle que todos los procuradores cincuentones y sesentones seguramente habían tenido alguna vez veinte y treinta años y que yo los había conocido de todas las edades, más que nada por no ahondar en la supuesta brecha generacional que, según ella, había entre nosotros.

Más me había extrañado al principio conocer la condición de Licenciado en Derecho de su amigo. En el fondo yo también estaba lleno de prejuicios y en mi imaginario los colegas de Erika y Agurtzane tenían que ser todos jóvenes porreros, sin oficio ni beneficio, como solía decir mi difunta madre. Joder, quizás después de todo Agurtzane tuviese razón y entre nosotros más que una brecha se había cernido un auténtico muro intergeneracional. Deseché esos pensamientos, producto tan solo de mi anterior enfado y no de un supuesto envejecimiento sentimental y mental del que, afortunadamente, aún me consideraba muy alejado, y acompañado por Agurtzane me sumergí nuevamente en las interioridades del metro para dirigirnos hasta el despacho de Jaime Zarrabeitia *junior*. En esta ocasión a Agurtzane no le extrañó que no la llevara en un descapotable último modelo, ya que el despacho se encontraba en la calle Ibáñez de Bilbao, junto al Palacio de Justicia, como suele ser habitual entre abogados y procuradores, y muy cerca de la salida de metro de la calle Berastegi.

La oficina de los dos Zarrabeitias, padre e hijo, estaba en el segundo piso de un edificio antiguo, de esos que nunca serán declarados monumento histórico artístico, pero que responden sin lugar a dudas a la definición de clásico. Piedra sólida, relieves en la fachada sin llegar a recargarla y un portal, más bien portón, por el que seguramente en siglos pasados habrían transitado carruajes tirados por caballos. Cuando lo crucé pensé durante unos segundos que estaba cruzando al mismo tiempo por el túnel del tiempo y me retrotraía al siglo XIX, a aquel Bilbao descrito por Miguel de Unamuno en su novela *Paz en la guerra*. Con la diferencia de que en aquella época no había ascensores capaces de depositarnos silenciosamente frente a un despacho de abogados en los que junto a sillones y sofás que podrían haber sido utilizados por el mismísimo don Miguel convivían ordenadores portátiles de última

generación y otros artilugios cuyo uso incluso a mí se me escapaba en esos momentos.

Los que sí existían ya en aquellos tiempos, y es que jamás ha habido una época perfecta pese a esa tontería que a fuerza de repetirla mucha gente se ha creído a pies juntillas de que todo tiempo pasado fue mejor, eran los abogados y los procuradores. Y eso eran precisamente quienes se apresuraron a recibirnos en el mismo momento en que cruzamos el despacho, un abogado y un procurador. Por segunda vez durante ese día pude comprobar que el refranero popular no era tan sabio como se solía admitir comúnmente, porque esa frase tan manida de que «lo que abunda no molesta» estaba equivocada. Agurtzane y yo teníamos pensado hablar con un joven que era amigo de ella y de Erika y que, casualmente, ejercía también de procurador, así que su presencia no solo era esperada sino deseada, pero en nuestros cálculos no entraba el que estuviera acompañado (la primera palabra que acudió a mi mente fue la de «asistido», como se dice de quienes tienen que declarar en un juzgado en calidad de imputados, pero opté prudentemente por no utilizar ese tecnicismo jurídico) por un abogado cuyo nombre me sonaba, Íñigo Orbegozo. Curiosamente a Agurtzane le molestó mucho más que a mí la «traición» de su amigo y así se lo espetó, sin ningún recato.

—No tienen por qué sentirse ofendidos —contestó el letrado, adelantándose al procurador, que se encontraba sensiblemente azorado—. Represento los intereses de los señores Zarrabeitia, padre e hijo, y estoy aquí a petición de don Jaime —no hizo falta que aclarara a quién se refería, porque tanto Agurtzane como yo entendimos que estaba refiriéndose al padre— para comprobar que esta reunión entre amigos no se sale de madre, por decirlo de un modo poco jurídico, pero que estoy seguro que todos podemos entender.

—Que conste que no ha sido idea mía, Agur —empezó a decir el Zarrabeitia joven, pero optó por callarse ante la severa mirada que le dirigió el abogado.

—Es cierto, la idea, efectivamente, ha sido del señor Zarrabeitia padre —especificó el abogado, pese a no ser necesaria esa aclaración—, y a mí me ha parecido una idea excelente. Seamos serios —en esta ocasión no se dirigía al joven procurador sino a Agurtzane y a mí—, ustedes quieren hablar con el señor Jaime Zarrabeitia hijo acerca de una muerte de la que sospechan que no está muy clara, pese a que ni el juez de guardia ni la Ertzaintza apreciaron indicios de delito en ella y pretenden que declare así, a pelo, sin ningún tipo de asesoramiento jurídico. ¡Por Dios!, que estamos entre gente dedicada al Derecho y sabemos lo que tenemos entre manos. Ya de por sí la investigación que ustedes han puesto en marcha es muy irregular, al no estar autorizados para llevarla a cabo, pero que encima pretendan acosar al señor Zarrabeitia hijo sin que esté presente un abogado, ustedes mismos admitirán que no es de recibo.

—¿Acosando? Joder, Jaimito, cómo puedes decir que te estamos acosando, cómo puedes tener tanto morro. Cuando hablé contigo te expliqué de qué iba la cosa y tú

estabas de acuerdo, si estamos aquí es porque nos has dicho que nos recibirías, no porque te hayamos acosado de ninguna manera.

–Ya lo sé, y por favor, te he dicho un millón de veces que no me llames Jaimito delante de la gente –estalló el joven procurador. Su cara se había teñido ostensiblemente de rojo, no sé si a causa de la ira o de la vergüenza, empezaba a conocer a Agurtzane y estaba seguro de que si le había llamado de esa manera, Jaimito, era porque sabía que le jodía un huevo–, ha sido cosa de mi padre. Pero bueno, tampoco tiene tanta importancia, con o sin abogado te voy a decir lo mismo. Yo quería a Erika, lo sabes perfectamente, y no me avergüenzo de ello.

Avergonzarse quizás no se avergonzara, pero como dicen los místicos, despedía malas vibraciones por todos los poros de su cuerpo. Y era evidente que se sentía incómodo, muy incómodo, quizás no tanto por nuestra visita como por el papel que le había tocado representar en la obra. Agurtzane me había comentado que Jaime había finalizado sus estudios de Derecho hacía muy poco y se podía observar que aún no se encontraba a gusto en su nuevo traje de procurador, tanto en un sentido metafórico como literal ya que los movimientos de su cuello, si no se debían a un tic nervioso, daban a entender que llevaba muy poco tiempo usando corbata. Así mismo un pequeño agujero en el lóbulo de su oreja izquierda indicaba que hasta no hacía mucho tiempo, presumiblemente hasta el día en que su padre le incorporó al despacho familiar, había llevado un pendiente colgado de la oreja. En el fondo parecía un buen chico, pero dentro de quince años, con una hipoteca, dos hijos y quince o veinte kilos de más, seguramente acabaría por convertirse en un cabrón redomado.

–Lo sé, Jaime, lo sé –cortó Agurtzane mi valoración mental de su amigo al responderle–, por eso hemos venido a hablar contigo y por eso mismo no entendemos que hayas recurrido a la compañía de un abogado. En realidad –dejó de mirar a Jaime Zarrabeitia y dirigió sus ojos al letrado–, no estamos investigando la muerte de Erika como si se tratase de una verdadera investigación policial, para la que como usted muy bien ha dicho no estamos autorizados, sino que buscamos el lado humano de su muerte. Como seguramente le habrá explicado Jaime, nuestra amiga murió a consecuencia de una sobredosis de heroína, al igual que ocurre con muchos jóvenes, mientras realizaba un reportaje sobre el mundo de las drogas. Lo único que deseo hacer, como periodista y amiga de Erika, es acabar su trabajo, como si se tratara de un homenaje. Supongo que lo entiendes, ¿no? –había vuelto a dirigirse al joven procurador–, como amiga se lo debo, se lo debemos. Pero se trata tan solo de eso, de un trabajo periodístico, no de una investigación policial.

–Muy interesante. Incluso conmovedor –se adelantó a contestar Íñigo Orbegozo, el abogado, tal vez para impedir que su joven protegido lo hiciera–, y si es como usted dice no hay inconveniente, pero hay algo que me resulta extraño. Si todo es tan inocente como nos lo está vendiendo, ¿qué pinta un conocido detective y expolicía, como el señor Goikoetxea, en todo este asunto? Por cierto –se dirigió a mí con una media sonrisa en sus labios–, yo era amigo del juez Bourget. Y también lo era el

señor Zarrabeitia padre.

–¿Amigos íntimos? –se me ocurrió preguntar en plan irónico, aludiendo a la condición sexual del difunto magistrado, aunque nada más decirlo me arrepentí. De todos modos no podía hacer nada, las palabras ya estaban dichas, no se pueden borrar, como se hace con las que escribimos en el procesador de textos cuando no nos complace el resultado.

–Me decepciona, señor Goikoetxea, conozco su trayectoria, usted comprenderá los motivos de mi interés por su persona, y no le consideraba tan burdo. O quizás simplemente intenta provocarme y ponerme nervioso, ¿se trata de eso, señor Goikoetxea? Porque de ser así aún lo entendería menos, no soy yo el objeto de su interrogatorio sino el señor Zarrabeitia hijo. Es un joven prometedor e inteligente –hablaba de él como si no estuviese presente, no sabría definir con seguridad si su actitud ante el novato procurador indicaba desprecio o, simplemente, distanciamiento profesional–, pero quizás demasiado vehemente e impulsivo. En realidad no son defectos significativos ya que para eso estamos su padre y yo, para pulirlos. Además, como suele suceder a menudo, el tiempo acabará corrigiéndolos. De modo que si sus palabras no han sido una imperdonable grosería sino un intento de desestabilizarnos, me temo que ha perdido usted el tiempo.

–Ni grosería, ni intento de desestabilizarnos –el mal humor me impidió pronunciar correctamente la palabra— ni hostias en vinagre, sencillamente estoy hasta los cojones de que todo dios piense en ese cabrón de Bourget como si se tratara de una virgen humillada y ofendida. Si usted se ha interesado por conocer mi trayectoria, como acaba de decir, sabrá que fui objeto de una injusta persecución por parte de su idolatrado magistrado.

–No se confunda, señor Goikoetxea, no le idolatraba –sonrió irónicamente al hacer ese comentario–, tan solo éramos buenos amigos. Y es cierto lo que acaba de decir, muy cierto, y lamentablemente tengo que admitir que Bourget se equivocó con usted, pero fue eso, una equivocación. No merecía morir por eso.

–Fue él en persona quien decidió acabar con su vida, no yo. Él solo fue el único responsable, y no vuelva a joderme hablando de equivocaciones, me acusó injustamente de ser un pedófilo, no de copiar en un examen de las oposiciones a *ertzaina*.

–No niego la gravedad de ese error, ni lo injusto de su acusación, pero no es lo mismo ser acusado de un delito que pegarse un tiro.

–Depende de en qué lado de la barrera se esté.

–Pero bueno, ¿queréis dejar de discutir por esas chorradas de una puta vez y centraros en lo que nos ha traído hasta aquí?

Los dos, el abogado y yo, miramos a Agurtzane como podríamos haber mirado a un extraterrestre que de repente se hubiese colado en nuestra casa por la chimenea, como si fuera el mismísimo Papá Noel. Enzarzados en nuestro duelo dialéctico nos habíamos olvidado tanto del procurador, que miraba abstraído al techo, como si nada

de lo que dijéramos pudiera interesarle, como de mi joven cliente, que no miraba precisamente al techo sino a nosotros, y en esos momentos sus ojos estaban echando chispas.

—No sé quién era ese juez del que estáis hablando, ni me interesa —continuó—, pero tanto Jaime como yo éramos amigos de Erika y es de ella de la que tenemos que hablar. Para eso habíamos quedado, si no estoy equivocada.

No estaba equivocada y así lo admitimos, aunque con cierta renuencia, así que todos volvimos nuestros ojos hacia el joven Zarrabeitia, consciente de que por fin había llegado su turno.

—¿Qué es lo que quieres saber? —se dirigió a Agurtzane, ignorándose ostensiblemente e ignorando también, de modo indirecto, al abogado Orbegozo.

Cuando tuvo que hablar Agurtzane se quedó, de repente, en blanco como si pese a todo su desparpajo juvenil y toda su preparación como periodista el hecho de estar indagando sobre la muerte de su amiga la hubiese bloqueado. Quizás por eso, consciente de que todos los presentes habíamos fijado nuestros ojos en ella e intentando salir de la situación en la que se encontraba solo pronunció una palabra: todo.

—¿Todo? —preguntó Zarrabeitia hijo con extrañeza—. ¿A qué te refieres con todo?

—A que quiero saberlo todo sobre tu relación con Erika y lo que pasó el día de su muerte —reaccionó por fin, aunque de un modo extremadamente brusco.

—Procedamos con más calma, señorita —intervino nuevamente Íñigo Orbegozo—, y sobre todo le pediría que concretara algo más y se ciñera a lo que la ha traído hasta aquí. Ya sé que es usted periodista, pero nadie me había dicho que trabajaba para la prensa rosa, las posibles relaciones entre Jaime y su amiga no le conciernen para nada, en todo caso, como amigos que eran los tres, pueden hacerse las confianzas que deseen, pero en otro momento. Y en cuanto a lo que pasó el día en que murió su amiga, Jaime no tiene por qué saber nada sobre el asunto y si lo supiera, por muy amigos que ustedes sean, mi obligación es impedir que le diga nada, nada en absoluto. Si no he oído mal, y es por lo que accedimos a recibirles, lo que ustedes desean saber es si su amigo —cabeceó gentilmente en dirección a Agurtzane— tiene algún tipo de información sobre el reportaje que la señorita Pereda estaba escribiendo. ¿Tienes algo que decir sobre ese tema, Jaime? —olvidándose de nosotros y mostrándonos ostensiblemente su espalda se giró hacia donde estaba el joven procurador.

—No, nada —titubeó—, ni siquiera sabía que estuviese trabajando seriamente en algo. Siento no poder ayudarte, Agurtzane, pero es la verdad.

—¡No te creo! —Agurtzane estalló por fin. Parecía claro que había llegado al límite y que el indagar sobre la muerte, que ella consideraba más bien asesinato, de su amiga, había acabado por hacerle perder los nervios—. Tú eras su mejor amigo, incluso algo más que amigo, es imposible que no sepas en qué andaba metida.

La cara de Jaime Zarrabeitia hijo adquirió un curioso tono rojizo e incluso parecía

que iba a pronunciar algunas torpes palabras de excusa, pero el abogado no le dio tiempo a pronunciarlas.

–Señorita, su actitud es impresentable e inaceptable, esta conversación ha terminado así que les ruego que salgan de aquí ahora mismo.

–No me iré sin conocer antes la verdad. ¿Qué es lo que estás ocultando, Jaimito?

–¡Joder!, te he dicho mil veces que odio que me llames Jaimito –se sulfuró el joven procurador.

–Eso no importa, que te llame como quiera, pero que se vaya –intervino el abogado–. Los dos –añadió–, váyanse de aquí ahora mismo o les denunciaré por allanamiento de morada.

–¿Es verdad eso, Jaime? ¿Me vas a denunciar por allanamiento? ¿De quién coño es este despacho, de ese tipejo –señaló al abogado– o tuyo? ¿Vas a dejar que te digan lo que tienes que hacer en tu propia casa y permitir, además, que te pongan en mi contra?

–En realidad es de mi padre y no estoy permitiendo ni dejando de permitir nada, joder, pero qué es lo que crees. ¿Piensas que a mí no me ha dolido la muerte de Erika? Pero está muerta, joder, se pasó con la dosis y la palmó. ¿Eso es lo que querías oír? Pues ahí lo tienes, aunque ya lo sabías.

–Cállate, Jaime, no digas ni una palabra más, ¿no ves que quiere envolverte y hacerte chantaje sentimental? Por favor, es la última vez que se lo digo, les ruego que se marchen –intervino de nuevo el abogado.

Hasta ese momento yo había permanecido como un convidado de piedra, como el espectador de un partido de mano por parejas que observa cómo la pelota rebota en el frontón a la espera de que el delantero, o si el pelotazo ha sido muy fuerte, el zaguero contrario la devuelva por encima de la chapa y continúe la jugada ininterrumpidamente hasta que alguien se anote el tanto; lo peor era que en ese partido quien más posibilidades tenía de llevarse el punto era el abogado, así que decidí intervenir.

–Por supuesto que nos iremos, señor Orbegozo, pero antes me gustaría que me escuchara un momento. Pese al desacuerdo que hemos tenido anteriormente usted parece ser un hombre razonable y sabe que no le va a perjudicar atenderme unos segundos.

Íñigo Orbegozo sopesó en silencio mis palabras hasta que finalmente, con una sonrisa en los labios similar a la del gato que acaba de zamparse al canario, me dijo que estaba dispuesto a concederme unos minutos.

–Pero solo hablará usted, no su compañera.

–¡Yo hablaré cuando me salga de los ovarios! –protestó Agurtzane.

–No, no lo harás, o seré yo quien salga de aquí al momento y nunca más sabrás nada de mí –estaba de ella hasta los cojones y creo que se dio cuenta porque, aunque con gesto que denotaba una fuerte rabia interior, accedió a estar callada–. De acuerdo –le dije al abogado–, aceptamos sus condiciones.

–En ese caso dígame qué es lo que quiere y sea breve, por favor.

–Así lo haré, pero me gustaría empezar de nuevo, entre otras cosas porque ni usted ni yo –dije esto mirando nuevamente al abogado, que tácitamente asintió que éramos los dos quienes llevábamos la voz cantante— somos nuevos en este juego, por lo que será mejor que hablemos sin tapujos. Es cierto que Agurtzane, que era una de las mejores amigas de Erika, tiene la intención de finalizar el reportaje que la propia Erika había iniciado, pero también es cierto que pensamos que su muerte pudo no ser del todo accidental y aunque no tenemos ninguna autoridad para ello, nos gustaría conocer cuáles fueron las circunstancias. No venimos a acusar de nada a Jaime Zarrabeitia, pero como amigo íntimo de la fallecida quizás pueda aportarnos algún dato que desconocemos.

–Eso cambia por completo las cosas –comentó Orbeagozo–, las cambia y las clarifica. Ya sé que le parecerán extrañas estas palabras en boca de un abogado, aunque creo que usted también lo es –sonrió irónicamente–, pero ahora que nos ha dicho la verdad quizás podamos entendernos. Como ya le he dicho antes estoy bastante bien informado sobre su persona y sé, que pese a todo lo sucedido, es usted un hombre honesto. Por otra parte, y eso supongo que ya se lo imaginaba, antes de acceder a esta conversación he hablado con Jaime hijo y sé que está limpio como una patena, así que de momento no veo ningún inconveniente en que usted, y solo usted –miró con dureza a Agurtzane, que le sostuvo con firmeza la mirada, pero no protestó–, podrá hablar con Jaime. Y, por supuesto, en el caso de que yo le diga que no conteste a una pregunta, no se insistirá en ello, ni siquiera formulándola de otra manera. ¿De acuerdo?

Asentí en silencio y con la anuencia del abogado volví a hablar, en esta ocasión escogiendo a Jaime Zarrabeitia hijo como interlocutor.

–Por lo que me ha dicho Agurtzane, eras un buen amigo de Erika. ¿Es eso cierto?

–Sí.

Esperé un poco para ver si se explayaba algo más, pero al comprobar que no lo hacía volví a preguntarle si lo eran hasta el punto de tener relaciones íntimas. Para mi sorpresa, el joven se ruborizó y pidió un tácito permiso para contestar al abogado, que se limitó a sonreír sardónicamente sin decirle si tenía que responder o no.

–Sí –dijo finalmente–, Erika y yo teníamos relaciones sexuales, pero no era nada serio, al menos por su parte –añadió esto último con un deje de tristeza–, simplemente lo pasábamos bien juntos.

–¿Sabes si se drogaba?

–No. Quiero decir, sí lo sé, no se drogaba. Eso es, no se drogaba.

–Sin embargo, algún porro que otro seguramente os habréis fumado en algún momento.

–No respondas a esa pregunta, Jaime –intervino Orbeagozo y el joven procurador le obedeció. En el fondo no tenía importancia, sabía cuál era la respuesta y de vez en cuando convenía darle un poco de juego al abogado.

–Muy bien, no insistiré en ese tema. Lo que seguramente sí sabías es que estaba escribiendo un reportaje sobre el mundo de las drogas. ¿Hablasteis en alguna ocasión de ese tema?

–Sí, bueno, eso creo que ya lo he dicho, iba a ser algo así como lo que ha comentado antes que estaba haciendo Agurtzane, un trabajo sobre el lado humano del mundo de las drogas. Y claro que hablamos del tema, más de una vez. La verdad a mí es que no me gustaba nada.

–¿Por qué no?

–No sé, porque me parecía que podía ser peligroso. Ya sé que esto no es Colombia ni Ciudad Juárez, pero joder, esos temas son delicados, quiero decir que alrededor de ese mundo siempre hay gente poco recomendable, por decirlo de algún modo.

–¿Sabe si recibió amenazas de algún tipo?

–La verdad es que no lo sé, pero creo que no, no sé, supongo que en caso contrario me lo hubiese dicho o yo me habría dado cuenta.

–¿Le pidió en algún momento su ayuda para realizar el reportaje? ¿Tal vez que le pusiera en contacto con alguna persona a la que hubiese conocido a través de su trabajo como procurador o por cualquier otra causa?

–El despacho de los señores Zarrabeitia no se ocupa de asuntos penales, tan solo de temas civiles y mercantiles –volvió a intervenir Orbeagozo–, así que difícilmente Jaime podía realizar la labor de intermediario sobre la que usted está especulando.

–Gracias por sus palabras, pero preferiría que me lo confirmara el propio Jaime.

–No hay nada que añadir a ese respecto, así que o pasa a la siguiente pregunta o lo dejamos, creo que ese punto había quedado meridianamente claro –zanjó nuestra pequeña discusión el abogado.

–De acuerdo, es cierto –cedí porque aún tenía algunas preguntas que hacerle a Jaime Zarrabeitia y tenía la esperanza de que no se negara a contestarlas–. El día del su fallecimiento –reinicié el interrogatorio–, ¿hablaste o estuviste en algún momento con Erika?

–No nos vimos, pero sí que la llamé en un par de ocasiones para intentar quedar con ella. Me dio la impresión –se paseó nerviosamente la lengua por los labios y, con la mirada, pidió consejo a su abogado, que parecía contemplarle con total indiferencia, por lo que no le quedó más remedio que arrancar de nuevo–, quiero decir, parecía como si quisiera evitarme, no sé, quizás tan solo fuesen imaginaciones mías.

–¿Por qué crees que quería evitarte?

–Bueno, no lo sé, pero parece obvio, ¿no?, supongo que querría quedar con algún otro. Ya le he dicho que nuestra relación no era nada seria, se trataba de una relación abierta, no sé si me entiende.

Otro que pensaba que yo era un vestigio de la Edad de Piedra incapaz de asimilar ciertas costumbres que, además, ya estaban de moda cuando aún no me habían

destetado, pero como era consciente de que si expresaba de verdad mis pensamientos el joven Zarrabeitia me miraría con la misma expresión con que las vacas miran el paso de los trenes, me limité a decirle que sí, que le entendía. Incluso le entendía demasiado bien porque saltaba a la vista que quien no era partidario de tener una «relación abierta» era él precisamente, aunque esto tampoco se lo dije, me limité a preguntarle si sabía quién podía ser «el otro».

–Por supuesto que lo sé –dijo en un tono más vehemente del que la prudencia y el abogado Orbeagozo le aconsejaban, pero estaba embalado y en esa ocasión no iba a permitir que el amigo de su padre le marcara el camino–, claro que lo sé, el cabrón de Koldo, a ese hijo de puta me refiero.

–¿Estás hablando de Koldo Sagasti? –Agurtzane rompió su pacto de silencio total, pero ni el abogado, que parecía francamente interesado con el sesgo que estaba tomando la conversación, ni yo se lo reprochamos.

–Sí, claro, ¿qué otro Koldo podría ser?

–Me da la impresión de que el tal Koldo no te cae muy bien precisamente –intervine antes de que Agurtzane intentara hacerse con las riendas de la conversación–. ¿Hay algún motivo especial? Quiero decir, aparte de que pensaras que Erika quizás quisiera salir con él.

–Bueno, no, en realidad no sé, sencillamente no me caía bien, no me gustaba, no sé cómo explicárselo, lo mismo que dicen que hay amor a primera vista, pues bueno, lo contrario, ¿no?, hay personas que según las conoces te desagradan, sin más.

Íñigo Orbeagozo esperó a que su protegido callara para mirar ostensiblemente su reloj, señal inequívoca de que en pocos segundos iba a dar por terminada nuestra charla. Por eso me adelanté diciendo que solo me quedaba una pregunta más por hacer.

–Cuando Erika te habló de su proyecto de realizar un reportaje centrado en el mundo de las drogas, ¿te dijo si tenía intención de probarlas, para experimentar en su propio cuerpo cuáles eran sus efectos?

–Sí e intenté disuadirla porque me parecía una locura, pero era prácticamente imposible conseguir que diera su brazo a torcer cuando se le metía entre ceja y ceja una cosa.

–¿Y no te dijo cómo pensaba adquirirlas?

–Ha dicho una pregunta, señor Goikoetxea, y con esta hacen dos, si no me equivoco –nos interrumpió el abogado.

–No tiene importancia, Íñigo –esta vez fue el propio Jaime Zarrabeitia quien le interrumpió–, no me importa responder, el problema es que no hay respuesta posible. No, no sé quién es el cabrón que le suministró la droga a Erika. Y es una suerte que no lo sepa, porque no sé qué hubiera hecho de saberlo, o mejor dicho, sí lo sé, así que quizás haya sido mejor mantenerme en la ignorancia. No, le repito que no lo sé, pero si en el transcurso de vuestras averiguaciones lo descubrís –en esta ocasión miró fijamente a Agurtzane–, ir a por ese cabrón. Hacedlo por Erika... y también por mí.

No fue necesario que el abogado de Jaime Zarrabeitia nos dijera que la entrevista había concluido. Tras las últimas palabras del joven procurador quedaba claro que no tenía nada más que decirnos así que opté por agradecer a ambos, procurador y letrado, su atención y despedirme lo más amablemente que supe. En realidad Íñigo Orbeago y yo no nos estrechamos la mano, pero ni él me miró como si fuera una cucaracha ni yo le mandé a tomar por culo, así que puede decirse que nos despedimos en mejores términos que al inicio de la conversación.

Quien sí parecía extremadamente tensa, con la mandíbula prácticamente desencajada y los ojos brillantes, era Agurtzane. Como con el devenir de nuestra extraña relación creía que empezaba a conocerla, al principio pensé que su actitud se debía a la rabia que le producía el haber sido excluida de la charla que había mantenido con Zarrabeitia hijo. No tuvo más remedio que aguantarse pues, de otro modo, Orbeago jamás hubiese permitido hablar con su pupilo, aunque estaba seguro de que me la guardaba ya que presumiblemente me consideraba cómplice del abogado. La verdad es que su actitud de perenne mala hostia me estaba cansando y así se lo dije, sin tapujos ni recovecos diplomáticos.

–No seas imbécil –me contestó y, paradójicamente, al decirme esto su cara se iluminó por unos instantes–, no eres el centro del puto universo, es muy típico de quienes pensáis con la polla –¡menudo lenguaje se gastaba la tía!, como se enterara el tío Germán...— el achacar a los demás vuestros propios defectos, pero no, no estoy enfadada ni preocupada por eso. No soy ninguna idiota y aunque me haya jodido lo que ha ocurrido me he dado cuenta enseguida de que el abogado era un machista de mierda que no iba a permitirme intervenir para nada. En otras circunstancias no lo hubiese tolerado, pero he decidido no protestar y callarme para que tú pudieras interrogar a Jaime.

Le agradecí su comprensión, obviando los calificativos con los que me había obsequiado, y aproveché para preguntarle cuál era entonces el motivo de que su tensión se hubiese disparado más que la de un seleccionador nacional en la final de la copa mundial de fútbol.

–Se trata de Koldo y de lo que Jaime ha dicho de él.

–¿Qué Koldo? –preguntaba por preguntar, ya que sabía de antemano la respuesta, pero era una manera de obligar a Agurtzane a explayarse un poco más–, ¿el Koldo del que Jaime estaba celoso porque piensa que tuvo una cita con Erika la noche de su fallecimiento?

–Sí, aunque en realidad no tenía motivos para estar celoso, Erika no estaba comprometida con él, ni con nadie, y follaba con quien le apetecía, eso lo dejaba siempre bien claro antes de iniciar una relación. Bueno, relación, utilizo esa palabra para que me entiendas mejor –añadió como si se estuviera dirigiendo a un superviviente de Atapuerca–, pero lo de Erika no eran ligues, sencillamente si se

encontraba a gusto con un tío, pues eso, estaba a gusto con él de todas las maneras posibles, creo que ya te lo había explicado.

–O sea, que Koldo tenía con Erika una intimidad parecida a la que tenía Jaime.

–¿Una intimidad parecida a la de Jaime? –repetió mi expresión en forma de pregunta–. Ah, sí, claro, ya veo qué quieres decir. Pues sí, podría decirse que sí, en realidad últimamente solo andaba con esos dos, de vez en cuando tenía algún que otro escarceo con otros tíos, a nadie le amarga un dulce, pero Jaime y Koldo eran los fijos, por decirlo de algún modo. Yo siempre le decía que tendría que decidirse por uno de los dos, que aunque estuviera a gusto con esa situación no podía durar mucho, pero ella siempre se reía y me decía que tenía tiempo, que tenía mucho tiempo. ¡Menuda mierda! –asomaron unas lágrimas por sus ojos–, joder, si hubiese sabido que el tiempo se le acababa...

Un caballero le habría ofrecido un pañuelo, si es posible bordado en hilo con sus iniciales, para que se secara las lágrimas y se consolara, y yo era un auténtico caballero, por supuesto, pero como Agurtzane jamás me iba a tomar por un genuino miembro de dicho gremio y además no acostumbro a llevar pañuelos bordados, me limité a decirle que sí, que la comprendía, que todo eso era muy triste y ese tipo de cosas, pero que eso no justificaba el que se pusiera tan tensa a la salida del despacho de los Zarrabeitia.

–Ya sé que me has dicho que era a causa de Koldo, pero no creo que el motivo fuese que compartía junto a Jaime el lecho de Erika, tiene que haber algo más y me gustaría saberlo.

Me miró desafiante, como si quisiera dejarme bien claro que pese a lo que acababa de decir yo no tenía derecho a saberlo, pero solo era una pose, la chica tenía que seguir pareciendo una tía dura, como si le avergonzara algo tan humano como el llorar por una amiga. Quizás en su deseo de enfrentarse a los obstáculos que aún seguían teniendo las mujeres en nuestra sociedad por el hecho de serlo tenía interiorizado el estúpido aserto que dice que los hombres no lloran y había decidido aplicárselo a sí misma. Pues bien, si era tan tonta como para hacer eso, por mí estupendo, pero le había hecho una pregunta y aún continuaba esperando su respuesta.

–¿Me lo vas a contar o nos separamos amistosamente y aquí paz y después gloria?

–De acuerdo, de acuerdo, pero no hace falta que te pongas tan borde ni amenazarme con dejar el asunto cada vez que no satisfago al instante los deseos del señorito, coño. Pero bueno, tienes razón, hay algo más. ¿Recuerdas lo último que ha dicho Jaime, eso de que no sabía quién era el cabrón que le suministraba la droga a Erika y que era una suerte que fuera así, porque no estaba seguro de qué habría hecho de haberlo sabido? Pues bien, el cabrón ese, como le ha llamado Jaime, es precisamente Koldo, pero... –se detuvo, como si no supiera de qué modo continuar.

–¿Pero qué? –le animé a hacerlo.

–Es que sé lo que me vas a responder si te digo que es imposible que Erika falleciera por culpa de Koldo o, mejor dicho, de que este le hubiese proporcionado costo en mal estado, que si no hay que descartar a nadie, que si todo el mundo es sospechoso hasta que no se demuestre lo contrario, que nunca conocemos del todo a las personas y la amistad no es una garantía cuando hay otras cosas en juego, pero joder, yo no quiero ser como tú, no te ofendas, ¿vale?, no quiero ir por la vida pensando que todo el mundo desea joderme, ¿lo entiendes?

Nadie quiere ir así por la vida, pensé, pero luego esta te sale al encuentro y te hace más putadas de las que quisieras. Aún así comprendía lo que decía y sentía Agurtzane, porque era lo mismo que yo sentía y pensaba hace tiempo, un tiempo que parecía muy, pero que muy lejano.

–Quiero decir –continuó Agurtzane, sin necesidad de que yo la alentara a retomar el hilo de su monólogo–, que Koldo no es ningún traficante o delincuente, es un buen amigo, sí, es cierto que de vez en cuando nos suministraba un poco de maría porque se lo pedíamos, y está claro que no tenía mucha dificultad en conseguirla, pero eso no significa nada, coño, si incluso muchos médicos la recomiendan porque es terapéutica. Y además, lo que se inyectó o le inyectaron a Erika no fue marihuana, ¿me sigues?, Koldo nunca nos ofreció heroína, *crack* o ese tipo de drogas más peligrosas, no es de esos.

Me limité a asentir en silencio, pero Agurtzane debió percibir mi escepticismo porque me dijo que daba igual, que me dijera lo que me dijese yo no iba a desprenderme de mis anteojeras. Tenía razón, así que se la di, pero le dije también que, de todos modos, tendríamos que hablar con el tal Koldo.

–Lo sé, lo sé –me respondió entre suspiros–, pero eso no va a constituir ningún problema. De hecho Koldo es el otro amigo de Erika con el que había concertado una cita. Solo te pido que cuando hables con él no te dejes llevar por tus prejuicios ni te pongas en plan matón.

–En caso de tenerlos nunca me dejaría llevar por lo que tú llamas «mis prejuicios», no es bueno para mi negocio –le respondí de un modo más cortante del que yo mismo hubiese deseado hacerlo–, y en cuanto a lo otro, cuando hablo con alguien que puede aportarme datos sobre un posible delito, qué quieres que te diga, quizás lo que para mí sea algo necesario para mi interlocutor pueda ser «ponerse en plan matón», así que lo único que puedo prometerte es lo que ya tendrías que saber desde hace tiempo, para mí esto no es un juego, es un trabajo, y actuaré del modo que considere más conveniente para cumplir con el cometido que tú, precisamente, me has encomendado.

Fui incapaz de adivinar si el silencio con el que acogió mis palabras se debió a que había conseguido convencerla o a que ni siquiera consideraba necesario dignarse a responder a unas palabras con las que no estaba de acuerdo, pero decidí quedarme con la duda y no preguntárselo directamente. El caso es que la chica me caía bien, incluso en ocasiones admitía que no me habría importado tener un revolcón con ella

si hubiese surgido la oportunidad, aunque ese era un tema que no me obsesionaba. En cierto modo admiraba su ingenuidad, su combatividad, su creencia de que con la fuerza de la voluntad era más que suficiente para ponerse el mundo por montera, y también creía que en el fondo yo le caía bastante bien, pero hasta el momento ambos habíamos sido incapaces de refrenar nuestras respectivas lenguas cuando sabíamos que lo que íbamos a decir iba a generar una fuerte discusión entre nosotros. Quizás había llegado la hora de intentar comportarse civilizadamente, pero como pensaba que no era necesario disculparme ante ella ya que no había motivos auténticos para hacerlo, consideré que con refrenar mis ímpetus belicosos y no volver a agredirla verbalmente sería suficiente.

De todos modos rompí el silencio para preguntarle dónde había quedado con Koldo y así pude enterarme que trabajaba como camarero en un bar del Casco Viejo.

–Pero no creas que es camarero –lo dijo como si fuera un desdoro y estuve a punto de cabrearme con ella, muy liberada pero al final igual de clasista que su puñetero padre, algunos de mis mejores amigos son o han sido camareros–, es un trabajo eventual que suele desempeñar para ganarse unos euros, en realidad es actor, ha trabajado en algunos programas de la ETB como «Vaya semanita» o «Euskolegas», pero de algo tiene que vivir hasta que empiece a tener continuidad en lo suyo.

¡Caracoles con el Koldito!, pensé con lo que yo consideraba una exclamación muy de película americana. Y es que el rollo ese del aspirante a estrella que trabajaba sirviendo copas hasta que llegara el día en que un director o productor le «descubriera» debía ser muy habitual en ciudades como Nueva York o Los Ángeles, incluso estaba dispuesto a pensar que fuera algo frecuente en Madrid y Barcelona, pero jamás hubiera sospechado que en la villa fundada por don Diego López de Haro al amparo de la ría se dieran ese tipo de casos. Quizás fuera verdad, no podía afirmar con seguridad que no lo fuera, y por eso no lo hice, y mucho menos delante de Agurtzane, pero en el fondo pensé que su amigo era un jeta y un vividor. Y seguramente la compraventa de costo, pese al apasionamiento con el que le había defendido mi clienta, constituiría la parte fundamental de sus ingresos.

Aunque podríamos haber ido andando perfectamente, la distancia entre el despacho de los Zarrabeitia, junto a los Jardines de Albia, y el Casco Viejo no es grande, tan solo hay que andar un poco hasta el puente del Arenal y posteriormente cruzarlo, como había empezado a lloviznar volvimos a coger el metro para desplazarnos hasta el lugar en el que nos esperaba Koldo. Salimos por Mallona y enseguida pudimos sumergirnos en el local en que el amigo de Erika y Agurtzane tenía sus dominios. Un gran cartel que en letras rojas sobre fondo blanco decía en euskera y castellano «*LOKAL HONETAN ERRE DAITEKE / EN ESTE ESTABLECIMIENTO ESTÁ PERMITIDO FUMAR*» nos indicó que aún no había llegado la prohibición de aspirar tabaco que proveniente de la metrópolis del imperio se estaba extendiendo por toda Europa, aunque todo indicaba que los fumadores

tenían los días contados. Teóricamente el aviso aludía a los productos que pueden comprarse en cualquier estanco, pero el ambiente en el que nos introdujimos nada más cruzar la puerta estaba repleto de unos olores y sensaciones que me hicieron pensar que el cartel estaba cojo, ya que seguramente quería decir que en ese local podían fumarse porros con toda la tranquilidad del mundo, aunque no se lo comenté a Agurtzane, al fin y al cabo no era nada tonta y seguramente ya se habría dado cuenta ella sola de tal hecho, sin necesidad de que yo se lo indicara.

El local, prefiero denominarlo así ya que no sabría decir si se trataba de un bar, un *pub*, una discoteca o una mezcla de todo eso y algo más, parecía haber sido decorado tras visitar un vertedero y arramblar con todo aquello que pudiera ser reutilizado entre cuatro paredes, tras una corta estancia y gracias a la escasa iluminación, uno acababa por acostumbrarse y no lucía excesivamente estrafalario. Además era inútil emitir una opinión crítica sobre su aspecto, ni de otro tipo, ya que el elevado tono de la música impedía oír cualquier tipo de manifestación verbal. No sé cómo se las arreglaban los camareros para entender qué bebidas les solicitaban los clientes, pero seguramente les daba igual, pondrían lo que estimaran oportuno y los parroquianos se lo beberían convencidos de que estaban tomando lo más «fashion» y «cool» del planeta Tierra y galaxias cercanas.

Agurtzane me indicó por señas, de otra manera jamás nos hubiéramos entendido, quién era Koldo. Según le vi comprendí por qué el otro amante de Erika le profesaba un odio africano. Era, sin lugar a dudas, el centro de atención de todos los parroquianos, más de una docena de ojos femeninos y algún que otro masculino le miraban con auténtica adoración. El pobre procurador, que atendiendo los deseos de su progenitor se había arrancado los pendientes de las orejas para poder desempeñar su noble labor jurídica en los tribunales de justicia no tenía nada que hacer frente a un musculoso Koldo, que lucía unos considerables pectorales machacados en el gimnasio, un bronceado inusual en esa época del año y una extensa coleta rubia que movía con elegancia cada vez que hablaba con un cliente, sobre todo cuando el cliente era en realidad clienta. La propia Agurtzane, que al parecer se lo había beneficiado en alguna que otra ocasión, se lo comía con los ojos. No digo que eso me pusiera celoso, porque ni estaba enrollado con ella ni deseaba estarlo, pero sí me produjo un pequeño malestar, ya que el motivo de nuestra visita era entrevistarnos con él para preguntarle qué sabía acerca de la muerte de Erika, no para alegrar los ojillos, eso en el caso de Agurtzane, por supuesto, no en el mío, pero era inevitable y tampoco quería ser hipócrita, al fin y al cabo yo reaccionaba del mismo modo cuando en vez de con un camarero cachas me encontraba con una camarera de buen ver.

Koldo debía haber estado esperándonos porque no se sorprendió al vernos. Dejando la barra se acercó con una sonrisa radiante y le dio un par de besos, de esos húmedos y sonoros que suelen darse los aspirantes a famosos cuando coinciden en un programa televisivo del corazón. Luego se acercó hasta donde yo estaba y transformando su anterior expresión de alegría en una media sonrisa un tanto

sardónica me estrechó la mano con firmeza mientras con los ojos no dejaba de evaluarme. Si bien durante unos segundos, nada más verle, había pensado que seguramente era el típico chulillo de gimnasio y discotecas fácilmente toreable, pronto llegué a la conclusión de que quizás mi primera impresión había sido totalmente errónea.

–Será mejor que salgamos de aquí y vayamos a un lugar en el que podamos charlar con más tranquilidad –eso dijo o, al menos, eso me pareció entender por encima del estruendo que reinaba en el establecimiento.

Al parecer adiviné correctamente las palabras que no había podido escuchar ya que segundos después los tres cruzábamos la puerta del recinto y nos dirigimos a un pequeño local aledaño que, por lo que pude observar, era utilizado como almacén. Dos jóvenes que por las trazas aún no eran poseedores del carné de manipuladores de alimentos y que, salvo que para ello mediara oportunamente un soborno, cohecho o enchufe o las tres cosas juntas, con toda seguridad jamás lo serían, se encontraban trajinando las bebidas y viandas que posteriormente consumirían los clientes del bar en el que trabajaba Koldo. Sin necesidad de que este dijera palabra alguna los dos operarios salieron del almacén, dejándonos solos. Aproveché ese momento para mirar a nuestro alrededor y comprobé que no había ninguna silla en la que poder sentarnos. Daba la impresión de que nuestro anfitrión no deseaba que el encuentro se prolongara excesivamente en el tiempo.

–Bueno, pues aquí me tienes, como habíamos quedado –sonrió en dirección a Agurtzane–, aunque sinceramente hubiera preferido recibirte a solas, no sé qué pinta este madero entre nosotros.

–Ya te lo dije por teléfono –respondió la aludida, pero débilmente, como si no quisiera desairar a su amigo–, Goiko me está ayudando a descubrir qué ocurrió con Erika, no tienes por qué preocuparte.

–Además –tercié en la conversación, reivindicando mi momento de gloria para demostrarle a Koldo que yo también sabía sonreír oblicuamente–, si tan bien te has informado sobre mi persona, sabrás que ya no trabajo para la Ertzaintza. Y aunque así fuese, me imagino que, tal y como me ha indicado Agurtzane, no tienes por qué preocuparte ya que no estás metido en nada ilegal.

–¡Goiko, por Dios! –protestó Agurtzane ante mis palabras con la vehemencia que acostumbraba y que yo echaba en falta cuando se dirigía a nuestro anfitrión–, Koldo es un buen amigo, tanto de Erika como mío, así que te pido por favor que no uses ese tono con él, que se ha ofrecido a ayudarnos voluntariamente.

–De acuerdo, de acuerdo –alcé las manos en señal conciliadora–, siento haberos parecido brusco o impertinente, procuraré ser bueno de ahora en adelante, lo prometo.

La mirada con la que me obsequió Koldo me indicó que no me creía y que sabía que yo tampoco le iba a creer a él. Bien mirado, estábamos en una situación de empate técnico. De todos modos el amigo de Agurtzane debía ser de los que pensaban que la mejor defensa era un buen ataque porque sin más preámbulos fue el

primero en tomar la palabra para preguntarnos qué es lo que deseábamos de él exactamente.

–Ya sé que por teléfono me has comentado que querías hablar conmigo sobre Erika, una muerte trágica que, por cierto, me dejó hecho una mierda, sentí no acudir a su funeral, pero ya sabes, Agur, que a mí los funerales no me van, no sé, no soy capaz de soportarlos –dijo el cabrón, como si pensara que para los demás un funeral fuera como un día de fiesta–, además, ya lo sabes, el auténtico luto se lleva en el corazón.

El modo en que Agurtzane le dijo que le entendía perfectamente me dejó fuera de combate. La verdad es que mi clienta no era nada tonta, pero estaba claro que el tal Koldo la tenía a su merced y por más tópicos y palabras huecas y sin sentido que dijera, para ella resultaban dignas de haber sido pronunciadas por el mismísimo Demóstenes. Por eso, viendo que si seguíamos por ese camino no íbamos a sacar nada en claro decidí retomar el hilo de la conversación.

–No sé si te lo habrá dicho Agurtzane, pero estamos trabajando bajo la hipótesis de que quizás la muerte de Erika no fue totalmente accidental.

–¿Qué quieres decir con eso?

–Lo que seguramente te estás imaginando. ¿O qué crees que puede ser una muerte si no es accidental? A mí se me ocurren dos posibilidades, la primera que pudo ser un suicidio.

–Erika no era de esas, jamás se suicidaría, pensaba que eso había quedado definitivamente claro –intervino Agurtzane en tono enfadado.

–Así es, pero me gustaría saber si tu amigo Koldo es de la misma opinión.

–Sí, claro, es una locura, pero estoy de acuerdo con Agur –respondió Koldo, visiblemente molesto.

–En ese caso solo nos queda otra opción, la del asesinato, quizás no totalmente premeditado, quizás un asesinato «accidental», por decirlo de alguna manera. Ese punto aún no lo tenemos claro, pero sí parece que Erika murió por culpa de la intervención de una o varias personas cuya identidad aún desconocemos.

–Eso es ridículo –protestó Koldo–, ¿quién iba a querer matar a Erika? No tiene ningún sentido.

–Eso es lo que queremos averiguar. ¿Lo sabes tú? ¿Quizás Jaime Zarrabeitia? –el enfrenar a dos machos de la manada que se acuestan con la misma hembra es un truco muy viejo, pero que suele funcionar.

–¿Quién, ese pringado de Jaimito? Imposible, no tiene las agallas que hay que tener para hacer algo así.

–¿Y tú? ¿Las tienes tú?

–¿Me estás acusando de haber matado a Erika? Si no fuese una idea tan ridícula te aseguro que ahora mismo te daba un par de hostias, sin importarme si sigues siendo o no *ertzaina*.

–¡Goiko! –el chillido con el que, por su parte, me obsequió Agurtzane me dejó sordo durante unos segundos–, déjalo ya, te estás pasando, ya te he dicho que Koldo

es un buen amigo que nos está ayudando voluntariamente.

–Tranquilízate, Agur, no puede evitarlo –pese a sus anteriores amenazas dio la impresión de que el propio Koldo salía en mi defensa–, es policía y, ya lo sabes, los policías piensan que todo el mundo es sospechoso hasta que no se demuestre lo contrario. Y en ocasiones incluso si se demuestra lo contrario.

–Admito que en eso tienes razón –fue mi turno para ser versallesco–, así que no debería sorprenderte que te haga ciertas preguntas. Y no soy tan tonto como para pensar que en caso de tener algo que ver con la muerte de Erika lo reconozcas, así que olvidemos lo que te he dicho antes y empecemos de nuevo. No voy a preguntarte por el grado de intimidad que tenías con Erika porque ya lo conozco y sé que teníais una relación muy estrecha, así que supongo que estabas al tanto de su intención de realizar un reportaje sobre el mundo de las drogas.

–Pues te equivocas del todo, la verdad es que no tenía ni puta idea del tema. Y créeme que de saberlo habría intentado disuadirla, me parece algo escabroso y peligroso.

–¿No te contó nada? –Agurtzane parecía sinceramente sorprendida, aunque por su tono daba la impresión de que pensaba que Koldo estaba diciéndonos la verdad–. No lo entiendo, vosotros dos estabais muy unidos.

–Sí, pero ya sabes..., nunca lo decimos todo, siempre nos guardamos algo en el armario. Supongo que Erika sabía que era un tema que no me hacía ninguna gracia y tal vez al no decírmelo intentaba evitar una posible discusión o enfado por mi parte. Como ya os he dicho me parece que es un tema escabroso y peligroso.

–Me imagino que de lo que sí estarás al tanto –intervine de nuevo— es de cómo murió. Consumió droga en mal estado.

–Sí, bueno, eso he oído.

–¿Sabes si Erika era adicta?

–¿Qué si era una yonqui, quieres decir? No digas chorradas, tío, además si estás con Agur ya te habrá informado ella que no lo era, no sé a qué viene esa pregunta.

–Entonces, ¿cómo te explicas que muriera a causa de una sobredosis?

–Joder, no lo sé, dímelo tú que para eso eres el poli. Yo que sé qué ocurrió, cualquier cosa es posible, ¿no?

–¿Incluso que fuera obligada? ¿Conoces a alguien que pudiera desear su muerte?

–Pero bueno, ¿se te ha ido la olla o qué? ¿Quién cojones podía desear la muerte de Erika?

–Eso es lo que me gustaría que me dijeras.

–Pues ene-pe-i, tío, vamos, que ni puta idea. Es más, no me creo que nadie quisiera matarla, tuvo que ser un accidente, eso es, un accidente.

–¿Estuviste con ella el día que falleció?

–No, llevábamos casi dos semanas sin vernos. El trabajo, ya sabes, la gente que viene al bar solo ve lo bonito, la música, el buen ambiente, beber con los amigos, pero detrás hay curro, mucho curro, y concretamente esas dos semanas fueron de lo

más estresantes.

–¿Y recuerdas si la llamaste por teléfono ese día? ¿O los anteriores?

–Pues no sé, no creo, por lo menos no creo haberla llamado el día que murió, supongo que me acordaría, ¿no?, vamos, lo digo por la trascendencia de lo sucedido. En cuanto a los días anteriores, pues es posible, solía llamarla de vez en cuando, éramos muy amigos, así que lo lógico hubiese sido llamarla, pero no puedo decirte cuándo, lo siento, pero es así, ni siquiera conservo el registro de llamadas, como uso mucho el móvil cada dos días lo pongo a cero.

Podría ser verdad o podría ser, tan solo, una respuesta hábil e inteligente, pero intuía que insistir por esa vía no me llevaría a ningún sitio, así que decidí cambiar de tercio.

–Aunque ya hemos hablado sobre ello y me has asegurado, como también lo ha hecho Agurtzane, que no era una adicta, de vez en cuando se fumaba algún porro, ¿no?

–Sí, pero bueno, eso es normal, ¿quién no lo ha hecho alguna vez en la vida? Supongo que hasta tú te habrás fumado uno en alguna ocasión.

Koldo había acertado, pero no iba a darle el gusto de admitírselo, así que le pregunté si conocía a su camello.

–¿Su camello? ¿Quieres saber quién era su camello? Erika no tenía ningún camello. No sé, supongo que pillaría algo por ahí cuando quería fumarse un porrete, pero nada serio, no se movía en ese tipo de ambientes. Ni yo –se apresuró a añadir, como si quisiera ponerse la venda antes de ser herido.

–Sin embargo en el bar tienes que ver de todo.

–Te equivocas, pregunta a tus amigos de la Ertzaintza, estoy completamente limpio, como una patena, no hay drogas en el bar.

Asentí con la cabeza antes de decirle que podíamos irnos, que no tenía más preguntas que hacerle. Nos separamos de un modo mucho más amistoso que al encontrarnos e incluso nos deseó suerte con nuestra investigación. Cuando por fin nos quedamos solos fue el momento elegido por Agurtzane para estallar.

–No te entiendo, Goiko, de verdad que no te entiendo. Primero acosas a Koldo, dando a entender que podría ser el asesino de Erika, y luego le planteas una serie de cuestiones de lo más insulsas cuyas respuestas ya conocías porque te las había proporcionado yo antes.

–Seguramente tienes razón, pero quería escucharlas de su propia boca.

–¿Qué ocurre, acaso no te fías de mí?

–Sí, sí que me fío de ti, pero de él no.

–¿De verdad piensas que puede estar implicado en la muerte de Erika?

–Todavía no estoy seguro, ya sé que a ti te parece inconcebible, y créeme cuando digo que me gusta tu sentido de la lealtad, pero aún no sé qué pensar, siento decirte que tu amigo Koldo no me gusta ni un pelo, pero eso no lo convierte necesariamente en un asesino.

–¿Qué hacemos entonces?

–Tú de momento irte a tu casa, o a donde quieras –añadí–. Yo aún tengo cosas que hacer, así que me quedaré por el Casco.

–Creía que había quedado claro que estábamos juntos en esto –protestó.

–Y así es, pero aunque pueda parecer raro esta investigación no es lo único que hay en mi vida, tengo otras cosas y asuntos que atender, otras personas con las que estar. Que yo sepa de momento tan solo somos un detective y una periodista que están colaborando en una investigación, no un matrimonio de esos de «hasta que la muerte os separe».

Por unos instantes me pareció advertir un leve rubor en sus mejillas, pero finalmente me dijo que tenía razón, y se despidió de mí con cierta frialdad aunque más calmada de lo que yo había previsto. Supongo que si hubiese sabido que las dos horas siguientes me las pasaría trasegando cerveza en una taberna situada enfrente del bar y la lonja de Koldo, mientras observaba quiénes entraban y salían de ambos locales, la frialdad y calma de Agurtzane habrían desaparecido y yo habría sido, de nuevo, la víctima propiciatoria de su permanente estado de cabreo.

Andoni Zubikarai sudaba copiosamente, pero no sabía si era debido al calor que le proporcionaba la peluca que llevaba puesta o al nerviosismo que sentía al actuar como un ladrón, como un espía, de su propia novia. Se había disfrazado para evitar que le reconociera en caso de encontrársela en la calle, aunque más tarde se percatara de que era una idea totalmente estúpida. Andoni tenía llave del piso, una llave proporcionada por la propia Ainhoa, y no hubiera sido la primera vez que la esperara allí para darle una sorpresa. ¡Había actuado como un auténtico gilipollas!, y todo por querer jugar al detective de películas. Si en estos momentos a su novia se le ocurriera aparecer por el piso, lo encontraría disfrazado con una peluca morena rizada que ocultaba su escaso pelo rubio y le hacía parecerse al protagonista de unos anuncios de una operadora telefónica y unos ojos que, merced al uso de unas lentes de contacto, se veían castaños en lugar del verde grisáceo con que la naturaleza le había adornado. ¿Cómo podría explicarle a Ainhoa, si le viera transformado de tal guisa, lo que estaba haciendo? Habría sido mucho más normal, y por tanto mucho más inteligente, personarse en la casa de su amada con una bandeja de bombones y cualquier excusa tipo del «no podía estar dos segundos más sin percibir tu olor y tu presencia». Cursi, pero efectivo. En cambio ahora, para cualquiera que le pudiese observar y supiese de qué iba el asunto, no sería más que la patética figura de un novio desleal que estaba investigando clandestinamente a su novia porque sospechaba que podía ser una asesina en serie.

Desleal pero inevitable. Aunque intentaba extirparla de su cerebro, esa idea había ido arraigando en él cada vez con más fuerza, y después de su cena con Shanti Unanue, su amigo psiquiatra, cena que jamás debería haberse realizado porque resultó ser un fracaso total, en lugar de desaparecer había resurgido de un modo imparable. Necesitaba por tanto, de un modo imperioso, alejar de su mente esa sospecha o confirmarla sin lugar a dudas. No estaba seguro de lo que haría en el caso de que esa fuese, finalmente, la respuesta a sus preguntas, pero sabía que no podía seguir así, malviviendo con esos celos que amenazaban con volverle totalmente loco, si es que ya no lo estaba.

El problema estribaba en que no podía preguntárselo directamente a Ainhoa, no podía decirle algo así como «Ainhoa, ¿acaso me amas tanto que estás asesinando a viejas indefensas y yonquis irrecuperables para mantener viva la llama de nuestro amor?». Ni siquiera los guionistas de una parodia de cine de terror se atreverían a lanzar esa frase al aire. Pero tampoco podía ir a la Ertzaintza a preguntar si tenían alguna sospecha o indicio sobre una posible asesina en serie que, por esas casualidades que hay en la vida, resultaba ser su novia. Cabía otra posibilidad, la de contratar un detective privado, se suponía que lo que se le contara en calidad de cliente estaría protegido por la confidencialidad típica de esa relación, pero no acababa de fiarse. En realidad un detective, como cualquier ciudadano, si se enteraba

de la existencia de un delito debía comunicárselo inmediatamente a la policía y, por otra parte, no conocía a ninguno que le suscitara la suficiente confianza. Estaba ese antiguo *ertzaina*, Mikel Goikoetxea, con el que había hablado hacía unos días, pero no se animaba a sincerarse con él. Todo el mundo que le conocía, incluso quienes no le profesaban mucha simpatía, decían que era un buen profesional y un tío extremadamente legal, pero aún así, después de su experiencia con un psiquiatra, ponerse en manos de un detective no acababa de convencerle.

Por eso se encontraba allí, en esos momentos, en el apartamento de Ainhoa, al que había entrado como si de un vulgar ladrón se tratara cuando habitualmente accedía a él con su propia llave y una sonrisa en los labios. No podía fiarse de nadie así que no le quedaba más remedio que hacer él mismo de policía o detective, pese a su ignorancia sobre los rudimentos más elementales del oficio. Para empezar ya la había cagado con el numerito del disfraz, lo único que había conseguido gracias a él era una buena sudada y que los ojos, no acostumbrados al uso de lentes de contacto, empezaran a picarle de un modo francamente molesto.

Antes de empezar a registrar el apartamento llamó por el móvil a Ainhoa, para preguntarle dónde estaba, de ese modo confirmó que se encontraba trabajando en una residencia situada a más de media hora en coche de Bilbao y que cuando acabara, antes de regresar a su domicilio, se pasaría un rato por el centro de atención a drogadictos en el que trabajaba como voluntaria. Aunque la extrañeza de Ainhoa era palpable, nunca le había llamado por teléfono para saber «qué estaba haciendo» en su horario laboral, la respuesta le dejó más tranquilo, ya que le daba un margen de cerca de dos horas para evitar ser cogido con las manos en la masa. El tema del trabajo lo había solucionado llamando a primera hora de la mañana para decir que se encontraba fatal y que no podría pasarse ni por el despacho ni por la sala de autopsias.

–¡Mierda!, ¿y si me llaman a casa para preguntar cómo estoy? –pensó al recordarlo, y una nueva oleada de sudor frío asomó a su frente–, no importa –se tranquilizó–, diré que estaba tan sumamente jodido que no tenía ni fuerzas para coger el teléfono. Además, no creo que llamen, en todo caso pensarán que estoy con una resaca de caballo, pero como son buena gente y saben que yo jamás me escaqueo, no sospecharán nada de nada.

Algo más tranquilo se quitó la peluca y las lentillas y las metió en una bolsa de basura que arrojó al contenedor que había cerca del portal de la casa. La operación le llevó diez minutos, pero mereció la pena. Disfrazarse había sido la idea más imbécil que había tenido jamás en su vida, producto de la tensión con la que estaba viviendo esa situación tan extraña y estresante. En realidad era mejor aparecer por allí con la cara descubierta, al fin y al cabo si algún vecino le veía no tendría por qué extrañarse, se trataba de una comunidad pequeña y casi todo el mundo sabía que era novio de Ainhoa y tenía llave de la casa. Volvió a bajar rápidamente a la calle y compró una caja de bombones en una pastelería y un excitante conjunto de ropa interior en una

lencería de la que su novia era clienta habitual y, por tanto, conocían las dependientas sus gustos en ese aspecto incluso mejor que él. Si Ainhoa le pillaba en su apartamento, sería una sorpresa, pero una sorpresa agradable, no cazaría a un espía furtivo sino a un novio enamorado.

Se maldijo a sí mismo cuando comprendió que la estupidez de disfrazarse no solo le había supuesto un montón de pasta gastada absurdamente en la peluca y las lentes de contacto sino, además, la pérdida de un tiempo que podría ser valioso, muy valioso, por eso decidió no distraerse ni un segundo más y empezar cuanto antes el registro.

Conocía la casa como la palma de su mano, pero no sabía exactamente qué debía buscar ni dónde. Con sus dedos, más acostumbrados a manejar el bisturí que a hurgar en los cajones, escudriñó por todos los rincones que tenía a su alcance y, finalmente, sus esfuerzos dieron resultado. Junto a los álbumes de fotos, en ese aspecto Ainhoa era más bien clásica y en lugar de tener las fotografías archivadas en el ordenador le gustaba conservarlas en los tradicionales álbumes con tapas de cartón, encontró uno que, en lugar de fotografías, guardaba en su interior, colocadas por orden cronológico y en perfecto estado de conservación, un considerable número de esquelas.

Ainhoa no había llegado aún a esa edad en la que se empieza a leer los periódicos por las páginas necrológicas ni mucho menos a esa otra en la que se coleccionan esquelas. Es cierto que incluso él mismo guardaba las de sus padres y uno de sus abuelos, pero eso era muy diferente, se trataba de un recuerdo de familiares muy directos, pero lo que estaba viendo era otra cosa, algo que le resultaba morboso en extremo. Se sonrió al darse cuenta de lo que estaba pensando, era absurdo recriminarla por ese motivo cuando precisamente sus relaciones sexuales estaban impregnadas de morbo.

Muchas de las esquelas venían acompañadas de las fotografías de los difuntos. Abundaban los rostros envejecidos, aunque también había el de un buen puñado de jóvenes, muertos en lo que los cursis llaman la flor de la vida, en realidad a una edad en la que apenas habían comenzado a vivir. En esas esquelas no solía haber fotos, quizás porque su estado físico estaba aún más deteriorado que el de las afables y tiernas viejecitas que compartían con ellos álbum.

Andoni Zubikarai, tras mirar inquieto su reloj y comprobar que aún le quedaba tiempo, aunque no demasiado, abrió una carpeta que había llevado consigo y sacó una serie de documentos que la noche anterior había impreso desde el ordenador del trabajo. Durante unos cuantos minutos se entretuvo en cotejar sus archivos con el álbum de esquelas de Ainhoa y comprobó las coincidencias existentes en un buen número de nombres. ¿Significaba eso algo? Era difícil, muy difícil, responder de modo negativo a esa pregunta, pese a que lo deseara intensamente. Quizás existía algún otro tipo de relación, tal vez sentimental si se trataba de personas a las que había cuidado, o incluso de tipo sexual. Al fin y al cabo, una vez finalizadas las autopsias practicadas a casi todas las personas que aparecían en las esquelas que tenía

ante sus ojos, sus relaciones sexuales habían alcanzado el clímax absoluto. ¿Qué tendría de raro que ella, en su soledad, se masturbara contemplando las esquelas y recordando los momentos más álgidos que habían disfrutado en la cama? Bueno, pensándolo bien sí que tenía mucho de raro, pero comparado con los intrínquilos de su vida sexual como pareja, parecía *pecata minuta*.

Quizás tendría que preguntarle el significado de todo aquello a la propia Ainhoa, pensó tristemente, pero sabía que no iba a tener cojones para hacerlo. Además, no estaba seguro de querer saber la respuesta. Si su novia era una asesina no quería saberlo, no quería echar por la borda lo que había entre ambos. Tal vez para un psiquiatra gilipollas y pagado de sí mismo como su excompañero Shanti Unanue tuvieran una relación enfermiza, pero él nunca había sido tan feliz en su vida como ahora, junto a Ainhoa. Y si finalmente resultaba que todo era un malentendido, que tenía una explicación quizás no muy lógica ni racional, pero sí aceptable, ¿querría Ainhoa seguir teniendo relaciones con alguien que había llegado a sospechar que ella era una asesina? Obviamente la respuesta a esa última pregunta no podía ser nunca afirmativa. Así que se encontraba en un callejón sin salida. Quizás, después de todo, no fuese mala idea contratar a Mikel Goikoetxea, el *ertzaina* reciclado en detective, aunque seguía sin verlo claro. Estaba instalado en la duda metódica, lo que quizás fuera algo bueno en el caso del viejo y entrañable Descartes, pero a él le iba minando poco a poco.

Decidió salir del apartamento de Ainhoa antes de que esta llegara. La caja de bombones y la exquisita lencería con la que durante unos minutos había pensado obsequiarla acabaron en el mismo contenedor en el que habían acabado la peluca y las lentes de contacto. Decididamente su aventura le había salido muy cara, al menos en el aspecto económico. Pero eso era lo que menos le inquietaba, lo que de verdad le reconcomía por dentro era que también podía salirle muy cara en otros aspectos más importantes de su vida.

Creo que fue Churchill el que dijo que la democracia significa que si suena el timbre de madrugada quien llama no es la policía, sino el lechero. Está claro que el bueno de Winston no conocía las costumbres noctámbulas de un país situado más al sur que las Islas Británicas, y no solo porque ese honesto gremio profesional haya pasado a la historia, vencido por los hipermercados y las superficies comerciales, sino porque no era un lechero precisamente quien me despertó a eso de las cinco de la madrugada, aunque quizás tampoco fuese un policía. El rostro que vislumbré tras la mirilla de la puerta de mi domicilio era el de uno de los escoltas que acompañaban al Presidente del Tribunal Superior de Justicia del País Vasco, Germán López Argüelles, cuando ocurrió el incidente del cementerio.

No era una hora apropiada, y tampoco estaba seguro de que el tipo aquel tuviese autoridad alguna para exigir que le abriera, pero finalmente opté por hacerlo, hay ocasiones en las que la curiosidad es superior a la prudencia. Además yo sabía cuidar perfectamente de mi persona, pese a que mi historial demostraba que a menudo había sucedido lo contrario.

–¿Qué quieres? –le dije con evidente mal humor cuando abrí la puerta, con el pelo alborotado, sin afeitado y una Smith & Wesson en mi mano derecha.

–No te lo montes a lo Harry el Sucio y guarda el juguetito –me espetó el escolta de López Argüelles, que por lo visto sabía hablar, se veía que el exceso de masa muscular no había afectado a sus laringes–, que no lo vas a necesitar para nada. Al menos de momento –añadió enigmático.

–¿Tienes alguna orden de detención o de registro? ¿Algún documento que acredite quién eres y por qué tengo que hacerte caso? –volví a preguntar, sin guardar el arma.

–Deja de decir chorradas. Sabes perfectamente que trabajo como escolta del señor López Argüelles. Si necesitas saber más sobre mi persona, con gusto te enviaré mi currículum, incluyendo mi paso por los comandos de operaciones especiales del ejército y la policía nacional, pero no he venido aquí para comprobar quién es más macho y tiene más muescas en su revólver. Me envía López Argüelles porque quiere hablar contigo.

–Para eso hubiera sido suficiente que me enviara un SMS y gustosamente por la mañana, después de ducharme y desayunar, le habría contestado.

–Mira, quizás te he transmitido mal el mensaje, lo siento –no parecía de todos modos muy compungido–, el señor López Argüelles no quiere reunirse contigo para hablar de lo bonito que está el campo en primavera o de la última película de Almodóvar. Se trata de su hija –habló directamente así, de su hija, no de su «sobrina», sin eufemismos, la cosa debía ser seria–, está ingresada en el Hospital de Cruces, en Barakaldo, tras haber sufrido una paliza que la ha dejado en coma. Por eso necesita hablar contigo. Ya mismo, sin pérdida de tiempo.

Si me hubiese duchado con agua congelada no me hubiese despertado de un modo más rápido. Ahora era yo quien quería salir pitando de mi domicilio, cuanto antes, para saber qué había ocurrido y en qué estado se encontraba Agurtzane. Sin asearme siquiera, tan solo mojándome un poco la cara para encontrarme lo más espabilado posible, me vestí como pude y acompañé al escolta hasta el coche que había aparcado sobre la acera, junto al portal de mi casa.

Mis intentos por entablar conversación con el tipo que me había despertado fueron estériles. Quizás no fuese muy comunicativo, cosa comprensible en un hombre al que por su trabajo se le supone la discreción, o quizás supiese del asunto tan poco como yo, pero las alarmas se me encendieron cuando comprobé que en lugar de dirigirnos a Barakaldo girábamos hacia la margen derecha.

—¿Se puede saber qué ocurre? Por aquí no se va a Barakaldo.

—Ya se sabe, las apariencias... —me dijo encogiéndose de hombros sin por eso dejar de estar atento a la autopista. Fue lo único que dijo durante todo el trayecto y creí percibir un leve mohín de desprecio por su protegido.

El escolta aparcó el vehículo en un antiguo palacete de Neguri que había sido reciclado como residencia o casa de retiro del Opus Dei, la congregación religiosa de la que Germán López-Argüelles era uno de sus más prominentes miembros. De hecho residía allí desde que el Gobierno Vasco le retiró, junto a otros magistrados, el piso que tenía a su disposición en pleno centro de Bilbao. Al parecer debían estar tan mal pagados los pobres que no les llegaba para costearse, como el resto de los ciudadanos, sus propias viviendas. ¡Así de injusta era la sociedad con algunos de sus más preclaros varones!

Con paso firme y sin titubeo alguno, se notaba que conocía a la perfección el edificio, el escolta me acompañó hasta la capilla en la que, inclinado cabizbajo sobre un reclinatorio, se encontraba el Presidente del Tribunal Superior de Justicia, aparentemente rezando. Por la fuerza de la costumbre, y rememorando la educación que me dieron de joven en un colegio religioso, sumergí dos dedos en el interior de la pila de agua bendita y me santigüé.

—Jamás hubiese pensado que pudiese usted ser católico —me dijo López Argüelles, que al parecer, pese a su postura, no se había perdido mi entrada, sorprendido al comprobar cómo cumplía con el rito tradicional.

Podría haberle contestado que en todo caso no era un santurrón hipócrita como él, pero no me sentía con ganas de enzarzarme en una discusión, no por lo menos hasta saber qué había sucedido con Agurtzane, así que me limité a decir con un tono lo menos irónico posible que nunca se puede saberlo todo sobre las personas.

—Pero no creo que me haya hecho venir hasta aquí para hablar acerca de mis creencias religiosas. Por lo que sé, más bien poco ya que a usted deben gustarle los guardaespaldas lacónicos —señalé al escolta que me había acompañado y que se había quedado respetuosamente dos bancos más atrás—, su sobrina Agurtzane ha sufrido una agresión.

–Puede decir que es mi hija, quizás no sea este el mejor momento para andarnos con medias tintas –dijo con tono triste. Quizás, después de todo, no fuera tan cabrón como yo pensaba y quería de verdad, a su manera, a Agurtzane. Por lo menos había estado rezando por ella, lo cual no es que significase mucho, las cosas como son, pero menos da una piedra, como también solía decir mi difunta madre–. Sí, ha sufrido una agresión. La verdad es que no es usted gran cosa como guardaespaldas.

–Le recuerdo que no me contrató para eso, no puedo estar con ella las veinticuatro horas del día, para eso sería mejor que le cediera alguno de sus gorilas, pero si lo desea ya hablaremos más tarde de ese tema, ahora lo que quiero saber es cómo se encuentra Agurtzane.

–Ha salido ya del coma, y aunque todavía se encuentra en la UCI está fuera de peligro, sin secuelas de ningún tipo, al menos aparentemente. Al parecer ha tenido suerte.

–Eso o quien la agredió sabía lo que se hacía –contesté–. ¿Se sabe quién es el responsable de la agresión? ¿Se han puesto en contacto con usted para amenazarle o darle un aviso?

Vacilé durante unos instantes antes de volver a hablar. Seguramente porque iba a mentirme y no quería meter la pata ni contradecirse.

–No, pero me imagino que estará relacionado con el asunto para el que le contraté. El reportaje sobre el mundo de los drogadictos en el que Agurtzane estaba trabajando. Por eso le he hecho venir, para decirle que lo deje.

Así que de eso se trataba. Aunque pensaba que el viejo me estaba ocultando algo, era sincero al decirme que creía que la agresión había sido causada por el reportaje que Agurtzane le había dicho que quería escribir. Al parecer desconocía que ese inexistente reportaje no era sino una tapadera, que lo que de verdad le interesaba a su hija era descubrir por qué había muerto su amiga Erika y quién la había matado si finalmente se demostraba que había sido asesinada, pero no era yo quien debía sacarle de su error. Entre otras cosas, porque eso habría reforzado su idea de que teníamos que abandonar el asunto.

–Así que de eso se trata –respondí finalmente–, quiere que lo deje. Pues lamentándolo mucho me temo que no va a ser posible. Es cierto que usted me persuadió, por decirlo de un modo suave, para que trabajase con Agurtzane, pero no me contrató, en todo caso podría decirse que mi patrona es su hija, no usted, y mientras ella no me despida, sigo estando a su servicio.

–Creía que era usted más inteligente, señor Goikoetxea.

–Sí, suelo causar esa impresión al principio aunque luego, lamentablemente, la gente acostumbra a cambiar de opinión, no me explico a qué puede deberse.

–Quizás a que es usted tan insolente como imbécil. Deje los legalismos para quienes entendemos de ellos, da igual quién le haya contratado nominalmente, no le estoy pidiendo que deje el caso, le estoy ordenando que lo deje, no sé si lo entiende. Puedo hacerle la vida muy difícil, señor Goikoetxea, muy difícil, así que más le

valdría hacerme caso o atenerse a las consecuencias.

—¿Y Agurtzane? ¿También la va a obligar a dejarlo? Porque no creo que le haga caso, me imagino que pese a que no es usted un ejemplo de padre amoroso —sus ojos se encendieron con un gesto enojado al escuchar esto, pero no tuvo fuerzas o deseos de rebatirme— conocerá a su hija lo suficiente como para saber que no lo va a dejar. Y si la agresión que ha sufrido es un aviso dudo mucho que le haga mella, por lo poco que la conozco creo que se levantará y querrá seguir luchando. En ese caso va a necesitar a alguien que esté a su lado, ¿va a ser usted acaso, o alguno de sus secuaces?

Durante unos cuantos segundos nos miramos fijamente, como dos machos en celo que no desean retroceder ante la llamada de la hembra, en lo que parecía ser un duelo silencioso. Era una situación absurda, si yo hubiese retirado mis ojos eso no tendría por qué significar que estaba cediendo ante él, pero el orgullo nos pudo tanto a los dos que tuve que ofrecerle, como si estuviésemos en una partida de ajedrez, dejarlo en tablas, a lo que accedió con un amago de sonrisa, la primera que vi en sus labios desde que nos habíamos conocido.

—Si sigue en el caso, ¿puede asegurarme que la vida de Agurtzane no va a correr ningún peligro?

—No, no puedo asegurárselo al cien por cien, y usted lo sabe, pero me parece razonable pensar que sí, que estará a salvo. Tengo una idea de quién puede estar detrás de la agresión y le aseguro que lo que ha ocurrido no va a repetirse.

—Si es como usted dice, debería informar de ello a la policía.

—¿Está usted seguro de que quiere que me ponga en contacto con la policía?

—Es usted como un dolor de muelas, Goikoetxea. De acuerdo, haga las cosas a su manera, pero me informará puntualmente, todos los días, de lo que está ocurriendo. Aunque, por supuesto, mi nombre no tiene que aparecer nunca, bajo ningún concepto. ¿Está claro?

Le respondí afirmativamente casi sin pensármelo ni un instante. Estaba de nuevo en el caso, y eso era lo más importante en esos momentos para mí, se ve que a pesar de las circunstancias le había cogido cariño a Agurtzane, así que accedí sin dudarlo a las pretensiones y condiciones de López Argüelles, entre otros motivos porque ambos sabíamos perfectamente que no las iba a cumplir. No nos dimos la mano, pero al menos nos despedimos sin apuñalarnos, lo que no dejaba de ser un avance en nuestras relaciones.

—Esteban —se dirigió al guardaespaldas por su nombre—, lleva de vuelta a su domicilio al señor Goikoetxea.

—No, Esteban, llévame a Cruces.

El escolta, sin esperar las indicaciones de López Argüelles asintió en silencio y de la misma guisa me indicó que le acompañara hasta el coche. A esas horas había poca circulación y además a Esteban le gustaba la velocidad así que en muy poco tiempo nos plantamos en el hospital.

–No hace falta que me esperes, volveré por mi cuenta –le dije cuando llegamos a nuestro destino. No hizo falta que se lo repitiera dos veces, con un simple gesto de asentimiento, tras comprobar que ya había salido del vehículo, arrancó y se alejó de allí. La verdad es que por algún motivo que desconocía, quizás porque no era del tipo hablador, el tal Esteban había acabado cayéndome bien, y creo que yo a él también, aunque estaba seguro de que si su jefe se lo ordenara no vacilaría lo más mínimo en darme una buena paliza o quizás algo peor.

Las seis y media de la mañana no son horas de visitas en ningún hospital, tampoco en el de Cruces, pero cuando se sabe cómo hacer las cosas eso no representa un obstáculo serio para acceder hasta la habitación que se desea. Agurtzane estaba ingresada en el pabellón Gandarias, el dedicado a traumatología, y hacia allí encaminé mis pasos. No había nadie vigilando el exterior, así que supuse que López Argüelles no consideraba que, de momento, hubiera peligro de nuevos ataques, lo que me facilitó las cosas al no tener que identificarme ni proporcionar unas explicaciones que, seguramente, hubiesen sido muy mal digeridas por unos hipotéticos perros guardianes. De todos modos, nada más entrar, sufrí la primera contrariedad. No contaba, aunque tendría que haberlo previsto, con que posiblemente mi clienta compartiese habitación con otra paciente, como de hecho ocurría, pero en cierto modo me daba igual, necesitaba hablar con ella y aunque no me agradaba la posibilidad de hacerlo delante de un testigo indiscreto, no iba a echarme atrás por un detalle como ese.

Las dos mujeres, tanto Agurtzane como una anciana que tenía la cara completamente vendada, dormían inquietas, agitándose en la cama y enredándose con las sábanas. Nunca había dormido con Agurtzane, así que desconocía si esa manera de dormir era habitual en ella, pero supuse que su estado estaba originado por las consecuencias de la paliza recibida.

Intenté despertarla acariciándola suavemente en el hombro, pero curiosamente quien abrió los ojos en primer lugar fue la anciana.

–¿Quién coño es usted y qué cojones está haciendo aquí, en esta habitación?

No sé si la vieja tendría nietos, pero desde luego su lenguaje no era el de una tierna abuelita. Y no le faltaban redaños, ya que la reacción de la mayoría de la gente, no solo mujeres sino hombres también, hubiese sido ponerse a chillar. En su lugar me interpeló con una serenidad y una sangre fría impropia de la situación.

–¿Viene acaso a acabar su trabajo, cabrón de mierda? –añadió al comprobar que no le respondía–. Pues sepa que, si se trata de eso, no se lo voy a permitir.

No sé cómo me lo habría impedido de ser esa mi intención, seguramente era tan solo un brindis al sol, mezcla de férrea voluntad e impotencia, pero en vez de preguntárselo intenté calmarla.

–Si es eso lo que le preocupa, puede estar tranquila, porque se trata de todo lo contrario. Quiero enterarme de lo que le ha ocurrido y cuándo sepa quién le ha dado la paliza, bueno..., no necesito darle detalles.

Me miró fijamente a los ojos y por fin sonrió, o eso me pareció vislumbrar tras sus vendajes.

–Le creo, no sé por qué pero le creo, quizás por el modo en que miraba a su chica cuando entró en la habitación –decidí no desmentirla en eso de «mi chica», total, seguramente no me iba a hacer ni puñetero caso–. ¿O acaso se ha pensado que estaba dormida? De ser así habría pegado tal berrido que hacía tiempo que se habría congregado aquí todo el personal del pabellón y los de los edificios cercanos. Por cierto, ya de paso, ¿le importaría encargarse también del hijo de puta de mi marido? No sería un trabajo difícil, usted parece estar en forma y el mariconazo anda ya cerca de los ochenta años. ¡Bah!, olvídalo, son solo fantasías de una vieja estúpida. ¿No tendrá por casualidad un cigarro?

–Lo siento, no fumo, además creo que está prohibido fumar en los hospitales.

–¿Tampoco tendrá una navaja para dejarme, no? Más que nada lo decía para no tener que usar un cuchillo de cocina para rajarle a ese cabrón cuando vuelva a casa y devolverle de una sola vez todo lo que me ha hecho sufrir en esta puta vida. Lo digo, sobre todo, porque un cuchillo de cocina es mucho más aparatoso que una navaja y no me gustaría dejar perdido de sangre todo el suelo, que luego a la que le toca limpiar siempre es a una servidora.

–Me temo que no, aunque quizás sea mejor que deje esos asuntos en manos de la policía –en el fondo estaba deseando animarla a realizar lo que tenía pensado, pero no me pareció prudente hacerlo, supongo que aún estaba marcado por la educación recibida, tanto en casa de mis padres como en la academia de la Ertzaintza.

–¿La policía? No me haga reír, que cuando me río me duele todo el cuerpo. La policía –escupió la palabra con desprecio, seguramente había recurrido a ellos en más de una ocasión sin obtener ningún tipo de resultados–, como si esos inútiles sirvieran para algo. En fin, ¡qué decepción! –suspiró–. Había pensado que quizás usted fuese diferente, pero ya veo que me equivocaba, no deja de ser como la mayoría, un auténtico cagado –se dio la vuelta en la cama, para darme la espalda, y se quedó repentinamente dormida. O eso, o sabía fingir los ronquidos con extraordinaria habilidad.

Me acerqué hasta donde seguía durmiendo Agurtzane y tras posar mi mano derecha en su boca, para evitar que chillara si no me reconocía al momento, la desperté lo más suavemente que supe y pude, si bien eso no evitó que se sobresaltara al abrir los ojos. Cuando noté que me había reconocido aparté la mano y la dejé libre, aunque le pedí que hablara en voz baja.

–¿Qué estás haciendo aquí, Goiko?

Supuse que era una pregunta retórica, ¿qué podía hacer allí a aquellas horas?, pero aún así le expliqué que acababa de tener una conversación con su padre y que, gracias a él, me había enterado de lo ocurrido.

–¿El viejo lo sabe? ¿Cómo se ha enterado?

Me encogí de hombros, ya que no conocía la respuesta. Es más, al principio, y

admito que había sentido una pequeña punzada de celos, creí que se había enterado por la propia Agurtzane, pero después de lo que acababa de decirme no sabía qué pensar. O sí, al fin y al cabo no era nada extraño que López Argüelles tuviera ojos a su servicio en muchos lugares de Euskadi. Otra posibilidad era que uno de sus gorilas la estuviese siguiendo, pero en ese caso seguramente lo habría detectado, y lo lógico, aunque en el mundo en el que yo habito la lógica no siempre es uno de los valores más frecuentes, habría sido que el guardaespaldas de turno hubiese intervenido para evitar la paliza. De todos modos lo más probable, si me paraba a pensarlo con detenimiento y era lo que había sospechado mientras hablaba con él, sería que los propios asaltantes le hubiesen avisado, como advertencia o amenaza de lo que podría ocurrir en el futuro si su hija no dejaba de meter las narices en asuntos que no eran de su incumbencia. Sí, esa era la explicación más razonable y la que se desprendía de su primera intención de alejarme del asunto.

–Da igual –dije finalmente–, lo importante es cómo estás tú, cómo te encuentras.

–Bien. Jodida, pero bien. Me duele todo el cuerpo, pero por lo que me han dicho no tengo ningún tipo de lesiones internas, así que en cuanto pueda me largo de aquí, tan solo necesito descansar unas horas antes de recoger mi ropa y darme el portante.

–¿Qué es lo que ha ocurrido exactamente?

–No lo sé, Goiko, la verdad es que no lo sé. Fue todo tan rápido..., me esperaron en mi domicilio y una vez allí me maniataron y me golpearon. No, no me violaron –debió de notar la aprensión en mis ojos–, no iban buscando eso. Y no sé por qué todos los tíos tenéis que pensar siempre en ello, joder. No, no lo hicieron, pero –empezó a sollozar–, pero yo pensé que lo iban a hacer y, y –repitió–, me sentí sucia, como una puñetera mierda, como si yo tuviera la culpa.

–No la tienes, tranquila, ni siquiera aunque hubiese ocurrido lo que temías, tú no eras culpable de nada, solo la víctima.

–Ya lo sé, joder, no soy tan estúpida, no es necesario que seas tan paternalista, tan solo te estoy explicando cómo me sentía en esos momentos.

–De acuerdo, de acuerdo –intenté calmarla–, ¿recuerdas algo de ellos, cómo hablaban, su aspecto, algún tipo de acento especial?

–No, no me acuerdo de nada, fue todo demasiado rápido, lo único que recuerdo es que abrí la puerta y luego un dolor muy fuerte. No sé nada más, ¿y a santo de qué viene eso del acento? ¿Tú también eres de los que crees que inmigrante y delincuente son palabras sinónimas?

–No me toques los cojones, Agurtzane –pese a mi intención inicial de intentar tranquilizarla, su actitud siempre acababa sacándome de mis casillas–, ni creo ni dejo de creer en nada. Además, tan racista es el que cree que todos los inmigrantes son unos delincuentes hijos de puta como el que cree que son todos unos santos, o sea que no me vengas con esas hostias, ¿vale? ¿O es que si te hubieras percatado de que a alguno de tus asaltantes le faltaba un brazo no me lo hubieras dicho para que no pensara que tienes algún tipo de rechazo contra los minusválidos? ¡Hay que joderse

con la niña!, ya solo me faltaba eso, que me diera lecciones acerca de lo políticamente correcto e incorrecto. Pues tú misma, yo lo dejo, abandono, te lo advertí cuando accedí a trabajar contigo, así que ya lo sabes, vete a donde tu oenegé favorita y pídeles que investiguen ellos tu agresión y la muerte de tu amiga Erika. No sé si lo harán mejor que yo, pero seguro que son mucho más finos y educados. Seguramente hasta usarán cuchillo y tenedor a la hora de comer, en lugar de hacerlo con las manos, como me imagino que piensas que hago yo.

Estaba ya abriendo la puerta de la habitación cuando escuché, procedente de la otra cama, una frase que sonaba algo así como «no sea usted un cabestro, coño, ¿o es que no se da cuenta de que la pobre chica lo está pasando fatal?».

Regresé al interior de la habitación y observé con sorpresa a la vecina de Agurtzane, que era quien me había interpelado de esa manera. Luego, obedeciendo un gesto imperioso de la anciana, miré hacia la cama de Agurtzane y comprobé que estaba llorando. Parecía como si le hubiese entrado un ataque de ansiedad. Por un momento temí que se pusiera a hiperventilar, me hubiese sido difícil justificar, ante un médico o enfermera, qué estaba haciendo allí a esas horas, pero afortunadamente poco a poco se fue calmando y empezó a respirar de un modo normal.

–Lo siento, Goiko, lo siento, pero es que no estoy..., no estoy –intentó continuar sin saber cómo completar la frase–, bueno, no sé, supongo que lo que quiero decir es que no estoy bien.

–Lo sé, lo sé –antes me había dicho que no fuese paternalista, pero es que en una situación como aquella me temo que todo lo que hiciese o dijera acabaría pareciendo paternal–, y no te preocupes, que no voy a abandonarte, pero tienes que decirme todo lo que sepas. Me has dicho que no recuerdas nada, pero ¿habías recibido anteriormente algún tipo de amenaza o advertencia?

–No, Goiko, te lo hubiese dicho, puedes creerme.

–Lo sé, lo sé –repetí de nuevo esas dos palabras como si se tratasen de un mantra, mientras le acariciaba la mano, como hubiese podido hacerle un viejo amigo de la familia–. ¿En ningún momento, durante el ataque o posteriormente, te dijeron por qué lo estaban haciendo? ¿Sabes si te han robado algo?

–No lo sé, no sé si me falta algo, pero no creo que quisieran robarme, estaban esperándome, Goiko, me esperaban, no sé si de paso aprovecharon para robarme, pero vinieron a darme una paliza.

–Sé que no es un buen momento, pero seguramente habrás pensado en ello. ¿Por qué crees que lo hicieron?

–No estoy segura, pero supongo que nuestra investigación está poniendo nervioso a alguien, aunque no lo entiendo, aún no hemos hecho nada que pueda poner en peligro a nadie, pero es que no hay otra posibilidad, no tengo enemigos, sí, ya sé que todos podemos tener a nuestro alrededor gente que no nos quiere o que nos tiene manía, pero tanto como para llegar a esto..., y por otra parte en estos momentos no llevo nada más entre manos y los anteriores trabajos que he realizado no eran nada

conflictivos, por lo menos no como para que alguien decida darme una paliza. Además han sido ya publicados, así que actuar en estos momentos no tendría ningún sentido.

–De acuerdo, no te preocupes por eso, ahora lo que tienes que hacer es descansar. Además, no creo que te vuelva a ocurrir nada más.

–¿Sabes acaso quién ha sido? –me preguntó entre asombrada y esperanzada.

–Creo tener una leve idea –le dije en voz tan baja que tuve que repetírselo nuevamente, porque no me oyó–. Cuando sepa algo más te lo diré, pero repito que debes estar tranquila, si estoy en lo cierto no te volverán a atacar.

–¿Y si te equivocas? –había temor en sus palabras.

–No me equivoco, Agurtzane, puedes estar completamente tranquila porque estoy convencido de no equivocarme.

Dije esas palabras con ánimo de tranquilizarla antes de salir de la habitación. No sé si lo logré, pero si hubiera observado mi rostro mientras traspasaba la puerta, se habría percatado de que no estaba completamente seguro de lo que acababa de afirmar.

Pese a mis dudas, según iba despuntando el día, un amanecer entre brumas y lloviznas en las calles del viejo Bilbao, me iba convenciendo de que efectivamente sabía quién había agredido a Agurtzane, o al menos quién lo había instigado, y por qué. No era cuestión de tener superpoderes, a Dios gracias, ya que por lo que había podido ver en el cine o leer en los tebeos, para ejercer de superhéroe era imprescindible vestir con una especie de mallas de vivos colores, rojos, azules o negros, y sinceramente no me veía vestido de tal guisa. Tampoco era el afortunado propietario de una bola de cristal, qué más quisiera yo, la de trabajo y esfuerzo que eso podría ahorrarme. Se trataba, simple y llanamente, de ese instinto que había ido adquiriendo a través de años de trabajo policial y que, sin ser infalible, sí era un instrumento eficaz a la hora de ayudarme a sacar conclusiones.

Bueno, en realidad, el instinto y la capacidad de observación. Cuando me entrevisté con Koldo Sagasti, el segundo de los amigos íntimos de Erika, le noté más tenso y agresivo de lo que hubiese sido normal. Pese a sus alegatos de inocencia, y a los de la propia Agurtzane, no me fue difícil observar que estaba puesto de coca hasta las cejas, lo que de por sí no es delito, pero sí que me pareció significativo. Por eso cuando me despedí de Agurtzane, pretextando que tenía otros negocios que atender en el Casco Viejo, me entretuve las dos horas siguientes bebiendo cerveza y comiéndome unos pinchos en una taberna desde la que se podía vigilar perfectamente tanto el bar de Koldo y el almacén anexo en el que guardaba el material. Y lo que puede ver aquel amanecer fue de lo más interesante e instructivo. Casi tanto como lo que pude contemplar hacia las diez de esa misma mañana, cuando ya había amanecido y varios coches camuflados de la Ertzaintza se presentaron en ambos locales e iniciaron lo que parecía ser un riguroso registro.

Desde la misma taberna que la anterior ocasión, aunque en este caso, debido a la hora, acompañado por un café bien cargado y un bollo de mantequilla, pude seguir prácticamente en directo toda la operación, el gesto serio y adusto de los policías, los aspavientos de protesta de Koldo y sus empleados e incluso la cara de sorpresa, no exenta de interés y en algunos casos de callada satisfacción, de los transeúntes a los que les vencía la curiosidad y que, pese a los esfuerzos de un grupo de *ertzainas* uniformados para que continuaran circulando, se hacían los remolones y se quedaban por la zona todo el tiempo que podían, con la esperanza de informarse de algo.

El registro no duró más allá de tres cuartos de hora y no debió constituir un éxito precisamente, puesto que los *ertzainas* salieron de ambos locales con las manos vacías y sin ningún detenido que llevarse al coche celular. Todos ellos tenían el semblante sombrío, con una más que evidente sensación de fracaso, salvo el responsable del operativo, Eneko Goirizelaia, uno de los pocos compañeros que se posicionó a mi favor cuando, durante un tiempo, fui considerado un apestado entre mis viejos camaradas de la Policía Autónoma Vasca. Seguramente porque él ya sabía

desde el principio que no iba a encontrar nada y así me lo confirmó minutos después, cuando recibí una llamada suya en mi móvil.

–Bueno, pues ya está –fue lo primero que me dijo, sin antes pronunciar un educado kaixo^[2] o egunon^[3]–, supongo que habrás estado observando en primera línea de playa cómo hemos hecho el ridículo.

–No es para tanto, no es culpa vuestra el haber recibido un chivatazo que finalmente ha resultado ser un fiasco.

–Espero que al final no lo sea y todo tenga sentido. Por esta vez te he hecho caso, pero ahora eres tú el que me debes una y más te vale contármelo todo antes de que nuestros nietos entren en la universidad, como suele ser tu costumbre. Ya sabes que estamos en crisis y no podemos gastarnos alegremente, como hemos hecho esta mañana, el dinero de los contribuyentes.

–El dinero de los contribuyentes, casi nada. Joder, Eneko, hablas como un policía de alguna de esas series americanas.

–Bueno, pues el dinero de la Hacienda Foral, si lo prefieres, pero ya sabes lo que hay así que espero que más pronto que tarde me vengas con el cuento.

–Tranquilo, Eneko, sabes que nunca te he fallado.

–No sé cómo puedes tener tanta cara –farfulló Eneko. Era una lástima no poder ver su expresión a través de mi móvil porque, seguramente, tenía la cara enrojecida por completo y al borde de la apoplejía–. Bueno, pues lo dicho, que espero noticias tuyas, y pronto –fue lo último que dijo antes de cortar la comunicación.

No estaba yo tan seguro de que pudiera contárselo todo en un corto espacio de tiempo, aunque sabía que antes o después tendría que sincerarme con él, no solo porque éramos íntimos desde que coincidimos en Arkaute^[4] sino porque no me interesaba perder la amistad de quien era mi principal apoyo en la Ertzaintza. De todas maneras el problema estribaba en que ni yo mismo sabía a dónde podría llevarme finalmente la investigación que había puesto en marcha.

Mientras hacía estas reflexiones llegué hasta el «Seattle», el bar que hacía poco mis antiguos compañeros habían registrado sin descubrir indicios de delito alguno. Cuando accedí a su interior, mi viejo amigo Koldo no pudo impedir, o quizás no quiso, que en su rostro se dibujara un gesto de desagrado.

–¿Se puede saber qué cojones haces aquí?

–Vengo a felicitarte.

–¿A felicitarme?

–Pues sí, acabo de ver cómo la Ertzaintza ha registrado tu establecimiento y se ha retirado con el rabo entre las piernas. Ha tenido que ser humillante para ellos, y créeme que lo siento, porque en cierto modo me considero responsable de su fracaso.

–¿A qué te refieres, si puede saberse? –a su pesar empezaba a interesarse por lo que le estaba diciendo.

–Es muy sencillo, seguramente que hasta tú podrás entenderlo, fui yo quien les dio el chivatazo. No te digo lo que les conté para que se animaran a venir, pero te lo

puedes imaginar. Me temo que de ahora en adelante no estarán muy contentos conmigo –añadí con un falso tono compungido.

Esta vez sí que no pudo evitar que una bobalicona sonrisa apareciera en su cara cuando me dijo, con tono prepotente, que ya me lo había advertido, que estaba completamente limpio.

–No, no lo estás, de otro modo no necesitarías la protección de esos dos mastodontes –lo dije señalando a dos empleados que no tenían aspecto de camareros o que de serlo practicaban mucho más con las mancuernas que con la coctelera–. Será mejor que les ordenes que se estén quietos si no quieres tener más problemas de los estrictamente necesarios –añadí sacando de la mariconera que llevaba conmigo mi vieja y no declarada Smith & Wesson.

–No te marques faroles conmigo –sonrió, aunque sin poder evitar mostrarse nervioso–, no creo que seas tan estúpido como para usar eso aquí dentro.

–¿Quieres apostar? Tal vez tengas razón, quizás hasta dieran 90 a 1 a tu favor en una de esas casas de apuestas que han proliferado tanto por Internet en los últimos tiempos, pero la pregunta adecuada no es cuánto te darían en caso de ganar sino lo que puedes llegar a perder si te equivocas. Además, ¿crees que un tipo que es capaz de movilizar una veintena de *ertzainas* para organizar una redada no es también perfectamente capaz de cubrirse las espaldas en caso de necesitarlo?

–De acuerdo, tú ganas, chicos –se dirigió a los dos mastodontes–, ir a lavar los vasos, que abrimos dentro de poco y ya sabéis que todo tiene que estar impoluto. Bueno –se volvió de nuevo hacia donde yo estaba–, tú me dirás que deseas, aunque como has comprobado, estoy completamente limpio.

–Te he dicho que no lo estás y te lo voy a demostrar. Vamos, salgamos de aquí que no tengo todo el tiempo del mundo.

No fue necesario utilizar de nuevo a mi inseparable amiga, que volvía a estar convenientemente guardada en su lugar habitual, al fin y al cabo Bilbao no está en el Far West y mis conciudadanos se hubiesen extrañado de verme caminar con un arma en la mano. Además, acaso porque creyó haberme despistado, Koldo Sagasti accedió a mis deseos sin ningún tipo de reproche.

–De acuerdo, pero no vas a encontrar nada en el almacén, si es eso lo que esperas. La Ertzaintza también lo ha registrado, como supongo que sabrás.

–Lo sé, lo sé, como te he dicho antes lo he visto en vivo y en directo. Puede decirse que he sido un espectador privilegiado de la operación, así que estoy al tanto de lo ocurrido, pero soy un tipo optimista que jamás pierde la esperanza. Sigue andando –le espeté cuando vi que se detenía junto a la puerta del almacén.

–¿No querías entrar aquí? ¿Se puede saber a dónde me llevas?

–¿Qué ocurre, acaso no te gusta andar? Pues deberías probarlo, es sanísimo y mucho más barato que machacarse en un gimnasio, pero no te preocupes que ya hemos llegado al paraíso perdido.

El rostro de Koldo Sagasti se puso totalmente lívido cuando comprobó que estaba

señalando la puerta de una tienda de chucherías que se encontraba contigua al almacén del bar, aún así intentó mostrarse irónico al preguntarme si íbamos a comprar gominolas y caramelos.

En lugar de contestarle le empujé para que entrara en la tienda que en ese momento se encontraba prácticamente vacía, sus clientes naturales todavía estaban en la escuela y a esa hora no había mucho movimiento. En su interior tan solo se encontraba una mujer que debió vivir su juventud en tiempos de la primera república.

Iba a preguntarnos qué deseábamos, pero cuando vio a Koldo y se percató de que yo le estaba agarrando de un brazo fue incapaz de pronunciar ni una sola palabra.

—Váyase, abuela —le dije— y no regrese hasta mañana, por lo menos. Seguro que se merece unas buenas vacaciones.

La vieja titubeó mientras miraba a Koldo, como si esperara instrucciones.

—Que se vaya de una puta vez —grité—, cuanto antes, no vaya a tener que arrepentirse. Y sí, es lo que usted está pensando, así que más le vale ahuecar el ala si no desea tener problemas. Ah, por cierto, usted como los tres monos, ¿sabe de qué va el cuento? No ha visto nada, no ha oído nada, no va a decir nada. Vamos, tarifando, que no tenemos todo el día.

Ese soy yo, Mikel Goikoetxea, el terror de las ancianas. No estaba orgulloso de mi pequeña actuación, pero la vida me ha enseñado que es mejor prevenir que lamentar y que no existe enemigo pequeño. Ni demasiado viejo si lo que quiere es joderte. Afortunadamente la encargada de la tienda debía tener pendiente una visita al Imsero, para preguntar cuál era el sitio más lejano al que poder trasladarse inmediatamente, sin necesidad de pasar por casa para hacer el equipaje y recoger el pasaporte, así que nos dejó el campo libre.

—¿Se puede saber qué es lo que quieres? —mi prisionero intentó mostrarse enérgico y enfadado, pero era tan patente su nerviosismo que le salió una desagradable voz de falsete.

En lugar de contestarle decidí pasar a la acción. Recordé en esos momentos las palabras de Cecil B. DeMille, un director cinematográfico de la época dorada de Hollywood que solía decir que una película tenía que comenzar con un terremoto y posteriormente ir *in crescendo*. Pues algo así hice yo, empecé con una patada en los cojones y luego repasé del modo más imaginativo que pude todo el cuerpo de Sagasti. Y las cosas como son, aunque nunca me he considerado especialmente violento, tengo que reconocer que disfruté un huevo. No es que me enorgullezca de ello, es más, si lo pienso con detenimiento hasta me avergüenzo de lo que hice, pero la verdad es esa, disfruté un montón mientras le devolvía al cabrón de Koldo uno por uno todos los golpes que por su culpa había recibido Agurtzane.

Abrí un par de latas de cerveza que extraje de un frigorífico y le ofrecí una o, mejor dicho, le obligué a darle un buen trago para espabilarle, mientras yo me bebía la otra. Expulsó al instante el líquido que acababa de ingerir, pero conseguí lo que quería, que saliera del estado semicomático en el que le había dejado la paliza que

acababa de endosarle.

–¿Qué es lo que quieres, tío? Haré lo que quieras, pero deja de pegarme –sollozaba mientras pronunciaba, con dificultad, esas palabras–. Joder, ¿por qué lo has hecho?, no tenías ninguna necesidad, había venido aquí contigo, voluntariamente.

–Empezando por tu última pregunta, a poco que lo pienses seguramente lo adivinarás, quería asegurarme de que recibías nítido y claro el mensaje de que más vale que dejéis en paz a Agurtzane. No me repliques –le interrumpí antes de que empezara a hablar–, no me chupo el dedo, sé que fuiste tú quien dio las órdenes para que la agredieran. Te pusiste muy nervioso con el rollo del reportaje que quería hacer sobre el mundo de las drogas, sobre todo cuando viste que la acompañaba un detective que había sido policía y seguramente aún tenía contactos con el cuerpo, ¿no? Este país es pequeño y a poco que se rasque todos nos conocemos, así que decidiste tirar por la calle de en medio y darle un aviso a Agurtzane, pero te ha salido el tiro por la culata. Ahora eres tú el que ha recibido un mensaje, ¿lo has captado o tengo que repetírtelo?

–No, no, vale, dejaremos en paz a Agurtzane, no soy tan cabrón como piensas, Agur me cae bien, en el fondo quería evitar que se metiera en problemas, joder, se les fue la mano, les dije que solo le dieran un susto, lo prometo.

–Te creo, de verdad que te creo, así que olvidemos lo ocurrido, ha sido, como dicen los leguleyos, un *quid pro quo*, o para que lo entiendas mejor, un donde las dan las toman y callar es bueno, así que cerremos página y pasemos a hablar de cosas más importantes. Por ejemplo, del negocio que tienes montado aquí, en la tienda de chuches.

Durante unos instantes vi en sus ojos que iba a negarlo todo, pero en el fondo no era ningún estúpido así que intentó sonreír sin conseguirlo del todo, ya que debía dolerle hasta el último músculo de su cara, y me preguntó por qué no le había delatado, que cuánto quería.

–No se trata de cuánto quiero, sino de qué quiero. Admito que te lo has montado muy bien. El bar de moda que atrae a la clientela, un almacén contiguo como señuelo para que los policías desconfiados irruman de vez en cuando en él y salgan frustrados al no encontrar nada y esta tienda cuyo negocio aparente es vender chucherías a los niños regentado por una entrañable y tierna ancianita a la que seguramente no le llega con su pensión y tiene que seguir madrugando para poder acabar el mes con cierto desahogo y donde manejas el auténtico negocio. Sí, os lo habéis montado muy bien, pero no me fue muy difícil comprender la naturaleza auténtica del invento, pese a que lo llevéis con mucha discreción. En fin, eso es cosa vuestra, no voy a decirte yo cómo tienes que manejar tus asuntos, el caso es que lo descubrí y que lo mismo que lo he descubierto yo pueden hacerlo los municipales o la Ertzaintza si alguien o algo les pone sobre la pista.

–No lo entiendo, antes me has dicho que eres el responsable de la redada, y sin embargo no les dijiste a los maderos dónde tenían que buscar. ¿A qué estás jugando,

exactamente? ¿Y qué es lo que quieres?

–Bueno, podría decirse que la omisión en mi denuncia a la Ertzaintza de que el género lo almacenáis y distribuís en esta tienda ha sido un gesto de buena voluntad por mi parte. Como verás, no he querido joderos del todo, aunque eso lógicamente tiene un precio.

–¿Cuánto? –Koldo Sagasti parecía encontrarse satisfecho con el giro que estaba dando la conversación.

–Ya te he dicho que no se trata del cuánto sino del qué. En primer lugar, quiero saber qué relación tenías con Erika.

–¿Tanto follón para eso? Joder, ya te lo dije, nos acostábamos juntos de vez en cuando, pero nada más.

–¿Le suministrabas tú las drogas?

–Joder, tío, ya te dije que yo no era su camello, ¿vale?

–Sí, también me dijiste que no tenías relación con el tráfico y estás metido en él hasta las cejas.

–De acuerdo, te mentí, ¿qué querías que dijera y mucho más delante de Agurtzane? Pero eso no me convierte en un criminal, tan solo ofrezco a la gente lo que desea consumir.

–Bla, bla, bla, a mí no me vengas con ese rollo, el caso es que eres un puto camello y Erika era tu cliente.

–No, no, te equivocas, de verdad que no era clienta mía. Sí, es cierto, de vez en cuando les pasaba, a ella y a otras amigas, también a Agurtzane, un poco de costo, para liarse unos porros, pero nada más, jamás les vendería heroína, *crack* u otro tipo de drogas igual de peligrosas.

–No, si al final va a resultar que tienes un gran corazón.

–¡Vete a la mierda!, puedes creerme o no, pero es la verdad.

–Supongo que por eso mismo, movido por ese corazón que de grande que es no te cabe en el pecho, ordenaste que le dieran un escarmiento a Agurtzane.

–Pues sí, fue por eso –estalló y su rabia parecía sincera–. Lo hice para protegerla, para que dejara de investigar porque eso podría acarrearla problemas mucho peores. Joder, tío, tú eres o has sido policía y conoces cómo es el juego, nadie quiere que husmeen en sus asuntos y si se piensa que han llegado muy lejos, ya sabes, ¡zas! –hizo el gesto de cortarse el cuello–, esta gente no se anda con chiquitas. Por eso quería evitar que Agurtzane siguiera metiendo sus narices en este mundo.

–¿También quisiste dar un aviso a Erika y se te fue la mano?

Durante unos segundos pareció que iba darle un nuevo arrebató de furia, pero enseguida apareció una sonrisa en su rostro.

–Ya veo, quieres provocarme, ¿no?, pero ni tú mismo te lo crees. No, no tuve que darle ningún susto a Erika porque ella no estaba preparando ningún puto reportaje sobre el mundo de las drogas como lo está haciendo Agurtzane. De haber sido así habría actuado del mismo modo que con Erika, y me creas o no lo habría hecho

también para protegerla.

Lo más curioso del asunto es que me inclinaba a creerle. No tenía por qué mentirme, al menos no en esos momentos en los que decirme la verdad no iba a empeorar su situación, sino más bien todo lo contrario.

–Es más –se envalentonó–, dudo mucho que sea verdad eso de que estaba escribiendo un reportaje sobre el mundo de las drogas. De haber sido así yo lo habría sabido.

El caso, al parecer, estaba repleto de gente que pensaba que nada podía ocurrir sin su conocimiento, pero independientemente de eso Koldo Sagasti parecía sincero. De momento no podía descartar nada sobre él, aunque lo más lógico habría sido esperar que utilizara con Erika el mismo sistema que había utilizado con Agurtzane, o incluso alguno menos violento vista la intimidación que tenía con ella, y no que decidiera eliminarla directamente.

–De acuerdo, te creo –dije finalmente tras dejar pasar unos cuantos segundos, como si hubiera estado valorando sus palabras y por fin hubiese tomado una decisión.

–Entonces, ¿estamos en paz? –alzó las palmas de sus manos, en gesto de buena voluntad.

–No, todavía no lo estamos.

–¡Pero si te he dicho todo lo que sé! –protestó enérgicamente–, he cumplido con lo que me has pedido.

–Con una de mis peticiones. Pero hay otras.

–¿De qué se trata? No sé qué más puedes querer de mí.

–Quiero que me consigas una entrevista con el Palé.

–¿Quééééé? ¿Con quién? No sé de qué me hablas.

La lividez de su cara desmentía sus palabras. Sabía perfectamente quién era el Palé, pese a negarlo, pero no se lo reproché. Yo, de haber estado en su piel, habría hecho lo mismo. El problema es que no estaba dentro de la suya, sino que tenía la mía propia, por eso saqué de nuevo mi viejo Smith & Wesson y le apunté a la cabeza.

–No me toques los cojones, Koldo, creía que ibas a entrar en razón y decirme la verdad, toda la verdad y nada más que la verdad. En primer lugar, no tienes ni la categoría ni los contactos ni lo que hay que tener para llevar por tu cuenta este negocio, y en segundo lugar el otro día pude observar cómo algunos de los hombres del Palé, a los que conozco de cuando estaba de servicio, pululaban por tu local como podría hacerlo Pedro por su casa.

–Te equivocas, ya te he dicho que no conozco a ese tal Palé ni a ninguno de sus hombres, habrá sido una coincidencia, seguramente habrían venido aquí para tomarse una copa y por eso les viste.

–Es la última vez que te digo que no me mientas, Koldo, creo que aún no has acabado de entender del todo tu situación. No sé si no has entendido nada de nada, pero por si acaso te lo voy a repetir, ya no soy *ertzaina*, así que no me rijo por el reglamento. El único problema que me surgiría, en caso de darte el pasaporte, sería el

de cómo ocultar tu cuerpo y créeme si te digo que estoy capacitado para hacerlo. Así que coge despacito el móvil que llevas sujeto a la cintura y sin hacer ninguna tontería llámale y dile que quiero hablar con él.

El charco de orín que se formó de repente a los pies de Sagasti me demostró que mis últimas prevenciones quizás habían sido innecesarias, pero no dejé de apuntarle hasta que con manos temblorosas agarró el móvil y tecleó nervioso un número que se sabía de memoria.

Cuando salí de la tienda de chucherías había conseguido lo que quería, aunque me preguntaba si no habría dejado tras de mí un futuro cadáver. De todos modos ese no era mi problema, el propio Koldo Sagasti, jugando con fuego, se había convertido en candidato a la hoguera, así que alejé de mi cabeza esos lúgubres pensamientos, no merecía la pena intentar adelantar los acontecimientos y es que, como solía decir mi madre, lo que tenga que venir vendrá, y no podemos hacer nada por evitarlo. Bueno, quizás sí que podía, pero no quería.

La visita a Pompeya había sido agotadora, pensó Andoni Zubikarai. Toda una mañana recorriendo, expuestos a un sol inclemente, las ruinas de lo que había sido una próspera ciudad perteneciente al Imperio Romano hasta que el Vesubio desató su furia sobre ella en forma de lava y fuego, pero había merecido la pena. Observar los edificios derruidos, el trazado de sus antiguas calles por las que seguramente habían paseado sus ciudadanos envueltos en sus togas o los frescos que decoraban las viviendas de comerciantes y patricios, le había obligado a reflexionar sobre la fugacidad de la vida humana casi más que estar en una sala de autopsias. Incluso el lupanar, al que el guía napolitano les había conducido con una sonrisa lúbrica en sus labios, quizás porque la experiencia de años le había enseñado que era uno de los edificios que más interesaba a los turistas, posiblemente por el morbo que en la gran mayoría de las personas, por formadas y liberadas que estén, va adherido a todo lo relacionado con el sexo, le había llevado a esa misma conclusión.

En aquel lupanar retozaban los pompeyanos que podían pagárselo con las hetairas, ¿o las hetairas eran griegas en lugar de romanas?, tendría que consultarlo en Internet cuando volviera a Bilbao, bueno, daba igual, con las prostitutas que ofrecían su cuerpo a cambio de unos cuantos denarios o sestercios. Por aquel local habrían pasado senadores, comerciantes, esclavos liberados o jóvenes que deseaban estrenarse, dispuestos a gozar de las maravillas que el sexo podía ofrecerles hasta el límite de sus disponibilidades económicas.

–¿Te das cuenta, Ainhoa? Seguramente aquellos romanos disfrutaban felices el momento e incluso, quién lo sabe, hasta podían considerarse inmortales mientras follaban alegremente en este recinto. Y sin embargo, ya han pasado más de dos mil años y de ellos y sus placeres no queda ni siquiera una pálida sombra. Así de fugaz es la vida, un día nos consideramos en el centro del universo y luego, ¡kaput!, todo se acaba y parece como si nunca hubiésemos existido.

–Joder, Andoni, no te pongas tan filosófico y disfruta del viaje –le reprendió una sonriente Ainhoa mientras le revolvió el pelo–. ¿Qué ha dicho antes el guía? Ah, sí, *carpe diem*, significa eso, ¿no?, que hay que disfrutar el momento. ¡*Carpe diem!* – volvió a repetir la palabra, como si se relamiera con ella–, sí, me gusta, *carpe diem*, disfrutemos el momento.

–Sí, supongo que tienes razón –suspiró Andoni–, será mejor vivir el día a día, disfrutando de lo que tenemos sin pensar en lo que nos deparará el futuro.

–¿Te ocurre algo, Andoni? No sé, te noto preocupado. Venga, tonto, déjate de chorradas, que hemos venido aquí a relajarnos y olvidarnos de los problemas.

–No, no pasa nada, tienes razón, ha sido solo una pequeña debilidad, ya sabes, a veces el ver cosas nuevas te hace pensar, pero ya ha pasado, olvidémonos de todo y disfrutemos del momento, como tú y el guía habéis dicho. Vamos, que se nos escapa, y no quiero perderme ninguna de sus explicaciones.

Llevaban varios días navegando por el Mediterráneo, en unos de esos cruceros de placer que a menudo se anuncian por televisión como un remedo de aquella famosa y empalagosa serie de televisión titulada «Vacaciones en el mar». La idea se le había ocurrido a Ainhoa, que le veía en los últimos tiempos muy tenso y estresado, y él la acogió con entusiasmo, pensando que quizás, de ese modo, empezaría a ver las cosas de otra manera. En realidad nunca le habían gustado ese tipo de viajes masificados en los que a toque de corneta había que subir o bajar del barco y seguir la banderita o el bastón que un guía alzaba como portaestandarte para que los turistas no se extraviaran mientras les explicaba profusamente el significado histórico o artístico del monumento o ciudad que estaban visitando. Pero pensó que seguramente manteniendo esa actitud lo único que conseguiría sería enfadar o entristecer a Ainhoa y además, por otra parte, independientemente de que le gustara más o menos, suponía una oportunidad para alejarse de la rutina, de Bilbao y de su obsesión por la estadística de fallecimientos en su ciudad natal que no podía desperdiciar, así que asintió a la idea con un entusiasmo mayor incluso que si hubiera nacido de él. Y la verdad es que no se arrepentía. Pese a sus prevenciones, y algunas de ellas se había demostrado que eran ciertas, estaba disfrutando del viaje como hacía mucho tiempo que no lo hacía.

El barco había fondeado en el norte de África, Italia y Francia y había tenido la oportunidad de visitar Túnez, Roma, Florencia, Pisa y Nápoles entre otros muchos lugares de acreditada raigambre turística. Era una auténtica locura, no se puede ver Florencia en una tarde ni apreciar todos los tesoros que encierra el Vaticano en un solo día, pero aún así, y pese a las urgencias con las que hacían su periplo, se encontraba totalmente satisfecho, Ainhoa tenía razón, el crucero había conseguido relajarle y que contemplara la vida de otra manera. Su propia relación había mejorado.

Lejos del día a día, olvidada la sala de autopsias y la excitación que su trabajo producía en su novia, su vida sexual sobrevivía e incluso evolucionaba en un sentido positivo. Había desaparecido, eso era cierto, el frenesí de los polvos salvajes que llegaban inevitablemente después de cada autopsia realizada, pero fueron sustituidos por otros más sosegados, igual de placenteros y en los que la ternura y la suavidad predominaban sobre la excitación y el desenfreno. Su relación había conseguido sobreponerse a la ausencia de cadáveres, pensaba entre feliz y perplejo Andoni, y solo por eso había merecido la pena embarcarse en el crucero.

Además, estaba claro que Ainhoa se preocupaba por él, la manera en que le había hablado cuando, tras la visita a las ruinas de Pompeya, declamaba sobre la fugacidad de la existencia humana así lo avalaba. En el fondo tenía razón, no merecía la pena hacerse pajas mentales, había que vivir la vida al día, lo mejor posible, sin preocuparse por el mañana y sus consecuencias. No era fácil, el momento depresivo en el que había caído cuando visitaban los restos del lupanar así lo atestiguaba, pero era el camino correcto, sin lugar a dudas.

El resto del periplo, una vez abandonada Nápoles, volvió afortunadamente por los cauces que ambos deseaban, disfrutando tanto de los placeres que les reservaba el lujoso trasatlántico en el que se habían embarcado como el que les proporcionaba la contemplación de las ciudades que visitaban. Incluso, en un momento de euforia, y pese a ser un auténtico patoso, se marcó un vals con su novia la noche en la que en el barco se celebró la cena de gala. El que le pisara unas cuantas veces no fue obstáculo, quizás incluso fue el detonante, para que se rieran juntos durante toda la noche y la remataran con un homenaje a sus cuerpos desnudos en el camarote que por su intensidad casi podía asimilarse a los que solían tener los días en los que a él le tocaba descuartizar un cadáver.

Cuando al cabo de ocho días desembarcaron en Barcelona ambos se encontraban satisfechos y en armonía consigo mismo y con el universo, dispuestos a reanudar su vida cotidiana y proseguir, más convencidos que nunca, con su relación. Bilbao, como era habitual, les recibió con una fina lluvia que contrastaba con el cálido clima que habían gozado en el Mediterráneo, pero hasta eso les alegró, era como la bienvenida de una madre que siempre estaba dispuesta a recibirlos, por mucho que temporalmente se hubiesen alejado de ella.

El Andoni Zubikarai que al día siguiente cruzó las puertas del Instituto Vasco de Medicina Legal era un hombre completamente nuevo, muy diferente al que hacía nueve días había tomado por sorpresa unas apresuradas vacaciones. Sabía que todo iba a ir bien, había pasado ocho días junto a su novia lejos de cadáveres, muertes y autopsias y habían estado mejor que nunca, hablando de todo, mirándose a los ojos, besándose sin motivo alguno, como dos chiquillos. Y habían hecho el amor a menudo, con sosiego, sin urgencias, saboreando el momento sin que ninguna imagen morbosa les impulsara a ello. Su felicidad debía notársele en la cara porque nada más entrar en su despacho Román, su becario y ayudante, le dijo que se le veía radiante y feliz.

–Voy a tener que tomarme yo también unas vacaciones. Aunque no van a ser tan buenas como las tuyas, me temo, quizás tengas que prestarme a Ainhoa –bromeó.

–Ni lo sueñes –le siguió Andoni la chanza–, antes que prestarte a Ainhoa te tumbo en una de estas camillas y te disecciono en vivo y en directo.

–Coño, eso tiene que doler un huevo –se rio Román.

–No lo sé, nunca lo he probado, si quieres puedo empezar contigo.

–No, gracias, agradezco tu ofrecimiento en lo que vale, pero hoy no estoy muy dispuesto, quién sabe, quizás otro día. Por cierto, jefe, y ya que estamos hablando de autopsias tengo que darle una buena noticia.

–¿De verdad? Pues a qué esperas, cuéntamela –las buenas noticias escasean, pensó Andoni Zubikarai, así que siempre resulta estimulante recibir una.

–Que ya no somos los gafes del Instituto.

–No te entiendo, ¿de qué me estás hablando?

–Pues de que ya no podrán decir que somos los supergafes o, como le gusta

repetir al juez del número cinco, los matamuertos.

–¿Y a qué se debe eso?

–A que esta semana nos ha tocado guardia. Mientras tú disfrutabas de lo lindo en un paquebote de lujo, nos tocó hacerla a mí y a Ernesto Urrutia, tu sustituto, ya sabes, el pijo ese que cada vez que caga piensa que evacua Channel N.º 5. Total, que no hemos tenido un cadáver que llevarnos a la boca, ni siquiera una autopsia de muestra. Aunque, bien mirado, quién sabe, igual resulta que yo no soy el gafe, que lo eres tú y que, por eso, la pasada semana no hubo ninguna muerte violenta o dudosa en todo Bilbao.

Román bromeaba, sobre eso no tenía ninguna duda Andoni Zubikarai, pero no pudo evitar que un severo escalofrío le recorriera todo el cuerpo y una fortísima migraña, de esas que te hacen desear estar muerto, se apoderara de él.

El Palé me había citado en las dependencias de la Sociedad Bilbaína, en la calle Navarra, junto al puente del Arenal. El hecho de citarme en alguno de los vetustos salones que la Bilbaína, como llamaba todo el mundo a esa vieja institución que durante décadas acogió a lo más granado y también a lo más rancio de la sociedad vizcaína, parecía ser una buena señal. Sería de muy mal gusto salpicar sus impolutas moquetas con la sangre de un detective de medio pelo, cosa que podría acarrearle el rechazo de los demás socios y, quién sabe, hasta la expulsión de la entidad. Y es que de la cárcel seguramente podrían sacarle su legión de abogados y contactos políticos, pero del ostracismo social sería más difícil salvarle si rompía con las más arraigadas convenciones de la burguesía vasca.

El Palé se llamaba en realidad Gerardo Azurmendi Egaña y había nacido en un pueblo cercano a Gernika, aunque pronto el caserío familiar se le quedó pequeño y se vino a hacer fortuna a Bilbao. Quién sabe, quizás en otra vida y en otro momento hubiese sido un honesto contable o un eficiente director de una sucursal bancaria, pero el hecho de tener un cuerpo recio y fibroso, pese a no ser muy alto, y no detenerse ante nada hizo que consiguiera un puesto como escolta y guardaespaldas de uno de los empresarios más importantes del país. Lo lógico es que ahí se hubiese acabado su historia, y eso es lo que pensaba la mayor parte de la gente que le conocía, que solo veía en él un amasijo de músculos sin cerebro, pero se equivocaban. Gerardo Azurmendi no tenía estudios, pero poseía una inteligencia natural y una ambición tan grande que pronto empezó a situarse por su cuenta en el mundo de los negocios. Solo veía un problema en ese mundo, que por otra parte le apasionaba, y era que por lo general había que esperar varios años a que los beneficios empezaran a aflorar mientras las inversiones realizadas se consolidaban. Fue por eso, y no por ningún tipo de inclinación especial, que pronto su olfato le condujo hacia cierto tipo de negocios que quizás olían mal, pero que rendían bien y en un corto espacio de tiempo. Es cierto que traficar con drogas, mujeres, armas u objetos robados, o con todo ello a la vez, no es una buena tarjeta de presentación, pero la gente se olvida de eso cuando te conviertes en un soporte de la sociedad. Y es que con ese dinero del que todo el mundo conoce su procedencia aunque lo disimulen ostensiblemente, si insuflas fuertes cantidades de capital a negocios o empresas de las de toda la vida, no solo consigues blanquear tus ganancias e introducirte en el mundo de los negocios más convencional y respetable sino que, de paso, también te aseguras de que muchos prominentes ciudadanos te estén eternamente agradecidos ya que les has evitado la quiebra y, con eso, han logrado mantener su alto nivel de vida. Por eso era lógico que todo el mundo mirara para otro lado e incluso se hubiera convertido en socio de algunas de las más elitistas y tradicionales entidades del país.

A pesar de ello no todo había sido fácil en su camino. Convertirse en un prohombre conlleva sus servidumbres y una de ellas es la de tener que pelearse con

quienes hasta el momento controlaban los negocios. Pelearse o unirse a ellos. Es un misterio cómo lo consiguió, pero el caso es que Azurmendi se convirtió en la mano derecha del tío Alipio, un gitano que regentaba con mano férrea gran parte de las transacciones ilegales de todo tipo que se realizaban en el País Vasco. Y para consolidar su posición ingresó en el clan por vía matrimonial al casarse con una nieta del patriarca, una mujer joven y atípica dentro de su comunidad, ya que había estudiado Ciencias Empresariales en otro de los iconos de la burguesía nacional, la Universidad Comercial de Deusto. De ahí lo de su sobrenombre, el Palé, por ser payo y calé al mismo tiempo. Mucha gente comentaba que era su mujer, que pese a esa condición era la favorita de su abuelo, se ve que en todos los ámbitos van cambiando las costumbres, quien controlaba los negocios mientras que el Palé era quien daba la cara y, en las ocasiones en que se mostraba absolutamente necesario, quien facilitaba que nada ni nadie fuese un obstáculo a esos negocios. Era tan solo un rumor, pero quienes por nuestra profesión procurábamos seguir de cerca sus andanzas sabíamos que el rumor era cierto. Otra cosa muy diferente es que tuviéramos pruebas suficientes para detenerle y llevarle esposado ante un juez, eso no lo habíamos conseguido, al menos hasta el momento.

Un empleado del centro me llevó hasta el salón que había reservado el Palé para nuestra entrevista. En más de veinticinco años, desde la última vez que la Bilbaína me acogió en su seno, prácticamente no había cambiado casi nada. Por aquel entonces se celebraban, y según mis noticias aún se mantiene esa tradición, unas galas o bailes para jóvenes, una especie de sustitutivo de las antiguas puestas de largo, en las que los mozos nos poníamos traje y corbata, en muchos casos por primera vez en la vida, y las neskas^[5] lucían sus mejores galas, en la mayoría de las ocasiones compradas ex profeso para esa noche. Dicho así suena decimonónico, y seguramente lo es, por eso yo dejé de acudir, pero ahora lo recuerdo con nostalgia, pese a que al fallecer mi padre, que había sido socio toda su vida, al igual que mis abuelos y bisabuelos, yo opté por romper con esa tradición familiar.

La nostalgia no me impidió centrarme en el asunto que me había llevado hasta allí, aunque de haber sido así no habría tenido la menor importancia, ver al propio Palé me lo hubiese recordado, eso sin necesidad de mencionar los dos armarios roperos que le flanqueaban por ambos lados, ambos cortados por el mismo patrón. Trajes negros cruzados, gafas con cristales oscuros, el pelo (en uno de los casos castaño, en el otro moreno) cortado al cero, la mandíbula cuadrada y un bulto sospechoso bajo sus axilas izquierdas, lo que me indicaba que eran diestros, aunque no sabía si ese dato podía serme de utilidad o no, seguramente no. Solo les faltaba lucir un cartel luminoso en el que rezara la frase: «somos los guardaespaldas del Palé» o, más de acuerdo con la prestancia del lugar, «somos los escoltas de Don Gerardo». Y por si hubiera tenido la menor duda, el concienzudo cacheo al que me sometieron la habría disipado del todo. Lo curioso del caso es que más que en busca de armas, que ni se me hubiera ocurrido llevar en esa situación, parecían escudriñar,

más bien, la posible presencia de algún aparato de escucha, que tampoco, ni con la sangre repleta de ginebra, habría osado llevar en esas circunstancias. No sé si el Palé desconfiaba de mí o no, pero estaba claro que era un hombre exquisitamente precavido.

Antes de que ninguno de los presentes dijera nada, el empleado que me había conducido hasta el salón en el que me esperaba el Palé cogió una botella de vino tinto que reposaba en un armario y tras abrirla con delicadeza la decantó suavemente en un recipiente que tenía preparado al efecto. El Palé y yo no pudimos evitar seguir atentamente la operación, a diferencia de los guardaespaldas para los que aquello tenía tanto interés como un documental de la 2 sobre la reproducción de la almeja cebra. Por fin, cuando el empleado consideró que había llegado el momento, vertió parte del líquido que estaba en el decantador en una copa que acercó a mi anfitrión, que con un gesto declinó el ofrecimiento ordenándole que me sirviera a mí en primer lugar. Correspondí a ese honor haciendo todo lo que se espera de quien se encuentra en parecidas circunstancias, alcé la copa para observar el líquido al trasluz, la hice girar suavemente y por último olisqueé su contenido antes de echar un trago y poner en la cara una expresión que quería decir eso de «jamás he probado en la vida un vino tan bueno como este».

Lo curioso es que era verdad, el que acababa de beber era uno de los mejores tintos que había probado en los últimos años y así se lo hice saber al empleado, o quizás debiera llamarle *sommelier* que, satisfecho, volvió a llenar mi copia e hizo lo propio con la de don Gerardo, olvidándose de los guardaespaldas. No sé exactamente si porque cumplía órdenes estrictas de mi anfitrión o porque su olfato social así se lo indicaba. Afortunadamente estos no se lo tomaron a mal, porque en caso contrario no hubiera apostado ni un céntimo de euro por su supervivencia.

–No me negará que es uno de los mejores tintos que ha bebido en su vida, si no el mejor –me dijo ufano el Palé rellenando nuevamente las copas ya sin tanta parafernalia, aprovechando que el *sommelier* había salido del salón y, por tanto, no podía escandalizarse–. ¿No cree?

–La verdad es que tiene usted razón –no me quedó más remedio que reconocerlo y, viendo que la botella no estaba etiquetada, pregunté–: ¿De qué vino se trata? ¿Y de qué bodega?

–Aún no se ha comercializado, faltan unas cuantas semanas para ello, pero no fanfarroneo si le digo que causará sensación. Procede de una bodega de La Rioja que compré hace años y este es el primer vino que saldrá a la venta, un gran reserva que se comercializará bajo el nombre de «Marqués de Azurmendi».

–Desconocía que le hubieran otorgado un título nobiliario –intenté no sonar demasiado irónico, debido a quienes tenía enfrente, pero creo que no lo conseguí, aunque el Palé no se inmutó lo más mínimo al escucharme.

–De momento no, pero todo llegará –me contestó convencido de lo que decía–. De todos modos no me negará que suena bien. Marqués de Azurmendi es un nombre

fuerte, potente. Si hay Marqués de Cáceres, o Marqués de Riscal o de Arienzo, ¿por qué no puede haber un Marqués de Azurmendi? Incluso suena mucho mejor que todos ellos, mucho más comercial, desde luego, aunque en este caso el dinero es lo que menos importa, lo que de verdad vale es la obra bien hecha, la satisfacción de elaborar un vino como no hay otro igual en todo el Estado. Me gusta hacer las cosas bien, ¿sabe?, con profesionalidad y eficacia, sin dejar ningún cabo suelto. Ese ha sido el secreto de mi éxito. Para mí es lo mismo elaborar vino que construir casas u organizar giras turísticas por el Mediterráneo. Si se hacen las cosas con eficacia y profesionalidad, y sin dejar que ningún obstáculo se interponga en tu camino, el éxito está asegurado.

Sus últimas palabras sonaban a amenaza, por eso en lugar de contestarle me limité a repetir que era un vino excelente y que cuando se comercializara seguramente unas cuantas botellas pasarían a engrosar mi bodega. Dije esto último por decir algo, me gusta el vino, como a la mayoría de mis paisanos, pero nunca he sido coleccionista de añadas especiales, ni de no especiales.

–Hace unos meses hubiera afirmado que no tenía usted dinero para pagarlas, pero después de haber sido favorecido como heredero único por mi buen amigo Arturo Apodaka, que en paz descansa, supongo que sí, que estarán a su alcance. Pero no se preocupe por el precio, será un auténtico placer para mí regalarle unas cuantas botellas. Le enviaría un par de cajas, pero no va a ser posible, uno de los secretos de este vino consiste, precisamente, en que se van a elaborar muy pocas botellas. Va a ser un auténtico lujo, puedo decirle sin pecar de exagerado que el «Marqués de Azurmendi» va a estar al alcance tan solo de una minoría de privilegiados. Pero aunque me encanta hablar de vinos creo que no es esa la razón de su visita, señor Goikoetxea, así que le pediría que me explicara el motivo por el que solicitó una entrevista conmigo, y por medios muy poco usuales, por decirlo de un modo moderado.

–Creo que lo sabe usted perfectamente, señor Azurmendi. Sé que es un hombre muy bien informado, sus alusiones a la herencia del difunto Arturo Apodaka, del que desconocía que fuera amigo suyo, así me lo demuestra, y por si fuera poco, me imagino que Koldo Sagasti, el hombre que dirige en su nombre el bar Seattle, en el Casco Viejo, le habrá venido con el cuento.

–Me temo que no conozco a ningún Koldo Sagasti. ¿Vosotros conocéis a alguien que se llame así, muchachos? –los dos guardaespaldas respondieron negativamente sin mover los labios, tan solo con un simple cabeceo–, ¿lo ve, señor Goikoetxea? No hay ningún Koldo Sagasti, jamás ha habido un Koldo Sagasti, así que no ha podido decirme nada, *rien de rien*, como dicen nuestros vecinos del norte. Como puede ver, señor Goikoetxea, ser rico es muy útil. Hasta se aprende francés, aunque a mí el francés que más me interesa no es precisamente el idioma –se rio de su propio chiste, pero me sentí incapaz de sumarme a su alegría. Lo que acababa de decir me confirmaba que mis presagios sobre el amigo barman de Agurtzane se habían

cumplido o estaban a punto de cumplirse, y aunque en cierto modo él se lo había buscado, no me hacía nada feliz saber que en parte su final había sido propiciado por mi intervención.

Sabía que me la estaba jugando, pero creía saber que si el Palé hubiese querido liquidarme no me habría citado en ese salón tan elegante. Eso no significaba que posteriormente no lo fuese a hacer, quién sabe, quizás no me quedaba tiempo ni de llegar hasta la cercana calle Villarías, apenas dos minutos andando, aunque de momento intuía que estaba a salvo. El que la intuición, en el pasado, me hubiese metido en más de un problema no se me pasó en esos momentos por la cabeza.

—¿Qué le parece si iniciamos esta conversación de nuevo, más tranquilamente, y sin la presencia de sus perros de presa?

Los así aludidos no se inmutaron, ni siquiera pestañearon un poquito. Debían estar bien entrenados y enseñados o seguramente pensaban que estaban muy por encima de mí y que nada que yo les dijera podría ofenderles. El Palé me miró intensamente durante unos segundos, luego clavó sus ojos en sus guardaespaldas, que aguantaron impávidamente su mirada, y finalmente dijo que de acuerdo mientras con un simple chasqueo de sus dedos conseguía que los dos gorilas abandonaran dócilmente el salón.

—Ya estamos solos, como usted quería —me dijo—. ¿Sabe por qué lo he hecho?

—Supongo que no les considerará necesarios en estos momentos —respondí.

—Respuesta acertada —sonrió mientras me hablaba y tras llenar nuevamente los vasos con el aún no comercializado «Marqués de Azurmendi» reiteró su comentario—. Sí, señor, respuesta acertada, muy acertada. No considero necesaria la presencia de mis guardaespaldas en este santuario —recorrió con la vista el salón en el que nos encontrábamos, pero yo sabía que se refería a la Bilbaína en general—. ¿Sabe?, si a mi abuelo, incluso a mi padre, les hubiesen dicho que algún día su hijo y nieto iba a estar aquí sentado, jamás se lo habrían creído y, de obligarles a creérselo, se habrían muerto del susto, para ellos algo así habría resultado impensable. Aunque seguramente, para qué voy a negarlo, jamás habrían aprobado los métodos que he tenido que usar para llegar hasta aquí. Usted tampoco los aprueba, ¿verdad?

Le miré fijamente a los ojos. En realidad no estaba mirando al Palé, sino a Gerardo Azurmendi, el joven que había salido de la nada y había forjado un imperio. No estaba delante de ningún imbécil, por eso comprendí que no tenía el menor sentido mentirle para intentar congraciarme con él. No estaba seguro de si lo que me había hecho era una simple pregunta retórica o deseaba que le contestara, pero opté por esto último.

—No, no lo apruebo —dije finalmente.

—Me lo imaginaba o mejor dicho, no me lo imaginaba, lo sabía. Como le será fácil comprender, antes de acceder a tener una entrevista con usted me he informado sobre su persona. Como le he dicho anteriormente conocía a su padrino, supongo que se le puede dar ese título, Arturo Apodaka. No éramos íntimos, pero en más de una

ocasión coincidimos, ya sabe, asuntos comerciales. No tiene nada de extraño, estamos hablando de uno de los más reconocidos notarios de Bilbao y, modestia aparte, de uno de los hombres de negocios más importantes de la villa, así que es lógico que antes o después nos encontráramos, y tengo que decirle que siempre me habló muy bien de usted, con cariño y afecto incluso. Son tan buenas las referencias que me dio, así como las que he recopilado por mis propios medios, que hasta me atrevería a pedirle que trabajara para mí. Tendría una excelente remuneración, como jamás ha soñado, y el trabajo no sería excesivamente pesado ni le llevaría mucho tiempo.

No había en sus palabras ni en sus gestos el menor asomo de ironía, me estaba haciendo la propuesta en serio aunque debía de saber que nunca la iba a aceptar y así se lo dije.

–Lo lamento, aunque me esperaba una respuesta parecida –meneó con tristeza su cabeza, como si estuviese reprendiendo a un hijo díscolo al que, sin embargo, se le tenía cariño–. Ya me avisó en su momento Apodaka de que seguramente respondería de esa manera. En fin, qué le vamos a hacer, en la vida no siempre se puede obtener todo lo que uno quiere, aunque a poco que me conozca sabe que por lo general casi siempre consigo lo que deseo. Y de alguna manera ya lo he conseguido porque usted ha trabajado para mí en más de una ocasión.

Ahora fue mi turno de mostrar sorpresa. Yo jamás había trabajado para él, y así se lo hice saber, aunque por otra parte me costaba creer que me hubiese mentido de una manera tan burda.

–En eso se equivoca –se sonrió el Palé mientras contestaba a lo que yo acababa de decirle–. Como ya me había dicho su amigo Apodaka, es usted un hombre honrado, honrado e inteligente, pero a veces los prejuicios no nos dejan ver más allá de nuestras narices, y usted, en lo que a mí respecta, está lleno de prejuicios. Para usted, señor Goikoetxea, soy tan solo el Palé, un baserritarra^[6] de Gernika que por medios inconfesables ha conseguido controlar gran parte de los negocios que se mueven en Euskadi fuera de la ley. Y tiene razón, lo reconozco, pero no solo soy eso. No tiene más que mirar a su alrededor, ¿cree que si solo fuera eso podría haberle recibido en este salón? No, amigo mío, no. Aquí soy don Gerardo Azurmendi, un empresario de éxito, uno de esos hombres que las escuelas de negocios ponen como ejemplo de emprendedores de raza que han enriquecido y engrandecido su país. Y es que no solo me dedico a lo que usted sabe sino que tengo también muchos negocios legales. ¿Le suenan los Grandes Almacenes GAE? Lo de GAE es por las iniciales de mi nombre completo, Gerardo Azurmendi Egaña. Pues bien, son de mi propiedad y usted ha trabajado en varias ocasiones para ellos.

El Palé estaba en lo cierto. Los Grandes Almacenes GAE, aunque tenían poco tiempo de existencia, habían consolidado rápidamente su situación en el sector de la distribución, conquistando una posición preferente en el mismo. Incluso se insinuaba que próximamente saldría a la bolsa y ya había cierto nerviosismo entre los inversores, que aspiraban a zamparse un trozo de lo que parecía ser una tarta muy

apetitosa. Y también tenía razón cuando decía que yo había trabajado para ellos, un par de casos de bajas simuladas, algo poco brillante pero que es el pan nuestro de cada día, junto a las separaciones y divorcios, de la profesión de detective.

–Supongo que tiene razón –admití–, pero me limité a hacer un trabajo legal para una empresa legal. No tengo nada que reprocharme –odiaba ponerme a la defensiva, pero eso mismo era lo que parecía que estaba haciendo.

–Y nadie en su sano juicio se lo reprocharía –volvió a sonreír Azurmendi. Por un extraño motivo, alojado en lo más profundo de mi subconsciente, mi anfitrión estaba dejando de ser el Palé para pasar a ser el señor Azurmendi–. Por si le sirve de consuelo, le diré que «Grandes Almacenes GAE», así como algunas empresas más de mi propiedad, han tenido el apoyo y diversas subvenciones del Gobierno Vasco y de la Diputación Foral de Bizkaia, e incluso de la Unión Europea, así que si eso le deja más tranquilo puede considerar que el dinero que le he pagado no proviene de actividad delictiva alguna sino de irreprochables instituciones públicas.

No sabía si esto último lo había dicho en un sentido irónico, pero estaba claro que aunque no tuviera estudios el Palé sabía expresarse y disfrutaba haciéndolo.

–Como usted seguramente conoce a fondo, posiblemente mucho mejor que gran parte de la gente que me ronda para ver si pilla algo, empecé a ascender cuando me casé con la nieta de uno de los últimos grandes patriarcas gitanos, pese a ser un «payo». Una vez admitido en el clan pasé a ser el sucesor natural del patriarca, ya que la mayoría de sus hijos o nietos o estaban incapacitados para el manejo de los negocios en el mejor de los casos o, en el peor, habían sucumbido a los efectos de la droga o de una navaja diestramente utilizada por enemigos furiosos y vengativos. Supongo que nací con un talento natural para estas cosas, ya que muy pronto dejé de tener oposición y empecé a ser respetado no solo por el clan sino por todos aquellos que formaban parte del mundo en el que me movía. Pero no salí del caserío, pese a lo que usted pueda suponer, para convertirme en el «capo» vasco de la droga. De hecho, aunque aún sigo teniendo intereses en ese sector, la pasta es la pasta, ya se sabe, he ido diversificando mis negocios y en la actualidad facturo más a través de mis empresas legales que de las ilegales. Supongo que le estoy aburriendo –volvió a sonreírse–, pero es el precio que tiene usted que pagar, aguantar mi discurso, si desea obtener mi colaboración.

»Como le iba diciendo –prosiguió su relato–, en estos momentos me producen más beneficios los negocios legales que los ilegales. Quizás le suene extraño, pero tiene su lógica. He sido un hombre ambicioso, y no me he detenido ante nada para conseguir lo que quería, pero lo mismo que hay que saber llegar hay que saber retirarse a tiempo, para conservar lo obtenido. Suena paradójico, ¿verdad?, pero no lo es. Tengo dos hijos, quizás no lo sepa, una chica de veinte años y un chaval de diecisiete. Se me parecen mucho, aunque con la ventaja de que ambos tienen una educación esmerada, la educación que yo jamás tuve, y también se diferencian de mí en que nunca han cruzado la línea, no sé si me entiende, jamás han robado ni siquiera

un caramelo en la tienda de chuches, y quiero que las cosas sigan siendo así, por eso están estudiando en los Estados Unidos, en dos de los colegios más prestigiosos de la Costa Este. Cuando vuelvan no dirigirán una red de narcotraficantes sino una bodega de alto *standing*, una constructora, unos grandes almacenes, una fábrica de rodamientos, una empresa de servicios informáticos, una cadena de restaurantes e incluso una productora audiovisual, entre otros muchos negocios, todos ellos legales. Supongo que es el deseo de respetabilidad que todos los delincuentes, o al menos algunos de ellos, los que tienen algo en la cabeza, desean. Y en mi caso más aún, mis padres y mis abuelos eran gente decente y mis hijos también lo serán, yo tan solo he sido una excepción en la cadena familiar de los Azurmendi, la excepción que, por así decirlo, nos ha permitido dar el salto, dentro de la cadena evolutiva, desde el esforzado y esclavo trabajo del caserío y la miseria a la dirección de empresas multinacionales y la riqueza.

Como si hablar tanto y tan seguido le diera sed rellenó de nuevo los vasos con el vino que aún quedaba en la botella del «Marqués de Azurmendi». No estaba muy seguro de a dónde quería llegar el Palé, o quizás debiera decir el señor Azurmendi, con esa perorata, pero de alguna manera me sentía obligado a escucharle sin osar interrumpirle. Me veía como el conejo de los dibujos animados, que no podía dejar de mirar fascinado los ojos de la víbora que le estaba hipnotizando, pese a ser consciente de que iba a ser engullido por ella y no podía hacer nada por evitarlo.

—Supongo que usted habrá oído hablar —retomó el uso de la palabra tras dar un pequeño sorbo a su vaso— de esa estrella de los programas rosas de la televisión que suele decir «yo por mi hija mato». Es solo una expresión, un desahogo, eso supongo, al menos, ya que no estoy dentro de la mente de esa buena señora. Pues bien, yo sí que he matado por mis hijos, y volvería a hacerlo si surgiera la ocasión. Pero de momento lo que voy a hacer es exactamente lo contrario.

—¿Dejar de matar? —en esta ocasión no pude reprimir el deseo de interrumpirle.

—Bueno, podría decirse de ese modo, en un sentido metafórico, por supuesto, ya que como usted comprenderá jamás me he ensuciado las manos haciendo ese tipo de trabajo —no había el menor asomo de ironía en su expresión cuando utilizó la palabra «trabajo» para referirse al acto de matar— en persona. Lo que quiero decir es que voy a retirarme de todos aquellos negocios que no sean estrictamente legales. ¿Sorpresa?, pues no debería estarlo si ha escuchado bien todo lo que le he estado diciendo.

»Mire, de aquí a poco tiempo, como ya le he dicho, voy a dejar de participar en cualquier negocio de los que pueden considerarse fuera de la ley o socialmente reprochable. Lo haré poco a poco, lógicamente, no se trata de que alguien pueda pensar equivocadamente que me he reblandecido y me pierda el respeto, pero antes o después me convertiré en un ciudadano irreprochable, como suele decirse, en un auténtico pilar de la sociedad. No lo hago solo por mis hijos sino por mí mismo, hay que saber retirarse a tiempo de ciertas cosas antes de que te retiren terceras, y

normalmente no muy bien intencionadas, personas. La clave está en planificar bien los movimientos y en no dejar ningún cabo suelto. Los míos, por supuesto, están muy bien planificados, incluso muchos de ellos no solo los tengo *in mente* sino escritos en un papel o, mejor dicho, en algún archivo de ordenador. Por de pronto los pocos parientes de mi mujer que aún quedan vivos y no han sucumbido a la heroína u otros placeres igual de dañinos ya no se encuentran en Euskadi. Les convencí de que en Madrid y Barcelona iban a poder desarrollar mejor sus cualidades para los negocios y vivir más tranquilos. Así que por ese lado no tengo ningún problema.

»En la parte más positiva, por decirlo de algún modo, las cosas también marchan viento en popa. Como usted ha podido observar soy miembro de un club tan selecto como la Sociedad Bilbaína, mis empresas legales se van consolidando y quizás dentro de un par de años o tres entre como vocal en la Junta Directiva de Confebask^[7]. No es algo estrictamente necesario, por supuesto, pero siempre queda bien, ¿no cree?, proporciona cierto caché. Además tengo previsto crear una fundación de apoyo a la cultura vasca lo que, además de otorgarme una pátina de prestigio y respetabilidad, me servirá para pagar menos impuestos. Como ve lo tengo todo previsto, lo único que me queda es ir cerrando los cabos sueltos. Los de mi familia política, por calificarlos de algún modo, ya están solventados, como le he dicho, pero aún me quedan algunos que quiero resolver para allanarme totalmente el camino. Y usted es uno de ellos.

Calló durante unos instantes, como si quisiera observar con más detenimiento mi actitud, o quizás esperaba que le interrumpiera sorprendido o interesado, pero me limité a mirarle fijamente a la espera de que reanudara su cháchara, lo que hizo a los pocos segundos, un tanto decepcionado por mi aparente desinterés.

–Sí, usted es uno de esos cabos sueltos, un detective, un expolicía, que conoce mis antiguas andanzas. Nunca ha podido demostrarlas, o al menos conseguir pruebas suficientes como para llevarme a un juzgado, pero la prueba de que me conoce es que está aquí, charlando conmigo. No es el único, por supuesto, más de un policía, incluso más de un juez y periodista saben acerca de mí tanto como usted, o incluso más, pero a la mayoría de ellos los tengo en nómina, así que no me preocupan. Usted, en cambio, es diferente, a usted no lo tengo en nómina y me temo que no lo voy a tener en un futuro. ¿Me equivoco?

–No, no se equivoca –intenté que mi respuesta pareciera firme, incluso enfadada, pero creo que no lo conseguí del todo.

–Sí, me lo imaginaba, sin embargo todos tenemos un precio, solo hay que averiguarlo. ¿Cuál es el suyo, señor Goikoetxea?

–Me temo que está pinchando en hueso. Sé que parece muy pretencioso, pero no tengo precio, no estoy en venta.

–En eso se equivoca, señor Goikoetxea. Ya le he dicho que todos tenemos un precio, solo hay que averiguarlo, y creo que sé cuál es el suyo.

–¿Ah, sí? –intenté sonar escéptico sin lograrlo del todo.

–Pues sí, sé cuál es su precio. Información. Información y seguridad. Seguridad

no para usted, sino para su clienta, ¿o debería decir amiga?, Agurtzane Iturmendi. Por cierto, su tío Germán, bueno, dejémonos de tonterías, su padre, es uno de los jueces que tengo en nómina. Bien, pues puedo asegurarle que no tuve nada que ver con la agresión que sufrió. Es cierto que el responsable fue uno de mis hombres, o mejor dicho, no uno de mis hombres sino un tipo que está a mi servicio, en realidad un tipejo sin cerebro en el que nunca debí haber confiado, pero puedo asegurarle que ha sido castigado convenientemente. Y puedo confirmarle también de que he dado las órdenes pertinentes para que su clienta no sea molestada bajo ninguna circunstancia e incluso, en la medida de nuestras posibilidades, protegerla.

Me revolví incómodo en mi asiento, no sabía qué actitud tenía que tomar en esos momentos así que, para salir del paso, acabé de un trago el vino que aún permanecía en mi copa y sin preocuparme de dónde estaba, cometí el sacrilegio de limpiarme los labios con el dorso de mi mano derecha, bajo la mirada desaprobadora —se veía que se encontraba a gusto en su nuevo papel de respetable prócer de la burguesía vizcaína— de Gerardo Azurmendi.

—Eso por lo que respecta a la seguridad. Pero hay algo aún más importante si cabe, la información. ¿Qué precio está dispuesto a pagar, señor Goikoetxea, por algo tan valioso como la información que puedo proporcionarle? ¿Olvidarse de mí, tal vez?

Parecía una oferta razonable, al fin y al cabo yo no era ningún cruzado cuyo único objetivo en la vida fuera empapelar al Palé por sus actos delictivos. Es cierto que me hubiese encantado hacerlo cuando era un *ertzaina* en ejercicio e incluso que en el momento actual no lo hubiese desdeñado. Pero si cuando tenía detrás de mí a toda la policía vasca fue algo imposible, empeñarse en ello en estos momentos no parecía lo más sensato. Además, si dentro de poco iba a dejar de ser una pieza codiciada... ¡joder!, no sabía qué era peor, si aceptar la propuesta de Azurmendi o empezar a creer lo que me estaba diciendo.

—Me temo que hasta que no palpe la mercancía no sabré cuánto puede llegar a valer —le dije finalmente, y con esas palabras estaba admitiendo, de algún modo, que iba a «haber trato».

—Es usted un hombre prudente, además de listo —se sonrió nuevamente Gerardo Azurmendi—. No importa, estoy seguro de que cumplirá su parte del trato —estuve tentado de interrumpirle para decirle que de momento no había ningún trato, pero un sexto sentido, o quizás tan solo el sentido común, me impelió a callar— por eso estoy dispuesto a decirle todo lo que sé sobre el tema que le tiene ocupado y preocupado.

»En primer lugar, la muerte de Erika Pereda. No tenemos nada que ver con eso, ni siquiera distribuimos la droga que consumió el día de su muerte y a consecuencia de la cual, según parece, falleció. Se lo puedo decir con total seguridad. La distribución de diversas drogas ilegales, como usted bien sabe aunque nunca haya podido demostrarlo fehacientemente, ha sido una de mis principales fuentes de ingreso hasta ahora, no lo niego, pero es también la primera que quiero abandonar, aunque claro,

eso no es posible hacerlo de la noche a la mañana. Entre otras cosas porque no quiero que nadie se llame a engaño y piense que se debe a una situación de debilidad. Como ya le he dicho al abandonar los negocios ilegales no me mueve el altruismo, al menos no por completo, sino la certeza de que todo se acaba y cuando uno quiere iniciar una nueva etapa a veces es imprescindible cortar amarras con la anterior. Además, voy a serle totalmente sincero, con mi salida del negocio no se va a arreglar nada. Admito que el consumo de drogas, del que me he enriquecido, es una práctica nefasta para la sociedad, pero nunca desaparecerá, no seamos ingenuos. Cuando me retire del negocio otros querrán ocupar mi lugar, ya lo sabe, la naturaleza le tiene horror al vacío. Incluso no debiera alegrarse prematuramente por mi retirada, ahora yo controlo el cotarro y podría decirse que ese control ha sido beneficioso, pero cuando desaparezca de escena muchos pececillos querrán alzarse con el título de gran tiburón, con lo que eso puede suponer. Creo que no hace falta que sea más explícito, usted me entiende perfectamente.

Asentí con un simple meneo de cabeza. En el fondo sabía que tenía razón y que efectivamente su marcha, si Azurmendi me estaba contando la verdad y todo parecía indicar que era sincero, en lugar de mejorar la situación la empeoraría, al menos en un primer momento.

–De todos modos creo que me he desviado del tema –prosiguió–, le estaba diciendo que mi organización no tiene nada que ver con la muerte de Erika. Ni con el resto de muertes ocurridas en los últimos tiempos a consecuencia de sobredosis.

–¿Qué es lo que sabe usted sobre esas muertes? –no pude evitar interrumpirle.

–Nada, salvo que se han producido y que no tengo nada que ver con ellas. Como ya le he dicho quiero abandonar progresivamente ese sector de mis negocios, pero eso, creo que también se lo he dicho, no puede hacerse de golpe, así que procuro estar al tanto de lo que se cuece, para evitar sorpresas desagradables, y puedo decirle con total seguridad que en los últimos tiempos no se ha movido en Euskadi ninguna partida de heroína como la que ha producido esas muertes.

–Eso es imposible –intenté rebatirle–, alguien ha tenido que traerla y distribuirla, si no por los canales habituales sí por otros alternativos, pero antes o después tienen que dejar algún rastro.

–Eso es precisamente lo que me preocupa –por primera vez el rostro del Palé mostraba un aspecto sombrío–, que hay alguien en mi territorio al que no tengo controlado. Y eso no es bueno para los negocios, no señor, ni siquiera aunque tenga pensado abandonarlos. Como suelen decir los políticos y los economistas, quiero que la sucesión sea ordenada, con los menores sobresaltos posibles. Hasta ahora las muertes por sobredosis no han sido excesivas, si usted y yo las hemos visto ha sido porque, de alguna manera y cada uno por su propio interés, las estábamos buscando, pero no me gustaría que de repente la Ertzaintza empezara a husmear y meter sus narices donde no les importa. Bueno, sí que les importa –volvió a sonreír–, es su trabajo, pero creo que me entiende.

»Esta es mi oferta. Usted se olvida de mí, o al menos, como se dice ahora, pasa ampliamente de mi persona, y yo le tendré al tanto de todo lo que mis hombres averigüen. Y créame, cuando es necesario pueden ser mucho más efectivos que la propia policía.

¿Qué debía hacer? ¿Asentir con entusiasmo, estrecharle la mano para sellar el pacto? ¿Rechazar indignado su oferta, haciéndome el ofendido? Por una parte su ayuda podría venirme muy bien y por otra..., no es que estuviera acojonado, que sí que lo estaba aunque en muchas ocasiones he sido lo suficientemente estúpido como para no hacer caso a mis más íntimos temores, sino que sabía que Azurmendi tenía los cuatro reyes y era mano, si me envidaba a la mayor yo no podía ser tan idiota como para echarle un órdago, en cualquier momento podía acabar conmigo y con la gente que más quería sin que pudiera hacer nada por evitarlo y sin que él tuviese que arrostrar las consecuencias de sus actos; definitivamente el Palé tenía la sartén por el mango y quién sabe, quizás fuera lo mejor, que la tuviera él y no cualquier recién llegado a este juego tan absurdo en el que unos mueren para que otros se enriquezcan, así que asentí en silencio mientras comprendía que, pese a lo que había estado repitiendo durante toda la conversación, había resultado ser un simple muñeco de arcilla moldeable en sus manos.

Lo primero que observé cuando volví al hospital a visitar a Agurtzane, el día siguiente a mi entrevista con el Palé, fue que su anciana y combativa compañera de habitación ya no estaba. La noche anterior había fallecido víctima de un cáncer de huesos que pese a ser extremadamente doloroso no había conseguido apagar su espíritu.

–Hasta el último momento intentó animarme –me contó Agurtzane entre sollozos–, diciéndome que por mucho cabrón que haya suelto por la vida esta merece la pena ser vivida.

–Y tenía razón, mucha razón –le dije–, pero en este momento no debes pensar en esas cosas, lo que tienes que hacer es tranquilizarte y recuperarte lo antes posible.

En realidad, salvo por las lágrimas que derramó cuando me habló de su vieja camarada de infortunio y que le afeaban el rostro, su aspecto había mejorado ostensiblemente. Apenas le quedaban marcas visibles de las heridas producidas por la paliza y daba la impresión de que en muy poco tiempo, quizás al día siguiente como confiaba ella, le darían el alta.

–Gracias, la verdad es que me encuentro bastante bien –se limpió la cara mientras hablaba, con el mismo tono con el que se dicen las palabras de cortesía y luego me miró fijamente, como si quisiera escudriñar en mi interior, antes de preguntarme si había averiguado quién le había hecho eso.

–Sí, lo hice –asentí. Supongo que debía haber dicho algo más, en realidad lo que me estaba pidiendo era un nombre, pero no me apetecía entrar en el juego de acusar a un amigo de ella y recibir como respuesta un «no es posible, estás equivocado, terriblemente equivocado». Eso me hacía entrar en otro juego igual de absurdo o quizás más, el de «sé quién lo hizo, pero no te lo digo hasta que tú me lo preguntes y aún así da igual porque no te lo vas a creer, o sea que es casi mejor seguir callado».

–¿Quién lo hizo? –lo que anteriormente había sido una pregunta velada se transformó en explícita. En el fondo de mi ser sentía que debía contestarla, pero en la superficie tenía miedo a que eso fuera el inicio de un nuevo enfrentamiento entre ambos, así que intenté quitarle importancia.

–¿Qué más da? Lo importante es que es un tema ya zanjado y no te va a molestar más, además seguramente... –me interrumpí porque comprendí que no iba por mal camino.

–Sigue, ¿qué ibas a decir? ¿Qué no te iba a creer? ¿Por qué? ¿Porque quien me lo hizo fue mi amigo Koldo, Koldo Sagasti?

Extendí los brazos como si fuesen a crucificarme como forma de confirmar lo que Agurtzane acababa de decir.

–Lo siento –intenté ser lo más apaciguador posible–, sé lo que duele que alguien que quieres te dé la espalda.

–No importa, supongo que desde el primer momento intuí que podías estar en lo

cierto, que tus sospechas no eran del todo descabelladas, aunque me negaba a admitirlo. ¡Qué hijo de puta y qué cabrón!, cómo me tenía engañada. ¿Tú crees que tuvo algo que ver en la muerte de Erika?

–No lo sé, pero me inclino a pensar que no –le contesté, antes de mostrar mi extrañeza porque hubiese cambiado tan radicalmente de opinión–. ¿Sabes, acaso, algo que yo desconozca?

–No, bueno, no del todo –se revolvió inquieta en la cama–, la verdad es que era él quien nos suministraba de vez en cuando el material para hacernos un porro, pero nada más, aunque en realidad hace tiempo que no estoy segura de nada, quizás la paliza me haya afectado mucho más de lo que pensaba, estoy confusa, muy confusa, ya no sé a qué atenerme pero, por otra parte, me negaba a aceptarlo, todavía me niego a aceptar que Koldo haya querido hacerme daño. ¡Joder, es que es la hostia, si incluso me he acostado con él en más de una ocasión! De todos modos, aunque ya no estoy segura de nada, me sigue costando admitir que tenga algo que ver con lo de Erika. Por favor, dime que no tiene nada que ver, dímelo.

–No lo sé, creo que no, pero yo tampoco estoy seguro de nada, en eso estamos empatados, ya lo ves. Por lo que he podido averiguar tu amigo no era más que un peón en un tablero de ajedrez que se le hizo muy grande, lo que no sé es si cambió de color o no, pero en estos momentos eso no tiene la menor importancia porque me da la impresión de que ya no va a poder contarle nada a nadie. En el mundo en el que se movía tu amigo los errores se pagan y se pagan muy caro, además.

–¿Por qué hablas de él en pasado? ¿Y de ese modo? –la mirada de Agurtzane mostraba la angustia que anidaba en su interior. Quizás Koldo Sagasti la había traicionado de un modo imperdonable, pero seguía siendo su amigo, su antiguo amante–. ¿Me estás ocultando algo?

–La verdad es que no lo puedo asegurar, este está siendo el caso de las suposiciones, no de las certezas, tan solo tengo la impresión de que alguien se ha ocupado, o quizás se esté ocupando en estos momentos, de que mantenga la boca cerrada para siempre. Lo siento, así es la cara oculta de la Luna, ojalá nunca te hubieses acercado a ella, pero las cosas son como son, no como nos gustaría que fuesen.

Oír estas palabras y echarse a llorar fue todo uno. Quizás necesitaba desahogarse porque las lágrimas fluyeron por su cara con más fuerza que un huracán en Nueva Orleans, mientras repetía incesantemente que era culpa suya, que todo era culpa suya.

–No digas tonterías –inconscientemente alcé en exceso el tono de mi voz, lo que en cierto modo tuvo efectos terapéuticos, ya que Agurtzane dejó de llorar–, Koldo se había metido en un mundo que le sobrepasaba, si no hubiera sido por este tema seguramente no habría tardado en meter la pata por otra cuestión. Es lo que les pasa a quienes juegan con fuego sin ponerse el traje de amianto, que se queman.

–¿Sabes quién, quién...? –no se atrevió, o no acertó, a acabar la pregunta.

–Si te refieres a quién se ha ocupado de Koldo, sí, creo que lo sé, pero de

momento no tengo manera de demostrarlo. Ni tampoco muchas ganas, si quieres que te sea sincero, no es que me alegre que se den dentelladas entre tiburones, pero no me apetece arriesgar la piel por alguien que creo que se lo ha buscado, y siento ser tan crudo, pero eso es lo que pienso.

En contra de lo que yo esperaba Agurtzane no se indignó al escuchar mis palabras, sino que asintió en silencio, mientras sorbía las últimas lágrimas que habían rodado por sus mejillas, limitándose a preguntarme si pensaba que quienes se habían «ocupado» (repetir esta palabra le costó su tiempo y estuvo a punto de hundirse de nuevo) de Koldo tenían algo que ver con la muerte de Erika.

–No, creo que no –respondí tras pensármelo un rato, porque ni yo mismo sabía aún la respuesta y necesitaba procesar mentalmente todos los datos que había reunido hasta el momento–. Y eso es lo raro, alguien tuvo que proporcionarle la droga que la mató. Y si no fueron ni Koldo ni quienes le suministraban a él, otra persona tuvo que hacerlo. ¿Se te ocurre alguna idea?

–Ya sabes que no, te lo hubiera dicho desde el primer día. Bueno, quizás no –rectificó–, lo admito, pero habría acabado por decírtelo, de eso puedes estar seguro.

–Lo sé, lo sé –intenté tranquilizarla–, ya te he dicho antes que no tienes nada que reprocharte. Ahora lo que tienes que hacer es descansar y recuperarte.

–Ya estoy más que recuperada –protestó–, así que en cuanto pueda pediré que me den el alta, me pone de los nervios estar aquí tumbada, sin hacer nada ni participar en la investigación. Y por cierto, ya que hablamos de este tema, ¿cuáles van a ser tus próximos pasos?

–No lo sé, en estos momentos aún no sé qué camino seguir. El problema es que nos encontramos dentro de un círculo vicioso, como en un callejón sin salida. Tiene que haber una fisura, del tipo que sea, en la vida de Erika, pero no he conseguido encontrarla, así que quizás debería olvidarme por el momento de la hipótesis de que murió asesinada, y la droga fue tan solo un instrumento, para ceñirme al hecho de que ha habido más muertes por ese motivo y ver si existe algún nexo de unión entre ellas. Alguien ha estado introduciendo en Euskadi una partida, no muy grande al parecer, de un material tan puro que ha causado varias muertes, no sé si porque ese era el objetivo buscado o por un error de cálculo, en cuyo caso esas muertes, incluso la de Erika, podrían considerarse accidentales, no digo que inocentes, pero sí accidentales.

–¿De verdad lo crees así, pese a lo sospechosas de las circunstancias de su muerte?

–No me olvido de ellas, pero si se cierra una puerta hay que intentar abrir otra, aunque no sepamos de antemano si nos va a conducir a la misma estancia o a otra diferente. El problema es que si exploro esa otra vía antes o después tendré que sincerarme con mis antiguos compañeros de la Ertzaintza.

–Me temo que será más pronto que tarde –me dijo en tono compungido Agurtzane, como si se le hubiera olvidado darme un recado poco agradable–. No me he acordado hasta ahora, pero esta misma mañana han pasado por aquí dos *ertzainas*

que estaban muy interesados en hablar contigo. Creo que te conocen, al menos el que llevaba la voz cantante, porque me han pedido que si te veía o hablaba contigo te repitiera esto textualmente: «dile a ese gilipollas que si sigue con el móvil cerrado o sin batería la próxima vez que él me llame para pedirme un favor será el mío el que esté desconectado». Bueno, no sé si te ha llamado gilipollas o imbécil, aunque en algún momento de la conversación ha utilizado ambas palabras y alguna más de ese cariz e incluso más fuertes.

—¿Te ha dicho que quería de mí? —le pregunté mientras sacaba el móvil de mi bolsillo y constataba que, efectivamente, no lo había encendido durante todo el día. Las llamadas perdidas se habían ido acumulando y seguramente Eneko Goirizelaia, porque de él se trataba, tendría un cabreo considerable. Era un buen tipo, pero la paciencia no se encontraba entre sus virtudes.

—No, solo que quería verte ayer mejor que hoy. Lo siento, tendría que habértelo dicho antes.

Iba a responderle que no tenía importancia cuando me cegó el *flash* de una cámara de fotos. Debía tener la guardia baja porque no me había percatado de la presencia del fotógrafo de guardia de Agurtzane, el impresentable e inefable de Carlos-Karlos.

—¿Se puede saber qué cojones haces? —no pude evitar gritar, mientras me acercaba hacia él. Afortunadamente me contuve a tiempo, en parte porque así me lo pidió Agurtzane y en parte porque no era cuestión de organizar un numerito en pleno hospital.

—Una fotografía, ¿o es que no lo ves? —me contestó irónico el tiparraco—. Por si lo has olvidado, te recuerdo que soy el fotógrafo oficial del equipo.

—En este equipo, como tú dices —intenté contenerme lo más posible—, no tenemos fotógrafo oficial, así que ya puedes ir borrando la instantánea que acabas de hacer.

De nuevo fue Agurtzane la que me pidió que me calmara.

—No es cosa de Carlos —por lo menos no le duplicó el nombre—, ha venido varias veces a verme y le he dicho que podía sacarme una foto. Al fin y al cabo es su trabajo —me guiñó un ojo, como si nuestra tapadera no estuviese quedando más al descubierto a cada segundo que pasaba— y además se ha comprometido a no publicar ninguna hasta que no le demos el visto bueno.

Como si eso fuera una garantía suficiente, pensé para mí, aunque me abstuve de exponer mis pensamientos en voz alta. En su lugar le hice caso al fotógrafo, que se empeñó en que mirara la fotografía para comprobar *in person*, esa es la expresión que él utilizó, que no estaba reconocible. Las cosas como son, el tío era un auténtico artista. Se supone que la había sacado de improviso, sin ningún tipo de ensayo ni preparación previa, pero aún así tuve que inclinarme ante su profesionalidad, la fotografía podía haber figurado en una exposición. Y era cierto que, según lo anteriormente pactado con él, a mí no se me conocía, ya que estaba ligeramente de costado, pero sin que se me viera la cara, de pie ante Agurtzane, cuya cara transmitía

serenidad e inteligencia pese a que aún persistían en ella huellas residuales de la paliza recibida. Si alguna vez mi clienta escribía ese falso reportaje que estábamos haciendo, la fotografía merecería ocupar una página entera. Al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios.

–Bueno, me tengo que ir –dije torpemente, y mientras salía por la puerta no pude evitar una sensación desagradable, me negaba a calificarla de celos, al ver cómo Carlos-Karlos agarraba a Agurtzane de sus dos manos y se sonreían mutuamente.

Estaba tan tenso, o quizás simplemente tan desconcertado y cansado, que incluso agradecí la reprimenda que me echó Eneko cuando por fin le devolví sus múltiples llamadas. Tras aguantar durante un buen rato la extensa retahíla de epítetos con los que me expresó todo lo que pensaba de mí, de mi familia y de todos mis ancestros, incluso remontándose hasta algún que otro cromañón que supuestamente retozaba en alguna cueva cercana al Gorbea en el origen de los tiempos, accedí a verle al de pocos minutos en una cafetería que, lo que son las casualidades de la vida, no se encontraba muy lejos de las dependencias del Instituto Vasco de Medicina Legal.

Cuando entré estaba relamiéndose con el contenido de una jarra de cerveza. Eso de que los policías no beben si están de servicio queda muy bien en las películas americanas, pero mi viejo compañero debió perderse unas cuantas. Parecía feliz, como si tras desahogarse telefónicamente conmigo hubiese accedido al nirvana, pero en cuanto me vio frunció el ceño mientras, sin preguntarme, pedía al camarero que le pusiera otras dos cañas.

Si hay algo que respeta profundamente Eneko Goirizelaia, además de su trabajo y la amistad, son los ritos sociales. Por eso hasta que no dimos el primer trago a nuestras respectivas cervezas no me dirigió la palabra para decirme, en el tono con el que habitualmente se dirigía a los detenidos, que a ver qué coño me pensaba yo de la vida. Pese a que nos conocíamos hacía ya muchos años, o quizás precisamente por eso, opté por no contestarle con uno de esos chistes facilotes que solían ocurrírseme en los momentos más inoportunos y me limité a responderle, en el tono más humilde que pude, que lo sentía mucho. En realidad no lo sentía nada, y ambos lo sabíamos, pero siempre he pensado que un cierto grado de hipocresía es necesario para convivir en sociedad.

–De todos modos aquí me tienes –sonreí alegremente–, ¿qué es lo que querías de mí?

–Hay que ser muy imbécil para querer de ti algo que no sea desearte un buen viaje a algún lugar muy lejano, una de las lunas de Júpiter, por ejemplo, pero en ocasiones no me queda más remedio que ver tu feo careto, así que acaba tu cerveza –él ya se había bebido, prácticamente de un trago, la suya— y acompáñame al depósito.

Recorrimos en silencio, y a buen paso, los escasos metros que separaban la cafetería del depósito, Eneko prefería llamarlo así, a la antigua usanza, en lugar de Instituto Vasco de Medicina Legal, como era su nombre oficial. Solo cuando

entramos rompió ese silencio para expresar su extrañeza por mi falta de curiosidad, ya que no le había preguntado qué íbamos a hacer allí.

–Creo que ya lo sé –respondí encogiéndome de hombros. No me contestó, pero por sus gestos y aspecto comprendí que no le sorprendieron mis palabras.

De nuevo en silencio, y con paso apresurado, me precedió hasta una sala en la que estaba esperándonos uno de los médicos del Instituto. Curiosamente la sonrisa que lucía en sus labios Andoni Zubikarai se desvaneció cuando me vio entrar detrás de Eneko. Es cierto que mi presencia causa a menudo ese efecto, pero por lo general lo produce en personas del sexo femenino, no en curtidos médicos forenses. Algo empezaba a olerme mal, Zubikarai y yo siempre nos habíamos respetado y dentro de lo que cabe, teniendo en cuenta que se trataba de un tipo sin muchas habilidades sociales, hasta podía decirse que nos llevábamos bastante bien, sin embargo en los últimos tiempos cada vez que me veía empezaba a balbucear y a sudar. Exactamente desde que me entrevisté con él para recabar datos sobre la autopsia que había practicado en el cadáver de Erika Pereda, como si tuviese algo que ocultar, pero ¿qué exactamente? ¿Algún error en la autopsia que pudiese comprometerle personalmente? ¿O no se trataba de ningún error, sino que quería ocultar algo por motivos que no acababa de imaginar? Pensé que quizás debería interesarme en el tema, aunque lo tenía muy jodido, no podía dirigirme a un juez para pedir la exhumación de un cadáver basándome tan solo en el hecho de que al forense encargado de realizar la autopsia correspondiente le temblaban los labios cada vez que me veía. Además, como recordé de repente, habían incinerado el cuerpo. Más motivos para no entender a qué le tenía miedo el forense.

La voz de Eneko Goirizelaia, pidiendo por favor al médico que me mostrara el cadáver, interrumpió mis elucubraciones. Como ya me había imaginado, el cuerpo sin vida que mi viejo compañero se había empeñado en enseñarme era el de Koldo Sagasti. Olvidándose por un momento de mí, al menos aparentemente pues le conocía y sabía que estaba vigilando todos mis movimientos, le preguntó a Zubikarai si ya había hecho la autopsia.

–Esta misma mañana –contestó con voz firme, se veía que hablar de algo que controlaba le calmaba–, pero aún no me ha dado tiempo a redactar el informe. De todos modos voy a poner en él lo que ya sabemos, que murió a consecuencia de las heridas internas que le fueron producidas por una de las más brutales palizas que jamás he visto.

Mientras Zubikarai nos daba un informe oral volví a mirar los restos sin vida de quien en días más felices había sido Koldo Sagasti. Pese a que el forense había hecho un buen trabajo y le había recompuesto del mejor modo posible, saltaba a la vista que lo que acababa de decirnos era totalmente cierto. Sagasti no había tenido la suerte, aunque hablar de suerte en ese contexto pueda parecer irónico, de morir a consecuencia de un tiro en el corazón o por ser degollado con una navaja, sino que había sido víctima de una de las palizas más brutales que había visto en mi vida, y

por desgracia había visto muchas. Seguramente si le hubiesen asesinado introduciéndole un arpón ballenero por el culo habría sufrido menos.

Cuando el médico finalizó su exposición y devolvió el cadáver de Sagasti a su cubículo, a la espera de que algún familiar lo reclamara para darle cristiana sepultura, Eneko se despidió de él sin hacerle ninguna pregunta adicional, supongo que ya sabía todo lo que necesitaba saber y que el único objetivo de aquella visita al Instituto de Medicina Legal había sido el de mostrarme el cadáver, pero antes de que saliéramos a la calle me pidió que le echara un nuevo vistazo. Así lo hice, aunque no encontré nada significativo, al menos aparentemente.

Le seguí en silencio hasta su coche, que tenía aparcado en una plaza reservada para minusválidos, y no volvimos a dirigirnos la palabra hasta que cogió el camino que llevaba a Deusto, a la comisaría de Ibarrekolanda.

–¿Para qué me has pedido que le echara otro vistazo antes de irnos? –le dije por fin, mientras bordeábamos la torre Iberdrola, aún en construcción.

–¿No has observado nada significativo? –como respuesta me hizo una nueva pregunta.

–¿Aparte de que le han hostiado con ganas? Pues la verdad es que no.

–Me temo que la excedencia y el trabajo por cuenta propia te está haciendo perder facultades. De todos modos espera un poco para que te lo explique, el coche no es el mejor sitio para hablar de estas cosas.

Según pude comprobar algunos minutos más tarde, el lugar idóneo para hablar de esas cosas era una sala de interrogatorios de la comisaría.

–¿Estoy detenido? –le pregunté–, ¿o me has traído aquí en calidad de testigo?

–¿Tú qué crees? –la dureza de su voz me indicó que en esos momentos no le hubiera importado un comino ponerme las esposas, pese a que éramos amigos desde hacía muchos años. Con el mismo tono me pidió que le hablara de Koldo Sagasti.

–¿Qué es lo que sabes de él? –añadió.

–Apenas nada, hasta hace una semana ni siquiera sabía que existía, te lo juro.

–Métete tus juramentos por donde te quepan. Hace unos días me pediste un favor, que organizara una redada en un bar que Sagasti regentaba y yo, como un auténtico capullo, te hice caso. El resultado fue que no conseguimos nada, bueno, sí, yo conseguí una reprimenda de mis superiores y ser el hazmerreír de mis subordinados.

–Lo siento, pero ya lo sabías de antemano. ¿O no recuerdas que te dije que casi con toda seguridad no ibas a encontrar nada, que era tan solo un movimiento, un señuelo, para ver qué ocurría posteriormente? No te engañé en ningún momento y si no me equivoco, no pusiste ninguna pega a la operación aún sabiendo que sus resultados serían totalmente nulos.

–Lo sé, el problema estriba, precisamente, en que el siguiente movimiento ha consistido en que alguien se ha cargado a Sagasti y qué quieres que te diga, tengo una mente tan retorcida que enseguida me he imaginado que ambas acciones tienen algún tipo de relación, así que vuelvo a hacerte la misma pregunta, qué sabías de él y de qué

coño le conocías.

El rollo ese de la confidencialidad entre profesional y cliente está muy bien, luce un montón en las películas e incluso se explica en las cátedras universitarias de Ética y Deontología para solaz y descojono de los estudiantes, pero cuando uno trabaja haciendo equilibrios en una cuerda muy fina y necesita a menudo la ayuda de un pequeño puñado de policías que aún le honran con su amistad o al menos le soportan con resignación, mantener la boca cerrada a cal y canto puede considerarse algo muy digno visto desde fuera, pero es una solemne estupidez visto desde dentro, así que le conté con pelos y señales toda la historia de Agurtzane y Erika desde el principio, exceptuando las leches que le había metido al fotógrafo ese de los cojones, el Carlos-Karlos, a la salida del cementerio. La verdad es que me costó un huevo y la mitad del otro callarme esa parte de la historia, porque cada vez que la recordaba me relamía de gusto.

–¿Cuándo ibas a contarme esa película? –me preguntó Eneko, tras haberle confesado todo lo que sabía del tema.

–Acabo de hacerlo, ¿no?

–No te hagas el listo conmigo, Goiko, si no te hubiese traído al depósito ni te hubiese enseñado el cadáver de Sagasti, habrías seguido callado como una puta. ¿Me equivoco?

–No, no te equivocas, pero no es nada personal, ya sabes, confío plenamente en ti, pero así son las reglas del juego.

–Sí, solo que las reglas han cambiado tras el asesinato de Sagasti. ¿Tienes alguna idea acerca de quién pudo hacerlo?

–Si lo supiera ya te lo habría dicho –intenté poner mi cara más inocente, pero quien me estaba interrogando, porque eso era un interrogatorio en toda regla, no era ningún pringado sino Eneko Goirizelaia, el policía que me había enseñado todo lo que yo sabía, así que era consciente, los dos lo éramos, de que mis palabras no iban a colar, pero formaban también parte de un ritual que ambos aceptábamos tácitamente.

–No me toques los cojones, Goiko, no me toques los cojones, que no estoy para bromas. Y tú menos que yo porque puedes meterte en un buen lío si me sigues ocultando lo que sabes.

–Gracias, pero no te preocupes por eso, siempre he sabido salir de los jaleos en que me meto. Y no creo, además, que la cosa sea para tanto, ya te he dicho cuál era mi relación con Sagasti, por ese lado dudo mucho que alguien pueda atacarme, y en cuanto a desconocer la identidad de sus asesinos, que yo sepa eso no constituye ningún delito de los tipificados en el Código Penal.

–Sí, muy bueno, como sigas así acabaré muriéndome de risa, con ese sentido del humor hasta podrían contratarte para el Club de la Comedia, el problema es que siempre se te ocurre hacer chistes en los momentos más inoportunos. Antes te he preguntado si habías notado algo especial en el cuerpo de Sagasti y me has respondido que no. ¿Sigues sin saber de qué te hablo?

–No, sigo sin saberlo, y la verdad es que me tienes bastante intrigado.

–Se trata de las heridas y golpes que presentaba el cuerpo de Sagasti. Son idénticas, prácticamente una reproducción, de las sufridas por tu cliente, Agurtzane Iturmendi, solo que más a lo bestia, por supuesto, como lo demuestran los respectivos resultados. Pero son prácticamente los mismos golpes y en las mismas zonas del cuerpo, lo único que varía, como ya te he dicho, es la fuerza y la intensidad utilizada en ambas palizas. Eso, querido Goiko, te convierte en uno de los principales sospechosos de la muerte de Koldo Sagasti.

–¡No lo dirás en serio! –protesté, aunque débilmente. Tengo que reconocer que lo que acababa de revelarme Eneko me había causado un fuerte impacto.

–Si te refieres a que he podido creer en algún momento que eras el responsable de la muerte de Sagasti, por supuesto que ni se me ha pasado por la cabeza, te conozco lo suficiente, hemos vivido muchas cosas juntos, como para no dudar de ti lo más mínimo, pero si tuviera que pensar en ello solo como *ertzaina*, abstrayéndome de cualquier otra circunstancia, desde luego estarías en mi lista de sospechosos a investigar.

–Entonces deberías hacerlo.

–Venga, Goiko, no me jodas ni me vengas con gestos altruistas, no pienso perder ni un segundo de mi tiempo en investigar a alguien del que sé que es inocente, bueno, inocente no es la palabra que mejor te define, pero ya me entiendes, en fin, volviendo al asunto que nos ocupa, como ya te he dicho no pienso perder ni un segundo de mi tiempo en investigar tu posible responsabilidad en el asesinato, al menos voluntariamente, pero no puedo descartar que alguien se fije en esa posible conexión y me obligue a hacerlo. Y aunque no me guste admitirlo, no puedo garantizarte que no reciba presiones de las altas esferas para que el asunto acabe cuanto antes y del mejor modo posible. No sé si lo sabrás, supongo que sí, pero Agurtzane Iturmendi es ahijada de Germán López Argüelles, nuestro Ilustre Presidente del Tribunal Superior de Justicia del País Vasco, así que ya te puedes imaginar...

–Ahijada no, hija, hija directamente –le interrumpí con esa absurda y estúpida sensación de triunfo que en ocasiones tenemos cuando nos damos cuenta de que sabemos algo que nuestro interlocutor desconoce.

–¡Joder, me cago en el meapilas!, qué engañados nos tenía el muy hipócrita, todo el puto día dándose golpes en el pecho. ¿Y tú cómo lo sabes? –me preguntó receloso–, ¿por qué no me lo habías dicho?

–Lo sé porque me lo dijo la propia Agurtzane y no lo he ido pregonando por ahí porque no soy un cotilla ni uno de esos periodistas que viven de airear los trapos sucios de los demás. Que Agurtzane sea hija o ahijada de ese cabrón no creo que tenga la menor importancia.

–No estaría yo tan seguro de eso, lo que está claro es que López Argüelles nos va a presionar al máximo y no sería raro que te dejara a los pies de los caballos con tal de salvarle el culo a su hija.

–Yo por eso no me preocuparía, aunque agradezco tu interés, de verdad, te lo digo sin coña –añadí al ver el gesto de desconfianza que aparecía en la cara de mi viejo amigo–, he llegado a conocer un poco a Agurtzane y no creo que permitiera a su viejo hacer una operación de ese tipo. Y si se pone a largar, el ilustre magistrado es quien tiene más cosas que perder.

–Es posible que tengas razón –dudó al pronunciar esas palabras, se notaba que le costaba admitirlo–, pero de todos modos cuanto antes se solucione el asesinato de Sagasti antes dejarás de estar en el punto de mira de algunos de tus viejos colegas y de más de un juez que no simpatiza precisamente con tu persona.

–Pues tendrán que aguantarse, porque la cosa me temo que está jodida, muy jodida. Antes me has preguntado si tenía alguna idea acerca de quién pudo matar a Sagasti. Pues bien, no solo tengo una idea sino que estoy absolutamente seguro de quién dio, al menos, la orden de asesinarle, el problema es que me temo que aunque esté en lo cierto eso no te va a servir de nada. Y no digas que eso lo tendrás que decidir tú –le corté antes de que empezara a hablar, como era su intención–, porque hemos trabajado muchos años juntos y hemos visto lo mismo. De todos modos te lo diré aunque no sirva de nada. Estoy convencido, aunque no tenga pruebas, de que si no es el autor directo, eso por supuesto ya que nunca se mancha las manos, el instigador de ese asesinato es el Palé.

–¿El Palé?

–Sí, el Palé. O don Gerardo Azurmendi Egaña, si te suena mejor. Koldo Sagasti trabajaba para él y metió la pata. En realidad lo que hizo fue actuar por su cuenta, sin consultar a su jefe máximo, y a este no le gustó nada de nada ese ejercicio de independencia de su subordinado. Lo más gracioso de todo, en el caso de que alguien le pueda encontrar la gracia a este asunto, es que el Palé ha querido congraciarse conmigo ordenando ese asesinato. O quién lo sabe, quizás tan solo ha querido mandarme un aviso. No sé si lo sabrás, supongo que sí, pero el Palé está dispuesto a dejar de serlo y volver a ser don Gerardo Azurmendi Egaña, por eso está cortando amarras con sus antiguos negocios, pero quiere controlar el proceso y no dejar cabos sueltos.

–Sí, estaba al tanto de ello, algo me han comentado, al menos, los compañeros que se dedican al crimen organizado. Y tienes razón, la cosa no pinta nada bien. ¿Sabes?, te creo, y nada me gustaría más que trincar al Palé por ese asesinato, o por cualquier otro delito, aunque fuese una simple infracción de tráfico, pero tienes razón, está blindado, completamente blindado, e incluso en el caso, muy dudoso por otra parte, de que pudiéramos cargarle el muerto, y nunca mejor dicho, a alguno de sus hombres, él seguiría siendo intocable. No te voy a engañar, hemos recibido indicaciones de arriba, nada oficial, por supuesto, para que se le deje en paz. Al parecer su reconversión, por decirlo de algún modo, cuenta con todos los parabienes de las altas esferas, y más en esta época de crisis económica. Curiosamente ninguna de las empresas legales controladas por él ha declarado un «ere» y son de las pocas

que siguen creando puestos de trabajo, así que poco a poco se está convirtiendo no en un delincuente arrepentido sino en un ciudadano ejemplar e imprescindible. Ya sé que se me está quedando cara de tonto al confesarte esto, pero es la verdad, la pura y puta verdad.

–Bueno, ¿y qué esperabas?, así son las cosas. Ya sabes lo que tienes que hacer, interrogar a algunos de sus hombres, enviar un informe al juez de turno y que este decida archivar provisionalmente las diligencias. El sistema habitual –intenté no parecer excesivamente cínico, pero creo que no lo conseguí.

–Sí, supongo que esa es la única opción que tenemos de momento –suspiró fuertemente–. En fin, habrá que hacer lo que se pueda, que no va a ser gran cosa, y mientras tanto centrarnos en otros asuntos, como el de las muertes por sobredosis. Hablaré con algunos compañeros de la lucha antidroga, pero no sé si podrán decirme algo. Si en las autopsias no se ha encontrado nada raro no sé qué se podrá hacer, lo único intentar seguir la pista de esa partida que está causando esas muertes, pero aún así no parece lógico pensar que hayan sido producidas deliberadamente. Es cierto que en la muerte de Erika Pereda confluyen algunas circunstancias sospechosas, pero aún así no parecen constituir un punto de apoyo lo suficientemente sólido como para iniciar una investigación, al menos de manera oficial.

De repente se me ocurrió una idea que a mí mismo me pareció totalmente delirante.

–¿Y si nos enfrentáramos a un asesino en serie que utiliza la droga en mal estado para acabar con sus víctimas?

–¡Tú estás loco, Goiko, rematadamente loco! –me espetó Eneko Goirizelaia en tono enfadado, y por primera vez en mi vida deseé que unos insultos dirigidos a mi persona fuesen acertados.

Sudoroso pero feliz Andoni Zubikarai se abrazó a Ainhoa. Por unos minutos, en realidad por casi toda una noche, se había olvidado de sus preocupaciones y temores, había encerrado en un baúl guardado con mil candados sus sospechas y había vuelto a hacer el amor con su novia como en los primeros días, con una furia y pasión que nadie que le conociera desde su infancia habría pensado que fuese capaz de sentir y transmitir. Y el motivo, pensó mientras ya más sosegados se abrazaban desnudos encima de la cama, prácticamente inmóviles y sin atreverse a pronunciar ni una sola palabra para no romper el momento mágico que acababan de vivir, había sido, seguramente, que por fin le había realizado la autopsia a alguien cuya muerte no podía ser achacada a la intervención de su amada.

Quizás el auténtico enfermo fuese él y no Ainhoa. Nadie en su sano juicio podía alegrarse por efectuarle la autopsia a un hombre cuyo cuerpo estaba destrozado a consecuencia de una bárbara y salvaje paliza. No deseaba a nadie el sufrimiento que seguramente había padecido Koldo Sagasti antes de morir, pero la tranquilidad que le proporcionaba el estar convencido de que en su muerte no había intervenido la mujer que amaba constituía el mejor acicate para recobrar no solo su pasión, sino su vigor sexual y eso, de algún modo, lo justificaba todo. ¿O no lo justificaba? ¿Quién estaba de verdad más enfermo, su novia o él?, volvió a preguntarse. Y si efectivamente Ainhoa era una asesina, ¿tenía él tanta culpa como ella, o quizás más?

Casi con la misma rapidez que su miembro viril, que languidecía tristemente entre sus piernas tras haber cumplido valerosamente y haberse mantenido erguido y enhiesto en la batalla, empezó a languidecer su propia autoestima. Quizás el problema fuera ese, quizás él fuese el auténtico enfermo.

Siempre se había considerado un tipo sano y normal, tal vez algo retraído y con dificultad para hacer nuevos amigos o relacionarse sexual y sentimentalmente con las mujeres, pero hasta eso último era, en cierta manera, normal, a mucha gente le ocurría lo mismo y no por ello se les caía el mundo, cada uno vivía su vida del mejor modo posible y de vez en cuando hasta les tocaba el premio gordo de la lotería, como le había ocurrido a él cuando conoció a Ainhoa. Y sin embargo..., como en otras ocasiones se replanteó el motivo de haber elegido como especialización profesional la patología y la medicina forense.

¿Tendrían tal vez razón quienes medio en broma medio en serio insinuaban que en su elección había algún componente de tipo morboso? O, sin llegar a esos extremos, quienes se burlaban de él diciendo que así tenía la absoluta seguridad de que jamás se le iba a morir ningún paciente, como le reprochaba siempre que le veía su antiguo compañero de estudios Javier Beraza. Andoni Zubikarai sabía que esas acusaciones no eran ciertas, consideraba su trabajo como algo importante para la sociedad e incluso para el progreso de la medicina. El que por su carácter apocado y su falta de habilidades sociales ese trabajo fuera el ideal para él tampoco era muy

significativo, había muchos otros trabajos que podrían considerarse adecuados para una persona de sus características y no por eso los había elegido, además entre sus colegas los había de todo tipo, extrovertidos e introvertidos, simpáticos, antipáticos y neutros, contadores de chistes y aburridos, la profesión en el fondo no era lo que marcaba a la persona, pero el caso es que él vivía entre muertos y que incluso ellos, más concretamente los muertos que él examinaba y diseccionaba, eran determinantes en su vida sexual.

Miró a Ainhoa, que se estaba quedando dormida entre sus brazos. Así, relajada y desnuda, estaba hermosísima. Y ella no había elegido una profesión relacionada con los muertos. ¿O quizás sí? Su trabajo con ancianos y toxicómanos, si no de un modo directo, sí estaba relacionado con la muerte de un modo indirecto, ambos sectores de población, por motivos diferentes, pertenecían a grupos de riesgo y no era tan raro, de hecho era más bien normal, pensó sombrío, que acabaran falleciendo.

–Ainhoa, Ainhoa –le habló en voz baja, pero lo suficientemente audible como para despertarla o desperezarla–, ¿estás dormida?

Era la típica pregunta estúpida que se suele decir en esos momentos, ya que si estaba dormida no contestaría, por eso recibió la consabida respuesta de que «lo estaba, pero ya no», aunque en las palabras de Ainhoa no se traslucía reproche alguno, más bien todo lo contrario, ya que volvió a acurrucarse junto a Andoni mientras le preguntaba qué quería.

–No sé, tonterías, supongo –contestó, dubitativo, Andoni Zubikarai–. ¿Te gusta tu trabajo?

–Sí, claro que sí. Ya sé que a mucha gente puede parecerle un trabajo duro, la asistencia domiciliaria a ancianos o impedidos, el trabajo con toxicómanos o el apoyo a inmigrantes o grupos sociales con riesgo de exclusión –por momentos parecía que estaba recitando de memoria un folleto informativo del departamento de bienestar social del ayuntamiento— puede llegar a ser estresante y jodido, muy jodido, sin embargo también produce muchas satisfacciones. Ver cómo asoma una sonrisa de satisfacción en la cara de una anciana que ha sido olvidada por sus propios hijos o cómo renace la esperanza en un drogadicto que creía que ya no había futuro para él, no sé cómo explicártelo, te produce una sensación de bienestar y felicidad que compensa todo lo demás. La verdad es que no cambiaría este trabajo por nada del mundo.

–Sin embargo, en bastantes ocasiones esas personas con las que te encariñas acaban muriéndose.

–Es cierto –apareció un leve temblor en los labios de Ainhoa–, y eso es triste, muy triste, no te lo puedo negar, pero incluso en esos casos puedo tener la satisfacción y el alivio de pensar que quizás, siendo inevitable lo sucedido, sus últimos días han sido un poco mejores, algo más felices, gracias a mí.

–¿Siempre quisiste dedicarte a eso?

–No, tonto –se rio abiertamente–, claro que no. Cuando era niña quise ser lo que

todas, médico, sí, médico, como tú, también veterinaria, no podía soportar el dolor de los animales, hasta sufría cuando mi padre mataba una mosca, o princesa. Sí, aquí donde me ves, yo era una niña cursi que quería ser princesa. Pero lo que me duró más tiempo fue lo de ser monja. ¿Te lo imaginas? –volvió a reírse–, de pequeña quería ser monja. Hasta tal punto que mis padres, a los que pese a ser católicos practicantes la idea no les seducía lo más mínimo, barajaron la idea de sacarme del colegio de religiosas al que me enviaban para inscribirme en uno laico. Pero en fin, esa etapa también pasó aunque si lo pienso bien, en realidad como profesión me dedico a unas labores que antiguamente estaban en manos de las monjas, por lo menos de las más sacrificadas y abnegadas. Supongo que de algún modo mi educación religiosa ha influido, incluso sin ser consciente de ello, en la profesión a la que finalmente me he dedicado.

–¿Y esa educación religiosa no te impide follar como una posesa con un joven forense que está loco por tus huesos?

–No seas tonto –le dio un codazo antes de separarse de él–, soy una chica del siglo XXI, pero si a ti te parece mal..., iba a decirte que practicaríamos la abstinencia, pero no, es mentira, me buscaría otro, más guapo, más joven y más fuerte con toda seguridad.

–Sí, supongo que no te sería nada difícil encontrar alguien así –intentó bromear Andoni Zubikarai, aunque en el fondo estaba convencido de la veracidad de sus palabras. Convencido y preocupado.

–Bueno, pero como eso no va a ocurrir, como no te vas a convertir de repente en un mojigato ni te vas a poner el anillo ese de la virginidad, bueno, de la castidad en tu caso, porque está claro que no eres virgen, no hay por qué preocuparse, ¿verdad? –dijo de nuevo Ainhoa mientras restregaba su cuerpo contra el de su novio.

–No, claro que no –intentó sonreír Andoni–, ya sabes que estoy siempre a tu servicio. De todos modos –vaciló antes de seguir hablando.

–¿Qué te ocurre? –le preguntó inquieta Ainhoa–, a ti te pasa algo.

–No, bueno, sí, quiero decir que seguramente no tendrá importancia, pero ¿no te parece raro lo nuestro?

–¿Raro? ¿El qué? ¿Qué estemos tú y yo juntos aquí, follando? ¿Y qué más da? ¿Por qué lo dices, porque somos diferentes? ¡Joder!, es que ser iguales sería muy aburrido, ¿no? Además, ¿quién es el que puede decidir qué parejas funcionan y cuáles no? Nosotros nos queremos y estamos a gusto juntos, eso es lo importante, ¿no? No entiendo qué tiene eso de raro, a mí me parece algo de lo más normal. Oye, ¿no serás tú el que ha empezado a tener ideas extrañas sobre lo nuestro? Porque si es así prefiero que me lo digas, me costaría pero podría superarlo.

–No, no se trata de eso, por supuesto que no –la abrazó fuertemente para intentar demostrárselo con gestos además de con palabras–, en realidad me refiero a nuestra vida sexual.

–¿Qué ocurre con nuestra vida sexual? ¿Acaso el señorito no está contento? Pues

hijo –volvió a bromear–, no sé qué es lo que quieres, si es que además de todas las posturas del Kama Sutra hemos inventado alguna nueva.

–No, no, no es eso –no pudo evitar el sonrojarse Andoni Zubikarai al escuchar las palabras de Ainhoa–, me refiero al hecho de que excitarnos sexualmente cada vez que practico una autopsia. No sé, pero en el fondo no es normal, ¿no piensas lo mismo que yo?

–No, quiero decir sí, es cierto que no es normal, pero ¿qué es lo normal? Hay muchos modos de excitarse, y cada uno debe encontrar su camino, vamos, eso es lo que pienso. ¿A quién hacemos daño?, a nadie, y si a nosotros nos sirve para disfrutar más en la cama, pues miel sobre hojuelas, no hay que ser tan estrecho, Andoni.

–No, si no lo soy –intentó defenderse Zubikarai–, si estoy de acuerdo contigo, lo importante es que disfrutamos juntos y no hacemos daño a nadie, pero no deja de ser una situación bastante atípica, en eso supongo que estarás de acuerdo conmigo.

–Sí, ya te lo he dicho, tienes razón, pero ¿qué más da?

–No, si no importa –mintió Zubikarai–, es mera curiosidad, por hablar de algo. La verdad es que me gustaría saber, no sé, cómo empezó todo, quiero decir, cuándo empezaste a excitarte sexualmente con el tema de los cadáveres, porque no te imagino así cuando querías ser monja –intentó bromear, pero él mismo se percató de que su chiste no tenía nada de gracia.

–No, claro que no –se puso seria Ainhoa–, la verdad es que nunca le he dado la menor importancia, pero si me pongo a pensar en ello tengo que admitir que todo empezó con el primer novio que tuve, a él también le excitaban esas cosas, aunque como no era forense no nos calentábamos con el relato de las autopsias sino contemplando grabados y fotografías, ya sé que suena raro pero como te he dicho jamás le he dado mucha importancia a ese detalle ni me he sicoanalizado, como también te he dicho, si nosotros disfrutamos y no hacemos daño a nadie con ello, ¿a quién le importa qué truco usemos para alcanzar el orgasmo? Supongo que desde entonces, desde que estuve con ese tío, relaciono el follar con los cadáveres como si fueran las dos caras de una misma moneda. Sí, si me paro a pensarlo supongo que ese es el motivo de mi inofensiva perversión sexual, pero no creo que constituya un problema ni estoy de acuerdo con eso de que solo lo pasamos bien follando cuando has tenido que abrir a un muerto, de hecho cuando estuvimos de vacaciones también disfrutamos un montón, ¿no?

–Sí, eso es cierto –reconoció Andoni Zubikarai–. ¿Y quién fue ese novio tan peculiar?, si es que puede saberse.

–¿Qué más da? Es historia pasada. Además, no creo que le conozcas, duró un tiempo muy corto, aunque supongo que lo suficiente como para conservar los hábitos que adquirí junto a él. ¿Qué ocurre, acaso te estás poniendo celoso? Porque no tienes motivo para ello.

Para demostrárselo Ainhoa volvió a frotar su cuerpo contra el de su amante mientras le agarraba suavemente el pene, que poco a poco fue abandonando su

flacidez, y cuando creyó que había alcanzado el tamaño deseado se lo metió en la boca. De esa manera tan expeditiva y decidida, dio por terminada la conversación tan espinosa que estaban teniendo, logrando, entre otras cosas igual de placenteras o seguramente mucho más, que durante un buen espacio de tiempo Andoni Zubikarai se olvidara de sus temores y obsesiones y volviera a disfrutar, casi como en los inicios de su relación, con la compañía, el cuerpo y la alegría de vivir de su novia.

No soy tan pretencioso como para considerarme un espécimen digno de estudio, pero en el caso de que un sociólogo, o un psicólogo o quien estudiara ese tipo de cosas, se hubiese fijado en mí, habría llegado a la conclusión de que yo siempre iba a la contra y quizás no le faltara razón. En una época en la que la mayoría de la gente no pisaba los cementerios ni siquiera en el tradicional día de Todos los Santos, era la segunda vez, en pocos días, que me acercaba al de Derio. Y por primera vez pensé que quizás el número de muertos que esperaban con impaciencia que fuera a saludarles era superior al de los vivos.

Según pasaban no ya los años, sino casi podía decirse que los días, mi nómina iba aumentando. A la obligada y filial visita a la tumba de mis padres se habían unido las de mi exmujer Natalia, más tarde las de mis buenos amigos Arturo Apodaka y Elvira, luego la del juez Bourget Morán y finalmente las de Erika Pereda y Koldo Sagasti. Me pregunté si era normal llevar tanto peso a mis espaldas, pero preferí no contestarme, seguramente porque conocía de sobra la respuesta.

–Lo siento, tío, no era mi intención, aunque tendría que haberme imaginado que el asunto podría haber acabado así –me disculpé con Sagasti. Si su espíritu rondaba por allí no me contestó, pero no se lo reproché, ya que tenía motivos más que suficientes para estar cabreado conmigo. Yo habría actuado del mismo modo de haber estado en el otro lado de la lápida.

Tampoco me respondió Erika Pereda cuando le pregunté qué era lo que le había ocurrido, quién había causado su muerte. Presumiblemente no lo sabía ni ella y, por otra parte, casi mejor. Si de repente se hubiese alzado de su tumba y me lo hubiese contado todo, ¿qué iba a hacer yo con ello? ¿Acudir al juzgado de guardia o a la Ertzaintza para decirles que un cadáver se había despertado de su sueño eterno y había practicado una larga declaración? La verdad sea dicha, aunque no me extrañaría nada finalizar mis días en un pabellón de reposo o como se llamen actualmente con lenguaje políticamente correcto los antiguos manicomios, tampoco tenía excesiva prisa en que me recluyeran en uno de ellos.

Recé un padre nuestro por cada uno de los muertos a los que había visitado, como me habían enseñado los curas en el colegio al que asistí cuando era un niño que aún creía en esas cosas. En la actualidad ya no estaba seguro de si servían para algo, por lo menos si les servía de algo a los fallecidos. A mí, en cambio, sí que me fueron útiles. Cuando uno oye hablar de la «paz de los cementerios» no puede evitar que un estremecimiento le recorra todo el cuerpo, pero aquella mañana me había sentido en paz conmigo mismo como hacía mucho tiempo que no me sentía. Lástima que siempre tenga que suceder algo que acabe jodiendo esos buenos momentos. En esta ocasión no fue un fotógrafo inoportuno ni un magistrado convencido de ser la mano derecha de Dios, sino uno de los guardaespaldas que había acompañado al Palé en la Sociedad Bilbaína hacía unos pocos días.

Una cosa he de reconocer en favor del armario con patas que se me acercó cuando acababa de rezar mi último padre nuestro, justo frente al nicho en que reposaban los restos de Koldo Sagasti a cuya muerte quizás había contribuido, y es que esperó a que finalizara mis oraciones antes de aproximarse hasta donde estaba. Otra cosa que me gustó de él fue que no disimulaba nada, había venido a verme a mí y eso es lo que hacía, sin esconderse ni decir eso tan absurdo de «uy, qué casualidad, ¿qué haces tú por aquí?». En realidad no dijo nada, se limitó a sacar de un bolsillo de su chaqueta un papel y extenderlo antes mis ojos, pero sin permitir que lo tocara. Cuando consideró que me había proporcionado tiempo suficiente como para memorizar las dos palabras que aparecían impresas en el papel, sacó un mechero de esos que cuestan más que el sueldo mensual de un funcionario de la Ertzaintza y lo quemó, aventando posteriormente sus cenizas encima de mis zapatos. No me hizo ninguna gracia el detalle, pero no era cuestión de ponerme chulo con una mole que posiblemente me sacaba más de cincuenta kilos en canal. Aún así, como suele ser habitual en mí, no supe poner freno a mi incontinencia verbal y en el momento en que me dio la espalda para desaparecer, seguramente con la conciencia tranquila por haber cumplido con su misión sin sobresaltos, no pude reprimirme y le dije que era una lástima que en la escuela de matones no le hubiesen enseñado a hablar.

Para mi sorpresa, cuando se dio nuevamente la vuelta y miró en mi dirección no lo hizo para soltarme una hostia, completamente merecida por otra parte, sino que me sonrió e incluso me dirigió la palabra, por primera vez desde que nos habíamos conocido.

–Me pagan mucho por, entre otras cosas, saber estar callado –me dijo, sin abandonar su sonrisa, antes de desaparecer nuevamente, en esta ocasión de forma definitiva.

Así que el clon del increíble Hulk no solo sabía hablar, sino que vocalizaba mejor que un rapsoda y tenía una pronunciación perfecta. Quién sabe, quizás era otro licenciado en Filosofía y Letras que se había dado cuenta que salía más rentable repartir estopa a cuenta de otros que explicar a una panda de adolescentes semianalfabetos quiénes eran Sócrates, Platón y Aristóteles.

No creía que se me pudieran olvidar las dos palabras que acababa de memorizar tan apresuradamente, pero por si acaso saqué mi móvil y las archivé en la agenda. En realidad no eran dos palabras comunes, sino dos apellidos: Martínez y Olabeaga. Aunque Olabeaga también podía referirse al barrio de Bilbao que bordeaba la ría y a cuyos habitantes se les conocía con el apelativo de noruegos, en recuerdo de los navegantes de ese país escandinavo que solían pasearse por allí cuando sus buques atracaban. Si así fuera, tratar de localizar a alguien apellidado Martínez en ese barrio podía ser algo complicado, por lo que deseché esa idea. En primer lugar si, como parecía lo más lógico, el mensaje provenía del Palé, debía referirse a la persona que controlaba o había introducido la partida de droga que había causado la muerte de unos cuantos jóvenes en los últimos tiempos. Y el Palé podía ser muchas cosas, todas

ellas despreciables y repulsivas, pero estaba convencido de que jugaba limpio conmigo, no porque me fiara de su palabra sino porque a él mismo le convenía, así que no tenía ningún sentido que me hubiese enviado un mensaje críptico, difícil de descifrar. Si él pensaba que con la información que me acababa de proporcionar su gorila tenía datos suficientes como para desenredar la madeja, tan solo tenía que averiguar a quién correspondían esos dos apellidos, ya que no creía que fueran de dos personas diferentes.

Mientras regresaba a Bilbao en coche hice una llamada por el móvil a Eneko Goirizelaia, contraviniendo las reglas de tráfico, ya que mi aparato no es uno de esos manos libres sino de primera generación, o casi. Afortunadamente ningún agente de la Ertzaintza estaba vigilando la carretera por lo que me libré de una más que merecida multa. Evité ese contratiempo, pero no uno mucho peor. Mi viejo camarada tampoco sabía qué podía significar eso de Martínez Olabeaga.

–Hombre, Martínez sí, tenemos fichados a más de un tipo con el apellido Martínez, incluso hay un par de Olabeagas en nuestros archivos, pero por lo que me han comentado los de Estupefacientes ninguno es capaz de mover una partida de drogas como la que buscas y por otra parte no hay ningún Martínez Olabeaga, así, con los dos apellidos, en nuestros ficheros. Aunque es curioso, los apellidos no me son desconocidos, pero no tiene nada que ver con el trabajo, creo que me suenan de algún periódico o revista. Sí, creo que es eso, pero no recuerdo más.

–Intenta hacer memoria, Eneko, puede ser importante.

–¡Joder, Goiko!, ya lo sé, pero eso es lo que hay. Ya te he dicho que no hay nadie fichado con esos apellidos, así que tiene que ser otra cosa, pero no lo recuerdo bien, solo que me suena de haberlo leído en algún artículo. Futbolista no es, eso seguro, bueno, no es deportista, tampoco creo que sea un actor, o una actriz, llegado el caso, ya que solo tenemos los apellidos, podría ser una mujer. Ni político, vamos, eso seguro. No sé, supongo que en cualquier momento me acordaré, pero ahora estoy a cero, lo siento.

–No te preocupes, Eneko, has hecho lo que has podido. Gracias, ya nos veremos.

Corté la comunicación nada más decir eso, no porque de repente me hubiese convertido en un ciudadano respetuoso de las normas, sino porque Eneko estaba a punto de exigirme que le tuviera al tanto de todo lo que averiguara, y aunque hubiese sido una petición justa prefería no oírla, al menos de momento.

Había una cosa de la que mi amigo estaba seguro y era que los dos apellidos le sonaban de haberlos leído en la prensa. Eso podría ser un inicio. Quizás no sirviera para nada, tal vez se trataba de un técnico en medio ambiente al que habían entrevistado para que hablara sobre los índices de contaminación del Txorierri^[8] y así llenar páginas un día que los periódicos no tuviesen muchas noticias que llevarse a la boca, pero al menos merecía la pena intentarlo. Lo único que tenía que hacer era contactar con algún periodista conocido, y quién mejor que mi propia clienta, Agurtzane Iturmendi.

El día anterior le habían dado de alta en el hospital así que la llamé a su domicilio, donde me había prometido que se quedaría quieta al menos un par de días, en reposo absoluto, para recuperarse del todo. De momento estaba cumpliendo su promesa ya que me cogió el teléfono al segundo timbrazo. Cuando le expliqué de qué se trataba se rio de mí y me dijo que claro que sabía a quién me refería.

–Pero el que más y mejor te puede informar es mi fotógrafo, nuestro fotógrafo –se corrigió, a sabiendas de lo que me desagradaba la idea–, Carlos-Karlos. Precisamente está ahora aquí, en casa, porque ha venido a visitarme. Si quieres, pásate por aquí dentro de media hora y te cuenta todo lo que sabe.

Nada más escuchar sus palabras volví a sentir una absurda e irracional punzada de celos. No tenía sentido, yo no estaba enamorado de Agurtzane, ni siquiera había tenido en ningún momento la intención de acostarme con ella, bueno, tal vez me hubiese gustado hacerlo, no digo que no, pero en ningún momento, al menos, lo había intentado y, por otra parte, periodista y fotógrafo eran amigos desde hacía un montón de años, así que era algo completamente normal que él hubiese ido a visitarla para ver cómo se encontraba y hacerle compañía. Por otra parte, estaba eso de que me pasara dentro de media hora. ¿Por qué media hora? ¿Para que les diera tiempo a acabar lo que estaban haciendo, fuera lo que fuese? Bueno, y si era así, ¿a mí qué cojones me importaba? Ambos eran libres y si querían follar que follaran, mejor para ellos, eso que se llevarían por delante cuando las trompetas del Apocalipsis anunciaran el fin del mundo, que por cierto, ya iba siendo hora.

Llegué, de todos modos, en menos de treinta minutos, no porque me apresurara sino porque estaba cerca del domicilio de Agurtzane, en la calle Gordóniz, al principio de Rekalde. Cuando entré en la casa ninguno de los dos estaba sudoroso ni jadeante, tampoco tenían moratones en el cuello ni arañazos en las partes visibles del cuerpo y ni siquiera se encontraban fumando ese cigarrillo tan relajante que todo el mundo asocia a los momentos postcoitales, como si los no fumadores también fuéramos no folladores. Pero me di cuenta al instante de que eso me dejaba totalmente indiferente, el absurdo arranque de celos que había tenido hacía tan solo unos minutos ya había desaparecido, afortunadamente, aunque el simple hecho de haberlo tenido no dejaba de preocuparme. Desde que falleció Natalia había desechado la idea de volver a comprometerme con nadie. Es más, al principio incluso hice voto de castidad perpetua, voto que no cumplí, por supuesto, y si he de ser sincero no me arrepiento de haberlo roto, pero fueron siempre ligues esporádicos o amigas con las que de vez en cuando quedaba para satisfacer mutuamente nuestros deseos y necesidades, sin mayores ataduras ni compromisos, y eso sí que lo seguía cumpliendo, por lo que no entendía qué me había ocurrido. Quizás me estaba haciendo viejo, o quizás, pese a que intentaba engañarme a mí mismo, no podía olvidarme de Natalia.

Todos esos pensamientos pasaron por mi mente en escasas milésimas de segundo, pero no se traslucieron al exterior, por lo que ambos me recibieron sonrientes,

sonrisas que devolví, de un modo sincero a Agurtzane y mucho más hipócritamente al fotógrafo, antes de aceptar la cerveza que me ofreció mi clienta. Chocamos los botellines y cuando volvimos a acomodarnos los tres les pregunté qué significaba o, más concretamente, quién era Martínez Olabeaga.

–Parece mentira que no lo sepas –se rio abiertamente de mí Agurtzane–, menudo policía de pacotilla que estás hecho tú, debes ser de los pocos, si no el único, que no lo conoce. No saber eso en Bilbao es como no saber en España quién es Belén Esteban.

En aquellos momentos, y juro que es cierto, no tenía ni idea de quién era esa señora. Luego me he informado y bueno..., cada uno se busca las lentejas del mejor modo posible, el caso es que preferí no decir nada y esperar a que fueran lo suficientemente benévolos y caritativos como para sacarme de mi ignorancia.

–Como ya te he dicho antes, quién mejor puede informarte sobre él es Carlos-Karlos, pero antes me gustaría saber por qué te interesa tanto. ¿Tiene algo que ver con nuestra investigación?

Sopesé cuidadosamente lo que les iba a contestar y comprendí que mentirles era algo totalmente absurdo. De algún modo Agurtzane tenía derecho a saberlo, ella era mi clienta, una clienta atípica pero clienta al fin y al cabo, y pese a que en ocasiones prefería tenerla lo más alejada de mí que fuese posible, estábamos juntos en esto. Y en cuanto al fotógrafo, aunque no congeniaba con él había aceptado que formara parte del equipo, al menos de un modo marginal, y por otra parte se había ofrecido a explicarme quién era ese tal Martínez Olabeaga, así que decidí que lo mejor era ser sincero y hablar sin tapujos ni medias verdades.

–Tengo fundadas sospechas –les dije finalmente–, de que es quien está moviendo o ha movido la droga que ha provocado la muerte de varias jóvenes en Bilbao, incluyendo la de Erika.

–¡Hijo de puta! –dijo Agurtzane con rabia, aceptando de ese modo mi tesis como si se tratase de los mismísimos Evangelios.

–Sí, es posible, encajaría con su personalidad –añadió Carlos-Karlos que se había puesto repentinamente serio mientras contemplaba con aspecto preocupado a Agurtzane.

–¿Por qué dices eso? –le pregunté suspicaz al fotógrafo–, ¿se trata de un camello? ¿Os ha proporcionado alguna vez alguna partida de droga, da igual que fuera *crack*, heroína, éxtasis o cualquier otra cosa?

–No, no se trata de eso, solo lo que acabo de decirte, que no me extrañaría nada que también fuera camello, encajaría con su personalidad y su modo de ser. Mira, quizás lo mejor será que empiece por el principio.

–De acuerdo, adelante, estoy deseando.

–Podríamos estar equivocados, por supuesto, pero cuando hablas de Martínez de Olabeaga supongo que te refieres a Iker Martínez de Olabeaga, un tipo que es como el perejil, porque siempre está metido en todas las salsas –se rio de su propio chiste–,

al menos de las que se alían en Bilbao y aparecen en las crónicas de sociedad de los diarios de la villa. No se pierde ningún sarao, y si lo hace es porque no merece la pena. De hecho organiza la mayor parte de ellos e incluso se corre el rumor, no confirmado pero con bastantes visos de ser verosímil, de que en ocasiones le pagan no solo por organizarlos sino también por acudir en persona. Si hay alguien en Bilbao que esté a la última, que sea lo más «fashion» y «cool» –fui incapaz de descifrar si cuando el fotógrafo usaba esas palabras hablaba en serio o se estaba cachondeando— del lugar, ese es Iker Martínez de Olabeaga. Por eso te he dicho que no me extrañaría nada que también trapicheara, aunque no tengo constancia de ello.

–¿A qué se dedica? ¿De qué vive?

–Si fuera mal pensado –volvió a reírse, se veía que el fotógrafo disfrutaba cotilleando–, podría decirte que del aire o algo así, pero en realidad se curra hasta el último céntimo que gana. Oficialmente es «relaciones públicas» y dentro de eso puedes meter lo que quieras, es la cara amable de discotecas y bares, representa a artistas y algún que otro deportista, organiza eventos y actos culturales y sociales y, sobre todo, es amigo de la *crème de la crème* de la sociedad bilbaína. Mira, casualmente tengo aquí un par de periódicos en los que aparece.

Sin perder el tiempo desplegó los ejemplares de los que me había hablado y buscó las páginas de sociedad. En los dos aparecía la misma crónica, la de una inauguración de una tienda dedicada a material deportivo ubicada en pleno centro de Bilbao, junto a la Alhóndiga. La mitad de ambos artículos estaba compuesta por nombres en negrita, entre los que se incluía el de Iker Martínez Olabeaga, que en uno de ellos aparecía junto a dos futbolistas del Athletic y un jugador del Bizkaia Bilbao Basket sonriendo a la cámara y con un indisimulado bronceado, pese a que la fotografía estaba en blanco y negro.

–La saqué yo –dijo muy ufano Carlos-Karlos–, y bastantes más, en ocasiones me llaman para cubrir los actos sociales que se hacen en Bilbao. Mira, hay más.

Sin yo pedírselo rebuscó en un cajón, al parecer conocía a la perfección las costumbres de Agurtzane y donde guardaba los periódicos, y me mostró varios ejemplares atrasados de los mismo diarios que me había enseñado antes. En todos ellos, en las clásicas secciones dedicadas a recoger la crónica social, aparecía Martínez Olabeaga, no siempre fotografiado, aunque cuando podía vérselo siempre destacaba por su moreno de rayos uva y su larga melena rubia. Daba igual a qué estuviera dedicado el acto, la inauguración de un restaurante indonesio, una exposición de pintura minimalista, la presentación de un premio literario o el inicio de la temporada de carreras de burros, allí estaba él, luciendo su sonrisa y mirando a la cámara con el aire desenvuelto de quien se sabe indispensable. Como no era lógico pensar que sabía de todo y se interesaba por todo, estaba claro que su presencia en ese tipo de actos se debía a que, como había insinuado Carlos-Karlos, parte de su trabajo consistía en eso precisamente, estar allí, tomarse unos cuantos cócteles y fotografiarse con el resto de los invitados. Si se piensa bien, vivir de eso no deja de tener su mérito.

–Por lo que veo le conocéis perfectamente –me dirigí tanto a Agurtzane como al fotógrafo–, ¿no podríais decirme algo más de él? ¿Soléis verle a menudo?

–En realidad –contestó primero Agurtzane–, quien más te puede contar cosas de él es Carlos-Karlos, a mí simplemente me lo han presentado en alguna ocasión, creo además que lo hiciste tú –se dirigió al fotógrafo, que asintió con la cabeza— y he cruzado un par de palabras con él, pero no puede decirse que le conozca lo suficiente como para poder hablarte de él.

–Así es –le tomó el relevo su compañero–, si Iker Martínez de Olabeaga ha hecho algo inconfesable no podríamos achacárselo a la mala influencia de Agur –dijo entre risas–, aunque espero que tampoco se me culpe a mí. No puedo negar que en ocasiones se me pueda considerar una mala compañía, pero tan solo soy el fotógrafo, me limito a decirle que mire hacia la cámara o se corra un poco más a la izquierda, incluso que se eche la melena hacia atrás para que no le haga sombras en la cara, en fin, ese tipo de cosas, pero nada más.

–Sin embargo has coincidido en muchas ocasiones con él, en este tipo de reuniones –señalé con la mano uno de los periódicos, que había quedado abierto en la página en la que se recogía uno de esos eventos sociales–, así que aunque de un modo superficial habrás hablado con él en más de una ocasión, e incluso habrás oído comentarios sobre él.

–Eso último es cierto, pero nunca he hecho caso a las habladurías de la gente. Si este es ya de por sí un país de envidiosos, imagínate lo que se puede decir de una persona que ha hecho de la asistencia a festejos su oficio, sobre todo cuando ese oficio le da para vivir mucho mejor que la media no ya de sus conciudadanos, sino incluso de los que asisten asiduamente a los mismos.

–¿Y qué se dice de él?

–Pues lo típico, que si aguanta ese ritmo de vida es porque le da a la coca o las anfetetas, que tiene agarrados por los huevos a muchos personajes importantes de Bilbao porque conoce muchas historias jugosas e incluso que tiene documentos y fotos comprometedoras. También que aunque se rodea siempre de bellezas femeninas es un homosexual que no se ha atrevido a salir del armario. En fin, lo de siempre, la verdad es que, como ya te he dicho, nunca he hecho caso a esas historias, aunque por otra parte... –se calló de repente, como si tuviera miedo de decir algo que no quería decir.

–¿Por otra parte qué?

–No sé, aunque sean las historias manidas y recurrentes de siempre, ya se sabe, del triunfador todos hacen leña en cuanto se descuida, tampoco son inverosímiles. Ya te he dicho anteriormente que no me extrañaría nada que trapicheara con drogas porque encaja con su personalidad y su modo de ser, incluso con el ambiente en el que se mueve, pero nunca he oído nada sobre él en ese sentido. Quiero decirte que eso es una cosa que antes o después se sabría, es difícil ocultarlo, al menos en ciertos círculos, ya que precisamente es en ellos donde mueves la mercancía, ¿no?, y sin

embargo nunca he oído nada que avalara esa tesis. Ese es el motivo por el que creo que está limpio, al menos en ese aspecto. Aunque quién sabe, quizás resulta que ha sido muy hábil y por eso da la impresión de estar totalmente limpio, ¿no?, si lo pensamos detenidamente no se puede descartar nada, todo el mudo es sospechoso mientras no se demuestre lo contrario, ¿no funcionáis vosotros con ese axioma?

Omití responderle, en parte porque aunque fuera un pensamiento incorrecto desde un punto de vista constitucional, ya se sabe, oficialmente todo el mundo es inocente mientras no se demuestre lo contrario, no le faltaba razón, lo que no significa necesariamente que me apeteciera dársela.

–Por lo que me has dicho tiene un nivel de vida alto, ¿no?

–Sí, la verdad es que maneja pasta. Y es generoso con ella, las cosas como son, no es el típico Tío Gilito, allá por donde pasa suele invitar a todo el mundo.

–¿Mujeres, coches, yates de lujo?

–Sí, sí y sí, lo primero pese a lo que te he dicho antes de que sospecho que es un gay encubierto.

–¿Viajes?

–¿Qué quieres saber, si suele ir a Thailandia o Marruecos a por mercancía? –no sabía si el fotógrafo de los cojones se estaba cachondeando de mí o me lo preguntaba en serio, pero la sonrisa con la que acompañó a su respuesta no me hizo la menor gracia.

–Algo así –me limité a responder.

–Pues en lo de Marruecos no habrías acertado, no recuerdo que haya estado allí nunca, aunque claro, tampoco manejo su agenda, pero creo que sí ha visitado Thailandia, lo mismo que Cuba y Brasil. Y para ser sincero, siempre pensé que lo que buscaba en esos países no eran precisamente sustancias alucinógenas sino algo más carnal, por decirlo de algún modo. Me imagino que con lo que has vivido, a estas alturas del partido no te escandalizarás porque te hable de turismo sexual.

No, esos temas por desgracia ya no me escandalizaban, aunque oír hablar en ese tono al fotógrafo me ponía de muy mala hostia, pero me contuve lo mejor que pude ya que me estaba siendo útil y confiaba en que siguiera siéndolo. Aunque de momento todo lo que había oído no eran sino opiniones y suposiciones, seguramente Eneko Goirizelaia tendría un punto de partida para hacer nuevas indagaciones sobre la personalidad y los negocios de Martínez Olabeaga. Pero hasta que la pesada maquinaria policial se pusiera en marcha y sacara las conclusiones pertinentes, yo no iba a permanecer quieto, tenía que hacer una nueva jugada.

–¿Podrías concertarme una entrevista con él? A solas.

–¿Una entrevista con Martínez de Olabeaga? ¿Los dos solos? –Carlos-Karlos había escuchado perfectamente lo que le había dicho, si me hacía solo esa pregunta era porque quería ganar tiempo antes de responderme, lo que significaba que no sabía qué hacer, pero que sí podía conseguirme esa cita.

–Sí, eso he dicho. Y cuanto antes mejor, ya hemos perdido mucho tiempo.

Tanto Agurtzane como el fotógrafo me miraron con el ceño fruncido, como si pensaran que mis últimas palabras constituían algún tipo de reproche, así que les expliqué que no iba contra ellos, pero que era importante.

–No quiero parecer melodramático –mentí, ya que sí quería parecerlo–, pero cada minuto, cada segundo que perdemos, es importante. Está muriendo gente, creo que eso lo tenemos los tres muy claro, así que cualquier cosa que hagamos, por nimia que parezca, puede llegar a ser importante.

–Bueno, supongo que tienes razón –dijo el fotógrafo aunque parecía lamentar tener que dármele–, intentaré contactar con él en cuanto pueda –añadió magnánimo.

–Ahora.

–¿Cómo que ahora?

–Sí, ahora. ¿Nunca has escuchado eso de «no dejes para mañana lo que puedas hacer hoy»? Eso significa la palabra ahora. ¿No tienes el móvil de Olabeaga? Seguro que sí, os movéis en el mismo mundillo...

–Oye, oye, un respeto, que lo mío es por trabajo, que quede claro –protestó, henchido de dignidad, el fotógrafo.

–En ningún momento he dicho lo contrario, así que no nos peleemos por eso. ¿Tienes o no su número de móvil?

–Sí lo tienes, ¿no lo recuerdas? –intervino por primera vez Agurtzane, indiferente al malestar que estaba produciendo en su compañero o quizás feliz por ello–, alguna vez le has llamado delante de mí para quedar en algún festejo.

–Sí, es verdad –dijo finalmente el del nombre repetido–, lo que me pasa es que la petición me ha pillado de improviso. En fin, dime exactamente qué es lo que quieres –añadió dirigiéndose a mí.

–Ya te lo he dicho, que hables con él y le convenzas para que me conceda unos minutos de su tiempo.

–De acuerdo, de acuerdo, veré lo que puedo hacer.

Aunque seguía estando reticente finalmente al bueno de Carlos-Karlos no le quedó más remedio que hacerme caso y cogiendo su aparato de ultimísima generación, sin perder más tiempo, casi con el pensamiento y es que la tecnología avanza que es la hostia, como hubiera dicho don Hilarión de haber sido vasco, marcó el número de Martínez Olabeaga. Durante cinco minutos tuvimos que escuchar los subsiguientes saludos relamidos, las alusiones a las dos rubias, tres pelirrojas y cuatro morenas que se habían cepillado en los últimos tiempos, lo gordo que se había puesto un conocido común y lo inmensamente cutre que había sido el Lehendakari al no invitarles a la recepción que anualmente ofrecía en Ajuria Enea. Estaba ya impacientándome cuando empezó a hablarle de mí, y no sé si fue por una reacción mimética a la de su interlocutor, pero su semblante cambió para ponerse extremadamente serio. Pocos segundos después la sonrisa volvió a su cara mientras hablaba en un tono inusualmente bajo, pero lo suficientemente alto como para que Agurtzane y yo nos enteráramos de todo. Supongo que eso era lo que pretendía.

–De acuerdo, Iker, muchas gracias, te debo una. ¿Cómo que una más? Pero qué malísimo que eres, bandido, con lo que yo te quiero. No, si ya sé que no le va a hacer ni puta gracia, pero no le va a quedar más cojones que tragar y joderse si quiere hablar contigo. Chao, guapetón, nos vemos.

–¿Qué es lo que se supone que no me va a gustar, pero que voy a tener que tragarme? –intenté controlarme lo mejor que podía, no se trataba de hostiarle delante de Agurtzane, que ya había empezado a tener serias dudas sobre mi pertenencia a la especie del *homo sapiens* o si era un residuo del eslabón perdido que milagrosamente había sobrevivido a través de los tiempos.

–Lo siento, no quería ofender, es tan solo un modo de hablar –estaba disfrutando el muy cabrón–, el caso es que me ha costado un huevo y parte del otro convencerle y, claro, no me ha quedado más remedio que aceptar sus condiciones.

–¿De qué condiciones estamos hablando?

–Bueno, en primer lugar eso de «a solas»..., no le ha hecho mucha gracia.

–¿Y qué quiere? ¿Que montemos una tertulia? –intenté demostrarle que yo también puedo llegar a ser irónico si me lo propongo, pero mi comentario sonó más enojado que humorístico.

–Ja, ja, ja, eso ha estado bien, muy ingenioso –se rio sin mucha convicción, solo por exigencias del guión–, claro que no, digamos que hablaréis a solas, por supuesto, pero en un lugar público. Me ha dicho que así se siente más seguro.

–¿Más seguro? –intenté mostrarme extrañado.

–Pues sí, más seguro, eso me ha dicho. Quién sabe, igual es el síntoma de una conciencia culpable.

Lo que me faltaba, ahora el fotógrafo se me revelaba como un perspicaz psicólogo criminalista. Estuve tentado de recomendarle que pidiera la entrada en la Ertzaintza, pero en el fondo mis antiguos compañeros no me caían tan mal, así que me abstuve de animarle en tal sentido, limitándome a pedirle que me explicara cómo habían quedado exactamente.

–Más bien cómo habéis quedado vosotros. Mañana a las doce del mediodía podréis charlar un ratito en la biblioteca de Bidebarrieta.

–¿En Bidebarrieta? ¿A las doce de la mañana? ¿Es una broma?

–¿Qué pasa, que para ti es una hora muy temprana y no te gusta madrugar? ¿O lo que no te gustan son las bibliotecas? Yo pensaba que los maderos de hoy en día no erais como los de antes, que sabíais leer y esas cosas, incluso que teníais estudios –volvió a chancearse, frustrando de este modo los heroicos esfuerzos que había hecho últimamente porque no me cayera como un grano en el culo–. Pues sí, en la biblioteca municipal y a esa hora. Por lo menos si quieres hablar con él. Es una condición *sine que non*, y no pienses que soy un pedante por hablar en latín, me limito a repetir textualmente sus palabras. Y antes de que vuelvas a interrumpirme déjame que te explique cuáles son los motivos para quedar allí.

»Mañana se presenta en Bidebarrieta la última novela de un autor sueco de novela

negra, uno de esos que tan de moda están, y como Martínez de Olabeaga organiza el evento se le ha ocurrido que sería todo un puntazo el que un detective de verdad acudiera a la presentación, ya sabes, los contrastes entre la realidad y la ficción y todas esas mierdas literarias.

–¿Qué? ¿Estáis locos Olabeaga y tú?

–Oye, mira, a mí déjame en paz, ¿vale? –el fotógrafo abandonó su pose irónica para mostrarse enfadado–, eres tú el que quiere hablar con él, yo solo soy un simple intermediario, si de verdad quieres cruzar unas cuantas palabras con Iker no te va a quedar más remedio que aceptar. Por si no lo recuerdas, ya no eres policía, así que no tienes ninguna autoridad sobre él, o sea que ya sabes, lo tomas o lo dejas. Y en lugar de meterte conmigo podías darme las gracias por una puta vez en tu vida, ya que sin mi intervención nunca hubieras conseguido hablar con él.

Lo más jodido del asunto es que el cabrón del fotógrafo tenía razón, toda la razón del mundo, si deseaba entrevistarme con Martínez Olabeaga no me quedaba más cojones que pasar por el aro. Y por si no lo tuviera claro la propia Agurtzane me lo recordó.

–Tampoco te va a pasar nada por estar un rato en la biblioteca y dejarte ver junto a un escritor de novela negra, conozco unos cuantos y en general no son mala gente –dijo.

–Me imagino que en ese acto habrá mucha gente. ¿Ya tendremos ocasión de charlar un rato de un modo discreto y sin testigos?

Carlos-Karlos se encogió de hombros antes de responder, no sé si para mostrar su escepticismo o porque todo le daba igual.

–Es difícil, lo admito, pero me ha dicho que sí, que podréis charlar con tranquilidad, lo que no sé es cómo, pero no te queda otra posibilidad que fiarte de él, ya te lo he dicho antes.

–De acuerdo –claudiqué finalmente–. Dile que sí, que mañana estaré a las doce en punto en la biblioteca. Pero dile también que mucho cuidado con engañarme, el no llevar una placa no es una garantía para él sino todo lo contrario, ya que no tengo que atenerme a las normas, y si hay algo que no me gusta es que me mientan. Así que más le vale cumplir con su parte del trato, recuérdaselo cuando vuelvas a hablar con él si es que tienes ocasión de hacerlo.

Por el número de gente que acudió, quedaba claro que los escritores nórdicos tienen tirón entre las masas, sobre todo si se tiene en cuenta que la presentación daría comienzo a las doce del mediodía, lo que excluía del mismo a la esforzada gente trabajadora de la villa. O quizás Iker Martínez Olabeaga era bueno en lo suyo y sabía cómo manejar ese tipo de actos a satisfacción de quienes le pagaban, el caso es que el salón de actos de la biblioteca estaba abarrotado. Prácticamente no cabía un alfiler. Afortunadamente debieron incluirme en una lista vip, creo que era la primera vez en la vida que me ocurría algo parecido, y una azafata que seguramente se sentiría más en su salsa en un congreso sobre «coaching and management» que en una presentación literaria me acompañó hasta la primera fila. Allí hubiera podido saludar, en caso de ser ese mi deseo, al alcalde de la villa y a unas cuantas personalidades más del mundillo político, económico y social de Bilbao, incluso podía verse, un tanto desubicados, eso sí, a algunos ilustres representantes del ambiente cultural. El propio Presidente del Tribunal Superior de Justicia del País Vasco, mi viejo amigo Germán López Argüelles, no pudo disimular su sorpresa al verme sentado tres butacas más a su izquierda, pero con el aplomo que da la buena crianza me sonrió cortésmente, casi de un modo imperceptible.

Durante unos minutos estuve alzando el cuello, casi al límite de la tortícolis, para intentar encontrar a Olabeaga, pero mis intentos fueron vanos porque no le localicé. Incluso llegué a pensar que todo ese montaje era una pamema y que en ningún momento había tenido la intención de concederme una entrevista, pero en ese caso era absurdo que me citara en un acto que había sido organizado por él, como me confirmaron nada más llegar, y al que tendría que acudir inexcusablemente. Mi nerviosismo empezó a acrecentarse cuando comprobé que también iba en aumento el de los editores, que no se explicaban el motivo de su ausencia. Aún así tan solo le dieron unos pocos minutos de gracia, en realidad el trabajo ya estaba hecho y su presencia no era necesaria, le esperaban simplemente por cortesía, por lo que con quince minutos tan solo de retraso sobre el horario previsto finalmente dio comienzo el acto. Un acto que tuve que tragarme de la cruz a la fecha, ya que embutido como estaba entre un alto cargo de la BBK y un directivo de la Asociación Bilbaína de Amigos de la Ópera, en la primera fila para mayor agobio como ya he explicado, me fue imposible efectuar una maniobra de evacuación que al mismo tiempo fuera discreta.

La verdad es que la cosa no estuvo mal del todo. En primer lugar habló el alcalde que se congratuló (podría haberse felicitado, pero lo que hizo fue congratularse, qué le vamos a hacer) de presentar la nueva obra del último escritor que se había incorporado a la extensa nómina de autores nórdicos publicados en español. No parecía haberse leído el libro porque enseguida cambió de tema y nos anunció, consiguiendo que prácticamente todos los asistentes le propinaran una gran ovación,

que por fin se había logrado el objetivo de endeudamiento cero en la ciudad sin que por ello hubiese habido ningún menoscabo en la calidad de vida de sus habitantes. Al principio no entendía que tenía que ver una cosa con la otra, pero cuando la gente dejó de aplaudir recordé que dentro de pocos meses se celebraban las elecciones municipales.

Más tarde fue el turno del presentador, Iñaki Artetxe, un escritor local que pese a estar obligado por su papel en la representación a elogiar vehementemente la obra del sueco de turno, cosa que efectivamente hizo, de vez en cuando metía entre col y col lechuga diciendo medio en broma, medio en serio, que era una pena que su apellido no acabara en «sson» o «sen». Como más eufónico quede, añadió (aunque la verdad, ni «Artetxesson» ni «Artetxesen» me sonaban muy bien), para que sus novelas alcanzaran los puestos prominentes en las listas de libros más vendidos que solían estar reservados a los autores venidos del frío norte e intentando explicar, ya de un modo más intelectual y un poco pedante, cómo en la adicción a la novela negra nórdica había «un punto morboso, ya que echa por tierra el concepto que desde siempre hemos tenido en España de los países escandinavos como referentes de Estado del Bienestar. El hecho de ver que en esos países que considerábamos un paradigma de los beneficios de la socialdemocracia también padecen problemas económicos, de desajustes sociales o de racismo, no es que nos haga felices, por supuesto, pero sí que nos consuela de algún modo y mitiga nuestro secular complejo de inferioridad». Así finalizó su discurso el tío, consiguiendo la complicidad, en forma de aplausos, de los asistentes.

A todo esto Olabeaga seguía sin aparecer cuando el sueco de turno, que medía casi dos metros, tomó la palabra y empezó a largarnos, con la ayuda de la traducción simultánea, el rollo que traía preparado desde la lejana ciudad de Estocolmo. Según él en su país se mataba por aburrimiento. Con unas noches eternas, un clima gélido y un carácter en consonancia con el clima, a los suecos no les quedaba más remedio, para sacudirse de encima el tedio, que descuartizarse los unos a los otros y esparcir sus restos por los parques públicos. ¡Gilipolleces! Cuando mi abuela se aburría hacía calceta y en cuanto a por qué se mata, si mi experiencia como policía podía servir de algo, se hace siempre por los mismos motivos, por poder, por dinero, por sexo, por venganza, porque la ira nos nubla la vista y el entendimiento y no sabemos lo que hacemos, por ansias de dominar al otro, de decirle quién es el que manda, por obtener una ventaja, incluso por amor, aunque dudo mucho que quien mata a la persona amada la amara de verdad, seguramente la deseaba, pero eso no es amar. De todos modos me abstuve de decir eso en el posterior coloquio público que se organizó cuando el sueco dejó de hablar. No necesitaba significarme más de lo que ya lo había hecho y, por otra parte, el autor se había metido a la concurrenceia en el bolsillo cuando finalizó su perorata diciendo lo feliz que le hacía encontrarse en «esta hermosa tierra vasca para hablar de mi última novela». Y es que en el fondo, aunque sabemos que es tan solo parte del guión, nos encanta que nos hagan la pelota, así que

para no desentonar del ambiente me sumé a las calurosas ovaciones con que se premió al escritor sueco y se dio por finalizado el acto.

La estampida de la mitad de los asistentes en busca de la salida se vio interrumpida por los corrillos que los más reacios entre ellos a abandonar la biblioteca habían formado para hablar, no tanto de la obra presentada como de sus propios asuntos. En uno de ellos se encontraban Carlos-Karlos, que había acudido al acto en su condición de fotógrafo de uno de los periódicos de Bilbao y Agurtzane, que también había decidido sumarse a la fiesta, posiblemente porque quería vigilarme mientras charlaba con Martínez Olabeaga, pero este seguía sin dar señales de vida. Por lo que me dijo el fotógrafo sí que había acudido, al menos él le había visto y le había sacado una fotografía para publicarla al día siguiente junto a la correspondiente crónica. Pude comprobar en persona que lo que me decía era cierto cuando me mostró, en el visor de su cámara digital, cómo se abrazaba de un modo campechano con una concejala del Partido Popular y también con un conocido locutor de una emisora de radio. En la foto se le veía sonriente y feliz, como si posar fuera para él lo más natural del mundo. Curiosamente muchos de los asistentes me confirmaron, cuando hablé con ellos, que le habían visto venir, pero ninguno le había visto abandonar el edificio. Empezaba a sentirme engañado y a comprobar cómo se me aceleraba la mala hostia cuando un movimiento extraño junto a uno de los servicios me obligó a rectificar.

Normalmente en las películas los cadáveres suelen ser descubiertos por señoritas jóvenes, habitualmente rubias y vestidas con unas ceñidas transparencias que hacen babear de gusto al espectador, cuando nos comunican su desagradable descubrimiento con unos chillidos capaces de romper al instante una cristalería completa de Bohemia, pero en el caso de Martínez Olabeaga quien tuvo el honor de hacernos partícipe del hallazgo de su cuerpo fue un concejal de la oposición que salió lívido del servicio de caballeros, con la cara totalmente pálida y vomitando todos los canapés que acababa de echarse al colete a cuenta de la editorial del sueco. De hecho eso fue, la vomitona, lo que causó la inquietud de los presentes, que todavía desconocían el motivo, algunos maliciosos lo achacaban a la ingesta excesiva de cócteles de cava y ginebra, de que el edil hubiera regurgitado hasta su primera papilla. De todos modos siempre hay algún valiente o inconsciente al que no le importa meterse en la boca del lobo y poco después otra vomitona se unió a la del citado edil, aunque en este caso al afectado le dio tiempo para informar de que en el interior del servicio había un hombre muerto.

Antes de que nadie se me adelantara o me impidiera entrar me colé en el lavabo, para comprobar que mis más siniestros presagios se habían cumplido, el muerto que yacía sobre el marmóreo suelo del baño era Iker Martínez Olabeaga. Al parecer había fallecido (o le habían asesinado, si bien yo me inclinaba por esta última hipótesis aún era pronto para confirmarla) dentro de una de las cabinas y su peso había acabado por romper la puerta, lo que confirmó el concejal al decirme más tarde que estaba

lavándose las manos después de haber orinado cuando escuchó un fuerte estrépito y al mirar hacia atrás vio cómo se había desencajado la puerta y a través de ella caía, «como si fuera un saco de patatas», esas fueron sus palabras textuales, un hombre al que en un primer momento no reconoció.

Debido a que en pocos segundos se congregó un montón de gente en torno al cadáver no pude examinarlo como me hubiera gustado así que me limité a pedirles que, por favor, se alejaran del mismo «para no contaminar la escena del crimen». La mayoría de los asistentes al acto debían ser asiduos a las series tipo CSI, porque casi todos obedecieron al instante e incluso algunos de ellos comentaron en voz alta que pensaban lo mismo que yo. Desgraciadamente una minoría cuestionó mi capacidad o, mejor dicho, mi autoridad para dar esas órdenes, pero inesperadamente vino en mi ayuda, quizás se lo insinuó su hija, el propio López Argüelles, que me otorgó provisionalmente el estatus de asesor del Tribunal Superior y me puso al mando hasta que llegaron el juez de guardia y la Ertzaintza.

Precisamente una de mis primeras medidas fue llamar a Eneko Goirizelaia. Desconocía si estaba de servicio o si le correspondía esa salida, pero era consciente de que mi situación allí podría prestarse a equívocos y el hecho de tener junto a mí a un buen amigo, por mucho que se pasara todo el día gruñendo y despotricando contra mi persona, iba a ser importante en esos momentos. Tuve suerte en ese aspecto ya que por turno le correspondió hacerse cargo del caso a un viejo compañero que no me tenía mucha simpatía, pero como no era amigo de complicarse la vida y prefería sestear en comisaría antes que investigar un asesinato, accedió gustosamente a que Eneko le sustituyera.

Con la ayuda de un guardia de seguridad que seguramente nunca se había visto metido en algo parecido y agradecía ostensiblemente que alguien le dijera lo que tenía que hacer conseguí que poco a poco casi todos los asistentes fueran despejando el servicio de caballeros, aunque de momento se les requirió, utilizar la palabra prohibir hubiese sido muy fuerte dada la posición social de gran parte de ellos, para que no abandonaran la biblioteca.

El que sin lugar a dudas estaba encantado con lo ocurrido era el escritor sueco. Y la verdad, no era para menos. La elevada estima en la que, según dijo al principio de la disertación sobre su libro, tenía por nuestro país seguramente había subido muchos enteros tras comprobar en vivo y en directo que en Euskadi sí que sabíamos organizar ese tipo de actos. Ahí es nada, que en plena presentación de una novela negra apareciese el cadáver de un hombre con todo el aspecto de haber sido asesinado era un auténtico puntazo, la guinda del pastel que todo escritor de novela policíaca desearía y envidiaría, ya me lo imaginaba comentando el hecho en un *pub* de Estocolmo mientras saboreaba uno de esos fuertes licores nórdicos con un noventa por ciento de alcohol y recomendando a todos sus colegas escritores que se dieran un paseo por Bilbao para presentar sus obras. Y es que los vascos somos así, sí señor, con dos cojones y una txapela^[9], como está mandado, y si para que la presentación de

una novela policiaca constituya todo un éxito es necesario poner un cadáver, pues se pone.

Quienes no tardaron en aparecer, antes de que se presentaran el juez o los policías de homicidios, fueron los forenses. Cuatro, para ser más exactos, entre ellos un viejo conocido, Andoni Zubikarai, que como sus colegas venía acompañado por su novia. Al parecer la editorial también les había invitado a la presentación, de ahí que estuvieran presentes y apenas tardaran unos pocos segundos en unírseme.

Fue Zubikarai el que se arrodilló junto al cadáver y, tras ponerse unos guantes que llevaba en el interior de su chaqueta, o era un hombre muy prevenido o estaba de guardia, examinó a Martínez Olabeaga. Pese a que en un primer momento de nuevo pude detectar un extraño nerviosismo en su persona cuando se percató de mi presencia, enseguida se impuso su profesionalidad y le examinó lo más a fondo que pudo en tales circunstancias. Al acabar me miró a los ojos y olvidándose quizás de que yo ya no usaba placa me dijo que Olabeaga había sido asesinado.

—¿Observas esta herida en la nuca, justo debajo de su pelo? Tiene todo el aspecto de ser la causa de su muerte y haber sido efectuada con un objeto punzante muy fino. Muy fino, sí —repitió, más para él mismo que para mí—, pero lo suficiente como para acabar con la vida de una persona.

En esos momentos me alegré de que el autor sueco no estuviera escuchando a Zubikarai, ya que si se hubiera enterado de que el muerto había sido descabellado le habría entrado un espasmo de placer pensando que había asistido a un ancestral ritual de la España más profunda.

—No ha habido forcejeo de ningún tipo —siguió recitando Zubikarai—, así que o quien le asesinó fue muy silencioso o seguramente la víctima le conocía y no sentía ningún recelo ante él... o ella —añadió, no sé si por prudencia forense, ya que desconocíamos si el asesino era hombre o mujer, o por ser políticamente correcto y no incurrir en un lenguaje sexista—. Hay otra cosa, ciertamente muy curiosa. Aunque el golpe mortal es el primero, el de la nuca, también ha sido degollado. No hay mucha sangre ya que, como te he dicho, murió a causa de la incisión propinada en la nuca, pero luego le rajaron el cuello de parte a parte.

—¿Tiene eso algún sentido para ti?

—No especialmente, podría ser que el asesino aprovechara la oportunidad de tenerle de espaldas para propinarle el primer golpe en la nuca, pero que no estuviese seguro de si le había matado o solo le había dejado mal herido e inconsciente, y decidiese asegurarse rebanándole el cuello. Eso vosotros tendréis que dilucidar a lo largo de la investigación, no creo que la autopsia pueda decirnos nada a este respecto.

Parecía razonable y, por otra parte, era lo único que podía decirnos de momento hasta que fuera practicada la autopsia, pero lo dijo a tiempo de que le escucharan tanto el juez como Eneko Goirizelaia, que llegaron por separado aunque casi simultáneamente. Mientras los hombres de la Ertzaintza precintaban el recinto y lo examinaban milímetro por milímetro en busca de cualquier residuo que pudiera servir

como prueba o indicio, el juez se aprestó a efectuar la correspondiente diligencia de levantamiento de cadáver. No le conocía de asuntos anteriores y se le veía bastante joven, como si hubiese acabado de salir de la Escuela Judicial, así que supuse que sería nuevo en la plaza. Mejor así, ya que no me conocería ni estaría, por tanto, lleno de prejuicios en mi contra. Al menos por el momento, ya que no me hacía muchas ilusiones, si alguna vez he conocido gremios corporativistas, el judicial se lleva la palma. Además, en cierto modo se sentía intimidado por la presencia de su máximo superior jerárquico, al que miraba constantemente en busca de su tácita aprobación.

En primer lugar interrogó al hombre que encontró el cadáver, según el manual quien primero ve el fiambre es también el primer sospechoso, aunque suele ser raro que las sospechas se confirmen, pero por si acaso. Con el tipo aquel se cumplieron nuevamente los pronósticos, a la espera de la posterior investigación policial daba la impresión de que simplemente había tenido la mala suerte de estar en el lugar y el momento equivocados. Por no ser ni siquiera era del círculo de amigos y conocidos de Martínez Olabeaga, si había acudido al acto era porque próximamente se iban a celebrar elecciones y como de nuevo era candidato no podía desperdiciar la más pequeña oportunidad de salir en la prensa.

De hecho el testigo se limitó a repetir ante el juez lo que ya nos había explicado antes. Poco le faltó, además, para repetir también la vomitona, ya que según iba hablando su rostro, que había recuperado parte de su color habitual, estaba poniéndose lívido de nuevo. O era muy buen actor o, en efecto, su presencia en el lugar de los hechos era circunstancial y así lo entendió el magistrado que, temeroso de que sus relucientes zapatos nuevos sufrieran un regalito indeseado viendo los esfuerzo que hacía el testigo por mantener la compostura, le liberó diciéndole que podía marcharse.

Posteriormente llegó mi turno de responder a sus preguntas y tengo que afirmar que no le mentí en ningún momento. No le mentí cuando le dije que no conocía al muerto, porque es cierto que no le conocía, ni le mentí al decirle que un amigo (estrictamente Carlos-Karlos no era un amigo, pero explicar los intrínquilis de nuestra relación al juez me parecía, en esos momentos, innecesario) me había pedido que fuera ya que a los organizadores les parecía interesante que un antiguo policía acudiera a la presentación de una novela policíaca. No, la verdad es que no le mentí en ningún momento aunque si hubiera recordado las clases de Religión que recibí de joven en los escolapios habría recordado que también se puede pecar por omisión, pero esa era otra cuestión y además sabía perfectamente que todo lo que le había ocultado al juez tendría que soltarlo cuando mi buen amigo Eneko Goirizelaia fijara sus inquisitivos ojos en mi humilde persona.

De momento daba la impresión de que ni siquiera me reconocía, ocupado como estaba dando órdenes a sus hombres y hablando con todo aquel que hubiera tenido algo que ver en vida con el difunto Olabeaga. Lo más lógico hubiera sido pensar que al igual que en el caso del juez, hablar conmigo tendría que haber sido uno de sus

principales objetivos, pero ni siquiera me dedicó una mirada fugaz. Hasta que el magistrado no dio por finalizadas las preceptivas diligencias de inspección ocular y levantamiento del cadáver y ordenó que lo transportaran al Instituto Vasco de Medicina Legal para que le practicaran la autopsia. Fue ese también el momento que eligió Eneko para despedirse de sus hombres y con un simple gesto pedirme, u ordenarme para ser más exactos, que le siguiera.

Ninguno de los dos pronunciamos una palabra hasta que salimos del Casco Viejo y enfilamos el puente del Arenal. Fue entonces, aprovechando que estábamos parados ante el semáforo en rojo, cuando me pidió que le hablara de Martínez Olabeaga.

–La verdad es que no hay nada que hablar, Eneko –intenté ser lo más convincente posible–, sé de él tanto como tú, o quizás menos.

En contra de lo que yo esperaba mi amigo no estalló en uno de esos espontáneos brotes de cólera a los que era propenso, sobre todo cuando estaba en mi compañía, sino que mantuvo la calma y me dijo, con voz suave, casi inaudible, que lo entendía, que lo entendía perfectamente. La verdad es que hubiera preferido que se cagara en todos mis muertos y me mandara a tomar por culo antes que mantener esa actitud. Era como el viento suave que precede a la tormenta.

Pensaba que me iba a llevar otra vez a comisaría, pero estaba equivocado. En lugar de eso se acercó hasta Indautxu y aparcó junto a la Alhóndiga, pero no entramos en el viejo almacén de vinos sino que nos dirigimos (bueno, se dirigió él, yo me limité a seguir sus pasos) a una de las terrazas de la Alameda San Mamés donde, sin preguntarme qué quería tomar, pidió dos cañas y una ración de jamón. A los ojos de cualquiera que nos estuviese observando pareceríamos tan solo dos amigos que disfrutaban mutuamente de su compañía mientras despellejaban a los conocidos ausentes o hablaban de los tópicos de siempre, ya se sabe, fútbol, política y mujeres, pero yo, que conocía perfectamente a mi viejo compañero, empezaba a estar acojonado. Tanta calma, tanta quietud, tanto sosiego, no eran normales en él.

–Así que no tienes nada que decirme sobre Olabeaga, ¿no? Incluso sabes menos de él que yo. Parece mentira, ojo, no digo que sea mentira, tú nunca me mentirías, ¿verdad?, solo que lo parece. Aunque no deja de ser raro que tú sepas menos que yo porque yo no tengo ni puta idea sobre quién era. Creo que en las operaciones matemáticas se pueden manejar cantidades negativas, pero en la vida real lo dudo mucho –meneó tristemente la cabeza de izquierda a derecha–, en la vida real cuando algo es menos que cero uno se pone en guardia, porque esas magnitudes no existen.

–Bueno, tan solo es una manera de hablar, no tienes que tomártelo tan a pecho –intenté defenderme lo mejor que pude, consciente de que todo esfuerzo que hiciera en ese sentido iba a ser en vano–, lo que quería decirte era que yo tampoco conocía a Martínez Olabeaga.

Eneko dio un nuevo sorbo a su jarra de cerveza aunque curiosamente no pareció disminuir la cantidad de líquido que albergaba. Luego, tras mirarla fijamente, como si también a él le pareciera eso un milagro, en lugar de la reproducción de los panes y

los peces nos encontrábamos ante el de la jarra de cerveza eternamente llena, me volvió a mirar a los ojos y cuando incapaz de aguantar su mirada retiré los míos habló de nuevo en un tono tan bajo que tuve que hacer esfuerzos sobrehumanos para oírle.

–Entiendo, entiendo, sí, creo que lo entiendo perfectamente. No sé cómo no me he dado cuenta antes, con lo sencillo que es todo. A ver si me explico para que tú también lo entiendas. Primero, tú me llamas por teléfono para preguntarme por un tal Martínez Olabeaga. Segundo, un día después el tal Martínez Olabeaga es asesinado en un lugar en el que tú, casualmente, te encuentras. Tercero, cuando te pregunto sobre tu relación con él resulta que no sabes nada de nada ni tienes nada especial que contarme. Cuarto, a mí se me queda cara de gilipollas. Quinto, la constitución me prohíbe darte una hostia, pero toda constitución es susceptible de modificación, a veces sin necesidad de votaciones en el Parlamento ni referéndum. ¿Voy bien o me he dejado algo?

Iba tan bien que no me quedó más remedio que contárselo todo. Al fin y al cabo no me ataba ningún tipo de secreto profesional y, por otra parte, si quería seguir en el baile no podía tener en contra a la policía. Además, si iba a seguir solicitando la ayuda de Eneko y sus compañeros, tenía que darles algo a cambio, aunque en una cosa no le había mentido, no era mucho lo que sabía acerca de Olabeaga, tan solo lo que me habían contado Agurtzane y Carlos-Karlos y el mensaje que había recibido de manos del guardaespaldas del Palé.

–Pues ahora que me lo has contado todo, y espero por tu bien que efectivamente así haya sido –me dijo Eneko cuando acabé de confesarme con él–, estoy peor que al principio. Porque cuando ayer te dije que en comisaría no teníamos nada contra él te dije la verdad. Incluso he vuelto a insistir con mis colegas de la lucha antidrogas, por si se habían dejado en el tintero algún detalle, por insignificante que pudiera ser, y aparte de mandarme a la mierda, y con razón, ya que había dudado de ellos, volvieron a repetirme lo mismo, no tenían nada contra Olabeaga, ni siquiera el más pequeño rumor.

–Pues algo tiene que haber porque le han matado, y además justo tras haber accedido a entrevistarse conmigo.

–¿Podría estar el Palé detrás de todo esto?

–No digas chorradas, Eneko, si así fuera, ¿para qué iba a proporcionarme su nombre, para luego tener que ordenar su asesinato antes de que pudiéramos hablar? No tiene ningún sentido. Además, tú mismo me dijiste que era verdad que quería reconducir sus asuntos y alejarse de todo lo que oliera a ilegal, y ese no es el mejor modo de iniciar una nueva vida. Ya sé que esto último no es concluyente, creo que nunca me fiaré de él, ni siquiera si llega a ser Presidente de la Cámara de Comercio, sencillamente involucrarse en un juego de este tipo iría contra sus intereses, para él hubiese sido más sencillo eliminarle en otro momento y sin llamar la atención ni ponerme sobre su pista.

–Sí, no me gusta admitirlo, pero creo que tienes razón. Me has dicho que quienes

te informaron sobre él fueron Agurtzane y el fotógrafo del nombre repetido, ¿podrían saber algo más de lo que te dijeron?

–No lo sé, no creo, de Agurtzane me fío, hasta donde puedo fiarme de una mujer –odiaba parecer misógino, pero aunque lo iba superando todavía el recuerdo de Natalia pesaba mucho en mi interior–, y en cuanto al fotógrafo, no sé, no le conozco demasiado, pero tengo que reconocer que aunque me gusta tanto como unas almorranas me pareció sincero.

–Y según ellos, Olabeaga no trapicheaba.

–Bueno, la verdad es que me dijeron eso, y creo que me dijeron la verdad, pero en el fondo de sus palabras había un trasfondo de duda, en realidad lo que me contaron es que a ellos no les constaba que traficara con estupefacientes, pero que de hacerlo encajaría tanto con su personalidad como con la oportunidad que le proporcionaba el codearse con los más selecto y granado de nuestra alta sociedad.

–Quizás tengamos que hurgar por ahí, bueno, quizás no, seguramente lo haremos, independientemente de su relación o no con el narcotráfico ha sido asesinado, pero tendremos que andarnos con pies de plomo, en las negritas de las crónicas de sociedad aparece mucho figurón, pero también hay un montón de financieros, jueces o políticos con los que hay que tener más cuidado que con un yonqui pasando el mono con una pistola en la mano.

La verdad es que no le envidiaba el trabajo que tenía por delante, y así se lo dije antes de despedirme de él, con la intención de irme a comer un menú del día a una de las cafeterías de la zona. En otro momento seguramente habiéramos ido juntos, pero me apetecía estar solo, para rumiar con tranquilidad mis pensamientos y reflexionar sobre lo que estaba ocurriendo. El caso, que parecía anodino al principio, cuando López Argüelles me persuadió para que ayudara a su hija, se estaba complicando de un modo inesperado. Para distraerme e intentar abstraerme por unas horas de todo me acerqué a los «Golems», los nuevos cines que habían abierto en el interior de la Alhóndiga y compré una entrada, pero ni siquiera me acuerdo de qué película se trataba ya que el cansancio, o quizás la excitación que me había producido el asesinato de Olabeaga, me venció y me quedé completamente dormido.

Cuando salí del cine ya era de noche y aunque volvía a encontrarme descansado y en plena forma, decidí regresar cuanto antes a mi domicilio. Un amigo experto en la recuperación de teléfonos móviles me había enviado un SMS en el que me anunciaba que acababa de remitirme por correo electrónico la información que había conseguido obtener del móvil de Erika Pereda y quería verla lo antes posible.

Cuando abrí el ordenador me estaban esperando no uno, sino dos mensajes. Y el segundo me puso de una mala hostia tan grande que tardé en conciliar el sueño. En él un gilipollas me recriminaba mi incapacidad para resolver las muertes de un puñado de jóvenes ocurridas en mi ciudad a consecuencia de una partida de drogas en mal estado e incluso se atrevía a ponerme en guardia para que no me dejara engañar. Según el informante anónimo, quien había propiciado esos crímenes era la misma

persona que había asesinado a Olabeaga. Hasta me facilitaba su nombre. Por un momento pensé en responderle diciendo que se metiera su información por el culo o se la pasara a la Ertzaintza si tenía pruebas para sostener tales afirmaciones.

En una ocasión anterior tuve también una ayuda indeseada gracias a la cual, es cierto, resolví el caso, pero en compensación recibí un tiro que, aunque no me dejó secuelas en la pierna, sí me las dejó en mi cabeza. Todavía me despierto de vez en cuando bañado en sudor tras haber vuelto a ver, en mis sueños, esos ojos fríos que me miraban mientras su propietario decidía si me liquidaba o me dejaba vivir. Por eso mi primera reacción, tal vez absurda ya que no podía tratarse de la misma persona, fue una mezcla de cabreo y humillación tan grande que si hubiese tenido junto a mí a quien me había enviado el mensaje le habría arrancado la cabeza de cuajo. Afortunadamente para él ni estaba en persona ni siquiera identificado, ya que el cabrón (o la cabrona, tanto da) lo había enviado desde una de esas direcciones que se puede crear gratuitamente y en la que no aparece tu nombre sino cualquier tontería que se te ocurra poner, como por ejemplo, `amigodeundetectiv
etontoyenapuros@hotmail.com`. Muy ingenioso, sí señor, pero que muy ingenioso, casi tan divertido como darle una patada en los huevos al autor del mensaje.

Consumido por la indignación estuve tentado de eliminarlo de mi bandeja de entrada. Si no lo hice fue porque, a pesar de todo, hubo una cosa que me intrigó. Según mi anónimo comunicante yo conocía perfectamente al responsable de esas muertes, alguien que últimamente solía ponerse nervioso en mi presencia, eso no lo decía el mensaje sino que lo pensé yo, porque el nombre que aparecía en el *e-mail* era el de un conocido forense de Bilbao, mi viejo camarada Andoni Zubikarai.

Los días siguientes a la muerte de Iker Martínez Olabeaga no fueron muy agradables para Andoni Zubikarai. Como era su turno le había correspondido hacerle la autopsia, pero la había efectuado de un modo mecánico, sin la pasión que, por extraño que parezca, solía poner habitualmente en su trabajo. Ni siquiera la perspectiva de encontrarse posteriormente con Ainhoa le había animado; en realidad era más bien la causa de su depresión. La noche anterior, la misma noche del asesinato, hicieron el amor con una furia tan grande que parecía que llevaran meses, o más bien años, de abstinencia. Se preguntó si habría sido el canto del cisne, ese hermoso canto que según la leyenda ejecuta antes de su muerte. ¿Habría muerto también la relación que mantenían? Seguramente sí, hay cosas que desgraciadamente no tienen marcha atrás. O al menos esa sensación tuvo durante toda la semana. Y lo peor no era lo que había ocurrido entre ellos, la fortísima discusión que tuvieron al día siguiente cuando, tras redactar el correspondiente informe, en esta ocasión no había delegado en Román, se acercó al apartamento de Ainhoa totalmente borracho y montó una zapatiesta de mil pares de demonios, sino lo que iba a hacer dentro de muy poco tiempo. Aún dudaba, sabía que en caso de darlo se trataba de un paso irreversible y que se arrepentiría durante el resto de su existencia, pero tenía que hacerlo, estaba obligado a hacerlo, no podía seguir viviendo con ese peso encima.

Sí, o lo hacía ya o no lo hacía nunca. Habían pasado siete días desde que había practicado la autopsia al cadáver de Iker Martínez Olabeaga y de nuevo se encontraba entregado a su trabajo, abriendo a un mendigo que había fallecido a causa de los golpes que le había propinado un colega de desventuras con el que se había negado a compartir los cartones de su cajero automático. Aunque cada vez estaba más hastiado con lo que hacía, finalizó la correspondiente autopsia sin cometer ningún error y le pidió a Román que, por favor, se encargara de redactar el informe y de todo el papeleo burocrático, porque quería tomarse libre el resto del día. Como siempre su leal ayudante le dijo que no se preocupara, que quedaba todo de su cuenta, sin pedirle ninguna explicación. Mejor así, porque no habría sabido qué decirle. Por lo menos, no habría sido capaz de contarle la verdad.

Mecánicamente, más como producto del hábito que por auténtico interés, examinó su teléfono móvil. Tenía nueve llamadas perdidas, una de un compañero de trabajo, otra de una compañía telefónica y las siete restantes de Ainhoa. Siete llamadas en tan solo tres horas, sin contar todas las que le había enviado los días anteriores y que había ido eliminando según las iba recibiendo, al parecer Ainhoa estaba intentando reconciliarse con él de un modo desesperado. Por unos momentos el machito que llevaba dentro se envaneció, pero finalmente decidió apagar el móvil sin responder a sus llamadas, no tenía ningún sentido ya, cuando había decidido, por fin, poner sus sospechas en manos de la Ertzaintza.

La mayoría de los *ertzainas* que se encontraban en esos momentos en la comisaría

de Ibarrekolanda le conocían por haber coincidido con él en algunos de sus casos, así que pese a asegurarles que no estaba allí por asuntos oficiales sino de un modo privado no le pusieron ninguna objeción cuando pidió entrevistarse con algún agente destinado en Homicidios. Lamentablemente no se encontraba allí en esos momentos Eneko Goirizelaia, el inspector por el que preguntó en un primer momento, pero fue atendido por uno de sus más cercanos colaboradores, Ander González, que le estrechó efusivamente la mano mientras le preguntaba qué tal le iban las cosas y le animaba a explicarle cuál era el motivo de su visita.

–Preferiría contárselo en privado –dijo tímidamente Zubikarai, mientras con los ojos señalaba a los policías que rondaban por el pasillo.

–Por supuesto, por supuesto, disculpe mi torpeza –se excusó González, mientras le agarraba suavemente por un brazo haciéndole el gesto de que le acompañara–. Gurrutxaga –se dirigió a uno de los policías uniformados que pululaban por allí–, haz que nos traigan a mi despacho dos cafés y unos donuts. En realidad –volvió a hablar con Zubikarai–, lo que nos van a traer son galletas, no me gustan los donuts, se trata tan solo de una broma nuestra, como es lo que siempre toman los polis americanos en las películas, pues por eso –se rio aunque sin muchas ganas, como si la broma, de gastada que estaba, ya no le hiciera gracia–. Es una tontería, ya lo sé, pero el trabajo en una comisaría sería superestresante si no nos lo tomáramos con una pizca de humor.

Mientras iba hablando de ese modo González había arrastrado a Zubikarai a su despacho. Quizás si el forense no hubiese estado tan nervioso se habría dado cuenta de que el policía estaba sobreactuando de un modo sospechoso, pero ocupado como estaba con sus propios pensamientos y la necesidad de transmitírselos al *ertzaina*, no se percató de ello en ningún momento.

–No necesitará la asistencia de un abogado –bromeó Ander González cuando finalmente se instalaron en el despacho que este último compartía con Eneko Goirizelaia. Pero ¿de verdad estaba bromeando tan solo?

–Esto, no, creo que no –dudó durante unos instantes Andoni Zubikarai, tomándose completamente en serio la pregunta del *ertzaina*–, aunque no sé, vengo a prestar voluntariamente declaración, creo que se dice así.

–Bueno, eso depende –contestó, ya más serio, González— de lo que haya venido a contarnos, aunque lo lógico es que si ha encontrado alguna cosa extraña o interesante en una autopsia lo incluya en el informe correspondiente. De todos modos le agradezco que se haya acercado hasta aquí para hablar con nosotros en persona. ¿Se trata, tal vez, de algo relacionado con el asesinato de Iker Martínez Olabeaga?

–No, no, no tiene nada que ver con Olabeaga, en realidad es algo personal, bueno, personal no sé si es la palabra adecuada, aunque sí, para qué negarlo –hablaba más para sí que para el inspector González–, se trata de algo personal.

Fueron interrumpidos por la entrada de un agente que llevaba una bandeja en la que podían verse dos tazas rellenas de café, una pequeña jarra de leche, varios

terrones de azúcar y unas galletas.

–No tenemos sacarina, lo siento –dijo el agente mientras colocaba la bandeja encima de la mesa del despacho y se iba sin escuchar cómo Zubikarai le decía que no importaba, que así estaba bien.

Cumplimentaron el rito de echar a la taza la leche y los azúcares, al menos así lo hizo el forense ya que el policía lo prefería solo, completamente solo y bien cargado, añadió, y durante unos segundos ambos callaron, como si el aroma del café tuviese un efecto paralizante.

–Bueno –dijo por fin González–, ¿cuál es ese motivo personal que le ha movido a hacernos una visita?

Antes de contestar Andoni Zubikarai intentó limpiar con su mano el sudor que asomaba a su frente, con escaso éxito. Además, según iba pasando el tiempo su sensación de incomodidad se iba haciendo mayor, por lo que decidió no esperar más tiempo.

–Vengo a denunciar una serie de asesinatos.

Lo más lógico hubiera sido que tras escuchar esas palabras Ander González se hubiese extrañado o incluso le hubiese mirado con escepticismo, pero en lugar de eso se tomó muy en serio la afirmación de su interlocutor y le pidió permiso para grabar su conversación.

–Será lo mejor, ya que se trata de una denuncia –intentó tranquilizar a su interlocutor, al advertir que durante unos segundos se mostraba dubitativo–. Grabamos lo que quiera decirme, luego lo transcribimos y si considera que es necesario que rectifiquemos algo lo hacemos y luego, cuando ya esté todo correcto, lo firma. No tiene ningún misterio, y por supuesto, todo lo que hagamos será contando con su aquiescencia.

–De acuerdo –admitió Zubikarai–, supongo que si he llegado a este punto ya no tendría sentido volverme atrás. La verdad es que no sé cómo empezar.

–Por eso no se preocupe –le animó González–, hágalo como mejor le salga, cuando vea transcritas sus palabras podrá modificarlas si ve que no tienen mucho sentido o que no expresan correctamente lo que quería decir. En ocasiones es más fácil explicarse a través de la palabra escrita que verbalmente.

Andoni Zubikarai asintió en silencio y empezó a hablar. Estuvo haciéndolo durante casi una hora y, salvo en los primeros momentos, pronto se olvidó de que había una grabadora encima de la mesa por lo que habló completamente desinhibido, como si lo estuviera haciendo delante de un buen amigo o quizás de un confesor antes que de un policía. Incluso dejó de sudar como, si de repente, se hubiese calmado del todo y estuviera en paz consigo mismo.

Ander González le dejó hablar, tan solo en algunos momentos puntuales le hizo alguna pregunta o le pidió que aclarara algún aspecto en concreto, pero en general se limitó a respetar el clásico aforismo que nos indica que lo más prudente en muchas ocasiones suele ser oír, ver y callar. Y cuando el forense dio por terminada su

declaración, se limitó a decirle que iba a hacer que transcribieran la cinta para que pudiera comprobar cuanto antes si era correcta y firmara su declaración. Luego le acompañó a una sala de interrogatorios en la que podría estar solo y aislado, ajeno a las miradas curiosas de la gente que habitualmente circula por una comisaría de policía, hasta que le llamaran para la firma.

Mientras esperaba a que las palabras de Zubikarai se transcribieran por escrito, Ander González se reunió con Jokin Etxaniz, un compañero de la Brigada de Homicidios, que desde fuera del despacho, a través de un micrófono que había dejado abierto González sin que el forense se percatara de ello, había escuchado íntegra la declaración.

–¿Qué piensas? –le preguntó González a su compañero.

–En circunstancias normales te habría dicho que el tipo está pirado, aunque habría que iniciar algún tipo de investigación, un paripé más bien, en consideración a su excelente reputación como experto en medicina legal y forense, pero después de lo de esta mañana, ya no sé qué decirte, ni siquiera sé si son unos pobres desgraciados o, al contrario, extremadamente inteligentes, porque salvo por un pequeño detalle ambas declaraciones coinciden prácticamente en casi todo.

–Sí, así es –admitió González–, según Andoni Zubikarai su novia, Ainhoa Gómez, es la responsable de una serie de asesinatos de los que hasta el momento no teníamos noticia, en cambio, según nos ha confesado esta mañana la propia Ainhoa...

–Sí según Ainhoa –le interrumpió de nuevo Etxaniz–, según Ainhoa el responsable de esos crímenes es su novio, el respetado médico forense Andoni Zubikarai.

–Uno de los dos miente.

–O los dos, o ninguno si ambos están convencidos de que dicen la verdad, aunque estén equivocados.

–Sí, en realidad tenemos que admitir que ambos parecían sinceros y como ya hemos dicho antes, las dos versiones coinciden en todos sus aspectos salvo por un pequeño pero importante detalle, según el médico Ainhoa es la asesina y según Ainhoa su novio es el único responsable de todos los crímenes. Da la impresión de que estamos metidos, tanto ellos dos como nosotros, en un lío de pelotas.

–Quizás no tanto, Ander, puede que pronto haya novedades, por lo menos en lo que respecta a Andoni Zubikarai.

–¿De qué novedades me hablas?

–Mientras estabas escuchando la declaración del forense nos ha llamado Eneko Gorizelaia. Cuando Zubikarai te firme la declaración no podremos dejarle marchar. Eneko tiene una orden de detención contra él por el asesinato de Iker Martínez Olabeaga.

La noticia me la dio Eneko Goirizelaia a primera hora de la mañana: habían detenido a Andoni Zubikarai como presunto autor del asesinato de Iker Martínez Olabeaga. Recién despierto como estaba no fui capaz de reaccionar durante unos segundos, pero cuando la escasa lucidez que atesoro se deshizo de los últimos vestigios de sueño, no pude evitar mostrar mi extrañeza.

–¿Que el forense está detenido? ¿Por el asesinato de Olabeaga? Joder, Eneko, me dejas de piedra. ¿Estáis seguros?

–¿Que si estamos seguros? ¿Pero tú que te crees, que desde que nos dejaste detenemos a la gente así como así, por el mero gusto de detenerlas, sin estar seguros de lo que hacemos?

–No te pongas borde conmigo, coño, y menos a estas horas de la mañana, es que ha sido una sorpresa para mí. Además, no sé, no me encaja. ¿Qué pruebas tenéis contra él?

–Hace ya más de una semana se encontró en uno de los cajones de su despacho un bisturí que contiene sus huellas digitales así como residuos de la sangre de Olabeaga. No hay ninguna duda de que el bisturí fue el arma del crimen y, por otra parte, las pruebas de ADN han sido concluyentes.

–¿Quién lo encontró?

–Fue su asistente, un tal Román Sánchez. Al parecer estaba buscando unos guantes, porque a él se le habían acabado, y entonces encontró el bisturí. Estaba metido dentro de la invitación que el ayuntamiento le envió para que asistiera a la presentación del escritor sueco, pero el sobre se había manchado de sangre y eso llamó la atención de su ayudante.

–¿Hay algo más? ¿Le habéis tomado declaración a Zubikarai?

–Todavía no de modo oficial, pero he charlado con él, intentando explicarle la situación, y lo niega todo, aunque eso es normal, como tú muy bien sabes.

Eso era cierto, la primera obligación de un detenido es negar los hechos que se le imputan, salvo que esté convencido de que confesarlos pueda redundar en su beneficio, pero aún así la cosa me seguía pareciendo rara, Zubikarai podría haber asesinado a Olabeaga, la experiencia me indicaba que en este tipo de asuntos nada era imposible por absurdo que pudiera parecer, pero aún así no encajaba en el prototipo de delincuente endurecido. Y aunque estaba convencido de que mi viejo compañero me decía la verdad cuando afirmaba que solo había tenido una charla informal con él, no le creía con cuajo suficiente como para ser capaz de mantener su negativa si, efectivamente, hubiese asesinado a Olabeaga. Así se lo dije a Eneko.

–Además, no sé, me pareció muy tranquilo cuando examinaba a Olabeaga, ya sabes que fuimos de los primeros en acudir al lugar en el que se encontraba el cadáver –añadí— y no me pareció que estuviera nervioso ni preocupado.

–Bueno, qué quieres que te diga, no es el primer asesino con una increíble sangre

fría con el que nos hemos topado a lo largo de nuestra carrera.

–Sí, lo sé, pero creo que no es el caso. No sé si te lo he comentado con anterioridad, creo que sí, pero estuve hablando con él hace hará algo más de dos semanas para preguntarle sobre la muerte de Erika Pereda y algunas otras anteriores que podrían estar relacionadas y aunque procuró mantener el tipo se le veía nervioso. Desde entonces cada vez que me ha visto se ha puesto a sudar como si mi presencia le trastornara, pero cuando tuvo que examinar el cadáver de Olabeaga se mostró tranquilo, extremadamente tranquilo. No sé, pero no es normal, ambas actitudes no encajan, o es frío como un pez o un pardillo que se pone nervioso a la primera de cambio, y yo creo que es más bien de los nerviosos.

»Además, ¿tú te crees de verdad la historia esa del bisturí que apareció en su cajón? Vamos, hombre, no me jodas, un forense experto que asesina a un tío, le hace la primera exploración en el lugar del crimen, conduciéndose con una impresionante sangre fría y luego va y no se le ocurre mejor idea que llevar el bisturí con sus huellas dactilares a su lugar de trabajo y guardarlo en un cajón, a disposición de cualquier entrometido que pase por allí y se le ocurra escudriñar en su interior. ¿De verdad te lo crees?

–Sí, es raro, te lo concedo, pero tú también sabes perfectamente que un porcentaje muy elevado de la gente que cogemos es porque siempre acaban por cagarla de alguna manera.

–Lo que tú quieras, pero no encaja, sabes que no encaja, no me lo puedes negar.

Al otro lado de la línea telefónica Eneko Goirizelaia guardó un sospechoso silencio durante unos segundos. Luego, a regañadientes, como si le pesara darme la razón, acabó por decirme que quizás yo no estuviera tan desencaminado.

–¿Sabes dónde le detuvimos? –me preguntó, pero era una pregunta meramente retórica, ya que sin esperar mi respuesta empezó a contarme qué hacía Zubikarai en la comisaría cuando fue detenido y cómo, pocas horas antes, también se había personado en las dependencias policiales su novia, Ainhoa Gómez, para narrarles básicamente la misma historia aunque con diferente protagonista principal.

–González y Etxaniz tienen razón cuando dicen que uno de los dos es un asesino o quizás no lo sea ninguno –dije cuando mi viejo compañero acabó de contarme la historia.

–Déjate de coñas marineras, que no está el horno para bollos –a Eneko no le había hecho ninguna gracia mi broma, y lo entendía perfectamente, pero aún así intenté explicarme.

–Vale, vale, lo siento, lo que quería decir es que si los dos les parecieron sinceros... –no acabé la frase porque un par de nuevas ideas sobrevolaron mi cabeza–. Se me ocurre que quizás por eso se ponía nervioso cada vez que me veía, porque está convencido de que la responsable de esas muertes era su novia.

–Puede ser, parece una idea razonable –admitió Eneko.

–Hay otra cosa. ¿Recuerdas que al día siguiente de la muerte de Olabeaga te

comenté que alguien me envió un mensaje diciendo que Andoni Zubikarai era el responsable tanto de ese asesinato como del de los jóvenes muertos por sobredosis?

–Sí, y la verdad es que en esos momentos no le di la menor importancia, pensé que era cosa de un chalado, de dos chalados si te incluyo a ti en el lote, pero ahora todo parece muy diferente, quizás tendría que haberte hecho caso antes.

Pasé por alto el ligero comentario irónico de mi excompañero para limitarme a transmitirle esas nuevas ideas que estaban arraigando en mi mente.

–Yo creo que no, que hiciste bien en desecharlas. La verdad es que no me gusta hablar de conspiraciones –de hecho me costó utilizar esa palabra–, pero da la impresión de que alguien quiere inculpar a Zubikarai por una serie de crímenes, como si deseara vengarse por algo o quitárselo de en medio.

Pensé que Eneko me iba a mandar a la mierda por dar rienda suelta a mi imaginación con esa nueva teoría conspirativa, pero en lugar de ello me animó a seguir, como si en el fondo él también hubiese explorado esa posibilidad.

–Mira, tenemos en primer lugar el mensaje que recibí por correo electrónico. Poco después aparece un bisturí con sus huellas dactilares y restos de sangre pertenecientes a Olabeaga. Por otra parte están las declaraciones tanto de Zubikarai como de su novia en las que sospechan mutuamente el uno de la otra de ser unos asesinos en serie. Si ambos son sinceros, y esa impresión tuvieron González y Etxaniz, en realidad ninguno de los dos es culpable de nada, salvo de excitarse sexualmente de un modo atípico, por decirlo con palabras suaves. Pero es que hay más, la muerte de Olabeaga, asesinado con un bisturí ensartado en su nuca, no sigue el mismo *modus operandi* que las de los jóvenes drogatas, si aceptamos que estas últimas no fueron accidentales. Sin embargo la primera vez que oí hablar de él fue cuando el Palé me puso sobre su pista relacionándolo, precisamente, con el asunto de los drogadictos muertos.

–Quizás el Palé te engañó, después de todo no podemos fiarnos de él al cien por cien.

–Es posible, pero tal y como se están sucediendo los acontecimientos es más creíble pensar que me dio una pista verdadera que no una falsa. Además, el comunicante anónimo que me envió un correo electrónico para denunciar a Zubikarai le hacía responsable tanto de la muerte de esos jóvenes como de la de Olabeaga. Y si nuestro razonamiento es correcto –hablé en plural para ver si Eneko protestaba por incluirle y al comprobar que no lo hacía proseguí–, ni el forense ni su chica son los responsables de la manipulación de la droga asesina, por lo que no parecen tener motivos tampoco para asesinar a Olabeaga. Por cierto, y hablando de este tema, ¿has encontrado un móvil, algún motivo plausible por el que Zubikarai quisiera cargárselo?

–Hasta el momento no, ya te he dicho que niega haberle asesinado. Y tampoco parece haber nada que le relacione con Olabeaga, eso es cierto, pero en ese caso... –dejó la frase sin acabar, como si no se atreviera a sacar las conclusiones que parecían

lógicas.

–En ese caso –decidí finalizarla yo–, no parece tan descabellado lo que acabo de decirte, que alguien, por un motivo que aún desconocemos, quiere que Zubikarai se coma ese marrón. Y si averiguamos quién es, seguramente tendremos al asesino o, al menos, a un cómplice. Hablando de eso, ¿qué sabes del compañero del forense que descubrió el bisturí ensangrentado?

–No aparece para nada en nuestros archivos, si te refieres a eso, está limpio como una patena y en principio tampoco tiene una especial animadversión contra Zubikarai, por lo que nos han dicho otros empleados del Instituto se llevaban bastante bien.

–Supongo que le habréis tomado declaración.

–Sí, pero no añade nada significativo a lo que ya sabemos, se limita a explicarnos cómo encontró el bisturí y poco más.

–¿Podrías enviármelas?

–Ya sabes que la respuesta es negativa, no podemos hacer partícipe a un particular de los detalles de una investigación criminal.

–De acuerdo, lo entiendo, entonces, ¿en media hora más o menos podrías enviarme un correo electrónico con todos los detalles y documentos?

–Dame un poco más de tiempo para arreglar las cosas y tendrás toda la información que podamos proporcionarte, pero ahora te toca a ti hablar. ¿Qué puedes ofrecerme a cambio?

–De momento muy poco, casi nada, y esta vez te lo digo en serio, no te estoy escondiendo información. Intenté llegar hasta el tío que me envió el mensaje en el que se acusaba a Zubikarai del asesinato de Olabeaga a través de su dirección IP, pero no me sirvió de nada, lo enviaron desde un local en el que una asociación para la promoción de nuevas tecnologías, precisamente, celebraba su puesta de largo. Estuvo lleno de gente y cualquiera de los invitados pudo utilizar los ordenadores, es más, debido a las características de la asociación se animaba a todos los presentes a hacerlo, por lo que cualquier persona pudo haberme enviado el mensaje. Y como se trataba de un acto abierto, para el que no era necesario acreditarse con invitación, tampoco hay una lista de asistentes, así que esa vía no me ha conducido a ninguna parte.

»Supongo –proseguí–, que deberíamos centrarnos en la muerte de Martínez Olabeaga, por ser la más evidente y sobre la que no recae ninguna duda de que ha sido un asesinato, pero para eso vosotros tenéis más medios. Te iba a pedir un favor.

–Uno más –me contestó, entre resignado e irónico, Eneko Goirizelaia–. A ver, dispara, ¿de qué se trata?

–Estoy convencido de que Andoni Zubikarai no mató a Iker Martínez Olabeaga. Ya sé que los indicios actúan en su contra, ya hemos hablado de eso, pero sigo pensando que son muy débiles y que todo parece indicar que hay una mano negra que está maniobrando en su contra para cargarle con el muerto, nunca mejor dicho. Y no

creo equivocarme demasiado si te digo que me da la impresión de que tú mismo compartes conmigo esa idea.

–Bueno, yo no llegaría a tanto –me pareció sentir su sonrisa agazapado tras la línea telefónica–, pero para ser tuya no parece una idea excesivamente estrambótica, eso lo admito.

–En ese caso te pediría que apures al máximo su entrega al juez de guardia.

–No puedo hacer eso.

–Sí que puedes, tienes un plazo de setenta y dos horas para hacerlo.

–De las que ya he consumido veinticuatro.

–Bueno, pues concédeme las otras cuarenta y ocho restantes. Joder, ¿no te das cuenta? Cuando llegue al juzgado el magistrado de turno seguramente dictará auto de prisión contra Zubikarai. ¿Te imaginas lo que puede hacer la cárcel con un tipo como él?

–Claro que lo sé, pero no está en mi mano impedirlo, yo me limito a poner en manos del juez todos los datos que recopilamos y él decide. Y sí, estoy convencido de que no andas descaminado, seguramente alguien le ha tendido una trampa, pero hasta que no podamos demostrarlo tenemos lo que tenemos, y lo que en ningún momento voy a hacer es ocultar pruebas, sabes que no puedo hacer eso.

–Ni yo te lo he pedido, solo que apures al máximo su entrega al juez, quién sabe, admito que no parece muy probable, pero quizás en esas cuarenta y ocho horas podáis descubrir nuevas pruebas o indicios que lo exculpen o que disipen las dudas sobre su autoría.

–Haré lo que pueda. Mientras tanto me gustaría saber qué vas a hacer tú. Ya sé que te gusta ir a tu bola, sin consultar nada a nadie, lo hacías cuando aún estabas en activo así que ahora mucho más, pero sería un detalle por tu parte si me tuvieras al tanto de tus próximos pasos, más que nada para no cagarla interfiriéndonos mutuamente.

–De momento dejaré en vuestras manos el asunto de Olabeaga e intentaré profundizar en el relativo a Erika Pereda. Estoy convencido de que entre ambos tiene que haber alguna conexión, ya que el nombre de Olabeaga surgió mientras investigaba la muerte de Erika y, casualmente –remarqué esta última palabra–, fue asesinado justo el día después de que acordara una cita conmigo. Por lo pronto tengo concertada una entrevista con el propietario del móvil desde el que Erika recibió la última llamada antes de morir. No sé si te he comentado que el amigo que he tenido trabajando en la recuperación de sus llamadas me envió un listado de teléfonos. En su inmensa mayoría procedían de amigos y compañeros, todos ellos conocidos también de Agurtzane, incluso hay una llamada procedente del difunto Koldo Sagasti, pero ninguno parece tener nada que ver con su muerte. El de hoy es mi último cartucho y aunque no tengo esperanzas de poder sacarle algo de provecho es el único al que no conocía Agurtzane, así que al menos hay una diferencia con los anteriores, no sé si determinante, pero merece la pena averiguarlo. Supongo que no le tendréis fichado,

sería mucha casualidad.

Tras proporcionarle el nombre y efectuar una rápida búsqueda por la base de datos de la Ertzaintza, Eneko me dijo que no tenían nada acerca de ese tipo. También me dijo que me cuidara, como si a estas alturas yo necesitara esa clase de consejos, y tras prometerme de nuevo que en poco más de media hora me enviaría copia de las diligencias instruidas en el caso Olabeaga y que esperaría cuarenta y ocho horas más antes de llevar a Zubikarai a presencia del juez de guardia me hizo una última advertencia.

—Y por supuesto, aunque sé que no va a servir de nada, me gustaría que no hicieras el gilipollas, en la medida de lo posible, por supuesto.

Sí señor, este es mi buen amigo Eneko Goirizelaia, un gran tipo pese a ser *ertzaina*. Y las cosas como son, no me quedaba más remedio que admitir, tras escuchar sus últimas palabras, que me conocía mejor que la misma madre que me parió.

El propietario del móvil desde el que Erika recibió su última llamada era uno de esos culturistas vigoréticos que al parecer solo viven para cuidar su cuerpo, pero al menos debía tener una pizca de inteligencia porque había logrado vivir de eso. Bueno, para ser exactos quizás no de su cuerpo, aunque sería interesante averiguar quién le había prestado el capital necesario para montar su propio negocio, sino del cuerpo de los demás, ya que hacía no mucho tiempo había inaugurado un espectacular gimnasio en pleno centro de Bilbao que, al parecer, iba viento en popa. Se ve que mis conciudadanos estaban empezando a pensar que eso de que «el hombre y el oso cuanto más feo más hermoso» era una antigualla que había que guardar en el fondo del arcón de la abuela y habían decidido convertirse en metrosexuales a marchas forzadas, convencidos de que una ciudad reformada y renovada necesitaba unos ciudadanos igualmente reformados y renovados.

La propia recepcionista que me atendió, que parecía rescatada más de un *casting* para una película porno que de las oficinas de los servicios públicos de empleo, fue la que me informó de lo bien que iba el negocio y de lo inteligente que era su dueño y señor, del negocio, no de la chica, aunque pese a su puntualización yo pensé que posiblemente lo fuera de ambos, don Julio Riera, le llamaba así, don Julio, respetuosamente, si bien en una ocasión se le escapó llamarle Julito, lo que acrecentó mis sospechas de que entre ambos había algo más que una relación laboral. Pero como eso no me importaba lo más mínimo lo pasé por alto, tan solo sirvió para demostrarme a mí mismo lo listo que era y cómo no se me escapaba ni una en cuestiones de sexo y moral pública.

El local se había inaugurado hacía poco menos de un mes y al acto había asistido lo más granado de la sociedad bilbaína. No era para menos, puesto que habían corrido con profusión los canapés y las copas de cava y rioja, y ya sabemos cómo se las gasta lo más granado de la sociedad bilbaína a la hora de privar y papear por la patilla. No faltó nadie que fuese algo en la villa ni pretendiese serlo, ni con cuarenta grados de fiebre se hubieran quedado en casa, así que la fiesta fue un éxito total, como recogieron los más importantes periódicos bilbaínos en su crónica social. ¿No había leído la crónica?, me preguntó estupefacta, con la misma sorpresa que si le hubiera dicho que era el mismísimo Jesucristo que había vuelto por segunda vez a la Tierra para ver si conseguía arreglar el mundo, ya que mi primer intento no había constituido un éxito, precisamente.

Pese a su decepción al encontrarse frente a alguien tan iletrado como yo, no cejó en su empeño de loarme las virtudes del centro, lleno de aparatos para fortalecer todo tipo de músculos. Cuando le pregunté si también los tenían para fortalecer los de las orejas me dijo que no, pero que si estaba interesado en ello seguramente don Julio me podría preparar un plan específico y personalizado. Tras escuchar su respuesta decidí no seguir perdiendo el tiempo con alguien incapaz de percibir la sutileza de mis

ironías, así que procedí a explicarle que en realidad no había acudido allí como futuro cliente sino porque tenía una cita con don Julio Riera para hablar de asuntos personales. Cuando me negué a revelarle la naturaleza de los mismos toda su simpatía y dulzura se fueron por los sumideros del gimnasio y con un escueto «el señor Riera le espera en su despacho» se despidió de mí sin volver a dirigirme la mirada y sin decirme, tampoco, cómo encontrar el despacho de su jefe.

Afortunadamente no tuve problemas para llegar hasta allí, me bastó con seguir las indicaciones de otros empleados del gimnasio y algún que otro cartel señalizador. Julio Riera, que en persona parecía un anuncio andante de su establecimiento, alto, fuerte, bien musculado, con un bronceado como el que jamás he conseguido yo tumbándome al sol en las playas de Bakio o Sopelana, ni siquiera en las de Marbella o Benidorm, me estaba esperando de pie, junto a la puerta, y según me vio me obsequió con una sonrisa digna de un político en campaña electoral al tiempo que me estrechaba la mano con una fuerza que hubiera sido capaz de doblegar al mismísimo Mike Tyson. Quizás en el fondo, y pese a que le había explicado con anterioridad el motivo de mi visita, su olfato comercial todavía le decía que estaba ante un cliente en potencia.

–Un detective privado tiene que estar en buena forma física –me dijo–, al fin y al cabo está expuesto a múltiples peligros y nunca se sabe cuándo va a tener que enfrentarse a alguien o incluso echarse a correr, ¿por qué no?, en ocasiones lo más inteligente es procurar salvar el pellejo.

¡Vaya por Dios!, pensé, otro tipo abducido por el halo de romanticismo que rodea a los detectives de ficción. Aunque en lo último que había dicho tenía mucha razón, lo más importante siempre es ponerse a salvo y luego ya se verá. Lo que no sabía era si me lo comentaba por propia experiencia o se limitaba a repetir otro tópico, aunque en este caso se tratase de un tópico pletórico de sabiduría popular.

Tras desechar por mi parte su generosa oferta y sentarnos ambos en dos cómodas sillas que había en el despacho Julio Riera, todavía en su papel de comercial obsequioso, me preguntó qué podía hacer por mí.

–Siempre que lo que diga no vaya a ser usado en mi contra –añadió riéndose. Al parecer se consideraba muy gracioso y chistoso, pero por otra parte su actitud no dejaba de ser extraña, casi todo el mundo, por limpio que esté o crea estar, suele ponerse nervioso cuando va a ser interrogado por un detective, aunque sea privado y no tenga la autoridad oficial de un policía.

–Espero que no –le dije, sonriendo también–, todo depende no tanto de sus respuestas como de la sinceridad de las mismas.

–Una interesante distinción, pero no se olvide que hay otra posibilidad, acogerme a mi derecho a mantener silencio. Aunque espero que no sea necesario callarme, lo haré si considero inoportunas sus preguntas. Le he recibido voluntariamente y sin conocer previamente el motivo de su interés por hablar conmigo porque no he hecho nunca nada que pueda perjudicarme si cae en manos de un detective, pero aún así... –

agitó una mano levemente, como si quisiera decir que incluso el más puro y honesto de los hombres puede haber cometido algún pecadillo, y que por lo tanto quizás sí tendría que protegerse de mí y de mis preguntas dependiendo de cómo evolucionara la conversación. Simultáneamente abandonó su pose de comercial atento y obsequioso sustituyéndola por la de matón de discoteca, oficio que posiblemente había ejercido no en una vida anterior sino en la actual. Si eso era algo espontáneo o una señal dirigida a mi persona, constituía un dilema que en esos momentos no supe desentrañar.

Decidido a no someterme a más preámbulos, aunque el tipo no parecía nada tonto pese a los prejuicios que habitualmente suele haber en contra de las personas con su aspecto físico y sus aficiones gimnásticas, consideré que se había acabado ya el tiempo de las sutilezas así que le pregunté directamente de qué conocía a Erika Pereda y qué relación tenía con ella.

—¿Por qué me lo pregunta? ¿Acaso está embarazada?

Ese fue el momento en que me tocó a mí poner cara de póquer para que no se notara mi desconcierto. Estaba preparado para cualquier tipo de respuesta, preferentemente falsa, e incluso para alguna evasiva, tanto sutil como más primaria, pero cuando ensayé delante del espejo cuál iba a ser mi actitud ante las respuestas de Julio Riera no se me ocurrió pensar justamente en esa. De todos modos su respuesta en forma de repregunta me pareció completamente sincera, o era muy buen actor, y la gente con el aspecto de Steven Seagal o Van Damme no suelen acudir al Actor's Studio a recibir unas cuantas lecciones, o lo que le preocupaba de verdad era saber si Erika estaba embarazada, por lo que debía desconocer que había fallecido.

—No lo sé —le dije finalmente—, ¿tendría que estarlo? Cuéntamelo tú, ¿cuándo hablaste o estuviste con ella por última vez?

—Ni puta idea. De hecho ni siquiera sé quién es esa tal Erika.

—Entonces, ¿por qué me has preguntado si estaba embarazada?

—Bueno, yo creía que...— se pasó nerviosamente la lengua por los labios antes de continuar—, mira, tío, creo que lo puedes entender, no quiero parecerme un fantasma, pero llevo años cuidando mi cuerpo —por un momento temí que se levantara de su silla y girara trescientos sesenta grados en torno a su cuerpo para que pudiera admirarlo en toda su plenitud— y trabajando como monitor en gimnasios y centros de salud y belleza, sabes por donde voy, ¿no? Es normal que en más de una ocasión alguna tía se me ponga a tiro y qué voy a hacer yo en esos casos, lo lógico, ¿no?, no es bueno para el negocio defraudar a esas necesitadas damiselas además de que a mí también me gusta darme una alegría de vez en cuando. Pero claro —suspiró de modo resignado—, siempre tiene que haber alguna loca que se cree que por haber follado en una ocasión, o en más de una, si sucede, tiene derecho a algo más. Por eso prefiero a las casadas, que no suelen querer complicaciones, que a las solteras o viudas, que también las hay, y muy necesitadas, por cierto —me guiñó un ojo como buscando mi complicidad masculina—. El problema es que a veces uno se cansa de tanta

cuarentona y cincuentona insatisfecha, aunque por lo general suelen ser auténticas tigresas en la cama y, no es por hacerme publicidad, tras haber disfrutado de mis servicios profesionales siempre se empeñan en repetir, pero lo que le estaba diciendo, a veces uno se cansa de tanta cuarentona y cincuentona por buenas que estén y busca la compañía de chicas más jóvenes, pero eso sí, nunca me lo monto con menores de edad y siempre uso preservativos, lo digo en plural, preservativos –añadió muy ufano–, porque siempre necesito más de uno, y más de dos también, para ser sincero.

Si esperaba que yo mostrara mi admiración por su extraordinaria capacidad seminal todavía sigue esperándolo. Me mantuve callado con la intención de obligarle a seguir hablando, aunque a veces pienso si más que a una pura determinación profesional mi silencio se debió a que no deseaba que se notara cómo me reconcomía la envidia.

–El problema es que por más precauciones que uno tome siempre aparece alguna descerebrada que me acusa de ser el padre de su futuro hijo, bien para sacarme unos euros o para algo peor, créame, algunas pretendían que me casara con ellas –lo dijo con auténtico asco, como si no concibiera que en el mundo pudiera haberse inventado algo peor y más execrable que el matrimonio–, por eso cuando usted me ha hablado de esa tal..., esto, de..., bueno, como se llame, he pensado que me venía con el mismo rollo.

–Haga memoria, por favor, ¿no le suena para nada el nombre de Erika Pereda? Quizás esto le haga recordar –le enseñé la fotografía de Erika que llevaba siempre encima, pero de nuevo recibí una negativa.

–No, no la conozco, y la verdad es una lástima, por una chica así seguramente tampoco valdría la pena casarse, como verá soy un hombre de principios, pero quizás si hubiera valido la pena meterse en un lío.

A cada segundo que pasaba estaba más convencido de que Julio Riera no era, por desgracia, mi hombre, pero había un hecho incontrastable, y es que la última llamada que Erika recibió procedía de su móvil, por eso decidí tranquilizarle asegurándole que la chica no estaba embarazada.

–Ni lo está ni podrá estarlo en el futuro. Erika está muerta, la asesinaron hace dos semanas.

La cara de Julio Riera fue la prueba viviente de que puede pasarse en cuestión de milésimas de segundo del bronceado más caribeño a la lividez más extrema. Si no vomitó en ese instante se debió seguramente a que el susto le cortó hasta las ganas de hacerlo.

–¿Muerta? ¿Asesinada? ¿Y qué tengo yo que ver con eso? Ya le he dicho que no la conozco, oiga, no me joda, puedo haberle parecido un capullo, y quizás lo sea, ya sé que eso es lo que piensa mucha gente de mí, sobre todo los tíos, pero mi rollo va de acostarme con tías, no de matarlas. Joder, para qué me sirve a mí una tía muerta, a ver, dígamelo, para qué me sirve una jodida tía muerta, no soy un jodido follacadáveres.

Se le veía tan acojonado que se olvidó de que yo no tenía ninguna autorización oficial para interrogarle y podía mandarme a tomar por culo cuando quisiera, e incluso que puestos a malas, aunque mis trucos de viejo policía seguramente serían suficientes para contrarrestar su fuerza bruta, podía hacerme pasar un mal rato, así que no dejé pasar la oportunidad de machacarle todo lo posible.

—¿Que qué tienes tú —recalqué el tuteo, un viejo truco para mantener la superioridad psicológica del interrogador sobre el interrogado— que ver con la muerte de Erika Pereda? Dímelo tú mismo, la última llamada que recibió en su móvil procedía del tuyo.

—Eso es imposible, si no la conocía de nada cómo cojones iba a llamarla. Oiga, espere —de repente pareció como si una bombilla salvadora se hubiera iluminado en su cabeza—, ¿qué día mataron a la chica esa y se recibió la supuesta llamada?

—De supuesta nada, hay pruebas...

—De acuerdo, sí, lo que usted quiera, pero por favor, dígame en qué día la mataron.

Mientras yo contestaba a su pregunta abrió un archivador que había sacado previamente de un armario y empezó a buscar de manera frenética unos papeles hasta que finalmente dio con ellos.

—Sí, aquí está —dijo con tono jubiloso—, ese es el día en que me robaron el móvil. No lo denuncié ante la policía, para qué, esos mamones nunca hacen nada en estos casos, supongo que usted lo sabrá mejor que yo, pero sí ante la propia compañía, para que bloquearan el móvil y poder seguir utilizando el mismo número, y es que es un auténtico engorro tener que cambiar de número, llamar a clientes, proveedores, amigos y conocidos, cambiar tarjetas e impresos personales y comerciales, bueno, qué le voy a decir que seguramente usted no sepa, una auténtica putada, menos mal que pude arreglarlo a tiempo.

Eché un vistazo a los papeles y, en efecto, parecían avalar lo que acababa de decirme Julio Riera. Es cierto que hay mucho listillo que denuncia el robo o la pérdida del objeto con el que ha podido cometer un delito, creyendo que con eso va a estar a salvo de las inoportunas pesquisas judiciales, pero por lo visto y oído hasta ahora me inclinaba a pensar que el culturista me estaba diciendo la verdad.

—Le creo —dije tras devolverle los documentos, no tanto por estar convencido de que no tenía nada que ver con la muerte de Erika, que sí que lo estaba, como para inclinarle a mi favor—, pero me gustaría saber cómo y cuándo se lo robaron, supongo que no se lo prestaría a nadie, ¿o sí? —intuía una respuesta negativa, cuando alguien va a hacer una llamada que puede incriminarle no lo pregona a los cuatro vientos, pero de todos modos hay que explorar todas las posibilidades, por si acaso.

—No, no, el móvil es como la pluma y la mujer, no hay que prestárselo a nadie, otra cosa es hacer un intercambio, ¿lo pillas? —me guiñó un ojo buscando nuevamente una inexistente complicidad entre machos, se veía que mis palabras le habían tranquilizado y devuelto a su más primaria personalidad—, no, debieron robármelo, o

quizás tan solo lo perdí y alguien se aprovechó de él hasta que pude darle de baja. Y el lugar, sí, claro, fue en la fiesta que se organizó en una galería de arte, inauguraban una exposición, no recuerdo el nombre del artista, solo sé que hacía cosas muy raras, la verdad, yo no entiendo mucho de arte, pero a mí esas caras deformadas que hacen algunos, esas rayas que van de aquí hacia allá y que no significan nada, no sé, donde esté un buen paisaje que se quiten esas chorradas. Espere un momento, que creo que... –se interrumpió para volver a hurgar en el cajón del que había sacado anteriormente la denuncia–, sí, aquí está, compruébelo usted mismo y verá que no miento.

Me alargó un recorte de periódico en el que aparecía la crónica del acto al que había asistido cuando le sustrajeron o perdió el móvil. El artículo estaba repleto de nombres de asistentes, todos ellos en negrita, e incluía varias fotografías. En una de ellas podía verse a dos hombres perfectamente trajeados y en medio a una mujer en traje de noche. La cara de ella me sonaba, pero hasta que no leí el pie de foto no supe su nombre: «La recientemente elegida *Miss Bizkaia*, Aintzane Prieto, posando entre los empresarios Julio Riera e Iker Martínez Olabeaga». La fecha coincidía y por lo que pude ver el número de asistentes a la inauguración era amplio, cualquiera podría haber hecho la llamada y luego desaparecer. Volvía a ser como buscar una aguja en un pajar, pero de todos modos había algo que me intrigaba.

–Por lo que veo eres un buen amigo de Iker Martínez Olabeaga.

–Bueno, amigos, lo que se dice amigos, yo no diría eso, tan solo soy un cliente. Y bien que me cobró el cabrón, aunque mereció la pena –al observar mi gesto de extrañeza decidió ampliar la información–. Fue él quien me organizó la fiesta de inauguración del club y, las cosas como son, me costó una pasta, pero creo que fue una buena inversión. Vino lo mejorcito de Bilbao y la reseña salió en toda la prensa. Tengo también por aquí un recorte, si quiere echarle un vistazo...

Pareció decepcionarse cuando vio que no mostraba interés por ver la prueba impresa de su éxito social, pero pese a ello me explicó que ese era el motivo de haber acudido a la inauguración de la exposición.

–Como era un cliente muy reciente, que además le había hecho ganar una pasta gansa, me invitó a lo del pintor ese, no recuerdo el nombre, pero supongo que aparecerá en el artículo. La verdad es que no me interesa mucho el arte, pero no pude resistirme a la tentación, estaba previsto que fuese mucha gente conocida, ya ha visto la fotografía, ahí estaba yo, con la última *Miss Bizkaia*. Intenté ligármela, pero es una estrecha de esas de mírame pero no me toques, ya sabe lo que le digo, ¿no? En fin, ella se lo perdió.

–¿Cómo conociste o quién te puso en contacto con Olabeaga? ¿Habíais tenido algún tipo de relación anteriormente?

–No, yo...— de repente se detuvo y la lividez volvió a su cara—, oiga, ese Martínez Olabeaga, ¿es el mismo que ha sido asesinado hace unos cuantos días? ¡No me joda!, ¿es por eso? Me cago en Dios y en mi puta calavera, pero qué se cree, que

voy matando a la gente como si tal cosa, por deporte. Joder, joder, joder, ha venido por eso, ¿no? Espere, espere. ¿Cuándo ocurrió? Fue también en un acto social de esos, ¿no?

Le dije que sí, al fin y al cabo hoy en día muchas presentaciones de libros se convierten en auténticos actos sociales.

–Sí, lo recuerdo perfectamente, porque como había tenido trato con él, cuando me enteré de que había sido asesinado me quedé totalmente impresionado. Sí, aquí está – giró hacia donde yo estaba el portátil en el que había estado hurgando mientras me hablaba y me señaló la página web de un periódico en el que se recogía la noticia del asesinato–. Ajajá –añadió satisfecho–, ya puede olvidarse de mí porque tengo una coartada, una coartada muy buena. Y que conste que también estaba invitado, menos mal que no le hice ni puto caso, a mí eso del rollete cultural no me va, lo cierto es que a esas horas estaba en casa de una clienta poniéndola en forma sin necesidad de aparatos, vamos, que me la estaba follando a base de bien, cómo chillaba la muy cabrona, eso sí que no eran orgasmos fingidos, como los de las películas. Seguramente tardará muchísimo tiempo en olvidarlo, así que no creo que haya ningún problema si le pide que lo corrobore. Si se espera un momento puedo darle su nombre y su número de móvil.

Ya no quedan caballeros. En la antigüedad muchos hombres hubieran acudido al patíbulo antes que defraudar la confianza que en ellos había puesto la dama de sus amores, pero estamos en el siglo XXI, la era de Internet, la globalización y el índice Dow Jones, así que los gestos románticos, sobre todo si no nos traen ningún beneficio personal, están de sobra. De todos modos en ningún momento había pensado en Julio Riera como sospechoso del asesinato de Olabeaga, así que procuré tranquilizarle mientras volvía a preguntarle de qué le conocía.

–La verdad es que no le conocía de nada, lo juro por Dios. Sencillamente cuando el aparejador que llevaba las obras me oyó comentar que quería organizar una fiesta para celebrar la apertura del gimnasio, me habló de él, al parecer le conocía porque había montado las de otros locales en cuya construcción había estado trabajando y me dio su tarjeta. Me informé un poco sobre él y como todo el mundo me dio buenas referencias, le contraté. Como ya le he dicho, fue caro, pero se ganó lo que me cobró. Creo que aún conservo su tarjeta –de una abultada cartera en la que sobresalían los billetes de cincuenta y cien euros, dudo mucho que necesitara llevar tanto dinero encima, seguramente era parte de lo que él consideraba su «imagen» de empresario triunfador, sacó una arrugada tarjeta y me la entregó–, sí, aquí la tiene, puede quedársela, al fin y al cabo ya no voy a necesitar sus servicios.

Ojeé la convencional cartulina blanca que me había entregado Riera. No había nada especial en ella, ningún mensaje oculto que me ayudara a solucionar el caso. Tan solo una inscripción con el nombre de una sociedad mercantil: «OLABEAGA Y ASOCIADOS, S. L. Organización de todo tipo de fiestas, actos y eventos sociales, particulares y profesionales. Director Gerente: Iker Martínez Olabeaga». Venía

también una dirección y un teléfono, pero me imaginé que si hacía una llamada quien me contestaría sería con toda seguridad Eneko Goirizelaia o alguno de sus colaboradores.

No tenía sentido alargar la conversación con Riera así que me despedí de él, tras advertirle que seguramente la Ertzaintza también querría hablar con él. No estaba muy seguro de que así fuese, pero al menos conseguí que se acojonara un poco y durante los próximos días la tuviera tan floja que seguramente no podría practicar su deporte favorito.

Mientras caminaba de vuelta a mi despacho y hogar me rondaba en la cabeza la relación entre las muertes de Olabeaga y de Erika. No parecían tener ningún nexo común, pero debía haberlo. En primer lugar, si el Palé no me había mentido, y estaba seguro de que no lo había hecho, Olabeaga era la persona que había introducido la droga letal en el circuito y, posiblemente, quien debido a ello directa o indirectamente había causado la muerte de la amiga de mi clienta. Además, el mensaje anónimo que había recibido acusando a Andoni Zubikarai de ser un asesino en serie incluía las muertes por sobredosis letales y la del relaciones públicas en el mismo lote, por decirlo de algún modo. No es que eso fuera concluyente, seguía pensando que todo era un montaje contra el forense, pero de algún modo coadyuvaba a pensar que entre ellas había una relación. Y por último, bueno, seguramente había más razones, pero estaba cansado de pensar en ello y darle vueltas a la noria de un modo interminable, estaba el propio Zubikarai. Detenido como presunto autor del asesinato de Olabeaga mientras denunciaba a su novia, sin saber que esta le había denunciado unas pocas horas antes, al considerarla responsable de una serie de fallecimientos aparentemente inocuos y naturales.

Eneko Goirizelaia hizo nuevamente honor a su palabra y cuando llegué a mi casa tenía en mi ordenador un mensaje procedente de una dirección de correo electrónico desconocida para mí, y que seguramente jamás se volvería a usar, al que se habían anexado unos cuantos documentos que recogían, prácticamente de modo íntegro, toda la información que la Ertzaintza había recopilado sobre la muerte de Iker Martínez Olabeaga, así como las diligencias policiales efectuadas hasta el momento.

Como era de esperar, de Román Sánchez, el hombre que había delatado a su jefe, apenas aparecía nada, los datos típicos, nombre, apellidos, profesión, domicilio, número del documento nacional de identidad, etc., al fin y al cabo se trataba tan solo de un testigo, de un ciudadano responsable que voluntariamente había colaborado con la policía, no había por tanto motivos para investigarle. Sin embargo algo de lo que leí sobre él me tenía inquieto, es como cuando te parece que ves una cara en lejanía, pero no la identificas, no consigues adjudicarle un nombre. Algo similar me ocurría a mí, tras leer sus declaraciones había algo, un detalle que no era capaz de aprehender en su totalidad, que me parecía que tenía que ser importante, pero que era incapaz de concretar.

Vivir solo tiene sus inconvenientes, soy el primero en admitirlo, pero también

tiene sus ventajas, te puedes levantar a las cuatro de la mañana y empezar a trastear de un modo frenético en tu ordenador sin que nadie te pregunte qué coño haces a esas horas y añada, antes de poder explicárselo, que estás loco, completamente loco.

Seguramente lo estaba porque me desperté empapado en sudor mientras soñaba con mi abuela materna, una mujer, por lo que he podido escuchar en más de una ocasión a mis familiares, de recio carácter, pero a la que no llegué a conocer en vida y tan solo la había visto en unas pocas fotografías de añejo color sepia. No soy dado a aceptar explicaciones paranormales de las cosas que me ocurren ni creo que los sueños nos hagan revelaciones asombrosas gracias a las cuales podemos dar cumplida respuesta a nuestras dudas e inquietudes, pero estaba claro que mi mente había seguido trabajando mientras dormía y de algún modo había logrado que la solución, si es que era esa, aflorara de una manera tan poco usual.

Empecé a teclear febrilmente, buscando relaciones y conexiones que pudieran confirmar mi teoría, sin saber si en realidad quería que se confirmara, pero cada vez estaba más convencido de saber quién era el culpable, aunque me costaba aceptarlo, entre otras cosas porque me faltaba el motivo. Los asesinos en serie suelen disfrutar con su obra, incluso se dice que en el fondo desean ser detenidos para que todo el mundo sepa lo que han hecho y, a su modo, les admiren. Pero en este caso se había intentado culpabilizar a una tercera persona y se había pasado de matar a jóvenes anónimos, por medio de una partida de droga en mal estado, a asesinar a un conocido miembro de la «jet-set» vasca. No encajaba, salvo que en realidad no se tratara de unos asesinatos en serie sino de un plan muy bien urdido para acabar con Andoni Zubikarai. Lo que en un primer momento podría ser considerado algo simplemente anecdótico, que el número de autopsias aumentaran considerablemente cuando Zubikarai estaba de guardia respecto a las que les solían corresponder al resto de sus compañeros, tomaba otro cariz si se le hacía responsable directo del asesinato de Martínez Olabeaga. Y yo estaba seguro de haber dado con el asesino, el problema era demostrarlo.

Volví a leer el mensaje de correo electrónico en el que se acusaba al forense de ser un asesino e hice lo mismo con la documentación que me había enviado Eneko Goirizelaia. Acto seguido me sumergí en Internet, confiando en que las fiestas organizadas por Olabeaga quizás podrían proporcionarme una nueva pista. Al fin y al cabo el mensaje por correo electrónico se me había enviado desde uno de los ordenadores de una asociación para la promoción de nuevas tecnologías el día de la inauguración de sus locales, y por lo que leí posteriormente en un periódico, el festejo había sido organizado por Olabeaga, y el móvil desde el que llamaron a Erika Pereda antes de morir había sido robado también en un acto organizado por él. Quizás ahí podía hallar algo que me sirviera de conexión y lo encontré, vaya si lo encontré, oro puro, pero aún así no tenía más que indicios, sospechas muy bien fundadas, concluyentes desde mi punto de vista, aunque insuficientes para presentarlas ante un juez. Una visita a la página web del Registro Mercantil de Bizkaia me sirvió para

reafirmarme aún más en mi idea, pero lo que tenía seguía siendo muy inconsistente para conseguir que se dictara una orden de detención.

El reloj del ordenador indicaba las 06:27. Había estado pegado a la pantalla durante casi dos horas y media, pero mereció la pena. Aunque como policía y detective soy más de hacer trabajo de campo que de cultivar las almorranas sentado en una silla de despacho, en ocasiones esa labor más callada y menos lucida da buenos resultados. Volví a mirar la hora y decidí que era un buen momento para despertar a mi buen amigo, confiaba en que lo siguiera siendo dentro de unos segundos, Eneko Goirizelaia. Seguramente aún estaría en la cama, intentando recuperarse en lo posible de la actividad tan frenética desplegada durante los últimos días, pero de todos modos sabía que, aunque al principio protestaría y me llamaría de todo menos guapo, sería mucho peor no comunicarle cuanto antes lo que había averiguado o, para ser más cauto, lo que creía haber averiguado.

Acerté tanto en lo primero como en lo segundo. Tras escuchar más imprecaciones que las que es capaz de pronunciar un napolitano con mala hostia, cuando se sosegó y escuchó con atención lo que le estaba diciendo estuvo de acuerdo conmigo en que posiblemente mi tesis era correcta, pero que no era suficiente para presentarnos con ella en el Juzgado que instruía las diligencias por el asesinato de Olabeaga. Necesitábamos movernos, necesitábamos un plan, posiblemente una vez que Eneko había aceptado que yo estaba en lo cierto era cuestión de tiempo que la Ertzaintza, si trabajaba en la dirección adecuada, consiguiera las pruebas que necesitábamos, pero podría ser demasiado tarde para Zubikarai. La cárcel no es buena para nadie, pero un hombre como él seguramente saldría destrozado, tanto física como psíquicamente. Supongo que eso era lo que me espoleaba a intentar resolver el asunto cuanto antes, ya que no podía afirmar que nos unieran fuertes lazos de amistad o que me cayera muy bien. Aunque quizás tampoco mis motivos fuesen totalmente altruistas, siendo médico forense, con un poco de suerte y si le libraba de esta, cuando llegara mi turno me haría la autopsia gratis en señal de agradecimiento.

En fin, el caso es que fuera por lo que fuese, tenía que moverme y tenía que hacerlo con rapidez. Apenas nos quedaban veinticuatro horas para presentar otro culpable ante el magistrado que llevaba el caso y exculpar, de ese modo, a Andoni Zubikarai. Y creo que sabía cómo hacerlo. Tuve que cruzar la autopista Bilbao-Vitoria y hacer unas cuantas llamadas telefónicas, todo ello contra reloj, pero por fin las cosas parecían encajar. Ya solo me quedaba cerrar la trampa, y tendría que hacerlo rompiendo el eslabón más débil, pero no podía hacerlo solo, necesitaba ayuda, y sabía quién podría proporcionármela.

El silencioso guardaespaldas de Gerardo Azurmendi que parecía un hermano gemelo del increíble Hulk, en el dudoso caso de que a Hulk le sentaran bien los trajes oscuros cruzados, no mostró mucho entusiasmo cuando le expliqué cuál iba a ser su papel en la pequeña función que estaba preparando, pero debía estar acostumbrado a acatar las órdenes que se le daba porque tampoco opuso objeción alguna, se limitó a

acompañarme, como siempre, en silencio.

Nuestro destino era el Instituto Vasco de Medicina Legal, no el propio instituto sino sus cercanías. Como yo esperaba, Román Sánchez era un estricto cumplidor del horario laboral, sobre todo a la salida, así que a los pocos minutos de llegar apareció por la puerta. Ese fue el momento que elegí para acercarme a él y enseñándole la placa que me acreditaba como *ertzaina* y que se me olvidó devolver cuando me vi obligado a solicitar la excedencia, le dije que estaba detenido.

–¿Detenido? ¿Yo? No lo entiendo, ¿de qué va esto? –nos miraba con ojos asustados alternativamente a mí y a Hulk, que no necesitó mostrar ninguna placa, su sola presencia intimidaba a cualquiera que tuviera la mala fortuna de estar cerca de él.

–Mire, dejémonos de tonterías –le espeté con toda la malaleche de poli cabrón que fui capaz de transmitir–, antes o después sus compañeros acabarán sabiéndolo todo por la prensa, pero no tiene ningún sentido que monte un numerito aquí, en la calle, para que se enteren todos antes de tiempo. Si quiere nos acercamos hasta la esquina, donde tenemos aparcado el coche, y se lo voy contando.

Asintió con una docilidad asombrosa, no sé si porque le intimidábamos, sobre todo mi nuevo compañero, o porque se barruntaba que algo así podría sucederle tras haber testificado en falso ante la Ertzaintza.

Saqué un juego de esposas de mi chaqueta y las fui acercando a sus manos mientras le decía que quedaba detenido por el asesinato de Iker Martínez Olabeaga y le explicaba cuáles eran sus derechos. Si alguna vez ha tenido sentido la expresión «se le pusieron los ojos como platos» fue en aquel momento. Su mandíbula quedó desencajada y daba la impresión de que iba a ponerse a llorar en cualquier momento.

–Eso no es posible –dijo, susurró más bien, finalmente–. Yo... –no sabía cómo continuar–, yo no tengo nada que ver con esa muerte, tan solo me limité a cumplir con mi deber de ciudadano y entregar a la Ertzaintza, a ustedes, lo que parecía ser una prueba.

–Sí, claro, la verdad es que fue usted muy hábil –contesté mientras colocaba las esposas en sus muñecas–, y tengo que reconocer que durante unas horas su maniobra dio resultado y nos tuvo completamente despistados, pero había cosas que no encajaban y por fin hemos resuelto el rompecabezas, aunque hasta que su primo no nos confirmó que usted era efectivamente el asesino no estuvimos del todo seguros.

–¿Mi primo? –parecía que los ojos iban a salirse de sus órbitas.

–Bueno, no sé si es su primo segundo o tercero, creo que las que eran primas eran sus abuelas, pero qué más da, lo importante es que hemos contrastado sus declaraciones con los datos que tenemos y así hemos podido corroborar que usted era el asesino. Pero dejémonos de cháchara, el juez decidirá en su momento si es usted inocente o culpable, ahora, por favor, acompáñenos al coche, sin armar ningún escándalo, que tenemos que llevarle a la comisaría.

–Espere un momento, por favor –gimió–, lo que le ha contado mi primo no es cierto. Él es el asesino, no yo, sé que eso no es lo que les dije la otra vez, pero lo hice

por miedo, de verdad, mire, antes de llevarme con usted, déjeme que se lo explique todo.

Miré en dirección a Hulk, como si le pidiera consejo, pero se limitó a encogerse de hombros, como si dijera que la decisión era mía, así que le solté las esposas y nos fuimos caminando a una cafetería cercana para, en un ambiente más relajado, escuchar todo lo que tenía que contarme. Y tenía muchas cosas que decir, las suficientes para que yo me permitiera la pequeña vanidad de pensar que estaba en lo cierto y también para dejar libre sin cargos a Andoni Zubikarai. Lo único que necesitaba era conseguir que repitiera su historia ante la Ertzaintza.

–¿Me cree? –sonaba angustiado, como si lo único que en esos momentos pudiera llevar la paz a su alma torturada fuera el escuchar que sí, que le creía, y así se lo dije.

–Sí, le creo, el único problema es que yo no soy el agente que lleva oficialmente el caso. Estoy aquí porque hay pocos efectivos, la epidemia de gripe, ya se sabe, y me han pedido como favor que sustituya a un miembro del equipo. Mi única función en el asunto es llevarlo detenido y luego me olvidaré del caso. No sé, la verdad es que sí que le creo, ya se lo he dicho, pero lo tiene jodido, muy jodido. Quizás...

–¿Quizás qué? –me preguntó esperanzado.

–Bueno, quizás si dijera que no le he encontrado, le daría un poco de tiempo. No es lo mismo ir detenido a comisaría y contar allí una historia que podría parecer una justificación *a posteriori*, que acudir voluntariamente, arrepentido por haberles dado una información incorrecta, y confesar toda la verdad. No es que eso le dejara completamente limpio, podría imputársele un delito de falso testimonio, pero si les dice todo lo que acaba de decirnos a nosotros, con toda seguridad quedaría libre de sospechas en lo relativo al asesinato.

Fue ese el momento elegido por Hulk para demostrarme que además de músculos tenía cerebro.

–Yo que tú no me fiaría de él. Seguro que si le sueltas desaparece y nunca más sabremos nada de él...

–No, no, lo juro por Dios, pueden fiarse de mí, si me sueltan les aseguro que iré a la comisaría y les contaré voluntariamente todo lo que acabo de contarles a ustedes.

–No sé –respondí con tono dubitativo–, mi compañero tiene razón, me juego el trabajo.

Los sollozos con los que acompañó sus protestas de sinceridad debieron de conmover hasta al mismo Hulk, porque me miró como diciéndome que igual sí, igual había que darle una oportunidad al desgraciado ese.

–De acuerdo, pero lo haremos a mi modo. Le acercaremos en nuestro coche hasta las proximidades de la comisaría y estaremos vigilando para ver si entra en su interior. En caso de que intente darnos esquinazo le agarraremos al momento y puede estar usted seguro de que se arrepentirá toda su vida de haber intentado engañarnos. ¿De acuerdo? Por cierto, cuando esté dentro pregunte por el oficial Eneko Gorizelaia. Seguramente estará allí –yo lo sabía porque había hablado previamente con él–, pero

en caso de que no estuviera pregunte por los suboficiales Ander González o Jokin Etxaniz –mencionar sus grados policiales daba más visos de verosimilitud al montaje–, por nadie más, ¿entendido?

Si no dijo mil veces que sí, que estaba completamente de acuerdo y que lo había entendido todo no lo dijo ninguna, por lo que nos dirigimos al coche y posteriormente hasta la comisaría. Cuando salió tuve la certeza, por su modo de andar, que iba a sujetarse fielmente al guión que yo le había escrito. Poco después Eneko me confirmó que había preguntado por él y le había repetido todo lo que acaba de contarme.

El resto llevó un poco más de tiempo, pero Andoni Zubikarai salió al día siguiente en dirección a su casa, no a la prisión de Basauri y cuatro días más tarde mis viejos compañeros me confirmaron que ya tenían material más que suficiente para proceder a practicar la detención de Carlos-Karlos, el fotógrafo de mi clienta, acusado de asesinar a Iker Martínez Olabeaga. No tuvieron el detalle de pedirme que les acompañara a efectuar la detención, pero en el fondo no me importó lo más mínimo, me conformaba con saber que la historia por fin había finalizado.

La invitación decía claramente que había que acudir de etiqueta, así que como no me apetecía alquilar un esmoquin desempolvé el traje que tenía guardado para las ocasiones, ya se sabe, bodas, bautizos, comuniones y funerales y decidí acercarme al Hotel Ercilla, en uno de cuyos salones iba a tener lugar la presentación de las Bodegas Azurmendi. Tuve mis dudas acerca de asistir o no, pero pese a mis reticencias sabía que le debía más de una al Palé, bueno, iba a tener que acostumbrarme a llamarle don Gerardo y, además, había convencido a Agurtzane, que no me dirigía la palabra desde que Carlos-Karlos fue detenido como presunto responsable del asesinato de Iker Martínez Olabeaga, para que hiciéramos las paces y me acompañara.

Nos encontramos en el vestíbulo del hotel. Lo primero que me dijo, nada más verme, era que estaba muy guapo. Iba a contestar agradeciéndoselo cuando añadió que «eso demuestra, como decía mi madre, que a los hombres maduros les sientan mejor los trajes que la ropa en plan moderno». Luego, ya más en serio, y mientras entrábamos en el salón, me comentó que seguía enfadada conmigo.

–No confiaste en mí, Goiko –dijo dolida–, no confiaste en mí. ¿Qué pensabas, que porque era amiga de Carlos le iba a avisar o a ayudarle de algún modo?

–No, no se trataba de eso, pero aún estabas convaleciente y no quería exponerte a ningún peligro ni problema. Una de tus mejores amigas, Erika, había sido asesinada, otro al que considerabas un buen amigo, Koldo Sagasti, te había traicionado y luego había muerto de una forma horrible y por último tu fotografía, en el que confiabas plenamente, iba a ser detenido por asesinato. No sé, tal vez me equivoqué, pero creí que lo mejor era mantenerte al margen.

Mientras hablábamos iba saludando a mucha gente conocida que había acudido también al acto. La mayoría de ellos no podían disimular su sorpresa porque yo estuviese incluido en la lista de invitados, aún así nos sonreíamos hipócritamente los unos a los otros, como si ese hecho nos hiciera completamente felices. Esa constante obligación de sonreír, de todos modos, tenía su lado positivo, ya que evitaba que Agurtzane y yo mostráramos el lado más taciturno de nuestras caras mientras nos hacíamos mutuos reproches.

–Pues sí, te equivocaste –me respondió cuando dejamos de saludar a la gente y retomamos nuestra conversación–, estábamos los dos metidos en esto y al final me dejaste al margen.

–Creo que había quedado claro que era yo quien estaba al mando.

–Sí, pero eso no te daba derecho a tratarme como si fuera un cero a la izquierda.

–De acuerdo, tienes razón –cedí finalmente–, lo siento, pero ya no se puede dar marcha atrás, el asunto está zanjado.

–Aún no, no te olvides que soy periodista. Me debes una, así que ya puedes empezar a contarme la historia. Supongo que Carlos estuvo siempre en tu punto de

mira, desde el primer momento te cayó mal, y por eso no quisiste decirme nada, ¿no?

Agurtzane tenía razón, le debía una, y bien mirado antes o después todos los periodistas saltarían como buitres sobre la historia, era inevitable, así que por qué no darle a ella la primicia aunque, para seguir con nuestras costumbres, lo primero que hice fue llevarle la contraria.

–Ahí te equivocas. Es cierto que nunca me gustó, pero por eso mismo procuré no pensar en él, no deseaba que los prejuicios cegaran mi mente. Ya lo ves, finalmente resultó todo al revés, precisamente por no querer prejuzgarle miré en otra dirección, cuando tenía la solución justo enfrente de mí.

–Entonces, ¿cuándo empezaste a sospechar de Carlos y por qué?

–Intentaré explicártelo lo mejor que pueda, aunque al principio pueda parecerme algo extraño, por eso te ruego que no me interrumpas –estuve a punto de añadir «como es habitual en ti», pero me contuve a tiempo–. Supongo que si te digo que soñé con mi abuela pensarás que se me ha ido la olla, pero no te confundas, no se trata de un fenómeno esotérico, sino de la plasmación de algo que ya sabía, es decir, no es que mi abuela tuviese la solución sino que yo de algún modo ya la conocía y eso me llevó hasta mi abuela.

La cara de extrañeza que puso Agurtzane era totalmente comprensible, así que intenté explicarme algo mejor.

–Mira, mi abuela materna era alavesa. Se apellidaba Fernández de Uribe. Ese tipo de apellidos, en el que se unen el patronímico con el nombre familiar o del pueblo o caserío originario, sin ser exclusivo de Álava, sí que abunda mucho entre los alaveses. Eso es lo que me dio la primera clave. ¿Recuerdas el mensaje que recibí, en el que se acusaba a Andoni Zubikarai de haber asesinado a Olabeaga?, pues en él se le mencionaba como Iker Martínez de Olabeaga, pero en realidad su nombre era Iker Martínez Olabeaga, sin el «de» entre ambos. Es una confusión que se suele producir entre quienes están acostumbrados a ese tipo de apellidos, que ven uno acabado en zeta al que le sigue otro de origen vasco e instintivamente los unen, aparece alguien que se apellida Martínez Olabeaga y casi sin darse cuenta lo transforman en Martínez de Olabeaga. Curiosamente el nombre auténtico de Carlos-Karlos era Carlos María Fernández de Abetxuko, y de toda la gente con la que estuve tratando esos días él, no sé si lo recordarás, fue el único que cuando hablaba de Olabeaga le llamaba Martínez de Olabeaga. Supongo que por eso, cuando la idea empezó a rondar por mi cabeza, me acordé de mi abuela.

–No me lo puedo creer, no puedo creer que sospecharas de él solo por su modo de pronunciar un apellido.

–Bueno, dicho así parece estúpido –admití–, pero tenía sentido y de momento se trataba de lo único a lo que podía agarrarme. Pero había otras coincidencias, por pequeñas que fuesen. Román Sánchez, el ayudante de Zubikarai y también su acusador, resultó haber nacido en el mismo pueblo que Carlos. De eso me enteré cuando leí la declaración que prestó como testigo ante la Ertzaintza y en la que

aparecían sus datos de filiación. No sabía dónde había nacido Carlos-Karlos, pero hoy en día, gracias a Internet, no es muy difícil averiguarlo y sacar las conclusiones pertinentes. Incluso me acerqué al pueblo en el que ambos nacieron y me enteré de un montón de cosas. No sabes cómo le gusta hablar a la gente, sobre todo si les dices que estás buscando personajes e historias humanas para realizar un programa de televisión que se filmaría en su pueblo. Resultó que Román y Carlos eran parientes lejanos y que aquel, un hombre de carácter débil y más bien apocado, siempre había estado a la sombra de este.

»Pero hay más –yo estaba lanzado, quería contárselo todo para acabar cuanto antes, y aunque lo estaba haciendo a trompicones confiaba en que la habilidad como periodista de Agurtzane fuera suficiente para darle forma, primero en su cabeza y luego sobre el papel–, había otro nexo aparente de unión entre Carlos e Iker, y eran los actos que organizaba este último. En casi todos ellos uno de los fotógrafos de prensa que los cubría era Carlos-Karlos y concretamente descubrí que él estuvo en la inauguración de la asociación para la promoción de las nuevas tecnologías desde uno de cuyos ordenadores me remitieron el mensaje acusando a Zubikarai de ser el asesino, así como en la exposición en la que le robaron a Julio Riera el móvil desde el que se hizo la última llamada a Erika.

Cuando mencioné a su amiga se le nublaron los ojos, pero al fin y al cabo habíamos empezado nuestra investigación precisamente para averiguar los motivos de su muerte, así que se rehizo casi de inmediato para decirme que eso ya era algo más, pero que continuaba siendo extremadamente endeble.

–En efecto, vuelves a tener razón, pero cada vez eran más las piezas que encajaban en el *puzzle*. Y buscando más información sobre los festejos que organizaba Olabeaga encontré algo muy significativo, una fiesta conmemorativa de una promoción reciente de estudiantes de Enfermería. En esta ocasión una de las fotografías que ilustraba el artículo no estaba firmada por Carlos-Karlos, sino que él mismo aparecía en ella. El pie de foto decía algo así como que nuestro fotógrafo habitual saludaba a sus antiguos compañeros de estudios universitarios. ¿Tú sabías que había estudiado Enfermería antes de meterse a fotógrafo de prensa?

–No, no tenía ni idea, cuando le conocí ya trabajaba como fotógrafo y nunca me dijo nada. ¿Tiene ese detalle alguna importancia?

–Significa que, con toda probabilidad, sabía manejar el bisturí con la destreza suficiente para matar a una persona. No es algo tan fácil, y no está al alcance de cualquiera, pero por otra parte explica también por qué, tras clavárselo en la nuca, posteriormente le degolló, posiblemente debido a falta de práctica no estaría seguro de haberlo matado con esa primera incisión y decidió culminar la operación de un modo más convencional. Esa fue la primera hipótesis de Zubikarai cuando examinó el cadáver y a la luz de los hechos me parece la más lógica y probable.

No sé si porque tenía sed o porque mis últimas palabras la habían sobrecogido, el caso es que cazó al vuelo dos cócteles de cava de una de las bandejas que portaba uno

de los camareros que atendía el acto y se bebió ambas de un trago.

–Además –proseguí haciendo caso omiso de su hazaña alcohólica–, había otro nexo de unión entre Carlos y Olabeaga. Eran socios en la sociedad que manejaba este último para organizar actos y festejos sociales. No directamente sino que cada uno de ellos era titular, por su cuenta, de sendas sociedades unipersonales que a su vez eran accionistas de «Olabeaga y Asociados». Un simple recorrido por el Registro Mercantil me proporcionó ese dato. La verdad es que el camuflaje societario no era muy efectivo, cualquiera que rascara un poco como hice yo habría accedido a esos datos, pero supongo que aunque las cosas les iban muy bien su facturación no era tan grande como para tener que constituir sociedades opacas en las Islas Caymán y por eso sus maniobras de ocultación no fueron muy sofisticadas. Como verás, admito que si los miramos uno por uno ninguno de los indicios eran concluyentes, aunque todos juntos apuntaban hacia él, pero lo que me convenció finalmente de que iba por buen camino fue que descubrí, o creí descubrir, el motivo. Cuando una persona mata a otra siempre hay un por qué, una razón, algo que le lleva a causar la muerte de otro ser humano. Siempre se mata por algo, por odio, por poder, por ambición, por dinero, por amor, por sexo, por venganza. Incluso por pura y simple diversión, aunque en estos casos es mucho más difícil encontrar algún tipo de relación entre víctima y verdugo. Por eso, si encontramos el motivo tenemos muchas posibilidades de descubrir quién es el asesino.

–Háblame de eso, Goiko. El motivo. No puedo imaginarme cuáles fueron las razones que tuvo Carlos para asesinar a esos jóvenes y a Olabeaga. Todavía no puedo creérmelo, sé que es verdad, pero me cuesta mucho creérmelo –a pesar de que sus palabras eran hijas de su propia relación con el fotógrafo, por el brillo de sus ojos comprendí que quien quería conocer los motivos era la periodista, no la amiga.

–Siento tener que ser vulgar y tópico, pero finalmente resultó ser uno de los motivos más viejos del mundo, los celos. Es otro de sus secretos, pero el caso es que Carlos-Karlos hace años estuvo saliendo con Ainhoa Gómez, la actual pareja de Andoni Zubikarai, de hecho él fue su primer novio. Empecé a sospechar que ese podía ser el motivo cuando en la visita que hice a su pueblo algunas de sus convecinas me dijeron entre susurros, como si pensaran que con ello estaban cometiendo algún acto pecaminoso, que había tenido algún que otro encontronazo con alguna de las jóvenes con las que había ligado ya que al parecer se excitaba sexualmente viendo fotos de muertos. De hecho fue él quien contagió a Ainhoa Gómez esa extraña afición, por definirlo de algún modo. La verdad es que Ainhoa fue muy reticente a hablar conmigo, no solo porque hubiera cortado hacía ya muchos años con el fotógrafo y no quisiera saber nada de él en la actualidad, es que acabó tan mal, tan jodida, que se niega a admitir incluso que esa relación hubiese existido, y tan solo cuando le presioné diciéndole que necesitaba que me lo contara todo si quería que libráramos a su actual pareja de ir a prisión me lo confirmó.

»El plan de Carlos-Karlos era tan sencillo como maquiavélico, como sabía que a

su exnovia continuaba yéndole ese rollo de los cadáveres, incluso probablemente pensó que el hecho de que Zubikarai fuese médico forense había influido en la decisión de Ainhoa de romper con él para empezar a salir con un amante que podía proporcionarle experiencias más vívidas, según Ainhoa una cosa no tiene que ver con la otra, pero yo en eso no me meto, no se le ocurrió una idea mejor que ir asesinando de un modo muy sutil, a través de droga contaminada, a un grupo de jóvenes precisamente cuando sabía que era Zubikarai quien estaba de turno y, por tanto, a él le correspondería efectuar la correspondiente autopsia. Confiaba en que de este modo su rival acabara siendo detenido y él volvería a ocupar un lugar en el corazón de Ainhoa. Como ves, en el fondo tu antiguo compañero es un auténtico romántico.

–Todavía no me lo puedo creer –en realidad en las palabras de Agurtzane no había escepticismo, sabía que lo que le estaba contando era cierto, tan solo se trataba de una forma de mostrar su sorpresa por todo lo que había sucedido–, pero si es así, ¿por qué se salió de su plan y se arriesgó a asesinar a Olabeaga? Al fin y al cabo este asesinato ha sido el que ha propiciado su detención.

–Eso también me intrigaba al principio, pero con lo que hemos averiguado por nuestra cuenta y tras su confesión hemos ido rellenando los huecos. Por una parte, las muertes accidentales, llamémoslas así, por sobredosis de drogas de una serie de jóvenes estaban consiguiendo que entre Ainhoa y su nuevo compañero sentimental se generaran celos y desconfianzas, pero eso no era suficiente para Carlos. Había sido tan cuidadoso al preparar sus crímenes que era muy difícil lograr que un juez incoara unas diligencias por asesinato múltiple y que inculpara a Zubikarai como responsable. Quizás con más tiempo y paciencia lo hubiese conseguido, pero de repente aparecí yo y le dije que quería hablar con Martínez Olabeaga. Si mis informes eran ciertos, y parece evidente que lo eran, todo señalaba a Olabeaga como el hombre que había adquirido una partida de droga en mal estado, pero por otra parte también es cierto que nadie que le conociera íntimamente sospechó jamás que trapicheara. O era el tipo más cuidadoso del mundo o algo no encajaba.

»En realidad quien sí había trapicheado de vez en cuando, aunque a pequeña escala, no lo suficiente para que se hablara excesivamente de ello en los ambientes en que se movía, era el propio Carlos-Karlos. Que fue a su vez quien le pidió a Olabeaga, no olvidemos que eran socios y por tanto hay que suponer que entre los dos reinaba la confianza, que adquiriera esa partida de droga que fue la causante de esa serie de muertes. Me imagino que cuando se dio cuenta de que antes o después conseguiría hablar con Olabeaga preparó todo el tinglado, con ello se aseguraba de matar dos pájaros de un tiro, por una parte se libraba de un testigo incómodo y por otra le endilgaba el asesinato, esta vez sin que nadie pudiera ponerlo en duda, a Andoni Zubikarai. No sé qué tipo de ascendiente tiene sobre su primo lejano, el ayudante del forense, pero está claro que en ningún momento, y ahí seguramente pecó de ególatra y prepotente, pensó que Román Sánchez pudiera llegar a traicionarle.

En esta ocasión quien cazó al vuelo un cóctel de cava fui yo, me estaba quedando seco de tanto hablar, pero como Agurtzane no me hizo ningún comentario ni pregunta adicional tras darle el primer sorbo retomé el hilo de la conversación.

—En realidad eso es todo, tenemos la declaración de Román Sánchez, la confesión del propio Carlos y poco a poco, una vez que la Ertzaintza sabe qué es lo que tiene que buscar y en qué dirección, irán apareciendo más pruebas e indicios contra él. En cierto modo él mismo se puso la soga al cuello, quizás estaba tan convencido de su inteligencia que cometió algunos errores que me ayudaron a tirar de la madeja y el de unir en su mensaje las muertes por sobredosis con el asesinato de Olabeaga fue su mayor equivocación, quizás sin eso yo no me hubiese empecinado tanto en descubrir qué tipo de conexión podía existir entre asuntos tan diferentes.

—O quizás sí —Agurtzane me sonrió por primera vez desde que nos encontramos—, todo el mundo dice que has sido un gran policía, de los mejores, así que seguramente hubieras pensado en ello, al fin y al cabo el nombre de Olabeaga surgió mientras investigábamos —recalcó el plural sin dejar de sonreírme— la muerte de Erika.

Tenía razón, y así se lo reconocí, además ya todo daba igual, el caso estaba cerrado y mi función en él había terminado. Ahora tocaba relajarse y disfrutar del acto. Poco a poco el salón se había ido llenando de gente y entre los asistentes vislumbré la inconfundible silueta de Hulk, al que el esmoquin le sentaba mejor que a un lord inglés, que me saludó alzando en mi dirección una copa de vino. El gesto fue observado por varios de los presentes, entre ellos el Presidente del Tribunal Superior de Justicia del País Vasco don Germán López Argüelles, que me lanzó una mirada furiosa, seguramente pensaba que una vez acabado mi trabajo ya no tenía ningún motivo para rondar al lado de su «sobrina» y se acercó hacia donde yo estaba, me imagino que con el firme propósito de manifestarme su desagrado, pero interrumpió su avance cuando observó cómo don Gerardo Azurmendi, en una vida anterior más conocido por el Palé, se le adelantaba y me saludaba efusivamente, abandonando para ello una interesante conversación con el alcalde de Bilbao y la consejera de Agricultura del Gobierno Vasco.

—Señor Goikoetxea, cuánto me alegra que por fin se haya decidido a venir —me apretó la mano nada más tenerla a su alcance—. Y acompañado por una hermosa señorita, además —plantó un par de besos en las mejillas de Agurtzane antes de disculparse con ella porque durante unos escasos segundos «tengo que robarle su acompañante».

—Como ve seguí su consejo —me dijo cuando estábamos solos— y el vino ya no se llama «Marqués de Azurmendi» que, ciertamente, podría parecer muy pretencioso, ahora se llama «Hereditad de Azurmendi». ¿Lo ha probado ya?

—Sí —reconocí—, y está muy bueno, pero creo recordar que el que me ofreció la vez anterior estaba mucho mejor.

—No es usted un hombre al que se le pueda engañar fácilmente —volvió a ofrecerme una radiante sonrisa y con un leve gesto, casi imperceptible, consiguió que

Hulk se nos uniera y me alargara una copa—. Pruebe este, a ver qué le parece.

Seguí su consejo y tomé un trago de la copa que acababa de ofrecerme. Ese sí, ese era el mismo vino que había probado en nuestra anterior reunión.

—Exquisito, pero no es el mismo vino. Este sí es un genuino «marqués de Azurmendi».

—Así es, pero he decidido no ponerlo en circulación. Solo he producido unas pocas botellas y no pienso ofrecérselas a cualquiera. Usted ha entrado por derecho propio en el círculo de los afortunados. Hace un tiempo me dijo que jamás trabajaría para mí y sin embargo de algún modo hemos colaborado. Mi oferta sigue en pie, como verá —señaló a las autoridades que se habían dado cita en el hotel— soy un respetable y prominente miembro de la sociedad vasca. ¿Qué me dice?

¿Qué podía decirle? En el fondo tenía razón, pero me era muy difícil olvidar que Azurmendi representaba, o había representado hasta no hace mucho tiempo, todo aquello contra lo que yo había jurado luchar cuando ingresé en la Ertzaintza. Por otra parte seguramente sin su colaboración no habría resuelto, o me habría resultado mucho más costoso, resolver el caso. Me tenía cogido por los huevos. Me encogí de hombros antes de contestarle.

—La verdad es que no sé qué decirle, todavía es pronto, los dos sabemos a lo que me estoy refiriendo.

—¿Sabe, señor Goikoetxea?, usted me cae bien, ya se lo he dicho en más de una ocasión, por eso le voy a dar un consejo, bueno, no sé si es un consejo o la constatación de un hecho. Me gusta el buen vino —añadió señalando nuestras copas—, me gusta mucho el buen vino, pero en la vida hay que tomar de todo, también vino peleón. Y por lo general en cantidades mucho mayores que los grandes reservas de lujo.

Asentí en silencio. De nuevo el Palé, aunque en el futuro tendría que acostumbrarme a pensar en él como en don Gerardo Azurmendi, tenía razón.



JOSÉ JAVIER ABASOLO (Bilbao, 1957) irrumpió en el mundo literario como ganador del Premio de Novela Alba/Prensa Canaria 1996 con *Lejos de aquel instante*, que fue también candidata al Premio Hammett 1977 de la Semana Negra de Gijón a la mejor novela policíaca publicada originalmente en español.

Recientemente ha sido designado vocal de la Asociación Española de Escritores Policiacos; ha ejercido de abogado, secretario de Juzgado de Instrucción y jefe de negociado en los Servicios del DNI de Bilbao y en el Gobierno Civil de Bizkaia. Actualmente trabaja para el Gobierno Vasco.

Notas

[1] Gasteiztarra, vitoriano, gentilicio en euskera de los habitantes de Vitoria-Gasteiz.

<<

[2] Kaixo, «hola» en euskera. <<

[3] Egunon, «buenos días» en euskera. <<

[4] Arkaute, localidad alavesa en la que se ubica la Academia de la Policía Vasca. <<

[5] Neska, «chica», «muchacha», en euskera. <<

[6] Baserritarra, dueño u ocupante del caserío, en euskera. <<

[7] CONFEBASK es el acrónimo de la Confederación de Empresarios Vascos. <<

[8] Txorierra, comarca de Bizkaia cercana a Bilbao, compuesta por los pueblos de Loiu, Sondita, Derio, Zamudio, Lezama y Larrabetzu. <<

[9] Txapela, boina en euskera, preferentemente la clásica boina vasca. <<